



MARIPOOSAS TRISTES

Natalia Carou

Para todo hay un tiempo señalado, un tiempo para todo asunto bajo los cielos. Tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de desarraigar lo que se haya plantado; tiempo de matar y tiempo de sanar; tiempo de llorar y tiempo de reír; tiempo de abrazar y tiempo de mantenerse alejado de los abrazos; tiempo de buscar y tiempo de dar por perdido; tiempo de guardar y tiempo de desechar; tiempo de callar y tiempo de hablar; tiempo de amar y tiempo de odiar; tiempo para la guerra y tiempo para la paz.

Eclesiastés 3:1—11

MARIPOSAS TRISTES

Natalia Carou

PRIMERA PARTE:

UN PLAN DESESPERADO

Capítulo 1

Santiago de Compostela, primavera de 1922

El día en que Ada decidió dejar ser puta, llovía. Bueno, en realidad no llovía, diluviaba. El cielo escupía piedras de granizo contra su ventana con la violencia de una bandada de pájaros aporreando el cristal. Pensó que era buena señal, el inicio de un cambio, pues todos los sucesos importantes de su vida llegaron de la mano de una fuerte granizada.

Su padre siempre le contaba que el día en que ella nació se hundieron los tejados de los cobertizos con el peso del pedrisco. El día en que se convirtió en mujer, las nubes derramaron piedras de hielo sobre sus piernas tiñendo de escarlata la piedra del patio donde jugaba sentada con su hermano, e incluso el día aquel de la tragedia, origen de todos sus males, el cielo amenazaba desplomarse sobre la ciudad con la potencia del granito. Se avecinaba pues un gran cambio.

—Aaaahhh.

Ada sintió cómo el pene erecto de aquel hombre se introducía más a fondo en su intimidad, le oía bufar y resoplar cada vez más rápido, haciendo un esfuerzo considerable para aliviar su pasión.

—Aaaaaahhhhhh —gritó ella con más intensidad.

Desde la posición en la que se encontraba, de pie y con la espalda apoyada contra la fría pared de su habitación, podía observar con detenimiento al hombre sin que él se percatara. Era considerablemente más alta que él, pero eso no suponía impedimento alguno para la difícil postura en la que a él le gustaba tomarla, con una de las piernas de la mujer descansando encima de su hombro de forma que su cabeza quedara justo a la altura deseada.

La tonsura provocada por la calvicie del hombre estaba cubierta de gotas de sudor que ella se imaginó resbalando por las mejillas rasposas de su barba mal afeitada. El pelo grasiento se le apelotonaba alrededor de las orejas y sobresalía de su cabeza como alas de cuervo rotas. El rostro del individuo se hundía entre sus pechos generosos, y de vez en cuando sus dientes se clavaban con lujuria en la carne y le provocaban pequeñas muescas de dolor.

—¡Si, eso es! así... —Ada acentuó la ronquera de su voz como parte de su magistral actuación.

El hombre elevó el rostro hacia ella y le dedicó una tímida sonrisa. Ella observó con desagrado sus ojos acuosos, los carrillos hinchados, el flequillo pegado a la frente y la gruesa papada balancearse hacia los lados, al son del movimiento descontrolado de su cadera.

Sintió una náusea que revoloteaba en su estómago, así que desvió la mirada hacia la ventana y se entretuvo imaginando los dibujos que la lluvia dejaba en el cristal lleno de mugre. Una delgada lengua de humo ascendió desde el patio trasero acompañado de un suave olor a jabón, Mamá Freda debía estar haciendo ya la colada bajo el porche, ¿tan tarde era?

Desde la habitación de al lado le llegaron suspiros apagados y pequeños gritos de placer que emitían con descaro sus compañeras de oficio. Sí, definitivamente el turno había cambiado, la voz aguda de las gemelas llegaba con claridad hasta ella, acompañada del rítmico golpeteo del cabezal de hierro contra la delgada pared. A lo lejos, una música suave y distorsionada ascendía por las escaleras del local, entremezclada con el sonido de las copas al chocar entre sí, esperanzadores brindis de los numerosos clientes que aguardaban su turno con gustosa paciencia.

Se fijó distraída en el papel floreado de la pared, de un intenso color púrpura. Presentaba en

algunos sitios pequeños cercos desteñidos, allí donde un día hubo que limpiar con lejía las diversas manchas inherentes a su profesión. No se percató de la evacuación del hombre hasta que él dejó de moverse por fin y se desplomó sobre la cama con un golpe seco.

—Maravilloso..., sublime... —dijo él, con la voz entrecortada por profundos suspiros.

—No miento si le digo que es usted, caballero ardiente, quien me provoca el mayor placer — se sabía su repertorio al dedillo después de largos años de repetírselo a diario a cada individuo con el que copulaba—. Es usted fogoso como un caballo desbocado y conoce con tal perfección las artes amatorias que tiene, a mi humilde parecer, difícil parangón con cualquier hombre que haya conocido nunca.

El hombre se acariciaba satisfecho su pene flácido y miraba complacido a la meretriz con una sonrisa boba en el rostro, mientras ella permanecía apoyada contra la pared en un ademán desmayado. Llevaba sus piernas, largas y torneadas, cubiertas por medias de rejilla negras, que sujetaba con unas estrechas ligas rojas prendidas a la cadera.

Los pechos, de suave aureola sonrosada, sobresalían arrogantes por encima de un ajustado corpiño de encaje blanco que ocultaba con lindeza su cada vez más voluminoso talle. Con veintidós años su cuerpo comenzaba ya a perder la lozanía y tiesura de antaño, y había comenzado a deformarse con cruel precisión sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo.

El hombre bajó la mirada hacia su sexo, mojado por el semen que hacía escasos minutos había depositado en él, y sintió deseos de volver a tomarla, esta vez por detrás.

—Lo siento, solo ha pagado una hora —dijo ella con voz mimosa—; otra vez será...

Miró con osadía hacia la abultada cartera del caballero, que reposaba opulenta sobre la mesita de forja. El hombre deslizó la lengua pegajosa por sus labios resecos y se dispuso a sacar otro sobado billete de dos pesetas, pero en ese justo momento alguien golpeó la puerta con timidez.

—¿Heidi? —una niña pecosa y con el pelo del color del fuego asomó la cabeza por la apertura y la llamó por el nombre que había adoptado años atrás para ejercer la profesión más antigua del mundo—. Violeta informa de que el señor Oliveira está abajo.

Ada abandonó con celeridad su afectada postura y dibujó un mohín forzado en su rostro.

—Discúlpeme caballero, ha surgido un inconveniente, pero mañana a esta hora estaré dispuesta para usted si lo desea...

El hombre quiso protestar, pero Ada ya se había dado la vuelta y recogía con rapidez del suelo la escasa ropa que pocos minutos antes él le había arrancado a mordiscos. El caballero se vistió de mala gana ante la mirada evasiva de la niña que les había interrumpido y se fue con un gesto agrio en el rostro. Ada intentó suavizarlo dándole un ligero beso en la coronilla que no surtió el efecto esperado, el hombre se marchó dando un fuerte tirón al salir que resonó como un cañonazo en las paredes desnudas de la habitación.

—Violeta, no hables en tercera persona, por favor, no hay quien te entienda, ve y pídele al Señor Oliveira que espere, ofrécele un vaso de coñac y dile que tardaré unos minutos.

Ada escupió un pelo grumoso que se le había quedado enganchado en el labio y reprimió con esfuerzo el ácido vómito que sintió ascender como un volcán por su garganta.

—¿El baño está listo?

Había adoptado la sana costumbre de asearse por completo después de cada ayuntamiento, al contrario que la mayoría de sus compañeras de oficio. Y eso a pesar de que años atrás la dueña del burdel había instalado un reluciente bidé en el centro del salón para todo aquel que quisiera utilizarlo, pero hasta la fecha, solo había servido como singular florero para las margaritas que crecían en el callejón trasero del establecimiento, al lado del lavadero, y que Mamá Freda se ocupaba a veces de renovar.

Pero Ada no soportaba el intenso hedor acre que desprendía su sexo inundado de esperma, y mucho menos quería imaginar el tufo que dimanaría con una mezcla de diversos donantes.

—Por supuesto, el agua está en su punto —respondió la chiquilla—. Violeta quiere saber si necesitas ayuda.

—No, ve abajo y acompaña al señor Oliveira —respondió con voz cansada.

Estaba harta de intentar corregir a la niña, los clientes se negaban a pagar por copular con una joven que parecía retrasada, así que Violeta había logrado mantenerse pura a pesar de haber cumplido ya los trece. Ada presentía que aquella idiotez no era tal, pero teniendo en cuenta sus propios comienzos en el mundo de la prostitución, no tenía valor para empujarla a padecer igual tormento cuando apenas se estaba sacudiendo el arropo de la infancia.

Echó a la moza y abrió con premura el gran vestidor de madera que había heredado de Viviana, su maestra. Pasó la mano sobre las suaves telas que colgaban de las perchas y se detuvo en el vestido que consideró más apropiado, lo estiró con delicadeza sobre la cama, tras apartar con un brusco gesto las sábanas manchadas con el sudor del hombre rollizo, y sonrió satisfecha.

Cogió un frasco de sales de baño con olor a jazmín y se dirigió a la habitación contigua de su pequeño apartamento donde humeaba, tentadora, una enorme bañera de cinc. Mientras recibía el cálido abrazo del agua caliente recordó con amargura la primera vez que había pisado aquel lupanar. Contaba con tan solo doce años, uno menos que Violeta, y no tenía nada en el mundo aparte de un hermano cinco años menor, famélico y menudo, que se aferraba a su mano con desesperación.

Antes de que el destino les mostrase el lugar donde se escurrirían sus años de juventud, los niños deambularon durante siete días por las calles de Santiago, tras haber sido abandonados inexplicablemente por su madre en un parque oscuro. Los tres habían hecho un largo viaje hasta esa ciudad, acompañados por un extraño al que no habían visto en su vida y que les había arrancado de golpe de la tranquilidad de su hogar.

Los niños se habían quedado solos de repente, confundidos y asustados, sin un mísero céntimo para comer ni alojarse, así que dormían cuando el sueño les vencía bajo los bancos de la alameda y rapiñaban en las puertas traseras de las fondas de la ciudad vieja las sobras que sus clientes desechaban. Sin embargo, necesitaban un lugar seguro al que acudir cada día. Un lugar donde el hermano pequeño pudiera descansar y reponerse de su delicado estado de salud. Siempre había sido un niño débil y enfermizo, pero los sucesos de aquellas últimas semanas habían minado su precaria vitalidad, convirtiéndole en un saco de pellejos que se aferraba a la joven con inusitada fuerza.

Ada porfiaba en aquella promesa que le había hecho su madre antes de desaparecer y regresaba a diario al parque donde se habían visto por última vez, mientras aprendía a sobrevivir en aquel novedoso universo de implacable indigencia.

En apenas siete días tuvo que aprender a luchar contra otros mendigos que reclamaban su parte de desechos para poder mantener dos bocas hambrientas, a defender con uñas y dientes a su hermano de las agresiones de los pilluelos que se burlaban de su mísero aspecto, y también aprendió a tragarse las lágrimas en las noches oscuras, mientras hacía oídos sordos al llanto desconsolado del pequeño, que no cesaba de llamar a su madre.

Era la hermana mayor y tenía que hacerlo, a pesar de las angustiosas ganas de llorar que la asaltaban a cada instante, de los monstruos que les acechaban tras las sombras del parque y de los extraños ruidos nocturnos que perturbaban su sueño.

Aquella primera noche a solas en la Alameda, Ada descubrió que el frío relente de la noche puede llegar a congelar en el borde de los ojos las lágrimas que todavía no se han derramado, que

el hambre te muerde en el estómago con una tenaza de hierro si no cumples con sus exigencias, que las bajas temperaturas pueden sacudir tu cuerpo como cuando cabalgas a lomos de un caballo y que la orina puede derramarse sola entre las piernas como el agua de un grifo que alguien dejó abierto cuando sientes ese miedo tan intenso que ha transformado todas las fibras de tu cuerpo en una estatua de sal.

En una sola noche Ada tuvo que convertirse de golpe en una persona adulta y se hizo cargo, muy a su pesar, de aquella promesa que su hermano le exigía cuando despertaba aterrado de sus continuas pesadillas infantiles y corría a refugiarse debajo de sus mantas.

—¿Estás ahí, Adita?

—Sí, pesado.

—He visto mucha sangre, sangre por todas partes.

—No pasa nada, es un sueño, duérmete.

—¿No dejarás que el hombre del saco me lleve, ¿verdad?

—No, duérmete, anda.

—Prométeme que vigilarás.

—Lo haré.

—¡Prométemelo!

—¡Que sí!, te lo prometo, yo te cuidaré siempre. Duerme ya.

Con el paso de los días se dio cuenta de que no podían continuar viviendo en la calle, la tos de su hermano arreciaba y prácticamente tenía que cargarlo a cuestas la mayor parte del día, además, el niño había retomado la vieja costumbre de orinarse encima que a su madre tanto le había costado erradicar y el hedor comenzaba a ser ya insoportable.

Así que, a pesar de que en un principio no le pareció buena idea, decidió seguir el consejo de aquella extraña señora que los había abordado días atrás en el mercado cuando ambos se encontraban delante de uno de los puestos callejeros, tragando saliva para engañar al estómago, aromatizada con el embriagador aroma a harina caliente que desprendían los pasteles recién horneados.

—Parece que tenéis hambre, ¿es así?, yo podría ayudaros, no me vendría mal la ayuda de una moza bonita y fuerte como tú.

La mujer sonreía mostrando unos dientes amarillos que surgían del universo encarnado de su boca, el carmín se le había corrido un poco hacia abajo y daba la impresión de que sus labios eran mucho más gruesos de lo normal. Ada advirtió que sus ojos, ligeramente entrecerrados, no correspondían a su generosa sonrisa, y un relámpago de alarma agitó su columna vertebral.

—En realidad no tenemos hambre, solo estamos mirando —le respondió con aire de suficiencia.

El estómago de Ada se encogió con un doloroso espasmo, su madre le advertía siempre que no hablase con desconocidos, pero el hambre parecía haberle enturbiado la razón y se había olvidado de cualquier precaución al respecto. La mujer se agachó hasta llegar a la altura del niño, que se limpiaba los mocos en la manga de la chaqueta, y tiró de su moflete con petulancia.

—Pareces un poco enfermo, pequeño.

Ada dio un golpe seco a su hermano en la manga, levantó la cabeza y miró a la mujer con detenimiento.

—Es un poco de tos, estamos muy bien, gracias.

La mujer era mayor que su madre, calculó que andaría sobre los cincuenta, y parecía un poco aprisionada en la estrechez de aquella ropa de vivos colores que hacía tiempo había dejado de ser de su talla. Aunque lo que resultaba más llamativo era su exagerado sombrero de plumas y flores,

que hacía que los transeúntes se apartasen a su paso y la dejasen sola en medio de la multitud.

—Si cambias de idea búscame en la Rúa do Pombal, preciosa, tengo trabajo para ti. Pregunta por Viviana la Loba, esa soy yo.

Viviana levantó la barbilla y sonrió de nuevo, esta vez con mayor convencimiento.

—No es necesario, no se preocupe, nuestra madre vendrá enseguida.

Ella asintió con la cabeza y se perdió entre las sedas de colores, mientras Ada repetía el nombre de Viviana la Loba al ritmo acelerado de los latidos de su corazón.

A los pocos días, incapaz de soportar los calambres de su estómago y ante el alarmante deterioro de la salud de su hermano, se dirigieron hacia la Rúa do Pombal, la calle más concurrida de la ciudad donde se veneraba a la mujer por encima de todo a cambio de unas pocas monedas. Encaminó sus pasos hasta la casa más lucida que encontró, según indicaciones de una jovencita ligera de ropa que fumaba en la puerta de uno de los locales colindantes, y llamó con decisión a su puerta.

La fachada se levantaba sobre grandes pilares de sillería y tenía los postigos de madera oscura, unas vigas que se parecían con sospechosa claridad a las del nuevo tramo de ferrocarril que se estaba construyendo hasta Ferrol; sobre el dintel de una puerta verde, tachonada con clavos de latón brillante, colgaba un farolillo de forja que permanecía siempre encendido.

Los recibió la misma mujer con la que habían hablado en el mercado. Ada controló el temblor que de repente sacudió sus rodillas cuando aquellos ojos grises de hielo recorrieron de arriba abajo su cuerpo y soportó con estoicismo la carcajada que brotó de sus labios brillantes de color cereza.

—Confíaba en que vendrías, monada, ven, pasa —la Loba interpuso su cuerpo inmenso entre los dos niños, obligando al pequeño a dar un paso hacia la calle.

—Mi hermano viene conmigo —su respuesta sonó convincente a pesar del incómodo carraspeo que de golpe parecía haberse instalado en su garganta.

Ada aferró la mano macilenta del niño, que se derritió como mantequilla entre sus dedos y tiró de él hacia el interior del local. Viviana vislumbró un gran negocio en el cuerpo bullente de Ada, pero le disgustaba la presencia de aquel niño un poco bizco que se afanaba en controlar un tic nervioso en su ojo derecho ¿Qué demonios iba a hacer ella con un crío?

La llegada de un providencial cliente que se prendó de inmediato de la joven decantó la balanza de su indecisión y la convenció de forma definitiva para aceptar aquel extraordinario regalo del destino. No era fácil encontrar una muchacha intacta, aquel era uno de sus mejores clientes y pagaría gustoso una gran suma por su desfloración.

Ada intentó consolarse con la visión del mullido jergón en el que descansaba su hermano pequeño mientras lloraba de dolor y asco durante aquella primera vez que mancillaron su cuerpo. No dejaba de escuchar en su cabeza la voz pastosa del hombre acelerado: “Pareces una muñequilla..., mmm..., *volveré a por ti otro día*”.

El humeante guiso de judías que Viviana le entregó satisfecha cuando terminó su trabajo se le atascó en el esófago y durante días apenas pudo probar bocado. El repugnante olor a cebolla que desprendía aquel hombre perduró en su piel durante meses a pesar de haberse restregado hasta la saciedad con sal y vinagre, y el intenso escozor que atenazó sus partes íntimas la persiguió hasta más allá de aquel primer invierno.

Esa luctuosa noche Ada se quiso morir, se quiso morir mil veces. No sabía que se podían soportar tales tormentos, no quería, no debía. Aquella primera vez en El Farolillo Rojo, Ada comprendió lo largas que pueden llegar a ser las horas cuando deseas hasta la desesperación que terminen de una vez todos y cada uno de sus minutos; las lágrimas empaparon en seguida la suave

lana de su colchón y fue a acostarse al lado de Joaquín, que dormía serenamente después de varias jornadas de incertidumbre.

Lo abrazó con fuerza y apoyó la mejilla húmeda contra su espalda, el niño acomodó su postura al cálido pecho de Ada sin molestarse por las convulsiones de su sollozo. Ada se obligaba a no pensar en su madre, que ya no vendría cada noche a arroparla ni a desearle felices sueños, ni en su padre, que ya no volvería a pasear con ella bajo el fresco abrigo de las viñas, su querido y adorado padre, a quien había perdido demasiado pronto, justo antes de que todo aquello comenzase.

Nunca volvería a jugar con las hermosas muñecas de porcelana que decoraban su habitación y ningún criado obedecería ya sus órdenes, nunca más habría para ella bandejas de fragantes pasteles recién horneados cada mañana sobre su mesilla. A partir de entonces sus días se reducirían a realizar aquel acto asqueroso con esos hombres de mirada lasciva, y sus noches a llorar en silencio junto a su hermano en aquel rincón de la cocina de El Farolillo Rojo, donde Viviana les había ubicado.

Joaquín despertó con un fuerte golpe de tos. Ella le palmeó la espalda, le acarició el rostro y depositó un beso liviano en su frente. El niño sonrió y le correspondió con una caricia en su mejilla.

—¿Estas llorando, Adita? ¿Por qué lloras? Ya tenemos una casa, y hoy no hemos tenido que robar comida. Mamá vendrá pronto, seguro que ya sabe dónde encontrarnos.

—No lloro, rey mío, es que vengo de lavarme los dientes como mamá nos enseñó y no me he limpiado la cara, ¿tú lo has hecho?

Él se incorporó con los ojos muy abiertos.

—No tenía cepillo, mamá se enfadará.

—No te preocupes, mañana pediremos uno. Duérmete, anda.

—¿Vigilarás que no venga el monstruo de la zapatilla?

—Te lo prometo, ningún monstruo traspasará esa puerta —Ada enroscó su dedo índice en el de su hermano como señal de su promesa y él sonrió satisfecho.

El niño volvió a acurrucarse en la calidez de sus brazos reconfortado por las caricias que Ada le prodigaba en los lóbulos de las orejas, muy pronto su respiración se tornó regular y distendida. La tos no volvió a molestar sus sueños.

Viviana pasó a ver si los niños dormían al terminar su jornada, debía asegurarse de que la pequeña no había huido; ya tenía concertada una cita para el día siguiente, su primer cliente había sido muy generoso. Ada advirtió el desagrado con que la Loba estudiaba a su hermano y observó la serena sonrisa de Joaquín, que dormía con placidez a su lado.

Y pensó que tal vez podría hacerlo, por él, por aquel juramento infantil que acababa de hacerle, porque estaba casi segura de que si le faltaba ella, él definitivamente no sobreviviría.

Con el tiempo aquello dejó de doler, y Viviana la Loba llegó a ser una magnífica amiga que suplió con creces el amor de madre que el destino le había arrebatado.

Ada echó un puñado más de sales al agua caliente y el olor dulce del jazmín irrumpió en la habitación, llevándose consigo los pensamientos tristes. Enjabonó su piel con la espuma aromática y se frotó con vehemencia la carne infame, alejando de sí el olor viciado que la acompañaba desde el día en que comenzó a trabajar en El Farolillo Rojo.

Capítulo 2

Néstor Oliveira aguardaba recostado en un mullido sofá de terciopelo marrón, encantado con las atenciones que le brindaba la jovencísima Violeta, cuando atisbó la silueta de Ada descendiendo por la empinada escalera de madera que llevaba al piso superior, allí donde reinaba por excelencia la diosa lujuria en los pequeños habitáculos adaptados por la antigua propietaria para tan indecente fin.

Se enderezó en el sofá y ajustó el lazo de su corbata, cruzó y descruzó las piernas varias veces, se atusó el cabello impregnado de brillantina y dejó de escuchar el parloteo de la niña pelirroja mientras centraba toda su atención en la reciente presencia femenina que había aparecido ante sus ojos.

Un gramófono desgranaba en la distancia la voz de Carlos Gardel dando vida al tango *Mi noche triste*, a la que se unió temblorosa y deslucida, casi en un susurro, la interpretación de Néstor, mientras observaba impávido el avance de Ada a través de la multitud. El humo de los cigarros difuminaba la visión de la mujer tras un velo imaginario, ella se abría paso como una diosa entre la marea de gente que a esa hora concurría el local, conocedora del efecto impactante que produciría su aparición en el hombre encelado.

*“De noche cuando me acuesto
No puedo cerrar la puerta,
Porque dejándola abierta
Me hago ilusión que volvéis”.*

Se conocían desde hacía casi medio año cuando por una bendita casualidad su coche de caballos embarrancó en los aledaños de El Farolillo Rojo y una docena de primorosas meretrices, capitaneadas por la bellísima Ada, empujaron con todas sus fuerzas hasta lograr liberar la rueda del surco de piedra en que había quedado mordida.

Por una vez en su vida se le secaron las palabras en la garganta y casi no acertó ni a dar las gracias a aquel rostro angelical que le miraba con expresión ausente y unos ojos infinitamente tristes del color de la miel.

Era su primer día en la capital, el primer día de libertad absoluta tras librarse del asfixiante yugo de sus padres, que por fin habían aceptado dejarle terminar sus estudios de botica en la ciudad universitaria, después de haber agotado las convocatorias oficiales en su antigua universidad portuguesa. Iba camino de la pensión a la que le habían enviado sus progenitores, lo desconocía todo de aquel nuevo y excitante mundo, pero la tensión y los nervios del viaje se vieron superados con facilidad por aquella vertiginosa sensación de que el mundo se detenía en el justo instante en que se cruzó con ella.

Volvió a los pocos días intentando no pensar en lo que opinaría su madre si se enteraba de que ponía un solo pie en un lugar como aquel, mortificado por la sensación de que estaba a punto de cometer un execrable y vil pecado, pero consumido por las ansias de volver a encontrarse con aquella primorosa criatura, y lo hizo hasta en cinco ocasiones más antes de poder volver a verla.

Lo consiguió un día gris de finales de otoño, se cruzó con ella mientras encabezaba un cortejo fúnebre que avanzaba cansino a través de la Rúa Galeras hacia el cementerio. Ella iba vestida de negro de la cabeza a los pies. Aquel recatado atuendo oscuro, que descendía con rigidez hasta sus tobillos, contrastaba de forma obscena con unos gruesos labios pintados de rojo que se dejaban entrever a través de una fina mantilla de encaje. Bajo el insinuante tejido negro, que cubría por

completo su cabeza y moría bajo la sombra de sus pechos, se adivinaba un generoso y tentador escote que le provocó una súbita e inesperada oleada de calor en el bajo vientre.

Las uñas pintadas de bermellón relucían sobre el blanco insultante de la piel de su mano, que era sostenida con devoción por un orondo policia que caminaba a su lado con rostro grave. Néstor se preguntó inquieto qué delito habría cometido aquella puta para merecer tan estrecha custodia.

Tampoco en ese momento se atrevió a dirigirle la palabra; se quedó allí, observándola, con el frío de noviembre sorbiendo sus huesos y la mirada encendida de deseo, queriendo atravesar con vehemencia la recia tela de su anticuado vestido.

Con la llegada del año nuevo se atrevió a insistir de nuevo en El Farolillo Rojo, y por fin logró concertar una primera cita con aquella prostituta resbaladiza, después de constatar aliviado que ella no había sido apresada por transgresión alguna.

La voz potente y quizás demasiado grave de la mujer le desconcertó, se había imaginado un tono más dulce, acorde con su sutil belleza, pero ella le había recibido con un comentario mordaz que a duras penas sesgó la imagen ideal que él había dibujado en sus sueños.

—A ver, que tenemos aquí, ¿un pipiolín novato que quiere conocer los placeres de la bella Heidi?

—He venido a conocer a la mujer —dijo Néstor.

Ella omitió el temblor de la voz del varón y la humedad de sus manos, hizo un gesto de aprobación y se acomodó a su lado acariciando con sus dedos el suave terciopelo del sofá de la entrada.

—¿No quiere subir entonces a mi cueva de perversión? —le preguntó con socarronería.

Néstor sintió un picor repentino en las axilas y notó el sudor que empapaba la parte trasera de su camisa de lino, desterró la imagen severa de su madre apercibiendo su vergonzoso comportamiento y negó con la cabeza, en silencio.

Fueron dos horas de interesante conversación durante las cuales no se atrevió a tocarle ni un centímetro de piel, a pesar de que la sangre se agolpaba alocada en sus partes pudendas generando una incómoda hinchazón. La profunda voz de la puta le había hipnotizado el sentido y solo quería que ella continuara hablando de forma indefinida para emborracharse con su sonido.

Néstor le preguntó por aquel cortejo fúnebre, y ella, confortada por la atención que le prestaba ese hombre desconocido, se atrevió a confesarle el difícil trago que había soportado durante los últimos meses. Viviana, su amiga y maestra, se había ido apagando corroída por la sífilis cuando apenas había cumplido los sesenta, y una de sus mejores amigas había sucumbido ese mismo día bajo los disparos de un arma traicionera.

La enfermedad de Viviana la vivió Ada como algo suyo; los largos días de vigilia al lado del lecho de la moribunda le recordaban sin cesar su propio destino, y aquella angustiosa realidad le robaba las pocas horas de sueño que podía permitirse durante el lapso en el que la Loba se abandonaba agotada en los brazos del éter.

Fue tras la pérdida de su querida amiga Viviana cuando empezó a germinar en su cabeza la idea por la cual lucharía y viviría a partir de entonces, concibió con escrupulosa minuciosidad el plan que pocas semanas después pondría en práctica y que tenía que poner fin, fuese como fuese, a aquel ponzoñoso modo de vida.

Néstor visitó a Ada muchas noches a partir de entonces, y siempre aquellas visitas suponían un inmenso respiro para la agotadora rutina sicalíptica de la joven. Ella vislumbró en Néstor un amigo incondicional, su amor propio se veía recompensado cada vez que él pagaba por adelantado las dos o tres horas que compartían en cada encuentro tan solo para disfrutar de su mutua compañía.

Aquel acuerdo tácito al que habían llegado el día en que Néstor pisó por primera vez El Farolillo Rojo terminó siendo el mayor tormento que jamás habría pensado sufrir. Cuántas veces habría de arrepentirse de haber pronunciado aquellas palabras cuando ella le había invitado a subir a su cuarto durante su primer encuentro.

—Solo quiero hablar —había respondido en un impulso pueril.

—Hablemos pues, pitusín, tenemos todo el tiempo del mundo.

Y ya nunca encontró la manera de pedirle algo más que no fuese una animosa conversación. Néstor se había dado cuenta de que ella parecía desprenderse de una pesada armadura mientras estaba con él. Durante aquel breve período de tiempo que compartían, Heidi se dejaba caer relajada en el sillón y dulcificaba su rostro con una sonrisa genuina ante sus inocentes comentarios sobre la vida en El Farolillo Rojo. La tensión de su boca desaparecía y sus carcajadas sonaban frescas y jubilosas, nada que ver con la risa forzada con la que recibía a sus clientes. Ada parecía transformarse en otra mujer.

Temía que su camaradería desapareciese si su relación derivaba hacia asuntos más procaces, así que él jamás le pedía ningún contacto íntimo más allá del roce de una mano enguantada apoyada en su antebrazo, y Ada tampoco se lo ofrecía a pesar de que le sabía consumiéndose de deseo por dentro. Néstor era el hombre que ella había buscado estoicamente, el protagonista de su plan desesperado, y aquella era la noche elegida, puesto que se cumplían seis meses desde su primer encuentro. Por eso se esmeró cuanto pudo en acicalar su ya de por sí exquisita presencia y rezó para que su loca urdimbre funcionase.

Néstor la encontró más hermosa que nunca. Ada lucía con innata elegancia un vestido de chifón negro sobre un ajustado corpiño de seda azul. Los ojos almendrados del color pálido de la miel, perfilados de un brillante color dorado, competían en excelencia con los gruesos labios pintados de carmín oscuro. Llevaba el cabello recogido de forma estratégica hacia el lado izquierdo, prendido con un ramillete de azahar, que se balanceaba coqueto sobre la espesa mata de pelo negro con la cadencia de sus caderas.

Ocultaba así, con suprema habilidad, la fea cicatriz que atravesaba de lado a lado su esbelto pescuezo, mal recuerdo de un horrible día de Navidad, hacía casi un lustro, y causante de su característica ronquera. Aquel día aciago se habían esfumado también para Ada las esperanzas de descubrir lo que había ocurrido con su madre y la oportunidad de desvelar el oscuro secreto que había destruido a su familia, aquella jornada había descendido al averno más profundo, y allí se habían marchitado para siempre los resquicios de los buenos sentimientos que aún perduraban en lo más hondo de su corazón de niña.

“Me he secado por dentro, ya no existo”, había pensado al regresar de nuevo a la vida. A partir de entonces, todo fue más fácil, más llevadero, se había transformado en otra persona.

Néstor atendió a la larga cabellera oscura que descendía en gruesas ondas sobre el pronunciado escote donde bailoteaba un pequeño colgante plateado en forma de relicario que jugaba a esconderse en el canal de sus pechos, único objeto que atesoraba del día en que perdió a su madre y del que jamás se desprendía.

—Está usted bellísima —murmuró el hombre extasiado mientras besaba con delicadeza su mano.

Deseó poder acariciar su mejilla empolvada, morder aquellos labios maduros, estrechar su cuerpo esbelto y absorber el olor a jazmín de su pelo ondulado... pero se contuvo, les esperaba una larga y prometedoras noche.

—Gracias, Néstor, espero que no se haya aburrido de esperar —le dijo coqueta mientras dejaba deslizar un ligero chal de seda sobre sus hombros desnudos.

—Ha merecido la pena.

Ada desmayó su mano en el brazo del caballero tras despedirse de la joven Violeta y lo condujo hacia el exterior, acarició con su pulgar desnudo la fina tela de lino del traje hecho a medida y sonrió a su acompañante con estudiada ingenuidad.

—Esta noche le llevaré a un lugar que estoy segura le complacerá, Néstor. ¿Ha traído suficiente dinero como acordamos?

Asintió con un regusto amargo. Le incomodaba que ella le recordara que su relación se basaba solo en el mercado de la carne y que los sentimientos existentes solo llevaban su nombre impreso. Eso acentuaba el cariz inmoral de su relación y le provocaba una leve punción de remordimiento cuando pensaba en lo que opinarían sus padres al respecto. Aun así, se dejó llevar animado porque Ada había prometido pasar la noche entera a su lado. Esa noche por fin se harían realidad todos sus sueños.

Atravesaron a paso ligero la ruela de San Clemente, intentando sacudirse el frío que les calaba los huesos. Una densa niebla lamía las piedras de los edificios que componían la angosta calle y dibujaban nubes de luz ambarina bajo las farolas de gas que iluminaban el resbaladizo empedrado. Milagrosamente, la persistente lluvia que les había acompañado durante todo el mes de marzo había cesado de forma repentina.

Llegaron a la plaza del Obradoiro justo cuando un rayo de luna se abría paso, testarudo, hasta el pórtico de la Gloria, lo que otorgaba a la fachada de la inmensa catedral un extraño aspecto fantasmagórico. Ada se aferró con inquietud fingida al brazo de su acompañante mientras se adentraban en la oscuridad del túnel que accedía a la plaza de la Inmaculada. Los tacones de sus zapatos de charol resonaban con un eco profundo en las paredes vacías, acompañados por el sonido amortiguado de los botines de Néstor. Un gemido ahogado huyó de su garganta cuando tropezó con lo que resultaron ser las piernas inertes de un mendigo, dormido al abrigo de la arcada de piedra.

—Disculpe... —balbuceó ella dirigiéndose al pordiosero ausente.

Se detuvieron bajo los soportales de la Azabachería para curiosear en los escaparates de los abundantes talleres de joyería, algunos de los cuales databan de la edad media, cuando en la plaza de la Inmaculada reinaba sin discusión el gremio de artesanos de la plata y el azabache.

Ada paseaba a menudo por aquel lugar y observaba fascinada las artísticas filigranas que dibujaban las joyas expuestas sin atreverse jamás a traspasar sus puertas; no por falta de dinero, pero era de mal gusto en su profesión que una mujer se comprase sus propias joyas.

Tan solo una de las puertas permanecía abierta a aquella hora tardía. La luz de una lámpara de aceite iluminaba el interior de un establecimiento minúsculo, donde a duras penas podía revolverse un solo hombre. Un anciano inclinado sobre el hosco tablón de madera que le servía de mostrador abrillantaba con hilachas de lana el reducido muestrario que exponía en un mantelillo de terciopelo granate.

El viejo levantó la vista y clavó sus ojos en el perceptible escote de Ada. La moza no pudo evitar sonreír con malicia ante la voraz expresión de los ojos del anciano y se agachó sobre el mostrador tras apartar con un gesto sutil el chal que cubría sus hombros, lo que otorgaba al artesano una magnífica vista de su voluminosa delantera.

— Vaya, son preciosos —Ada observó sin demasiado interés los medallones de azabache incrustados en láminas de plata que relucían sobre aquel mantel ajado.

Sus ojos tropezaron entonces con una hermosa pieza que llamó su volátil atención durante interminables segundos, se olvidó incluso de la mirada libidinosa del azabachero y se quedó allí parada, observando la medalla con gran intensidad mientras presionaba con un gesto inconsciente

el lóbulo de su oreja derecha; no podía dejar de mirarla, aquella imagen parecía haberla hipnotizado.

—¿Le gusta mucho esa medalla? —preguntó Néstor, asombrado ante la perplejidad de su acompañante.

Ella asintió sin lograr pronunciar ni una palabra, con los ojos clavados en el medallón. Se libró del brazo de Néstor y se sujetó con las dos manos al mostrador para evitar el ligero desvanecimiento que debilitó sus piernas por un instante. La voz ronca del viejo azabachero la obligó a desviar por fin la mirada, Ada buscó errante sus ojos para atender a la conversación. El hombre ya no babeaba por sus pechos, sino que sonreía ahora al billete de cincuenta pesetas que le tendía el caballero del bonito traje de lino, contento de haber obtenido un buen precio después del consabido regateo.

—Tiene mucha suerte, señorita —le decía el anciano—, se trata de una pieza única que adquirí hace años. He intentado copiar sin éxito la técnica de su tallado, no hallaré una joya igual.

—¿A quién se la compró? —la voz de Ada apenas fue un suspiro.

—A un viejo tonto. Parecía muy apenado por separarse de ella, sin embargo, el precio que me pidió no alcanzaba ni la cuarta parte de su valor. Creo que encajará a la perfección en su bonito relicario.

Ada aferró su colgante de forma inconsciente y se estremeció de repugnancia ante la visión de la escasa dentadura del hombre, que le tendía el medallón envuelto en papel de seda añil; una gruesa costra de mugre coronaba sus encías y hacía evidente que no se había lavado los dientes, como poco, en los últimos dos años.

La mujer detuvo sus pasos una vez que dejaron atrás la covacha del artesano y se colocó justo enfrente de su acompañante. Con la mano derecha le tocó la mejilla, impecablemente afeitada, y le miró insistente a los ojos, de un ligero color canela. Depositó un beso caliente y húmedo en sus labios, demorándose unos pocos segundos en despegarse de él para poder controlar el irremediable temblor de sus rodillas.

—Gracias —la voz de Ada sonó más ronca de lo habitual.

Néstor le devolvió el beso, loco de alegría, asombrado ante la emotiva reacción de la joven, ajeno a la tormenta que se había desatado en su interior. Deseó poder disponer en ese instante de una cartera repleta de billetes para obsequiar a su dama con todo el muestrario de la joyería del artesano, pero su paga no alcanzaba para más, la noche entera con la prostituta ya le había supuesto más de un quebradero de cabeza para poder hacer frente a la pensión de su casera, que cobraba con puntualidad pitagórica su mensualidad cada día treinta del calendario.

El corazón de Ada fue apaciguándose a medida que continuaban su camino, pero en su mente, aquella inocente imagen volvía una y otra vez trayendo consigo recuerdos que le causaban un profundo y lacerante dolor.

El medallón que apretaba con fuerza en su mano izquierda representaba una flor de naranjo, de exquisita talla en marfil, que parecía flotar sobre un mar negro de azabache. Una flor idéntica a la que un día guardaba su morada y simbolizaba la plenitud de su familia, la imagen del emblema de un linaje que ahora ya no existía.

Capítulo 3

Los finos nudillos de la mano de Ada apenas tocaron sobre la puerta cerrada del establecimiento y ya se escucharon los pasos de alguien que se acercaba a toda prisa por el corredor. La fachada de la casa no se diferenciaba de ninguna otra circundante; de piedra grisácea y sencilla factura, no ofrecía adornos ni poseía letrero alguno que la identificase como un local público.

La puerta de estilo rústico, hecha en madera de nogal y de hoja partida, tenía una pequeña apertura a modo de mirilla por la que se asomó diligente la cabeza de un hombre pecoso, de rostro enjuto y barba descuidada, en la que destacaban dos enormes ojos saltones de color azul.

—Santo y seña —masculló el hombre.

—“A malos ratos, buenos tragos” —recitó Ada con diligencia.

El hombre asintió con una estruendosa carcajada acompañada de unos curiosos ronquidos que recordaban al reclamo de un puerco, lo que provocó una sonrisa discreta en el rostro de Ada; después, se retiró para abrir la puerta. Néstor miró a su acompañante con aprensión, temeroso y sorprendido a la vez, ¿qué diantre era ese lugar? Él se había imaginado algo muy diferente para pasar aquella noche especial, no conocía a aquel hombre, y además no le gustaba su aspecto.

Ada, sin embargo, sonreía satisfecha, animándole a entrar. El ligero estremecimiento que parecía haber sufrido en la azabachería había desaparecido por completo, el fulgor de lo que había creído poder transformarse en una lágrima se había desvanecido de sus ojos, que volvían a ofrecer de nuevo aquella irresistible y ácida mirada.

—Yo..., no estoy seguro de.... —balbuceó mientras ella le arrastraba literalmente al interior de la casa.

El opresivo ambiente olía a chorizo, a madera quemada y a humo de cigarro. El pasillo estaba oscuro y las fotografías que colgaban de la pared, pintada de un azul terriblemente chillón, parecían cobrar vida ante la luz danzarina de la vela que portaba su anfitrión. Néstor observó sorprendido el extraño atuendo del hombre, unos pantalones demasiado ajustados de color vino y una camisola blanca que danzaba a su alrededor como el vestido de una mujer, inadmisibles para un caballero que recibía invitados en casa.

Néstor se estremeció ante la siniestra visión de sus propias sombras, que se alargaban como espíritus del mas allá estirándose hasta el final del pasillo. Los dedos de sus manos semejabán garras afiladas, y el volumen de sus cabellos, aviesos pitones, que les otorgaban el aspecto de una procesión de infames espectros acechando en la oscuridad.

Intentó llamar la atención de Ada con un apretón de su mano, pero ella avanzaba decidida detrás del hombre pecoso, haciendo caso omiso de su reticencia. El individuo les conducía con premura hacia unas escaleras de madera que descendían hasta una puerta renegrida, la cual permanecía ligeramente entreabierta.

Néstor retrocedió de forma involuntaria antes de comenzar el descenso, pero la mano de la joven que se aferraba a él con firmeza tiró de él con decisión, impidiendo su retirada.

El sonido de unas risas lejanas y el brillo dorado de un fuego del que casi podían sentir su aliento cálido contribuyeron a relajar su tensión. Ada caminaba resuelta a su lado, como si ya hubiera recorrido aquellos pocos metros cientos de veces.

La intriga cobró fuerza ahora y apartó de un plumazo la aprensión de Néstor, quien casi consiguió dibujar una tímida sonrisa en sus labios a la vez que cruzaban la puerta que

desembocaba en su destino. La conversación enmudeció de repente y los rostros de las personas que se calentaban al amor de un vivo fuego se clavaron en los recién llegados con súbito interés.

Una cálida bodega con techo abovedado ocupaba aquel sótano inmenso. Presidía el lugar una lareira de piedra que guardaba en su interior una magnífica hoguera de leña de roble. Una larga ristra de chorizo casero pendía de las retorcidas columnas de piedra para su ahumado y repartía por la casa aquel característico y agradable aroma de pueblo que les había recibido a su llegada. Colgaban de las paredes todo tipo de objetos: tapices de lana que representaban bucólicas escenas campestres, platos de cerámica, flores de papel, utensilios de cobre, cazuelas, pájaros disecados... hasta un simpático esqueleto humano disfrazado de mejicano.

—Caballeros... —el portador de la vela quiso alimentar la expectación de sus invitados y dejó transcurrir un breve espacio de tiempo antes de volver a hablar.

Tras mirar a cada uno durante unos pocos segundos por fin hizo las presentaciones.

—El señor Néstor Oliveira y su acompañante, la siempre adorable y bienvenida señorita Heidi —luego, dirigiéndose a Néstor con una florida reverencia, apuntó—: Marcelino Fariña, para servirle.

A continuación, les presentó a los tres hombres que se habían puesto en pie para recibirles.

Don Hugo Gelmírez, notario de Santiago, acariciaba su oronda barriga mientras ofrecía la mano a Oliveira; después besó con decisión la mano de Ada, demorándose quizás más tiempo del que permitía el decoro. Ella pudo sentir la lengua babosa del hombre que se abría camino por entre los labios húmedos. Retiró la mano con disimulo cuando notó cómo imprimía su sello de saliva en la sensible piel de su anverso.

Aquel gesto obsceno le recordó con pesar la perversa manía del Ilustre señor Gelmírez, que la obligaba a permanecer de rodillas tras haber yacido en su cama y soportar un interminable chorro de orina caliente sobre su cuerpo, para terminar requiriéndole que lamiera sus gruesas manos y limpiar así el hediondo líquido amargo con el que habían quedado impregnadas.

Un rubor intenso se apoderó de las mejillas de Néstor cuando comprendió que el señor Gelmírez conocía intrínsecamente a su Heidi de una manera que, a él, todavía le estaba vetada. Pero antes de que la furia y la humillación hicieran acto de presencia, otro de los presentes palmeó su espalda, requiriendo su inmediata atención.

Joaquín Morán de Ulloa era un joven esmirriado de tez mortecina y pelo lacio, del color de las espigas maduras. En su frente todavía podían advertirse las cicatrices de los granos rebeldes de la juventud. Al traje beis de mezclilla, demasiado invernal para la época, parecía sobrarle tela por todos lados, desde la remendada manga de la chaqueta hasta la pernera del pantalón. El cuello de la camisa, raída en los bordes, bailaba alrededor de su pescuezo como un aro de juguete. Para completar su desafortunada fealdad tenía además un defecto en el ojo, la pupila parecía moverse por su cuenta en el interior de aquel iris color avellana y el párpado, ligeramente caído, abría y cerraba a su antojo.

Néstor le apretó la mano sin demasiado entusiasmo y a continuación, el joven saludó a Ada con una breve inclinación de la cabeza y un besamanos rápido y estudiado; la exquisita delicadeza de aquel sencillo gesto contrastaba sobremanera con el aspecto de mendigo que aparentaba. Ella le dirigió una fugaz sonrisa, sus ojos apenas se encontraron durante unas milésimas de segundo.

El último de los convidados era un hombre de avanzada edad, alto, moreno y elegante, con ligero acento sudamericano. Parecía muy interesado en Néstor, tanto que casi le incomodó el batallón de preguntas que escapó de su boca en apenas unos minutos.

—¿Néstor Oliveira, familiar acaso de Félix Ramón Oliveira, propietario de Acerías Portuguesas? —preguntó.

—Sí, señor, mi padre es Félix Ramón Oliveira y mi madre, doña Apolonia Gonzalves. Mi padre se dedica en efecto a la industria siderúrgica y dirige los cuatro hornos que posee entre Galicia y Portugal —expuso Néstor orgulloso, un poco más calmado de su incipiente arrebató de ira ante el ofensivo recibimiento del apoderado.

Al caballero que tenía enfrente no pareció impresionarle mucho su discurso, porque dibujó una mueca de desprecio en su rostro cuando Néstor terminó de hablar.

—Sí, señor Oliveira, sin duda conozco bien a su padre.

El hombre se sentó de nuevo en su asiento, estiró la espalda sobre el respaldo de la silla y cruzó con parsimonia la pierna derecha, dejando al descubierto unos alegres calcetines a rayas rojas y verdes que no concordaban demasiado con el estiloso traje de paño negro.

—Me parece que su fortuna creció considerablemente tras la firma del contrato con la West Galicia Railway, durante la accidentada construcción del tramo de ferrocarril hasta Pontevedra —continuó el hombre. La expresión de sus ojos, con los párpados entrecerrados y mirada escrutadora, disgustó a Néstor.

—Así es —respondió cauteloso mientras correspondía a la mirada farisea del hombre.

Néstor se sintió violento ante la velada insinuación del caballero respecto del acomodo económico de su familia; había algunos episodios oscuros que atañían a su padre y a la gestión de sus negocios que habría preferido olvidar. Néstor había convivido con aquellos rumores durante años, lo que no le había impedido disfrutar a gusto de su irreverente fortuna.

Fue durante la construcción del tramo de ferrocarril hasta Pontevedra cuando se inauguraron las dos acerías, propiedad de la familia Oliveira en Galicia, ante la gran demanda de acero por la *Best** (* denominación popular de la West Galicia Railway).

Entonces su padre tan solo poseía una anticuada fábrica en Portugal, muy cerca de Oporto, que, si bien generaba suficiente riqueza para vivir de forma holgada, no bastaba para que le otorgaran el reconocimiento de pertenecer a la rica e influyente burguesía industrial de la época.

Pero la fortuna le había sido propicia y quiso la suerte que uno de los consejeros delegados de la entidad fuese el encargado de la fase de selección y, además, primo segundo de su querida esposa Apolonia.

Durante el concurso para la concesión de la provisión de acero para el nuevo ferrocarril compitió con muchas otras empresas del sector que trataban de hacerse con el gran beneficio que generaría obra de tal magnitud, además de la magnífica publicidad que significaba resultar el elegido.

Pero el proyecto que salía vencedor tras cada fase del concurso era mejorado por la empresa Acerías Portuguesas, que parecía adivinar las cantidades astronómicas que se manejaban en cada presupuesto. Llegados a este punto, casi todas las empresas cesaron la puja, todas excepto dos grandes grupos: Acerías Portuguesas y Max Galicia.

Félix Ramón Oliveira derrotó sin demasiado esfuerzo a su contrincante en la última puja y despidió alegremente a su máximo competidor, cuya derrota en la difícil situación económica en que se encontraba significó sumergirse en la ruina más absoluta.

Pocas semanas más tarde, Max Galicia protagonizó una de las jornadas más violentas que se recuerdan en la ciudad de La Coruña; los más de sesenta trabajadores que se quedaron en la calle incendiaron la fábrica y acorralaron en su interior al empresario, que tuvo que huir de la ciudad escoltado por las fuerzas del orden, y nada volvió a saberse de su persona, o por lo menos, a Félix Ramón Oliveira tampoco le preocupó demasiado su incierto destino, una vez que se hizo con el contrato millonario de forma definitiva.

Lo más triste de toda esta historia es que Oliveira, con el objeto de abaratar costes y poder

atenerse al presupuesto que había ofertado, relajó demasiado las condiciones de seguridad de sus obreros y muchos de ellos fallecieron a lo largo de aquellos años, bien por diversos accidentes a causa del estado de precariedad de sus máquinas, bien a causa de la silicosis, debida al exceso de sílice cristalina que respiraban en el proceso de fundición.

Marcelino Fariña irrumpió las reflexiones de Néstor y se interpuso en la dialéctica de los dos hombres para evitar que la tirantez estropeará el objeto de la reunión. Los condujo hasta el centro del cuarto e invitó a los presentes a sentarse alrededor de una pequeña mesa de madera, dispuesta por él a todos los efectos con anterioridad.

A Néstor se le esfumó el mal humor cuando vio a su anfitrión extender un pesado mantel de fieltro verde sobre la madera desnuda y sacar un juego de naipes nuevo, casi podía sentir en sus propias manos el tacto sedoso de las cartas, su característico crujido y el inconfundible olor a tinta.

Miró a Ada fascinado, los ojos abiertos de par y una inmensa sonrisa en su rostro.

Y es que Néstor Oliveira, por encima de todas las virtudes o defectos que pudieran corresponderle, era un apasionado de los juegos de cartas. Este pequeño vicio era el culpable de la distante relación actual que mantenía con sus padres. Eso, y el escaso éxito estudiantil del apocado hijo, que se afanaba sin muchos méritos en terminar sus estudios de boticario en la Universidad Compostelana, a pesar de haber insistido hasta la saciedad en que sería capaz de culminar su carrera.

Las vacaciones navideñas habían sido el desencadenante de su pasión por los juegos de naipes. Néstor debía luchar día tras día en una fatigosa batalla contra sus progenitores, que ya no reconocían a aquel dócil chiquillo que habían enviado un día a la ciudad de Santiago, y que esta les había devuelto meses después transformado en un hombre hecho, derecho y un poco respondón.

Néstor ya no se plegaba con tanta facilidad al requerimiento de su padre para que amenizase sus veladas sentado al piano del salón; nunca tocaba lo suficientemente bien, su padre le hacía repetir la misma canción una y otra vez, y Néstor acababa hastiado de ver su rostro desaprobatorio escrutándolo por encima del periódico y negando con la cabeza a cada rato. Tampoco estaba tan dispuesto a acompañar a su madre a misa, por la mañana y por tarde, de lunes a domingo, todo ello por insistencia de su preceptor don Mateo, que les imponía esta opresiva rutina con el objetivo de purificar los malos pensamientos que enturbiaban su espíritu.

Para evitar los continuos reproches con que lo acosaban por su displicencia, aprovechaba los largos y tediosos días de asueto entre misa y misa para perfeccionar su habilidad con las cartas junto a Ramirito, el hijo de la cocinera, que disfrutaba enseñando al señorito Néstor todo cuanto había aprendido con los faranduleros de la ciudad de Oporto en sus escasos quince años de vida.

Ada respiró satisfecha al ver que Néstor se relajaba por fin en su silla, dejó que Marcelino repartiese la primera mano de cartas a sus invitados y se acercó resuelta hacia una mesita, cerca del fuego. Picó de forma distraída unas finas rodajas de chorizo con un afilado cuchillo que sacó del cajón derecho de la mesa y lo acompañó con pequeños trocitos de un fragante pan de Cea, dispuestos en forma de flor sobre el mantelito de encaje blanco que cubría una gran fuente de porcelana. Guardó de nuevo los cubiertos utilizados en el cajón tras limpiarlos con delicadeza con una gamuza que cogió de la parte baja del mueble.

La partida se animó en la misma proporción en que las botellas de orujo, hábilmente repartidas por la mesa, desmedraban. Las carcajadas de Marcelino, acompañadas con aquel particular ronquido porcino, contagiaron enseguida de buen humor al resto de los invitados. Néstor, que no acostumbraba a tomar demasiado alcohol, se había rendido ante la insistencia de Ada, que le

ofrecía una y otra vez la copa rebosante de un oloroso líquido ambarino; ella bebía un pequeño sorbo y le incitaba luego a saborear el residuo que sus labios habían dejado sobre el cristal. El orujo con sabor a hierbas quemaba su garganta, pero le otorgaba una extraña euforia interior que fue venciendo toda su reticencia; poco a poco Néstor se fue soltando, bromeando con sus compañeros de mesa, y comenzó a disfrutar por fin de la partida, igual que hacía con Ramirito en aquellas tardes aburridas de Oporto.

Ada paseaba con calma alrededor de los invitados evitando las volutas de humo que huían de sus gruesos puros, repartía los aperitivos y echaba de vez en cuando una mirada de reojo a las cartas de cada jugador. Parecía concentrada en la partida, tanto como los cinco jugadores que compartían tapete.

—Póquer de ases y reyes, yo gano otra vez —la suerte parecía sonreír especialmente aquella noche a Néstor Oliveira, que poco a poco había ido desplumando a sus compañeros con la inestimable ayuda, todo hay que decirlo, de la veleidosa prostituta, quien utilizaba con disimulo los dedos enredados en su cabello para indicar algunas jugadas clave a su acompañante.

Ada procuraba mostrarse coqueta y cariñosa con todos los asistentes, a los que no parecía importarles demasiado la mala racha siempre que pudiesen contar con las atenciones de la gentil mujer; soportó con estoicismo diversos pellizcos en varias partes de su cuerpo, además de algún que otro velado cachete en las nalgas que recibía cada vez que se agachaba para servir otra copa. Buscaba sobre todo las atenciones del apoderado del alcalde y del elegante caballero del traje negro, situados justo en frente de Néstor, lo que sin duda facilitaba la posibilidad de indicarle por señas las manos que llevaban sus contrincantes en el juego.

El primero en abandonar la partida fue el participante de acento extranjero; se levantó con brusquedad de la mesa y vació el contenido de sus bolsillos encima del tapete con una amarga sonrisa en el rostro.

—Estoy sin blanca, la compañía es agradable —dijo mirando a la puta con intensidad—, pero debo irme ya. Marcelino, muchas gracias por su invitación, buenas noches a todos... conozco la salida —el anfitrión, que ya se estaba levantando para acompañarle a la puerta, volvió a dejarse caer en su silla con un gesto complaciente.

Antes de desaparecer por la pesada puerta de madera se dio la vuelta y clavó su mirada en el rostro Oliveira, a quien ya se le empezaban a notar los malos efluvios del alcohol en el brillo de sus ojos y la lentitud de sus gestos.

—Por cierto, cuando hable con su padre dele saludos de Máximo Gutiérrez, estoy seguro de que se acordará de mí —su voz sonaba cansina y agria—, de tal palo tal astilla.... —murmuró mientras abandonaba la habitación el que un día fuera presidente y administrador de Max Galicia S.A.

Poco después Hugo Gelmírez se excusó también para cumplir con sus deberes conyugales. Todos conocían bien a la mujer del notario, mucho más por el terrible genio de que hacía gala que por la belleza picassiana de sus rasgos, algo que, gracias a Dios, no había heredado su bonita hija adolescente.

El ilustre caballero se despidió personalmente de cada uno de los invitados con amistosas palmadas en la espalda, sobre todo demoró su despedida en el hombro de joven Joaquín, puesto que con la otra mano atendía también a los muslos de la preciosa meretriz, que remoloneaba detrás de aquella silla con el ojo puesto en los vasos que se habían quedado medio vacíos. Nadie advirtió, excepto ella, la rapidez con la que la mano de Joaquín se introdujo en el bolsillo de la chaqueta del notario y volvió a desaparecer igual de rauda bajo la mesa con la abultada billetera de cuero del señor Gelmírez. Los ojos de Ada parpadearon divertidos por la situación, se sonrió,

y soportó unos segundos más el rijoso toqueteo del hombre en su nalga. Una vez el notario se hubo marchado, Ada se sentó completamente relajada en una de las sillas vacantes y llenó su vaso de orujo hasta el borde.

—¿Continuamos, caballeros? Solo quedan los valientes...

Néstor correspondió emocionado a su amplia sonrisa y bebió un sorbo más del vaso que ella le ofrecía, mojado aún con el jugo de sus generosos labios. Los tres jugadores restantes continuaron con su envite cada vez más arriesgado. Néstor estaba exultante, ganaba sin cesar una mano tras otra, llevando hasta el límite a sus compañeros de mesa, que se estaban quedando sin un centavo.

Marcelino se retiró de la partida tras perder unas quinientas pesetas, que suponían el sueldo de casi tres meses de trabajo. Se rindió resignado ante la buena estrella Oliveira, pero el joven Ulloa se obstinó en continuar jugando a pesar de que, aparentemente, ya no le quedaba nada por apostar.

Joaquín Morán de Ulloa dirigió una mirada penetrante a la mujer que se había colocado ahora a la derecha de Néstor. Ella sonreía con ambigüedad mientras acariciaba la oreja de su galante compañero con pequeños movimientos circulares.

—Veo un farol —murmuró el bizco ante el asombro de un pletórico Oliveira, que tenía en su mano una jugada maestra y ni siquiera podía evitar la emoción que le suponía verse ganador absoluto de la noche, sus pies agitados golpeaban las tablas del suelo con un sonido hueco e intermitente.

—Si acepta puedo apostar una cosa más —el muchacho apoyó los codos sobre la mesa y miró frente a frente a su contrincante con los ojos entrecerrados.

Un silencio sepulcral se cernió sobre la sala y durante unos segundos no se escuchó en la bodega más que el agónico crepitar del fuego en el lar. Marcelino apretó con suavidad el brazo del joven Joaquín, que mantenía con la mirada una lucha silenciosa con su compañero de mesa.

El chico cesó su envite, cogió un puro de la caja de cartón que tenía a su derecha y lo encendió con parsimonia. Se echó hacia atrás y cruzó la pierna derecha en actitud relajada, mostrando a todos los presentes un calcetín remendado de color azul.

Solo Ada podía observar desde su posición la velocidad que había adquirido el tic de su ojo vago y el leve temblor de su barbilla mal afeitada. Marcelino volvió a requerir su atención con otro apretón en el brazo.

—¿Estás seguro?

Joaquín asintió.

—¿Consiente usted, Néstor? —Marcelino se dirigió al acompañante de Ada con precaución.

—Claro —respondió Oliveira, que no podía creerse su buena suerte, podía apostar su vida a que el joven Ulloa no podría superar la escalera de color que apretaba con vehemencia entre sus dedos—. ¿Qué tienes que ofrecerme, chico?

—Las escrituras de un pazo de mi propiedad rodeado de diez hectáreas de terreno vinícola en la ciudad de Monforte —Joaquín Morán de Ulloa sacó de la pechera de su traje unos documentos amarillos que atestiguó como escrituras de pertenencia y las depositó encima de la mesa, sobre el montón de billetes que pronto encontrarían a su nuevo dueño.

Néstor otorgó su aprobación con un breve gesto, mostró su mano triunfal a la mesa y después se recostó satisfecho en el respaldo de la cómoda silla de madera de la bodega de Marcelino Fariña.

Ada y Marcelino aguardaban expectantes la reacción del joven Joaquín, que dejó las cartas boca abajo sobre el tapiz verde y se cubrió la cabeza con las manos mientras se derrumbaba sobre la mesa, aparentemente abatido.

—¿He ganado?, ¡he ganado! —gritó Néstor enloquecido. Abrazó sin pudor a la prostituta, que acababa de descubrir con lentitud las cartas del joven, disfrutando del tacto sedoso del cartón

entre sus dedos. Flor de picas que no alcanzaba ni de lejos la escalera de Néstor.

—Lo siento, señor Ulloa —murmuró Ada dejando de nuevo las cartas boca abajo sobre la mesa. Correspondió al eufórico abrazo de Néstor y le ofreció un beso, largo y profundo, en la boca. Tras unos interminables segundos se dirigió al dueño de la casa, que continuaba hipnotizado mirando la baraja, sorprendido por la arriesgada y absurda jugada del joven Joaquín.

—Creo que es hora de irnos ya, muchas gracias por todo, Marcelino, ha sido una noche divertida. Por cierto... Néstor, cariño —Ada deslizó uno de sus dedos por la pechera de la chaqueta de su acompañante y acercó la boca a su oído—, sería conveniente que ambos firmaseis un recibí, con esta gente nunca se sabe, no vaya a ser que después se arrepienta y te lo reclame...

Néstor asintió, sorprendido ante la perspicacia de la prostituta, y se apresuró a pedir un papel a Marcelino para recoger el acuerdo, un simple recibí que atestiguaba la transmisión de la escritura. Ada se encargó de que el joven firmase, comprobó que era correcto y después le tendió el papel a Néstor.

—Firma aquí, amor, a continuación del señor Morán de Ulloa.

Ada se apresuró a coger el documento antes de que Néstor se lo guardase en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Será mejor que lo guarde yo, has bebido demasiado y podrías perderlo...

Ada dibujó un puchero en su hermosa boca e iluminó su rostro con una coqueta sonrisa. Néstor besó aquella boca sugerente con ansia y se encogió de hombros, derrotado por la sensatez de su acompañante.

—Tiene razón, he bebido mucho, pero ha sido divertido, gracias por todo amigos, hasta pronto.

Marcelino se levantó para acompañar a los dos jóvenes a la puerta. Néstor, con el bolsillo lleno y el legajo bajo su brazo, ni siquiera echó la vista atrás para despedirse del muchacho, a quien acababa de derrotar.

Si lo hubiera hecho, habría podido ver también una misteriosa expresión en los ojos de Joaquín, quien apenas había levantado la cabeza de la mesa para ver cómo se marchaban el hombre y la puta con su primogenitura.

Después, sorprendentemente, sonrió.

Capítulo 4

Joaquín subió las escaleras de la plaza de la Quintana de dos en dos dejando atrás con rapidez la popularmente conocida como Quintana de los Muertos, parte baja de la plaza que fue usada en la antigüedad como cementerio de canónigos del convento de San Paio de Antealtares.

Se santiguó y apuró el paso para acceder cuando antes a la Casa de la Parra, en lo alto de la escalinata. Sus pies tropezaron con el último escalón y a punto estuvo de acabar con los dientes incrustados en el duro suelo de piedra; demasiado alcohol, demasiada euforia. Marcelino se había empeñado en levantar sus ánimos, se sentía culpable por la mala racha del juego y no le había dejado marchar hasta haber escurrido su última botella de orujo.

—¿Cómo es que no me había enterado de que eras tan rico, muchacho?

—Ya ves, Marcelino, a veces se gana y a veces se pierde, hace un par de años expolié a un fulano en otra partida y ahora viene el portugués y me despluma a mí...

Joaquín compartió con su amigo de muy buen grado el contenido de su bodega, aunque todavía no consideró oportuno hacerle partícipe de la inmensidad de su secreto.

Cuando alcanzó el alto de la escalinata, la Torre del Reloj marcaba las seis de la madrugada. La Berenguela, con sus 9.600 kilos de peso, comenzaba a hacer sonar su badajo y golpeaba con cadencia rítmica la intimidad de su seno ferroso.

El eco afónico de la campana de la Torre de la Catedral resonaba entre las piedras de la plaza como el graznido de un cuervo ronco. Abelardo, al que apodaban el Manco, le había explicado que ese peculiar sonido, que en un principio había sido afinado por su creador, Güemes Sampedro, para sonar en Do grave, se debía a la enorme grieta en su estructura a causa del estiramiento del asa badajera por la excesiva humedad compostelana.

Joaquín temía que la campana estallase en mil pedazos debido a los fuertes golpes del badajo cada vez que escuchaba su sonido. Se imaginaba una lluvia de gruesos pedazos de hierro aplastando las cabezas de los peregrinos que acudían al Obradoiro para rezar a su apóstol. Joaquín sentía ese temor todos los días, y rezaba para que ese momento no llegara en el instante en el que él cruzaba la plaza.

Ignoró la hora tardía y se dirigió ahora a paso ligero hacia la casa de Abelardo, en la que vivía desde hacía una década, en plena plaza de Cervantes. El sonido de sus pasos sonaba como el repicar de los pájaros carpinteros en primavera, sentía su cuerpo etéreo, liviano en su interior. Los planes que con tanta precisión habían trazado durante los últimos meses por fin se habían puesto en marcha, y todo había salido según lo esperado.

Joaquín silbaba a pleno pulmón el himno de la Marsellesa, con las manos incrustadas en los bolsillos, cuando dobló la esquina de la plaza y llegó hasta la oscura puerta de roble que flanqueaba la casa. La agilidad de las notas de aquella canción lo estimulaba, le ofrecía recuerdos felices de su más tierna infancia.

Uno de los recuerdos más vividos que tenía de su niñez era una oscura habitación que olía a humedad, orines y pachuli, así como la presencia de una mujer inmensa, de risa fácil y grito suelto. Al principio aquella hembra monumental, con los ojos pintados de violeta y los labios emborronados con carmín barato, le aterrorizaba y le provocaba oscuras pesadillas que amenizaban sus agitadas noches colmadas de bullicio, pero con el tiempo, incluso llegó a encariñarse con ella ya que, aparte de su hermana Adelaida y el viejo Abelardo, fue la única persona que le ofreció sin reparos unas migajas de afecto.

Viviana la Loba se había propuesto moldear a su antojo a aquel párvulo llorica y asustado que el destino le había arrojado como un fardo providencial, cuando se encontraba a las puertas de la vejez y ya había desistido de hacer granar su útero yermo de vaca vieja.

Aunque en algún momento, ese apego se había apartado de lo estrictamente maternal y con frecuencia terminaba con las rollizas manos de la mujer manipulando un diminuto órgano viril que, ante la asombrosa mirada del niño, crecía y florecía sin pudor cuando ella lo manoseaba.

Lo que más tarde se convirtió en una sacramental costumbre, había comenzado por error una fría noche de noviembre y sucedió en medio de una memorable tormenta que se había llevado la luz por un espacio de varias horas.

Abelardo y Joaquín compartían, como era habitual, un lecho de paja desparramada por el suelo y dormitaban al calor de la lumbre de la cocina de hierro pasadas ya las dos de la madrugada. Abelardo se despertó sobresaltado, juró entre dientes y se levantó con celeridad. Aprovechó la luz de los relámpagos y salió disparado hacia el cubículo lateral que les servía de cuarto de baño, maldiciendo las habas con vino dulce con las que se había atiborrado aquella noche.

Viviana llegó a la casa en silencio tras terminar su larga jornada de trabajo en El Farolillo Rojo. Se dejó caer agotada en el duro suelo buscando la paja caliente y se arrimó a la parte derecha del bulto que resoplaba de espaldas a la puerta de entrada, allí donde debía encontrarse a esas horas, roncando, Abelardo.

Como de costumbre desató el cordón del pijama de franela de su eterno consorte; acompañada de un largo bostezo, se hizo camino a través de la ligera mata de pelo glutinoso hasta que halló el bastón que andaba buscando y lo rodeó con su mano derecha, otorgándole un lento y rítmico movimiento que desembocó en la hinchazón acostumbrada.

Tal vez no se dio cuenta al principio, debido a su extenuación, del escaso pelo que esa noche rodeaba aquel mástil, pero lo que no pudo obviar es que en poco más de un minuto, un vigoroso líquido pegajoso se derramó por su mano con una fuerza inusitada, cuando tenía que reconocer que para lograr exprimir unas pocas gotas del bálano de Abelardo necesitaba casi una hora de pertinaz estimulación.

Viviana retiró la mano azorada y tras limpiarse los restos de la eyección en la raída manta de lana con la que se abrigaban, se cubrió la boca con ella tratando de reprimir una carcajada al percatarse del error cometido. Podía oír al joven Joaquín intentando controlar su respiración desbocada después de haber sufrido su primera eyaculación con apenas doce años; si pudiera verle la cara, se sorprendería de que alguien pudiese ser capaz de abrir tanto los ojos sin salirse de las cuencas.

No dijo nada para no avergonzar al chico, se apartó hacia el otro lado dejando sitio suficiente para cuando regresara Abelardo y se durmió sin más, encantada de haber contribuido a un efímero momento de felicidad de su joven pupilo.

A partir de entonces, Viviana dormía en medio de los dos varones, y de vez en cuando, regalaba al joven Joaquín alguna que otra de aquellas gozosas experiencias; a su vez, él se lo agradecía desviviéndose en aprender todas las cosas insólitas que ella a lo largo de los años se empeñó en que debía ejercitar.

Viviana le adiestró a caminar erguido como un caballero, a hablar con corrección y a comportarse como un noble señor en medio de un banquete, le obligó a bailar hasta que dejó de dar coces como un burro y logró deslizarse sobre el terrazo ligero como una pluma al son de un bolero.

Le enseñó cómo complacer a una mujer para hacerla sentirse como una princesa y, algunos años más tarde, le instruyó también en las artes amatorias para que esa princesa se sintiese a su

vez soberana de su particular reino. De ese modo, Joaquín compensaba de alguna manera el desafortunado feísmo de su rostro, e incluso llegaba a resultar singularmente atractivo para las mujeres que se le acercaban.

Abelardo, en cambio, le enseñó a sobrevivir con los pies plantados sobre la tierra. El que un día fuera uno de los canteros más reputados de Galicia malvivía junto con una prostituta vieja y un niño huérfano, mendigando la caridad de los paseantes y los peregrinos anónimos que viajaban a Compostela.

Una vez que estos alcanzaban la catedral después de la cruenta caminata, eran recibidos sin miramientos por un batallón de pedigüeños que se arremolinaban alrededor de la extensa escalinata que accedía al interior del colosal edificio bajo la atenta mirada de los pétreos apóstoles, custodios del grandioso Pórtico de la Gloria.

Este escuadrón de mugrientos menesterosos, que abusaban sin pudor de aquel momento de exaltación de la fe cristiana, actuaban bajo las expertas indicaciones de Abelardo, el Manco, capitán de los mendigos, quien años atrás había perdido sus dos manos debido a un desgraciado accidente con un torno de gravado mientras moldeaba un bloque de granito para el jardín de un exigente gobernador luso.

Joaquín entró en la casa procurando no hacer ruido. Mordió una manzana roja y brillante que se le ofrecía tentadora desde el frutero de mimbre situado en el centro de la gran mesa de mármol que presidía la cocina, comprobó que el anciano Abelardo roncaba indiferente a su explosión de alegría cerca del fuego moribundo y salió de nuevo a la noche fría de marzo para sentarse en el solitario banco de piedra, bajo el amplio porche de madera.

Sopló con fuerza antes de dejar caer sus posaderas para despabilar el polvillo que generaba el ejército de polillas que roían con porfía las vigas de la techumbre, no quería manchar el traje de boda de Abelardo, ya que pensaba devolverlo al arcón del desván en el mismo estado en que lo había sustraído.

Se recostó contra el duro respaldo y recibió con un suspiro el frío aire nocturno en sus pulmones. Los efluvios del orujo dibujaron una sonrisa boba en sus labios. Sus párpados querían cerrarse, aunque se abrieron de repente para observar el paso de una estrella fugaz, sin duda indicio de buena suerte. El cansancio no le impidió continuar con sus cavilaciones, el húmedo rocío despertaba sus recuerdos, sentía un profundo agradecimiento por aquel que un día lo había acogido con generosidad en su casa igual que a un hijo.

Le debía mucho al viejo malhumorado. Había llegado a casa del Manco por un cúmulo de casualidades que, si bien no habían desembocado en una vida de lujo y bienaventuranza, al menos dormía caliente todas las noches y disfrutaba de un plato de comida diferente cada día.

Los pocos meses que había pasado en El Farolillo Rojo al poco de llegar a Santiago se habían convertido en una bruma de recuerdos en su mente. Abelardo le contó que estuvo muy enfermo, que sus pulmones heridos de tuberculosis suponían un riesgo innecesario para la salud de las alegres meretrices del lupanar, y por eso Viviana decidió llevárselo a casa de su eterno compañero para alejarlo de la inesperada rentabilidad de su decrepito negocio, puesto que la terca hermana del niño bizco se negaba a trabajar si este no era convenientemente atendido.

Todos esperaban que muriese pronto, pero en contra de todos los pronósticos y sin recibir ningún tipo de asistencia médica, Joaquín se recuperó por completo. Abelardo decidió quedarse con él y aprovecharse así de aquellas providenciales, jóvenes y fuertes manos, que a partir de entonces trabajarían por él, puesto que la fatalidad le había robado las suyas. Joaquín se había convertido así en su lugarteniente, puesto que solo le hubiera correspondido por derecho si se tratase de su verdadero hijo, y vivía con dignidad recolectando entre sus congéneres el porcentaje

de ganancias que correspondían al Manco.

Joaquín pensó en Abelardo, en lo injusta que había sido la vida con él.

Hubo un día en que lo tuvo todo: fama, dinero, una mujer joven que calentaba su cama todas las noches y un hijo fuerte y sano que lo idolatraba. Y todo ello lo perdió en unas pocas horas de fatal desenlace.

Ocurrió durante una noche en que se encontraba trabajando en su taller de cantería, en la parte de atrás de la casa de plaza de Cervantes, vivienda que había heredado de sus padres con apenas veinte años tras haber fallecido ambos durante un viaje al extranjero. Tenía por entonces tantos encargos que incluso debía robar horas al sueño para poder entregar los pedidos a tiempo. Pedidos que no siempre eran abonados por sus egregios destinatarios, lo que suponía sin duda grandes altibajos en su economía.

Sucedió durante uno de esos períodos de infortunio, había que prescindir del aceite y las velas que utilizaba a menudo para iluminar el amplio local y por ello debía trabajar en penumbra, casi a oscuras. Su esposa y su hijo dormían en un altillo del taller, un pequeño cuarto de madera que en las frías noches de invierno resultaba acogedor, mucho más que dormir entre las heladas paredes de piedra de la casa principal, la cual no podía calentarse de forma conveniente debido a la providencial falta de ingresos.

Ni cuenta se dio cuando la manga de su chaqueta de lana se enganchó en la rueda de pedernal que usaba como torno mientras realizaba una delicada moldura, cuando sintió el primer ramalazo de dolor en los dedos de su mano izquierda, que empezaban a ser devorados por la rueda de piedra,

. Reaccionó utilizando la mano derecha para liberarlos, con la mala fortuna de que también esta se quedó trabada en el mortal cabrestante.

Aullando de dolor, logró liberar las dos manos y en su alocada huida hacia el exterior para empapar sus heridas en la nieve que se amontonaba en el patio, derramó sin querer la rudimentaria lámpara de sebo sobre las enormes cartulinas que utilizaba para realizar sus diseños.

Se originó un gran incendio; del interior de su taller surgieron en escasos minutos pavorosas llamas amarillentas que devoraron sin compasión los endebles puntales de madera que sostenían el techo de la casa. Un espeso humo negro se elevó sobre los tejados de la ciudad, oscuro y viscoso como el petróleo.

El denso humo estranguló de repente las luces de las farolas, aunque Abelardo, que todavía se lamentaba de dolor arrodillado de espaldas entre la nieve, confundió el resplandor de las llamas con la parpadeante luz de la calle, y no se percató de que el virulento incendio se estaba llevando consigo la vida de la mujer y el niño dormidos hasta que sintió el calor abrasador del fuego a sus espaldas.

Quiso entrar a liberarlos, ignoró el afilado aguijón del humo en sus pulmones y avanzó a tientas entre los rescoldos ardientes, utilizando sus maltrechas manos para abrirse camino entre los tablones derrumbados y llamando a gritos a su familia. Pero ya era demasiado tarde, una gruesa viga le cerró el paso justo cuando estaba a punto de alcanzarlos y no pudo sino observar desesperado cómo los restos calcinados del taller sepultaban sin piedad los dos cuerpos, que permanecieron hasta el final firmemente abrazados sobre el altillo de madera.

Sintió unas manos que tiraban de él y le rescataban del infierno, el canónigo de la catedral había acudido raudo al divisar las volutas de humo y Abelardo se despertó horas más tarde en sus aposentos privados, donde ningún fiel había osado entrar jamás. El cantero sobrevivió aquellos días dormitando entre sábanas de color carmesí, sumido en un profundo trance que ni siquiera le permitió asistir a la despedida de sus seres queridos, cuyos cuerpos habían sido recuperados

varias jornadas más tarde cuando al fin su patrimonio se apagó para siempre en un universo de ceniza.

La bondad y paciencia del canónigo resistieron apenas unos pocos días, hasta que el médico personal del reverendo sentenció que las manos del cantero habían quedado inservibles y había que amputárselas para poder sobrevivir a la infección. Abelardo había perdido sus posibles en el incendio, así que se decidió su traslado al hospital de los desahuciados ya que su recuperación se preveía larga y complicada. La mente de Abelardo tardó meses en recuperar la cordura gracias a la abnegación de una singular prostituta, que no había dudado en abandonar su negocio de forma temporal para dedicarse a él en cuerpo y alma, debiendo dormir durante semanas en el suelo de dicho hospital, al lado de su cama, hasta que por fin le dieron el alta.

Todo eso ocurrió el mismo año en que Joaquín y Ada llegaron a Santiago, en la misma época que Viviana la Loba cumplía por fin su sueño de amancebarse con Abelardo, de quien se había enamorado tontamente en la plenitud de su vida mientras el joven escultor dibujaba bocetos de su cuerpo desnudo para esculpir el mármol que adornaba los jardines de la clase alta santiaguesa.

Ese inaudito año en que Joaquín debió cambiar la parentela de alta estirpe que le había recibido a su llegada al mundo para entrar a formar parte de un clan de rancio abolengo, junto con una puta y un tullido.

Aquel aciago 1912, el año en que todo su mundo cambió.

SEGUNDA PARTE:

LAS HIELES DE LA INFANCIA

Capítulo 5

Santiago de Compostela, diciembre de 1912

El sereno caminaba con paso cansino, avanzaba con gran dificultad por la empinada cuesta empedrada. Sus huesos corroídos por la intensa humedad compostelana crujían a cada paso, provocándole un dolor insufrible. El gran manojito de llaves que le colgaba del cinturón golpeaba su pierna y marcaba el ritmo de la caminata. Clanc, clanc, clanc. El hombre miró su reloj de bolsillo y cantó con voz potente la hora correcta. Siete menos cuarto de la tarde.

Hacía poco que había oscurecido y todavía quedaban muchas farolas por encender, pero él no parecía tener prisa. Se detuvo en lo alto de la cuesta y observó con detenimiento a la pareja que discutía a las puertas de una casa señorial de dos plantas, un poco más abajo. Dos niños pequeños atendían a la escena en silencio, semiocultos tras las faldas de su madre, aferrados a cada una de las manos delicadas de la mujer.

Se dijo que su trabajo implicaba observar lo que sucedía en la calle, así que, sin ánimo de resultar curioso, se caló la gorra de franela y se entretuvo un poco más de lo habitual en encender el farolillo de hierro de aquella esquina.

—Si te mueves de aquí mientras no regreso, juro que arrancaré la piel a tiras de cada uno de tus hijos antes de hacerte tanto daño que suplicarás la hora de tu muerte —el eco de la calle le trajo el sonido de aquella voz susurrante y le provocó una incómoda sensación de alerta, pero consideró que no debía inmiscuirse en las discusiones de lo que parecía una joven pareja de enamorados. Seguro que algo le habría hecho ella para provocar aquella espantosa amenaza.

El hombre siseaba entre dientes mientras sujetaba con fuerza la barbilla de la mujer. El sereno no podía ver bien su rostro debido a la posición en la que se encontraba, pero pudo advertir la anchura de sus hombros y la singular altura del hombre. Llevaba un sombrero negro y un traje demasiado corto que no alcanzaba a cubrir por completo su tobillo, quizás por eso le hacía parecer tan alto. El esbirro hizo sonar la aldaba de la puerta y aguardó hasta que esta se abrió con un desagradable sonido de bisagras oxidadas. Un mozo enteco hizo su aparición en el dintel.

—Me están esperando, avisa de que he llegado.

El hombre aprovechó la pausa para encender un cigarro. Ella vio el momento oportuno, empujó con fuerza al sujeto hacia el interior de la casa, asió la aldaba de hierro en forma de anilla y utilizó el empuje de todo su cuerpo para cerrar la puerta con un gran estruendo. Dudó un instante, giró la cabeza barriendo con rapidez la calle desierta, cogió con presteza a los niños y salió corriendo en dirección a la Alameda.

Sus tacones resonaban en la quietud de la noche como los petardos en el día de la Concepción, el hombre tardó unos segundos en recuperarse y volver a salir por la puerta, después inició su persecución. La mujer se detuvo de pronto a unos cincuenta metros, cerca de un banco protegido por dos sauces frondosos que amortiguaban la luz de otra de sus farolas encendida pocos minutos antes.

Sus botines tropezaban en los bordes irregulares del pavimento de la calle y comprendió que el hombre pronto les daría alcance. El sollozo angustioso de la dama rompió la quietud de la noche, sus gemidos ahogados herían, aquel llanto desesperado le estremeció el corazón. El sereno deseó poder acercarse a ella, quería consolar a la dama de alguna manera, pero sabía que no debía interponerse entre los problemas de la pareja, volvió a repetirse que aquel hombre tendría sus

motivos para tratar así a su mujer.

Parecía una mujer joven, y al contrario que su compañero, vestía con elegancia un bonito vestido bordado de gasa y un coqueto sombrero ladeado, bajo el que se vislumbraba un elaborado recogido trenzado adornado con flores blancas de azahar.

El sereno pudo ver desde su privilegiada posición cómo ella se agachaba y abrazaba a los niños con fuerza, se sacaba un colgante que pendía de su cuello y lo colocaba alrededor de la menuda cabeza de la niña. Los besó con urgencia, en las mejillas, el pelo, las manos, los empujó hacia la boca oscura del parque y después regresó de nuevo calle arriba para enfrentarse con su agresor.

El sereno quería gritarle que no fuese, la mirada perturbada de aquel hombre jadeante causaba escalofríos, sus dientes apretados y el rictus de su boca provocaban terror, pero ella había preferido salvar a sus niños, los tres juntos jamás habrían tenido oportunidad de escapar.

El sereno debería haberse marchado a casa en ese instante, la noche caía espesa y ahogaba con su oscuridad las estrechas calles compostelanas, todavía faltaban muchas farolas por encender. Además, el frío invernal cortaba sus mejillas y hería sus manos artríticas, apenas protegidas por unos ligeros guantes de lana.

No debería darle más preocupaciones a su esposa, ella esperaba su regreso cada día con puntualidad delirante, y aquel retraso le supondría una pequeña reprimenda, pero una curiosidad malsana le hizo ocultarse tras la valla enrejada de un patio y así fue como, sin quererlo, se convirtió en el único testigo de lo que le sucedió aquella noche a la dama refinada.

Asistió al encuentro de la pareja en el punto más iluminado de la calle, bajo una farola doble que derramaba toda la fuerza de su luz sobre ambos, como el proyector de una película de cine de esas que empezaban a emitirse en el moderno Salón de Variedades. Numerosas polillas revoloteaban a su alrededor como un ejército de mariposas furiosas, el sereno se fijó en las gotas de sudor que moteaban la frente del individuo, en las diminutas perlas de saliva que coronaban su bigote, en sus manos poderosas que atenazaban el brazo delicado de la dama. Ella lloraba, sus ojos parecían querer desintegrarse en la sal de sus lágrimas, giró la cabeza hacia la alameda en busca de los pequeños, que aún permanecían en el mismo lugar, sobrecogidos y abrazados, inmóviles de espanto.

Ella les hizo un gesto furioso con la mano para que se alejasen. Los niños dudaban, no parecían comprender las órdenes de su madre, miraban hacia el parque tenebroso, pero no querían introducirse en las fauces negras de la alameda. La pareja discutía, pero el viento se llevaba las palabras en la dirección contraria y el sereno no pudo entender lo que se le exigía a la dama. El hombre se giró y alcanzó a ver a las criaturas debajo del sauce; cuando se toparon con su mirada colérica, se internaron con rapidez entre las sombras de los árboles y desaparecieron en el interior tenebroso del parque.

El hombre violento quiso salir tras ellos, pero dudó unos segundos entre liberar a la cautiva que sujetaba entre sus manos o correr detrás de los pícaros. Entonces la mujer se retorció entre sus dedos, emitió un grito desgarrador y le asestó un puntapié en la espinilla que crujió como un madero quebrado. El hombre rugió sorprendido y soltó momentáneamente a su presa, que apenas alcanzó a dar un par de zancadas con aquellos torpes tacones hasta que se vio de nuevo alcanzada. Sus dedos gruesos se cernieron en torno a la cabeza de la joven, sus manos la zarandearon con tanta fuerza que el sombrero se le cayó al suelo y liberó el cabello hábilmente recogido en su interior, que se deslizó como un torrente de lava por su espalda.

—¡Llámalos!, y díles que vengan. Vamos, puta, ¡hazlo! —con el giro del viento, las palabras resonaron altas y claras en la noche calma.

El abrazo del miedo impedía al viejo sereno respirar. Pudo ver cómo el hombre golpeaba repetidas veces la cabeza de la dama contra la pared de una casa porque ella no se plegaba a sus deseos y se defendía con denuedo de sus embistes a base de feroces mordiscos, después, observó impávido cómo el hombre sacaba de su cinturón una larga daga, cuya hoja afilada reflejó por un instante el brillo amarillento de la luz de su farola.

Quiso gritar para detener lo que, sabía, estaba a punto de suceder, pero las palabras se ahogaron en su garganta y no acertó a reaccionar hasta que vio cómo se hundía el filo mortal en la piel inmaculada del cuello de la joven, que de inmediato tiñó de sangre el corpiño de su precioso vestido bordado.

El sereno salió de su escondite en un acto reflejo sin medir las consecuencias, doblaba en edad al asesino y sus viejas piernas ya no le permitirían correr detrás de él o en tal caso, huir para poder salvar su propia vida.

—¡Alguacil! —gritó con la potencia del pánico—. ¡A mí la guardia!

El agresor miró con sorpresa hacia el viejo, que corría con dificultad calle abajo, preguntándose de dónde demonios había salido aquel esperpento. Echó una última mirada a la mujer, que se debatía en medio de un gran charco de sangre y después volvió su rostro hacia la espesura de la alameda, al lugar por donde habían desaparecido sus víctimas. Maldijo su mala suerte al escuchar el sonido del silbato de los guardias que acudían a la llamada del sereno y que provenía justo del interior del parque.

Echó a correr frustrado en dirección opuesta a la que habían tomado los niños, y desapareció entre las sombras de la noche mascullando su derrota y la decepción por un trabajo mal acabado.

El sereno llegó hasta la víctima sin resuello, se arrodilló y cogió la cabeza de la mujer entre sus manos, la apoyó con delicadeza en sus rodillas y esperó impaciente hasta que por fin llegó la ronda nocturna con el ensordecedor grito de sus silbatos. Su cabello de tonalidades rojizas olía a azahar y su cuerpo desprendía un ligero olor como... a aguarrás. Miró con pena su bonito rostro y le acarició el suave cabello manchado de sangre, retirando las flores rotas de su peinado deshecho. Observó sus ojos de color avellana, todavía abiertos; el reflejo de la muerte inesperada le otorgaba un brillo extraño, sus pupilas atesoraban un millón de lágrimas que no había tenido tiempo de derramar. Tomó las manos de la mujer entre las suyas y observó sus uñas, algunas tenían restos de pintura seca, de ahí aquel penetrante olor que ahora identificó como trementina. Quizás se tratase de una gran artista, o simplemente había estado pintando monigotes con sus hijos la tarde anterior, seguro que había sido una gran madre.

Los guardias apartaron al sereno con profesionalidad y se hicieron cargo del cuerpo exánime de la hermosa dama. En el hueco que había dejado su cuerpo sobre las losas de piedra y que todavía no se hallaba corrompido con la sangre derramada se formaron unos diminutos círculos de agua a los pies del sereno.

—Empieza a llover —acertó a decir el viejo.

Uno de los guardias le pasó un brazo amable por los hombros.

—Váyase a casa, Manolo, mañana podrá hablar con el comisario para explicarle lo sucedido.

El sereno no se percató de que aquellas gotas no caían del cielo despejado, inundado de estrellas, sino que brotaban de sus propios ojos, que habían quedado prendidos en el rostro de la mujer, a la que pudo haber salvado de aquella muerte horrible pero no logró encontrar el valor suficiente para detener su mala hora.

Se acordó entonces de los niños y relató de forma atropellada a los policías la escena que había presenciado poco antes. Buscaron sin éxito a los pequeños entre los árboles, pero la oscuridad era demasiado densa en el interior de la alameda, donde el alcalde todavía no se había

decidido a colocar el alumbrado público como había prometido.

Sobre la hierba que crecía desordenada debajo del banco, el sereno vio relucir un objeto, pequeño y aplanado, no más grande que la yema de su dedo meñique. Lo miró con perpleja curiosidad y se preguntó si no se le habría caído a alguno de los niños en su loca huida. Parecía una medalla, a través de sus ojos cansados le pareció distinguir una brillante flor blanca que reinaba en aquel botoncillo olvidado.

Lo aferró en su mano y después se dejó caer abatido en uno de los bancos, cubrió su rostro con las manos artríticas y lloró, lloró como nunca había hecho, y no le importó que los transeúntes noctámbulos se detuviesen sorprendidos al escuchar sus gemidos agónicos; no había podido salvar la vida de aquella hermosa mujer y ahora sentía que también condenaba a aquellos niños a una muerte segura. El hombre de la daga seguro que porfiaría en su búsqueda como le había prometido a la mujer; fuera lo que fuera lo que le hubiera hecho la que creía su esposa, no se merecía aquel castigo, y la inocencia de unos niños tan pequeños jamás les harían merecedores de un padre tan cruel.

Sintió las manos gruesas de uno de los agentes sobre sus hombros, un mozo a quien conocía desde pequeño por haber jugado con sus propios hijos en las calles de su humilde barrio, y se irguió exhausto.

—Déjeme que le acompañe a casa, Manolo, ya es muy tarde, doña Rosa estará preocupada.

Y se dejó ir. No podía saber que aquella mujer no era la esposa de su agresor, ni los niños sus hijos, y no podía saber que sus vidas ya estaban condenadas desde mucho antes por los sucesos ocurridos en una lejana ciudad del norte pocas jornadas atrás. El sereno no podía imaginar las dimensiones de la tragedia que embargara a aquella familia, ni las consecuencias de haber permitido que aquellos chiquillos huyeran del hombre que había dado muerte a su madre.

Por más que quiso desenredar la enmarañada madeja de aquel enigmático suceso, y dedicó el resto de su vida a descubrir quién había sido aquella joven que había expirado entre sus brazos, nadie pudo desentrañar el misterio.

Los guardias descubrieron atónitos que en aquella casa señorial junto a la que había fallecido la joven no vivía, ni había vivido nadie, en los últimos años. La casa, cerrada a cal y canto, pertenecía al Sindicato de la Justa Vendimia, y tan solo era utilizada en contadas ocasiones por el ilustrísimo don Eugenio Montero Ríos, el que era presidente del senado, para despachar las múltiples peticiones que se le planteaban en cuanto pisaba la ciudad de Santiago.

No pudo demostrarse la identidad de la mujer, ni tampoco la del asesino, y el rastro de los dos niños se perdió para siempre en la marea de indigentes que abarrotaban las calles compostelanas.

Si no fuese por aquel cadáver olvidado en la fosa común del cementerio de santa Susana, todos habrían pensado que lo que sucedió esa noche en la ruela de San Clemente había sido producto de la mente calenturienta del sereno, a quien a veces se le escapaba la mano con el orujo.

Pero él sin embargo no podía olvidar. Buscaba sin éxito los rostros difusos de aquellos niños entre la gente que le rodeaba cuando caminaba por los estrechos pasillos de apretada vegetación del parque de la Alameda, imaginándose la transformación que habrían sufrido en sus cuerpos adolescentes a través de los años.

El viejo sereno se desprendió del único objeto que le ligaba a aquella historia terrible pocos días antes de que la muerte se lo llevara. Intentaba hacer desaparecer así las pesadillas que cada noche acudían para atormentarle, en las que siempre aparecía el bonito rostro de aquella mujer que vio morir.

Se lo vendió a un orfebre de la azabachería y donó el dinero obtenido a la Inclusa de Santa Susana, orfanato que había tomado nombre de la esposa de un famoso cantero fallecida en un

desgraciado accidente, y que había dedicado su vida a los más necesitados. Pensó que podría contribuir al menos a saciar el hambre de algún huérfano abandonado, ya que no había podido saber jamás qué había sido de aquellos dos niños que le acompañaron en su memoria durante sus años más amargos.

Capítulo 6

Viviana observó a aquel par de chiquillos con mirada crítica, ambos dormían abrazados en el suelo de la cocina. Se preguntaba de dónde habrían salido. Sus finas ropas de exquisita confección y el fuerte acento del norte indicaban sin lugar a dudas que no eran simples mendigos, sin embargo, ambos estaban cubiertos de mugre y parecían muertos de hambre.

Pensó que la chiquilla podría servirle, don Filomeno, el maestro, había ofrecido una buena propina para desflorar a la párvula y no estaban los tiempos para desaprovechar semejante oportunidad. El niño en cambio... era terriblemente feo y causaba la hilaridad de las demás prostitutas que se habían arremolinado a su alrededor para recibir a la curiosa pareja. Mamá Freda tuvo que intervenir para que soltara la mano de su hermana, las sobras del guiso de judías del día anterior había obtenido los efectos esperados. El niño solo parecía calmarse ante la presencia de Mamá Freda, se arrimaba a su cuerpo generoso y acariciaba los dos lunares en forma de corazón que lucía en la mejilla derecha, de un color castaño claro, un tono muy parecido al de su pelo y sus ojos de vaca vieja.

Lograron así que se olvidara por un buen rato de su hermana, cuyos gritos se escuchaban hasta en el último rincón de El Farolillo Rojo mientras compartía habitación con su primer pretendiente.

Que exageración, don Filomeno era un hombre muy cariñoso, ninguna de sus chicas se había quejado tanto nunca. Viviana no podía acordarse ya de su primera vez, hacía demasiado tiempo y demasiados también los hombres con los que había yacido, pero recordaba que desde muy pequeña, el sexo había sido como un juego para ella. Tendría que explicarle un par de cosas a la chiquilla y, sobre todo, obligarla a que dejase de berrear como un cerdo en el matadero. Los demás clientes podrían espantarse, utilizaría una mordaza si era necesario.

Tras un par de días, había desistido de conocer su procedencia, los niños se negaban a contestar cuando les preguntaba dónde estaban sus padres; la mayor parecía avezada y segura de sí misma, a pesar de que le había costado un poco acostumbrarse a las comidas de El Farolillo Rojo que dejaba prácticamente enteras en el plato, aun así, pronto logró adaptarse a los turnos del establecimiento; no así el hermano, que lloriqueaba día y noche mientras se ahogaba en los estertores de una persistente tos que no parecía querer abandonarlo, a pesar de las tisanas de agua de cebolla que Mamá Freda le obligaba a tomar cada pocas horas. Viviana temía un desenlace fatal de un momento a otro, valoró los riesgos de que aquel mocito falleciese en su local, pero la chiquilla resultaba un potente reclamo para sus clientes y pensó que, en caso necesario, podría contar con la ayuda de Abelardo para deshacerse del cuerpo.

La niña decía llamarse Adelaida, o Ada, como la llamaba su hermano, parecía fuerte y sana, pero era obstinada y terca como una mula, se había negado en redondo a deshacerse de sus ropas harapientas durante días e insistía en salir cada tarde unos minutos para caminar hasta la alameda.

—¿Adónde vas a estas horas?, está anocheciendo.

—Tengo que salir, ¿esto no es una cárcel, verdad?, no te preocupes, me sé el camino de vuelta.

Viviana la había seguido durante unos días para ver qué demonios hacía en el parque, pero pronto se había aburrido de seguir sus pasos. La niña caminaba a toda prisa hasta la zona más meridional de la alameda incluso aunque el cielo zozobrase, se sentaba en uno de los bancos, siempre el mismo, y después regresaba a El Farolillo Rojo cabizbaja, arrastrando los pies y sollozando en silencio. Quizás iba en busca de alguna persona o quizás solo quería estar un rato a solas, Viviana pronto dejó de preocuparse de esas pequeñas salidas que poco a poco se fueron

espaciando en el tiempo, porque ella siempre regresaba al cabo de unos minutos, y cumplía generosamente con su trabajo.

Sus clientes se habían multiplicado desde que se corrió la voz que en El Farolillo Rojo actuaba cada noche una bonita muchacha, sangre fresca para un negocio que se sabía estancado en las mismas putas de siempre, cada día más viejas y ajadas.

Todos querían ver a la niña, que adoptó para su nueva vida el nombre del personaje del cuento que cada noche le leía su madre. Heidi, que también se llamaba Adelaida, y había sufrido como ella, de niña, la pérdida de sus padres.

Viviana la hacía bailar sobre una improvisada tarima en el centro del salón mientras los clientes ofertaban su puja, con su menudo cuerpo apenas cubierto por un ligero vestido de gasa, que prometía placeres inconfesables con tacto de melocotón; conseguía con esos pocos minutos de baile que la joven se relajase un poco y no gritase como un becerro cada vez que uno de los hombres la tocaba.

Ada deslumbraba con el insinuante movimiento de sus jóvenes caderas, movía con gracia sus hombros al son de la música y sonreía a todos aquellos hombres con su boca pintarrajeada de carmín, dejando entrever unos pequeños dientes blancos como la espuma. Pero sus bonitos ojos dorados no sonreían, en las diminutas pupilas se vislumbraba la furia de una tormenta que solo estallaba en el momento de subir a colmar las expectativas del cliente de turno, cuando exigía a Viviana que diera las medicinas a su hermano y se aseguraba de que recibía una copiosa y nutritiva comida antes de comenzar su trabajo.

Los ingresos que supuso la llegada de la niña compensaron a Viviana por los recelos que despertó su inesperada aparición y atenuaron la molesta presencia de aquel feo niño enfermizo. Jamás consiguió sacarle ni una palabra a ninguno de los dos acerca de su procedencia, así que aceptó sin más su advenimiento y lo consideró como un regalo del destino.

Viviana se enteró de la aparición de la mujer asesinada por el joven Rubén, uno de los policías que habían descubierto el cadáver y cliente habitual de su lupanar desde que no era más que un adolescente. El policía le confesó su frustración por el estancamiento del caso después de un azaroso ayuntamiento. A pesar de su juventud, Rubén excedía bastante su peso habitual, así que debían detenerse a descansar entre acto y acto, momento que aprovechaban para conversar.

Rubén necesitaba desahogar a menudo su masculinidad en El Farolillo Rojo y su joven esposa Zaida se lo permitía, siempre y cuando se sacudiese antes de llegar a casa los chinches y ladillas que pudiera portar. A Zaida no le gustaba el sexo, más bien lo detestaba, después de haber soportado durante años las excesivas atenciones de un hermano de su padre con el que convivía; únicamente lo practicaba una vez al mes, según los preceptos del matrimonio, para poder concebir los retoños que Dios quisiera enviarles y que, hasta el momento, no había tenido a bien otorgar.

No hacía falta atar muchos cabos para deducir que los niños desaparecidos de los que hablaba Rubén eran los mismos que habitaban desde hacía pocas semanas en El Farolillo Rojo, pero Viviana se cuidó mucho de no dar ningún tipo de detalles acerca de sus jóvenes invitados.

Rubén conocía, por supuesto, la presencia de una nueva meretriz en el lupanar, pero no era especialmente libidinoso y no se interesó demasiado por ella, desde el primer instante en que había pisado aquel local hacía más de diez años, la Loba había satisfecho con habilidad sus ardores. Disfrutaba de la singular relación que los unía, Viviana le recordaba mucho a su madre, grande y fuerte, todo lo contrario que su empalagosa mujer. A veces se preguntaba por qué demonios se había casado con ella; ni siquiera era bonita, además, aquella lástima que sentía en un principio después de lo mal que ella lo había pasado se había convertido en un tedioso aburrimiento que a duras penas lograba soportar. Por eso acudía dos veces a la semana a El

Farolillo Rojo, donde se entretenía con los chismes de las putas, que siempre tenían algo que contar.

El policía le confesó a Viviana que nadie había reclamado a los chiquillos ni había denuncia por la desaparición de la dama, y que tan solo la obstinada insistencia del viejo sereno mantenía el caso abierto. Comentaron durante unos minutos la extrañeza del caso, una mujer joven y al parecer bastante acomodada no pasaría desapercibida entre la empobrecida sociedad compostelana, aunque bien era cierto que la afluencia de peregrinos había ido aumentando desde hacía unos años y aquella joven familia podría haber llegado desde cualquier lejano punto del país.

Viviana pensó que nada ganaba descubriendo la existencia de aquellos dos mocosos, y, al contrario, tenía mucho que perder si entregaba su nuevo filón a los guardias, que poco podrían hacer más que llevarlos a un orfanato donde escaso mejor futuro les esperaba que en su cálida casa. Acarició con descuido el pecho veloso del policía, removió juguetona las abundantes grasas de su barriga y concentró sus caricias en el bajo vientre del hombre.

—Olvídate de esos niños, Rubén, seguro que ya habrán vuelto a su casa.

Viviana no se atrevió a comentar las cuitas del policía con ninguna de sus compañeras de oficio, prohibió cualquier conversación que versara sobre aquel fatal asesinato para que la niña no pudiera enterarse jamás del destino que había sufrido su madre, y cerró el tupido velo de silencio con la excusa de evitar malos presagios en el lugar donde se daba culto al amor.

Tan solo discutió con Abelardo la conveniencia de mantener en secreto la llegada de los niños y sacar al pequeño Joaquín del lupanar para que todos pudieran olvidar así su incómoda presencia, y evitar de paso el grave inconveniente de que alguien hallara su cadáver en el suelo de la cocina una mañana cualquiera al despertar.

Viviana siempre había anhelado tener un hogar propio a pesar de que había nacido y crecido en El Farolillo Rojo, una casa donde podar soñar que era una mujer decente que cuidaba con devoción a su marido y de estar al cargo de un ejército de niños que por desgracia nunca habían llegado. Solo pudo alcanzar ese sueño a medias, y ya entrada en la decrepita senectud, cuando por fin se amancebó con Abelardo y se convirtió en la única dueña de su casa de plaza Cervantes.

Su madre había sido también prostituta, y su abuela, así como la abuela de esta. Varias generaciones de pelanduscas se habían sucedido a través del tiempo y Viviana no supo jamás lo que era sentirse parte de una familia normal, contar con la protección de un padre y jugar de forma despreocupada con un sinfín de hermanos.

En su lugar, decenas de prostitutas de todas las edades hacían las veces de progenitoras hasta el punto de que no sabía a ciencia cierta cuál era la mujer que le había dado realmente la vida. Todas eran una gran familia que se protegían y cuidaban entre sí, pero jamás había podido disfrutar de aquel amor fraternal que le describían algunos de sus visitantes, ese amor profundo por el que algunos estaban dispuestos a matar. Lo suyo era pura camaradería y también una competencia feroz por llevarse a los mejores clientes, pero nunca había sentido ese amor verdadero.

Hasta el día en que conoció a Abelardo. Ese hombre reencarnaba todos sus anhelos, era increíblemente guapo, sus ojos de un color azul profundo resaltaban en su tez morena y miraban con curiosidad felina todo lo que se hallaba a su alrededor. Era atento y educado, todo un caballero. Abelardo de Sousa era sobre todo un artista; ella recién estrenaba el cuarto de siglo cuando le vio por primera vez en El Farolillo Rojo. Creyó que él acudía al lupanar para desahogar su pasión y aliviar su rutina, y se prometió que aquella noche ella sería la afortunada.

Viviana se desprendió de sus escasas ropas y se presentó delante del joven completamente

desnuda ante el asombro de sus compañeras, que jamás le habían visto reclamar un cliente con tanto descaro. Sus carnes, todavía prietas, lucían con esplendor en un cuerpo que no parecía acusar el paso del tiempo. Era una mujer hermosa y lo sabía. Su largo cabello rubio, resultado de largos baños de camomila y vinagre, relucía bajo la luz de las velas que iluminaban la estancia y caía como una cascada por su cuerpo, cubriendo a duras penas los pechos plenos de su madurez. Las puntas rizadas del pelo morían justo a la altura de su sexo, rasurado por completo como buena meretriz.

Ella le miró con intensidad felina, inerte en medio de aquel cuarto; sus manos caían con una elegante postura natural a ambos lados del cuerpo y su reflejo se multiplicaba a través de los abundantes espejos que decoraban el salón.

Abelardo observó atónito aquella sucesión de imágenes que le mostraban el cuerpo perfecto de una ninfa, admiró su piel blanca sin ningún tipo de mácula, lunar o imperfección, sus piernas largas y sus pies finos y delicados como los de una niña. Advirtió la turgencia de sus nalgas y la curva sinuosa de su espalda, el óvalo de su cara, la suavidad de sus rasgos, sus ojos grises como una nube espesa y el largo cabello que descendía por sus costados como un torrente de fuego líquido.

Supo sin lugar a dudas que ella era la persona que había ido a buscar, la modelo perfecta para el importante encargo que le habían hecho aquella mañana. Viviana no dejó entrever su desilusión al descubrir que Abelardo tan solo quería modelar su silueta en un bloque de fría piedra, le acompañó orgullosa hasta su taller de la plaza de Cervantes ante la mirada envidiosa de sus compañeras y se instaló resignada en la parte de atrás de su obrador, donde el cantero trabajaba día y noche.

Abelardo le pidió que se colocara sobre un diván azul que surgía entre un mar de cortinas de terciopelo. El calor de las telas, junto con la elevada temperatura del local en pleno mes de agosto, dibujaba gotas de sudor sobre su cuerpo desnudo. Viviana aspiraba con deleite los vapores de los productos que utilizaba el artista para limpiar la piedra, el olor de la trementina y los diferentes aromas de la pintura que conformaba sus diseños. Primero pintaba y ella debía quedarse completamente quieta, luego esculpía, y ella caminaba a su alrededor en silencio, admirando la precisión de los golpes de su cincel.

Estaba convencida de que tarde o temprano Abelardo de Sousa acabaría sucumbiendo a sus insistentes miradas, que derivarían sin duda en expertas caricias, pero el joven solo parecía querer verla con sus ojos de artista. Viviana se insinuaba de forma insistente, abría sus piernas hasta extremos exagerados para mostrarle la profundidad de sus encantos, pero él prefería la curva de sus rodillas o la redondez de sus pequeñas orejas antes que la vista succulenta de aquel prometedor jardín encantado.

Sus ojos solo mostraban ternura y brillaban ante la presencia de su lozana esposa, una joven menuda y morena que cada día le traía su comida al taller con puntualidad enfermiza. Con ella se permitía un breve descanso para poder compartir la cesta de manjares que traía y desfogar a veces los vigos de la juventud.

Viviana no podía evitar sentir que se le revolvía el alma cada vez que aquella mujer aparecía y notaba el frío desprecio con que la miraba; desde el rincón donde ella misma debía tomar su almuerzo, cubierta su desnudez por una tosca manta de lana, observaba con odio voraz cómo aquella pareja compartía su comida, ajena al dolor que despertaba en ella el sonido de sus risas.

Ella era mucho más bonita que la mujer de Abelardo, con aquella nariz aguileña y sus dientes grises y desordenados. Su vientre también podría ofrecerle preciosos niños que corretearan entre las herramientas del abarrotado taller, sabría prepararle los más succulentos platos y le haría

alcanzar las estrellas si quisiera probar, tan solo por una vez, las expertas caricias aprendidas de varias generaciones de mujeres que habían dedicado sus vidas al placer más sublime.

Pero el tonto de Abelardo no mostró nunca el mínimo interés hacia ella de la forma en que deseaba, amaba con desesperación a su esposa, a la que conocía desde que solo era un niño. Abelardo y Susana habían crecido juntos en el mismo barrio, acudido a la misma escuela, compartido juegos en el mismo patio. Incluso se habían ido juntos de vacaciones a las rías bajas, puesto que los padres de ambos trabajaban en el ministerio de Agricultura y se conocían desde hacía décadas.

Abelardo admiraba el desparpajo de su amiga, se reía de sus chistes y participaba de su osadía, siempre estaba dispuesta a echar una mano a cualquiera que precisara de su ayuda. No era la mujer más bonita del mundo, pero era todo lo que él deseaba. Ella aportaba una pícaro mirada a sus diseños, que los hacía únicos y muy valorados por la rígida sociedad compostelana.

Susana era pura energía, le había ayudado a crecer como artista y como persona. Era voluntaria en el orfanato de la ciudad y dedicaba todos los días de su vida a cuidar de los más necesitados. Abelardo la admiraba por ello, y por la eterna sonrisa que lucía en su boca a cada instante, mostrando al mundo sus dientes desordenados.

Pero su cuerpo no era suficientemente hermoso para desenvolverse como modelo y por ello Abelardo debió buscar en los burdeles de la ciudad a una mujer desinhibida que le sirviera a tal fin, lo que había provocado la primera riña de los enamorados. Susana detestaba la prostitución y todo lo que ese mundo acarrea. En su orfanato la mayoría de los niños provenían de los diversos prostíbulos compostelanos, hijos de furcias aborrecibles que no sabían qué hacer con el fruto de su pecaminoso oficio y dejaban a sus retoños abandonados en las sucias cunetas de la ciudad.

Ella los recogía de entre las moscas, lavaba sus cuerpos mugrientos y curaba las llagas producidas por las mordeduras de las ratas. Les veía crecer, desprovistos de cualquier oportunidad para desenvolverse en la vida, tristes y solos como almas en pena. A veces no sobrevivían al primer año, otras un poco más, y a todos ellos trataba de darles unas migajas de cariño para que al menos disfrutaran de un sentimiento hermoso durante sus fugaces y anodinas vidas.

Viviana soportó sin merecerlo los comentarios hirientes de Susana durante años, pues fueron muchas las veces que Abelardo acudió a El Farolillo Rojo en su busca, pero tan solo para poder plasmar su imagen perfecta sobre el lienzo o la piedra. Viviana dejó consumir los últimos rescoldos de su juventud en una sucesión de sentimientos de amor y odio hacia aquel hombre que tanto parecía ignorarla como admirar con pasión las curvas de su cuerpo, el cual iba deformándose con cruel eficacia con el paso de los años.

Temía y anhelaba el día en que Abelardo ya no se mostrara fascinado por ella.

Hubo un tiempo en que creyó vislumbrar algún sentimiento en su fría relación, pero tan solo fue una breve quimera que terminó con brusquedad al poco de empezar. Quiso el destino que ella se quedara embarazada por primera vez en la decrepitud de su vida de alguno de sus clientes, al mismo tiempo que la mujer de Abelardo le anunció también que pronto le daría un hijo.

Abelardo admiró fascinado los cambios que experimentó el cuerpo de Viviana los primeros meses de gestación, reconociendo las mismas formas que también advertía en el de su menuda esposa a medida que el niño crecía en su vientre.

Viviana se percató de esas miradas furtivas, del novedoso interés con que él la observaba en silencio y que difería mucho de la mirada calculadora con la que hasta entonces la había estudiado. Le sorprendía mirándola incluso cuando, una vez terminada la dura jornada de trabajo,

ella cubría su cuerpo con su sencillo vestido de raso. Era durante esos extraños instantes que Viviana se recreaba en el placer de sentirse admirada y demoraba con precisión la caída de la tela sobre su cuerpo.

Un día la sorprendió pidiéndole que le dejara acariciar sus pechos llenos y la incipiente redondez de su abdomen. Ella casi lloró de alegría al sentir por fin las manos rudas del hombre amado sobre su cuerpo infiel y se recreó durante mucho tiempo en ese sentimiento extraño; sintió con deleite el tacto de sus dedos tocando con cuidado sus pezones hinchados y sensibles. Abelardo acercó su rostro hasta el punto de rozar su piel con el aliento de su boca y Viviana creyó morir de deseo cuando aquellas caricias etéreas se acercaron al punto más bajo de su torso.

—Ella no me deja tocarla —le confesó Abelardo con pesar—, quisiera poder sentir también de esta manera a mi hijo crecer en su seno.

Susana se había transformado con la maternidad. Había dejado de acudir al orfanato, de llevar la comida a diario a su esposo al taller, incluso de recriminar a Viviana la escasa decencia que regía su vida; su rostro se volvió agrio y ya no sonreía como antes. Lo que debería haber sido el acontecimiento más feliz de sus vidas se había transformado en una inesperada pesadilla. Su estómago expulsaba la comida que se obligaba a ingerir, y su cuerpo se había ido consumiendo hasta el punto en que su voluminosa barriga le hacía, a veces, perder el equilibrio, y se caía sin más en el lugar menos pensado.

—Se siente culpable porque nuestro hijo pueda disfrutar de todo de lo que los otros carecen en el orfanato, ¿qué puedo hacer para que ame a nuestro bebé?, a veces pienso que el niño va a acabar devorándola por dentro, su cuerpo parece de papel, tiene las venas hinchadas y la piel grisácea. Tu vientre en cambio rebosa plenitud, es tan hermoso...

Viviana se levantó como si los dedos de Abelardo quemaran, se vistió y salió corriendo del taller con los ojos inundados de lágrimas ante la mirada sorprendida del artista, que no llegó a entender aquel cambio repentino de humor.

Lloró con amargura ese breve momento de ilusión y le pidió a la que consideraba su madre las hierbas ácidas que tomaban las prostitutas que caían embarazadas, a pesar de los cuidadosos lavados vaginales con sal y vinagre que se aplicaban al finalizar su jornada. No había querido interrumpir su embarazo ante el creciente entusiasmo de Abelardo por su cuerpo floreciente, pero ahora se percataba del tremendo error que había cometido.

—Ya es demasiado tarde, Viviana.

Ella no aceptó sus palabras, no quería el niño, no quería volver a ver a Abelardo, ni quería que él adorara su cuerpo como objeto de la frustrada relación insípida que mantenía con su mujer. No había ningún futuro para ella, siempre sería una prostituta infame.

Viviana hizo su primera y última locura de amor aquella noche. Buscó las afiladas tijeras de costura que guardaba en su cuarto y con un valor inexplicable, hundió con decisión su filo alargado en el vientre que él había admirado, con un grito atroz que estremeció a toda la congregación del lupanar.

De alguna manera logró sobrevivir a aquel desatino gracias a los desesperados cuidados de las prostitutas de El Farolillo Rojo, pero su cuerpo perdió para siempre la perfección que Abelardo buscaba en ella, así que, asombrado y profundamente abatido por el sentimiento mortífero que sin pretenderlo había despertado en la prostituta, prometió alejarse de ella para siempre y ya no volvió a poner sus pies en El Farolillo Rojo.

No volvieron a verse hasta varios años después, cuando ella acudió en su busca para consolarle tras el fatídico accidente que le arrebató la vida de esplendor que hasta entonces él conocía y sacarle de aquel profundo trance. El incendio de la factoría se había llevado todo lo que

él amaba, perdió a su familia y también su taller, pero sobre todo perdió la capacidad de volver a crear belleza con sus hermosas manos de artista, lo que despertó la compasión de Viviana, que supo encontrar fuerza para los dos.

Ella se había convertido en la meretriz más cotizada de la rúa do Pombal, su fuerte carácter y su serena belleza hipnótica atraían a los hombres compostelanos hacia El Farolillo Rojo, y ella los consolaba a todos de la manera eficaz en que sus antepasadas le habían enseñado. Aquellos hombres acudían a ella en busca de consuelo, bien para curarse de la aburrida rutina conyugal, bien para llorar en su hombro las miserias que les acechaban tras sus despensas vacías.

Viviana lamía sus heridas como haría una loba con sus cachorros y los acogía a todos por igual. Los hacía sentir importantes y le daba a cada uno lo que quería, eso sí, a cambio de su dinero. Alababa sus nobles atributos o escuchaba sus penas con infinita paciencia, pero jamás se permitió sentir ni un asomo de compasión, dolor o tristeza por aquellas almas descarriadas. Su corazón había cicatrizado y perdido la capacidad de amar años atrás, al mismo tiempo que había perdido también la potestad para poder crear una nueva vida.

Sin embargo, algo se rompió en su interior cuando se enteró de lo que le había sucedido a Abelardo. Salió en su busca cuando el joven Rubén, recién ocupada su plaza de policía, le contó que el cantero agonizaba de murria en el hospital de beneficencia, sin padres ni hermanos que le amparasen y abandonado también por la familia de su mujer fallecida ya que le culpaban del óbito de madre e hijo.

Viviana dedicó sus días y sus noches a velar por su recuperación y después le ofreció sus manos sanas para poder manejar aquella casa grande y fría. Abelardo se dejó llevar por su desbordante vivacidad, aceptó sin inmutarse el dinero de la prostituta para restaurar la casa, asistió impasible a la limpieza de los restos del taller incendiado, le permitió indolente remover el suelo calcinado y plantar un pequeño jardín sobre las cenizas de su esposa y su hijo. Viviana ordenó levantar un pequeño muro hacia la calle e instalar una bonita fuente debajo de una parra de campanillas color violeta.

De ese modo, Viviana recreó su sueño olvidado y entró a formar parte de la vida rota de Abelardo. Ni la escasa voluntariedad de sus antiguas amistades ni el inmenso caudal de conocimientos que atesoraba el artista lograron que Abelardo recuperase la dignidad de su antiguo trabajo como pretendía Viviana, que le veía consumirse día tras día en un pozo de mortal aburrimiento. A Abelardo se le escapaban las horas sentado delante de la catedral admirando la exquisita obra de artistas ajenos, entretenido también en las continuas trifurcas de los menesterosos que pedían su limosna en la plaza del Obradoiro, justo delante de aquel templo imponente. A veces intervenía en las discusiones, harto de tanta gresca.

—Si os repartierais en turnos de tres horas no agobiaríais tanto a los fieles y recaudarías más limosna. Además, os empeñáis en apostarros en esta plaza cuando la zona de las Platerías está vacía, allí hay multitud de paseantes con posibles, caballeros que buscan joyas para sus damas, y damas que exigen prendas a sus queridos. Aquí solo hay beatas y curas rancios a los que apenas les suenan los bolsillos.

Fue así como sin quererlo, Abelardo se convirtió en consejero y adalid de los mendigos, que supieron aprovechar su ácida inteligencia para sacar mayor rendimiento a su negocio. A cambio, eso sí, de una pequeña compensación que poco a poco se fue incrementando hasta suponer un aceptable modo de vida que acabó por devolverle la dignidad de la supervivencia al artista malogrado.

Viviana le acompañó en todo ese proceso, le inundó con un torrente de amor largamente reprimido y él se dejó llevar de la mano de la Loba hacia la serena tranquilidad de una senectud

planificada a conciencia por la experta mano de la puta redimida.

Capítulo 7

—Tengo un niño pequeño en El Farolillo Rojo —Viviana sacó con tiento la conversación durante la cena.

Iba metiendo pequeños trozos de carne en la boca de Abelardo mientras él masticaba obediente la comida que ella le ofrecía. El fuego crepitaba en la chimenea, repartiendo el calor por toda la casa, pero aun así el hombre tenía los labios morados de frío. Todavía no se había quitado los gruesos guantes de lana que cubrían sus muñones recién cicatrizados, ni tampoco la bufanda roñosa que ceñía su cuello.

Gruesas manchas blancas de moho relucían en las paredes de piedra en casi todas las esquinas. El cuarto era espacioso, iluminado por un gran ventanal que daba a la calle. Los cristales lloraban gruesas gotas de humedad allí donde la madera se había agrietado y dejaba entrar con timidez la lluvia del norte que arreciaba en el exterior.

Una sencilla pileta de piedra hacía las veces de fregadero y un brasero aseguraba la provisión de comida caliente todos los días. El mobiliario no podía ser más escueto, una gran mesa de mármol blanco con sillas de madera y un estrecho jergón que nunca se había usado porque a los habitantes de la casa les gustaba dormir en el suelo, en un improvisado lecho de paja cerca del fuego.

—¿Recuerdas a la mujer que asesinaron hace unas semanas en San Clemente? —ella le alcanzó el vaso de vino y esperó que tomara unos sorbos antes de volver a dejarlo sobre la mesa.

Abelardo asintió y sus ojos brillaron con interés por unos segundos. Después le pidió con un gesto de la cabeza que continuara dándole su comida.

—Esos niños que buscan..., están en la casa del Pombal. El pequeño está enfermo y es débil, pero tal vez con buena comida y algo más de calor se recuperará. Podría serte muy útil, Abelardo, te daría tus masajes en los brazos y no tendrías que esperar hasta que yo llegue para que encienda el fuego y te haga la comida.

Abelardo no contestó, siguió masticando mientras pensaba en la propuesta de Viviana. Ella revolvía las verduras del plato con la cuchara, apartando los pequeños trozos de zanahoria, que sabía que él detestaba.

—Te haría compañía... —dijo ella con suavidad.

—No quiero problemas con la policía —masculló él, decidido—, no puedo arriesgarme a perder mi posición en el Obradoiro, es la mejor zona para mendigar.

—Pero podrías llevártelo contigo, un niño sacudirá mejor los bolsillos de los peregrinos, ellos despiertan más lástima y podría hacerte ganar mucho dinero. Serías más respetado, Abelardo —insistió ella.

—¿Y qué les digo cuando aparezca con el renacuajo?, ¿que me cayó del cielo? —protestó dando un golpe en la mesa con su muñón.

Ella suspiró resignada, puso los ojos en blanco y le miró a los ojos con detenimiento.

—Diles que es tu sobrino, no sé, nadie tiene por qué enterarse de que es el niño perdido. Santiago está lleno de huérfanos, por Dios.

—Viviana —Abelardo dejó de masticar y la miró con aire de suficiencia—, sabes que yo no tengo hermanos, además ¿ese niño es mudo?

Ella se quedó pensativa durante unos instantes, levantó las cejas con sorpresa y le contestó dubitativa.

—No, ¿por qué?

—¡Porque les dirá a todos quién es, estúpida! —Abelardo apartó furioso el plato con uno de sus muñones, que fue a estrellarse contra el suelo con un gran estruendo—. Tan pronto como la policía se entere de que ese chico vive con nosotros, nos detendrán, perderé mi puesto en la calle y a ti te cerrarán el negocio.

Se levantó con brusquedad de la mesa y fue a sentarse al lado del fuego sobre un pequeño taburete. Ella lo miró enfadada, aquel lustroso cabello de antaño le crecía en mechones desiguales y salpicados de canas, lo que le otorgaba el aspecto desastrado de un león. Abelardo se había quitado los guantes y se estaba frotando los muñones contra las rodillas en un vano intento de otorgarles un poco de calor. Viviana se acercó a Abelardo con los ojos inundados de rabia, agarró con fuerza el pelo mugriento del hombre y le gritó ciega de furia.

—¡No vuelvas a llamarme estúpida!, ¿me oyes?, no soy ninguna idiota, soy Viviana la Loba y por algo me llaman así. Los niños no hablan de su pasado, no tengo ni idea de qué es lo que ocultan, pero no parece que vayan a romper a hablar ahora después de casi dos meses.

Abelardo logró desasirse, no sin antes recibir otro buen tirón de pelo.

—Además, si los tenemos separados podremos controlarlos mejor. La niña está loca por su hermano, le diremos que si osa abrir la boca, el pequeño morirá. ¿No están mejor aquí, acaso, que en el hospicio? —gruñó la mujer.

Viviana se acercó un poco más a Abelardo, quien ante el temor de recibir otro tirón se replegó en su banqueta con un gesto inconsciente. Ella, sin embargo, lo abrazó, sentándose sobre sus rodillas, y le habló con voz suave y zalamera.

—Abelardo, la vida nos ha dado una oportunidad de oro para criar a este niño desahuciado, nos hará compañía cuando ya no seamos más que dos ancianitos bobos...

—Tú nunca serás vieja —rio él mientras acariciaba su orondo trasero por encima de la falda con el brazo tullido—, ven acá, mi loba.

La besó con fuerza, mordió sus labios agrietados y le apartó con delicadeza un mechón rebelde de la mejilla.

—Desnúdate para mí, Viviana, todavía eres muy bonita —le dijo mimoso.

El calor de las brasas y el arrebatado placentero del amor devolvió el color rosado a las mejillas de Abelardo, quien por unos breves instantes pareció un hombre feliz como antaño. Pero las profundas arrugas de la amargura regresaron a su rostro tan pronto culminó la pasión del momento y le devolvieron aquel eterno ceño malhumorado que le acompañaba desde el día en que un pedazo de su corazón murió en un incendio.

Abelardo se irguió antes del amanecer. Miró esperanzado a través de los cristales, pero dejó escapar un suspiro de desilusión al comprobar que de nuevo una lluvia fina y persistente mojaba las calles empedradas. Observó la pared mohosa y pensó que el próximo verano debería acondicionar un poco la vivienda, hacía años que no había hecho ningún tipo de reforma, se había dejado ir extraviado en su tristeza y su propia casa se había ido apagando con él. Se vistió despacio con la ropa andrajosa que utilizaba cada día con cuidado de no despertar a la mujer que roncaba en una esquina, tiznó sus mejillas con un pedazo de carbón y se envolvió en un viejo y raído gabán que le serviría para ahuyentar la humedad de sus gastados huesos.

Se caló una gruesa gorra de lana y guardó debajo del abrigo un paquete con un buen trozo de pan de maíz, media morcilla y un pedazo de queso curado. Sabía que no regresaría hasta la noche y no quería que su estómago sufriera los espasmos del hambre de los que cada día se quejaban sus compañeros.

Abelardo no sufría carencias económicas a pesar de mendigar a diario en las puertas de la

catedral, todo lo contrario. Ganaba suficiente dinero como para vivir como un señor si quisiera, y su casa se erguía entre las exclusivas moradas de la clase media compostelana, en el centro histórico de la villa. Sus dineros los invertía en cambio en crear una completa infraestructura de fieros rufianes, que se encargaban cada día de que ningún indigente foráneo osara mendigar en la zona del Obradoiro y le quitase su puesto de trabajo. Desde aquellos primeros días en que se entretenía dando consejos a los mendigos sentado al cobijo de la catedral, se había ido ganando poco a poco el respeto de los desharrapados de la ciudad. Abelardo sentía que volvía a ser útil y necesario para alguien, disfrutaba estableciendo turnos, repartiendo la recaudación e imponiendo orden entre los menesterosos, que no dejaban de comportarse como niños peleando por un pirulí en una verbena. En ocasiones había tenido que recurrir a sus antiguas amistades del más alto orden social, bien para interceder por un desgraciado al que habían metido en el calabozo por alguna trifulca o bien para exigir un trato de favor en el hospital de los desamparados, para que atendiesen a algún desahuciado que todavía guardaba esperanzas de recuperación. Su esmerada educación y su infalible oratoria no dejaban lugar a excusas vanas, siempre acababa por conseguir lo que se proponía.

Su posición como cabecilla de la banda del Manco le hacía merecedor del respeto de toda la jerarquía social santiaguesa. Al obispado le compensaba que sus peregrinos no se vieran sorprendidos a su llegada con un ejército de mendigos hambrientos que desviarán la atención del propósito firme de su peregrinación, orar con fervor delante del apóstol y contribuir con lo que quedara de sus limosnas al sostenimiento de la catedral, que con un par de pobres era más que suficiente. Y esos se los proporcionaba Abelardo, por lo que se daba más que satisfecho.

Las fuerzas del orden sabían que el Manco mantendría su área de trabajo libre de alborotadores y por ello le permitían monopolizar el Obradoiro en su propio beneficio. Y aquellos que representaban el escalafón más bajo, los más pobres entre los pobres que trabajaban al lado de Abelardo, sabían que en caso de no conseguir suficiente limosna por lo menos tendrían asegurado el sustento, ya que el Manco jamás permitiría que un compañero de profesión se muriera de hambre. Otro asunto serían los intereses que ese pequeño empujón les supondría en su banco de favores.

Abelardo era un bandolero, un mafioso que se aprovechaba cuanto podía de todo aquel que se lo permitía, pero aun así, era un mal necesario para la ciudad.

Salió despacio para no perturbar el descanso de Viviana con el ruido del picaporte y caminó con parsimonia hasta el punto de encuentro con sus compañeros, bajo los soportales de la azabachería. Iba pensando en el asunto del niño, realmente no era mala idea.

Abelardo se pasaba el día fuera de casa, y a pesar de la multitud de gente con que se encontraba cada día, sentía que la soledad ocupaba toda su vida. Le hubiera gustado tener a alguien para charlar entre misas, o bien a la hora de la comida, cuando prácticamente debía esconderse para que los demás mendigos no se le echaran encima. No se puede razonar con un perro hambriento.

Además, debía ir pensando en la hora de su jubilación, ¿quién le sucedería cuando sus pobres huesos no le permitieran acudir cada día a la catedral? ¿Quién garantizaría el orden exquisitamente establecido en la jerarquía de la banda?

Pensaba pocas veces en su familia fallecida, y ese era uno de los escasos momentos en que se permitía recordar, porque sabía que no tendría a nadie que le acompañara en sus últimas horas.

Su esposa Susana había dado a luz a un varón escuálido y diminuto antes de desvanecerse en un sueño comatoso que había durado varias semanas. Abelardo había tenido la oportunidad de hacerse cargo de su hijo desde el primer segundo de vida y lejos de incomodarle el agudo sonido

de los gritos del bebé, sintió por él una explosión de amor jamás soñado.

El bebé se había aferrado en el momento de nacer a sus gruesos dedos de cantero, Abelardo reconoció asombrado el mismo azul de sus ojos en aquellos iris que se abrieron de golpe a la vida, su mentón cuadrado y la espesa mata de pelo negro, idéntica también a su propia cabellera. Se había hecho cargo de aquel milagro mientras su madre no regresaba del purgatorio y aguardado impaciente a que ella también reconociese al fruto que había surgido de su cuerpo menudo, una vez que recuperase la consciencia.

Abelardo constató aliviado que el amor de Susana por el niño surgió en el primer instante en que despertó del coma, sus temores desaparecieron, sus miedos absurdos, todos sus despropósitos. La mujer se había hecho cargo agradecida del hijo que habían concebido juntos y olvidó que meses atrás había deseado su propia muerte. Su sonrisa regresó de nuevo para desvelar aquellos amados dientes torcidos, algo escasos tras el duro proceso de gravidez.

La vida que Abelardo y Susana conocían recuperó de nuevo su curso. Ella regresó a diario al orfanato y se llevó al niño consigo tan pronto este pudo caminar erguido para que compartiera risas y juegos con los más desafortunados. Comprendió así que una sola risa, aunque sea breve, puede significar un extraordinario momento de felicidad para aquel que no tiene motivos para hacerlo nunca. Los más necesitados disfrutaron de sus atenciones y compañía hasta el día en que la desgracia regresó para robarles su dicha, y tras su fallecimiento, adoptaron para su orfanato el nombre de Susana, para que nadie se olvidara de la dadivosidad de aquella dama.

Abelardo tampoco volvió a sentir esa felicidad inmensa desde que ellos le faltaron, muchas veces deseó poder partir hacia aquel mundo paralelo, en el que esperaba aguardaran por él, pero jamás encontró el valor necesario.

Simplemente se dejó arrastrar por la vida, dejándose llevar de la fuerte mano de la prostituta. Pensó en la proposición que le había hecho la noche anterior y consideró que traer el niño a casa no era una idea tan descabellada. Quizás regresaran algunos de aquellos momentos, quizás una presencia infantil, su sonrisa inocente, era lo que necesitaba para hacer desaparecer la agotadora murria que regía sus días. No quería seguir estando solo, y tal vez, solo tal vez, volvería a sentir aquel calorcillo que llenaba las horas felices de su pasado.

Capítulo 8

Viviana se enfrentó al primer estallido de rebeldía de su joven pupila la primera semana que esta pasó sin su hermano. Se había llevado a Joaquín a casa de Abelardo sin decirle nada, esperando que ella aceptase obediente su decisión y continuara reportándole los múltiples dineros que desde su llegada había ido obteniendo. Pensaba que una vez se olvidara del niño quejica, la joven se centraría más en su trabajo, sin tener que preocuparse de si él comía o dormía lo suficiente. Pero Ada no aceptó la separación de su hermano con la docilidad que Viviana esperaba.

No atendió a razones ni amenazas, se negaba en redondo a bailar para los anhelantes clientes que aguardaban su espectáculo, y si la obligaba, se mofaba de ella desde la tarima, imitando sus gestos y el sonido chillón de su voz, lo que provocaba la hilaridad de muchos y el enojo de otros, que no habían venido a pagar para asistir a aquella algarada.

—¿Quieres que use el látigo que guardo en mi alcoba en tu culo piojoso?, haz tu trabajo si no quieres que tu hermano se quede sin cenar esta noche.

—Quiero ver a Joaquín, ¿cómo sé que no le estás tratando mal?

La chiquilla le miraba desafiante, y de sus ojos dorados brotaban lenguas de fuego.

—Está mejor que tú, se está recuperando de la tos.

—Pues tráelo, o no bailaré, y perderás a todos tus clientes.

—¡No puede quedarse aquí!, no es lugar para un niño.

—Pues que venga todos los días, quiero verlo.

Viviana no estaba acostumbrada a un desafío semejante, hasta la fecha todos acataban sin rechistar sus órdenes, todos menos aquella niña estúpida; la Loba se resistía a obedecer sus caprichos, pero la joven no movió ni un solo pie hasta que Viviana envió a una de sus meretrices a por el hermano, la tos ya no hacía crujir su cuerpo con aquellos escandalosos estertores y Ada por fin quedó satisfecha. Acordaron que Viviana traería al niño cada tarde, antes del anochecer, y así ella podría constatar que su hermano recibía las atenciones que merecía en casa del tal Abelardo.

Aquella noche Ada bailó como nunca, los clientes aplaudieron entusiasmados y la puja final por su cuerpo alcanzó una cifra bastante más elevada de la habitual, lo que satisfizo también las aspiraciones de Viviana. Eso a pesar de que algunos de los presentes se retiraron espantados ante la sonrisa retorcida que deformaba los labios de la putilla en una mueca extraña y siniestra, casi sobrenatural, al ver cumplidas por fin sus exigencias.

Ada se habituó pronto, muy a su pesar, a la agitada rutina que reinaba en El Farolillo Rojo, y poco a poco se fueron espaciando los meses en aquel particular infierno en el que se había instaurado.

Al cabo de un año la pequeña Ada comprendió que era inútil regresar día tras día al parque de la alameda en busca de su madre, entendió que aquella iba a ser su vida para bien o para mal, y que ella jamás regresaría. Tuvo aquella revelación en un momento transcendental de su vida, en un instante perturbador que aniquiló como una lengua de fuego los sueños que todavía había albergado en lo más profundo de su interior.

—Adita, tienes que venir, por favor, ven conmigo. Rápido.

Aquella mañana de domingo Joaquín irrumpió como un vendaval en su cuarto cuando aún no se había levantado de la cama, a pesar de que ya había terminado la primera misa en la catedral. Sus compañeras se encontraban ya desayunando en el comedor, estaba completamente sola.

—Venga ya, Joaquín, ¿qué hora es?, déjame tranquila, estoy cansada ¿qué haces aquí?

El día anterior había sido duro, dos importantes hombres de negocios habían igualado su puja y para evitar tener que elegir entre ellos, Viviana les había concedido el beneplácito de atender a ambos a la vez, una situación extraordinaria que ellos habían aceptado encantados. Joaquín le tiró de las sábanas, tenía un brillo especial en los ojos y se mordía el labio inferior con impaciencia.

—Venga, ¡tienes que venir ahora!

El vientre de Ada se agitó con un doloroso espasmo y una punzada indefinida traspasó sus riñones como una lanza oxidada. Ella se acurrucó buscando el calor de la cama y se colocó en posición fetal para amortiguar el dolor. La cabeza de Joaquín apareció por debajo de la manta y Ada comprobó que aquel brillo que iluminaba sus ojos eran en realidad vestigios de lágrimas derramadas.

—He visto a mamá...

Ada se incorporó con un sobresalto, la sangre corriendo a toda velocidad por sus venas le hacía cosquillas, el aire de la habitación resultaba insuficiente para calmar su ansiedad. Se vistió a toda prisa, sin comprobar que las medias fuesen del mismo color, sin atender a la combinación de azules en su ropa, sin recoger su pelo ondulado con la horquilla de carey que unos de los invitados de la noche anterior le había regalado.

Cogió a su hermano del brazo y lo arrastró literalmente hacia el parque tras empujar a un lado a Mamá Freda, que venía a avisarla para el desayuno y deshacerse a base de tropiezos de todos los viandantes que a aquella hora temprana salían a respirar el aire fresco de la mañana.

—¿Dónde está?, ¿dónde la has visto? —Ada miraba a un lado y otro del parque como una enajenada, buscaba en los bancos, entre los árboles, e incluso asaltaba a alguna que otra dama de idéntica constitución para comprobar enseguida desilusionada que no se trataba de su madre.

—Venía hacia aquí desde San Clemente, estoy seguro..., mira... ¡allí!, ¡allí está!

Ada y Joaquín corrieron hacia la dirección indicada, detrás de una señora vestida de blanco que caminaba de forma elegante del brazo de un caballero ataviado con un traje de paño negro. Ada se fijó en su cabello de tonalidades rojizas idéntico al de su madre y en las diminutas flores de azahar que formaban una hermosa composición en su recogido. Su cintura estrecha y la curva sinuosa de sus caderas indicaba sin dudas que era la misma mujer que había desaparecido de sus vidas un año antes.

—¡Madre!... —Ada rugió aquella palabra que le salió de la parte más profunda del alma, en ella iban todos sus miedos, su desesperación, el inmenso alivio de haber recuperado aquello que había estado buscando hasta la saciedad.

Joaquín se acercó corriendo y se abrazó a su falta vaporosa, resbalando por sus piernas hasta terminar de rodillas en el suelo, satisfecho de haber conseguido lo imposible, con la sensación de haber llegado de nuevo a casa. La mujer se dio la vuelta sorprendida y observó impávida a aquellos niños que se deshacían en lágrimas a sus pies, sonrió complaciente a los pequeños, conmovida por esa demostración de afecto desmedida.

A través de sus lágrimas Ada observó la nariz aguileña de la dama, sus labios filiformes y el color verdoso de sus ojos que le recordaban al fresco verdor de sus viñas, pero nada más tenían en común con la mujer que había esperado encontrar.

Ada se desplomó en el suelo y enterró su rostro entre las rodillas hasta que notó el sabor agrio de la tierra en sus labios, su cabello se desparramó por el campo, peinando los brotes tiernos de hierba que crecían entre los cantos de piedra de la alameda. Un grito descorazonador surgió como un volcán de su garganta y asustó a los petirrojos, que picoteaban sobre las ramas de los árboles más cercanos. Joaquín se quedó inmóvil, viendo cómo Ada se desintegraba en su aflicción,

entristecido por haberse equivocado y un poco culpable por haber implicado a Ada en su errónea observación.

—¡Estúpido!, maldito seas, no era ella..., no era...

Ada clavó sus dedos en los brazos de su hermano y agitó compulsivamente el cuerpo menudo hasta que se percató de su inquietante sollozo le había hecho daño, había lastimado a Joaquín, que suplicaba perdón entre hipidos.

—Perdona, cariño, no quería lastimarte —Ada lo abrazó y escondió su rostro entre las ropas de su hermano, que olían a leche agria, a cebolla y a humo—. Vete a casa, Abelardo te estará buscando, son casi las doce.

La berenguela se agitó en su seno ferroso y terminó de dar las campanadas, sí, las doce en punto. Ada regresó a El Farolillo Rojo cabizbaja, no respondió a las preguntas de Viviana, que pretendía saber adónde había ido con tanta prisa y se encerró sin decir palabra en su habitación. El dolor en los riñones había regresado con furia, los ojos le escocían y la nariz no quería dejar de gotear. Se hizo un ovillo en la cama, abrazó sus rodillas y se dejó estar un rato, engullendo a tragos su decepción.

Abrió los ojos al cabo de unos minutos y observó la mancha roja que se extendía por la parte delantera de su falda. Se incorporó asustada, temerosa de haberse hecho daño sin querer, pero no sentía ninguna herida en su cuerpo. Se quitó la falda y notó aquel fluido caliente entre sus piernas, se asustó pensando en que algo se había roto en sus entrañas y gritó, gritó tan fuerte que en pocos segundos varias compañeras del lupanar irrumpieron alarmadas en la habitación.

Viviana las echó a todas y se sentó a su lado en la cama, acarició con dulzura su cabello enredado de tierra y le explicó en pocas palabras el misterio de la vida, aquello en lo que tendría que haberla iniciado su propia madre si estuviera a su lado. Fue así que Ada despidió su infancia entre lágrimas y entre lágrimas también recibió su nueva vida como adulta, dejando marchar todos sus sueños de antaño derretidos en la sal de sus ojos.

Desde aquel día en que Ada aceptó que El Farolillo Rojo iba a ser su hogar definitivo, Viviana parecía haber volcado todo su interés en ella, y la joven supo aprovecharse de esa repentina voluntariedad con que la agasajaba la Loba distinguiéndola de sus otras compañeras. Había despertado incluso un destello de admiración en Viviana, que vio crecer con asombro un profuso sentimiento de entusiasmo por las magníficas ideas que la joven proponía para mejorar su negocio.

Se dejó convencer para cambiar la anticuada decoración del local, lo que supuso un gasto considerable que, sin embargo, le reportó con posterioridad pingües beneficios. Los clientes parecían encantados con el nuevo colorido de los cortinajes y con aquel novedoso aire de intimidad que supuso la supresión de casi todos los espejos del salón.

Se habían instalado pequeños reservados donde podían dar rienda suelta a su capacidad amatoria, o simplemente tomarse una copa sin sentirse observados por los demás clientes, mientras apreciaban el colorido de las mullidas alfombras que se colocaron para disimular el gastado piso de madera.

Ada trató de instaurar también entre sus compañeras rigurosos hábitos higiénicos, cosa que aún no había logrado del todo, pero al menos, sí que insistió en que cambiaran su vestuario a menudo y evitaran pintarrajearse la cara, lo que les otorgaba un aspecto mucho más saludable.

Viviana consideró beneficioso espaciar los horarios de trabajo de la joven, puesto que era la prostituta más solicitada de El Farolillo Rojo, y por tanto incrementó también los honorarios que debían satisfacer sus clientes. También se incrementaron de forma proporcional los celos que Ada despertaba en algunas de sus compañeras de oficio.

Ada compartía habitación con dos jóvenes hermanas, completamente idénticas, que hasta su llegada al lupanar suponían el principal atractivo del establecimiento. Cora y Dora habían llegado a El Farolillo Rojo pocos años atrás, provenían del este de Europa, y se habían reciclado como prostitutas después de haber sobrepasado la edad conveniente para continuar dedicándose a su oficio de funambulistas en un circo ambulante.

No eran demasiado bonitas, su cabello escaseaba y la piel de sus rostros estaba surcada de gruesas cicatrices a consecuencia de un poderoso acné antiguo, producido por el abuso de potingues y brillantinas que habían utilizado durante años para desarrollar su espectáculo. Aunque ambas sabían disimular bien sus defectos físicos con la utilización de elaboradas pelucas y abundante maquillaje multicolor.

Las hermanas trabajaban juntas, los clientes parecían disfrutar mucho con sus atenciones por duplicado y con su extraordinaria elasticidad, a pesar de que prácticamente no pronunciaban una palabra debido a las dificultades con el idioma.

Ada no toleraba que Cora y Dora se comunicasen entre ellas con aquel batiburrillo de expresiones extrañas cuando se encontraban en su presencia. Las gemelas se reían y la miraban de reojo, y Ada se imaginaba que se burlaban de ella porque seguía lavándose los dientes cada noche antes de acostarse y se arrodillaba para rezar a los pies de la cama, igual que le había enseñado su madre cuando era pequeña.

A veces notaba que faltaban sus cosas, o que alguien las había cambiado de lugar y no las encontraba cuando las necesitaba, lo que le suponía recibir alguna reprimenda de Viviana, que la castigaba sin poder ver a su hermano, que acudía cada noche desde casa de Abelardo. Más de una vez se encontró con sus sábanas manchadas de hollín o empapadas de agua cuando, agotada, se tumbaba en la cama después de una dura jornada de trabajo.

La paciencia de Ada colmó su límite cuando una noche fue a vestirse para una actuación importante y se encontró su vestido nuevo con un agujero enorme en el trasero en forma de corazón. Viviana quería que utilizase ese vestido, se lo había regalado ella para esa ocasión en que el hijo del alcalde celebraba su despedida de soltero. Aquella noche Ada soportó toda clase de burlas durante el baile previo a la puja oficial, porque los jóvenes clientes en vez de admirar sus delicados contoneos, se dedicaron a competir para ver quien introducía más aceitunas por el agujero de su trasero.

Ada subió a su habitación a grandes zancadas dispuesta a enfrentarse a sus compañeras de cuarto. Cora y Dora no estaban. Rabiosa, cogió unas tijeras de punta fina y destrozó exasperada todos y cada uno de los vestidos de las hermanas gemelas. No contenta con ello, prendió fuego a las ridículas pelucas con las que ellas se acicalaban y aguardó sentada sobre una nube de cenizas a que las chicas regresaran, sujetando con fuerza las tijeras en su mano derecha.

Viviana tuvo que intervenir para que aquella pelea no terminase en mayor desgracia y destinó a Ada a su propio apartamento, en la zona más alta del lupanar, un espacio que ya no ocupaba desde que se había trasladado a vivir con Abelardo y que se encontraba lo suficientemente alejado de las demás habitaciones para que los arrebatos de furia de la joven Adelaida no interfiriesen en la convivencia pacífica que hasta el momento había sido respetado por todas las meretrices, a pesar de aquellas bromas infantiles con que muchas de ellas trataban de sobrellevar su tedioso e ingrato trabajo.

CAPÍTULO 9

Al finalizar su adolescencia, las formas de niña de Ada habían quedado atrás y su cuerpo se había desarrollado de forma sorprendente. A los dieciséis años, se había convertido en una hermosa mujer, capaz de mantener una inteligente conversación con cualquiera de sus benefactores merced a su exquisita educación, además de otorgarles un placer absoluto gracias a las expertas enseñanzas de la Loba. No había meretriz igual en todo Compostela.

Ada devoraba en su tiempo libre los muchos libros que Abelardo atesoraba en su casa, a la que acudía con presteza siempre que podía para disfrutar de la compañía de su hermano Joaquín, que se había recuperado por completo de sus achaques infantiles.

Tirso de Molina, Rosalía de Castro, Leandro Fernández de Moratín, sor Juana Inés de la Cruz, en la sobremesa de la casa de plaza de Cervantes se mantenían largas discusiones sobre literatura, arte, historia o política, en las que participaban también con gusto Joaquín y Viviana, como una gran familia normal. Poco a poco Abelardo había ido recuperando el interés por todas aquellas cosas que en el pasado le hacían feliz. La presencia de Ada y Joaquín en la casa había ido disipando su melancolía, Abelardo había restaurado las paredes mohosas, había cambiado los cristales rotos y había pintado de colores alegres su espaciosa cocina, allí donde se desvivía por instruir a los hijos que la providencia le había entregado en todas las cosas que el destino le había privado de enseñar a su propio retoño.

Viviana estaba satisfecha con Ada, aunque le disgustaba su fuerte carácter, que todavía no había aprendido a domeñar. Ada consideraba a todos sus clientes de la misma manera, una vez despojados de sus ropas para ella todos eran iguales, habían ido allí en busca de lo mismo, le daba exactamente igual si el visitante era el tabernero, el comisario o el mismo apoderado del alcalde, lo que irritaba sobremanera a Viviana, que era quien era, porque sabía muy bien qué lugar ocupaba cada cual en la vida.

Hacia muy poco que Ada había protagonizado una escena desastrosa cuando el hijo de un rico comerciante de vinos se había ensañado con una de las chicas más jóvenes, que comenzó a chillar desesperada en cuanto los golpes del cliente descontento empezaron a caer sobre su cuerpo menudo. Ada se encontraba atendiendo a uno de sus visitantes en el cuarto de al lado cuando sintió los gritos de su compañera. Abandonó su faena, dejando al hombre a medio camino, y sin pensárselo dos veces acudió a la llamada de la joven completamente desnuda.

—Suéltala, maldito animal, pero, ¿qué te has creído?

Había echado la puerta abajo de una patada, se abalanzó sobre el joven y le golpeó en la cabeza con un aguamil de porcelana que se rompió en múltiples pedazos, lo que le produjo un gran corte en la frente y le dejó inconsciente durante varios minutos.

El hijo del comerciante, que se recuperó en seguida, no llegó a presentar denuncia, puesto que aquella noche el cliente al que Ada atendía era Rubén, ahora subinspector de policía, que se había visto obligado a cambiar de prostituta cuando Viviana había decidido espaciar su clientela para vivir su cuento de hadas al lado de Abelardo.

Rubén se hizo cargo de la situación con eficacia tras lograr enfundarse el uniforme para hacer valer su autoridad. El joven adinerado no volvió jamás por El Farolillo Rojo, pero aquella disputa le supuso a Ada una semana entera de compensaciones al agente, que acudió solícito a cobrar su deuda a diario y disfrutó más que ningún otro de las atenciones de la más codiciada meretriz del lupanar. Ada jamás pidió disculpas por su actuación.

El policía entró a formar parte así, sin pretenderlo, del exclusivo círculo de amistades de aquella esquiva prostituta, y casualmente, gracias a aquel golpe del destino, muchos años después, su amistad supondría para Ada un factor fundamental para lograr desenterrar un parte importante de su pasado.

La primera tarde que Ada tuvo libre desde aquel desgraciado suceso, la aprovechó para hacer una visita a su hermano, puesto que era el día de su aniversario; hacía varios días que no se veían porque Viviana la había castigado con más horas de trabajo esperando que ella aprendiera a controlar su genio a costa de esfuerzo y tesón. El niño estaba un poco acatarrado y Abelardo se había negado a dejarle ir hasta El Farolillo Rojo, así que, por primera vez en mucho tiempo, habían estado casi una semana sin verse.

De camino hacia plaza de Cervantes entró en una confitería para comprarle un dulce a Joaquín, segura de que le daría una bonita sorpresa en el día de su cumpleaños. Aquel aroma espeso y dulce se expandía tentador por la tienda y traspasaba la puerta de cristal hacia la calle de la Inmaculada. Era imposible no detenerse.

Una campanilla sonó encima de su cabeza cuando ella accedió al interior del local. A Ada le gustó la decoración, las paredes estaban salpicadas de nubes de un intenso color azul y todas las estanterías estaban pintadas de blanco, cubiertas por delicados mantelitos de encaje, primorosamente planchados con almidón. Era la primera vez que entraba en ese local, no acostumbraba a tomar pasteles porque Viviana aseguraba que el azúcar estropearía sus dientes y se instalaría sin remedio en las delicadas curvas de sus caderas. Pero aquel era un día especial.

—Buenos días, ¿me envuelve, por favor, ese pastel de nata con virutas de chocolate?

Ada señaló un delicioso bizcocho con varias capas de merengue salpicado con limaduras de chocolate negro de una de las bandejas depositadas sobre el mostrador. La saliva se amontonaba en su boca y ella aguardó expectante, acariciando el lóbulo de su oreja derecha, a que la mujer atendiese su requerimiento. Todos los pasteles tenían un aspecto delicioso.

La dependienta la miró primero con sorpresa y después con evidente desdén. Sus ojos centellearon debajo de la cofia blanca de la que escapaban dos o tres mechones de cabello y sus mejillas adquirieron el color de la grana al percatarse del indecente atuendo de la muchacha, que denotaba a todas vistas su condición. Los labios apretados en un gesto de menosprecio a duras penas le permitieron articular unas pocas palabras, y sus ojos huyeron escandalizados del amplio escote de la prostituta que exhibía orgullosa sobre un corpiño morado.

—Está vendido.

—¿Y ese otro de almendras? —Ada percibió el desprecio de la pastelera, apretó los puños como si se le fuese la vida en ello, irguió su pecho y levantó la barbilla en actitud desafiante

—Ese también, hoy está todo vendido —la mujer cruzó los brazos sobre su abultada delantera y clavó su mirada insultante en el rostro de su clienta.

Lejos de parecer abochornada, Ada paseaba tranquila y serena por el salón, deteniéndose de vez en cuando ante las estanterías abarrotadas para comprobar su contenido. Sin embargo, una oleada de furia bullía en su interior. La dependienta recibió con estupor una espléndida sonrisa de la joven.

Ada recogió con un gesto coqueto un mechón de pelo detrás de la oreja y se acercó con suavidad hasta la bandeja de los pasteles como si solo fuera a elegir otro delicioso bollo de aquella exposición. Tomó aire y después escupió con sonoridad sobre la bandeja dos veces, antes de que la mujer pudiera evitarlo, y dejó varios pasteles impregnados de saliva arruinando por completo la mercancía del expositor.

—Ahora ya no podrán llevarse ninguno, qué pena —Ada volvió a sonreír con descaro y salió

del local con la cabeza bien alta.

La pastelera no se atrevió a perseguirla, se decía que las prostitutas llevaban tras ellas a un ejército de malhechores que las protegían, no quería arriesgarse a participar en un altercado público y que unos salvajes destrozaran su tienda. Colocó en la parte de atrás de la bandeja aquellos pasteles a los que la saliva de Ada había estropeado la vaporosa nube de azúcar y sonrió de nuevo descarada a su nuevo cliente, cuando escuchó sonar la campanilla de la puerta.

Ada no logró amortiguar sus latidos hasta que llegó ante la puerta de la casa de Abelardo, a pesar de la mirada de indiferencia que cruzaba con los transeúntes y sus pasos contundentes sobre la acera. Intentó serenarse antes de hacer sonar la aldaba de la puerta, masajeó con brío los lóbulos de las orejas y presionó con la mano su pecho, allí donde la sangre golpeaba con tanta furia que le provocaba un dolor indefinido en el corazón.

Sus ojos luchaban por encerrar un millón de lágrimas, durante esos pocos segundos en el interior de la confitería se había percatado del inmenso desprecio que despertaba en todas aquellas personas con las que no acostumbraba cruzarse en su día a día, y a duras penas lograba soportarlo si se paraba a pensar en ello. Hasta pocos años antes la gente se quitaba el sombrero al paso del carruaje de su familia, era respetada y mimada hasta el exceso y se creía portadora de la llave que le mantendría abierta por siempre la puerta de un mundo de lujo y perfección. Su egregio apellido.

Pero ya no había nada de eso, no lograba entender qué había ocurrido para que todo desapareciera de repente, qué había sucedido con su familia, por qué no había regresado su madre a pesar de haberles prometido que volvería en su busca. Cuando recordaba el pasado, una profunda melancolía lograba apoderarse de ella y le atenazaba la boca del estómago durante días, hasta que lograba desterrar de su mente los recuerdos y recuperaba de nuevo su aparente tranquilidad.

Esa compleja lucha la dejaba completamente extenuada y por eso procuraba evitar los recuerdos. Se había prometido no llorar, no llorar nunca, porque sus lágrimas dañarían a su hermano y le harían vulnerable ante las putas de Viviana, y ella tenía que ser fuerte, debía serlo por los dos.

Ada había revivido cada día durante años en su mente aquella última noche en el parque. Recordaba con dolor las palabras de su madre mientras huían a la carrera y su propia promesa, promesa que había hecho en un momento de aterradora confusión y le condenaba a callar para siempre, a permanecer atada en aquel mundo extraño de dolor y prostitución.

—Llévate a tu hermano hacia el parque y corred lo más lejos posible, si os preguntan quiénes sois no se os ocurra nombrar nuestro apellido. ¿Me entiendes, Adelaida?, por favor, prométeme que lo harás.

La urgencia de las palabras de su madre, la súplica de sus ojos amables, la amenaza de aquel hombre desconocido que de repente corría hacia ellos, había levantado un muro de terror en su mente infantil.

—¡Promételo! Quiero oírlo —le había gritado su madre; en aquel momento ella parecía enfadada, pero ahora Ada comprendía que no era más que un profundo y paralizante miedo lo que de verdad sentía. ¿De qué? ¿De quién? ¿Quién era aquel hombre?

—¿Adónde iremos?, tengo miedo... —había preguntado al borde de las lágrimas mientras se despedían con un beso bajo las hojas del sauce.

—Huid lo más deprisa que podáis y no miréis atrás. Yo os encontraré, te lo juro. Nos veremos pronto... Os quiero, mi vida, pero hasta que no volvamos a vernos recuerda que no debéis volver a pronunciar el apellido Morán de Ulloa.

—Lo prometo, mamá —el llanto había roto sus palabras, pero por fin la madre pareció quedarse tranquila, le entregó el colgante que siempre llevaba colgado de su cuello y besó a ambos con amor.

—Volveré, volveré aquí cada noche hasta que os encuentre —habían sido sus últimas palabras.

Jamás había vuelto a buscarles, y a pesar de ello, Ada no había roto su promesa por miedo a que algo malo pudiera pasarle a su madre. Nunca le había dicho a nadie quién era en realidad ni de dónde procedía, aquel secreto estrictamente guardado entre ella y su hermano se había sellado para siempre con un amenazador pacto de silencio.

Joaquín abrió la puerta y se abalanzó entre los brazos tiernos de su hermana.

—Feliz cumpleaños, hermanito —el ojo del niño se revolvió en la cuenca, presa de la emoción, se dejó abrazar y besar por su hermana y luego permitió que entrara en la casa para resguardarse del hiriente frío otoñal.

—¿Estás solo? —Ada miró a su alrededor y observó con disgusto el fregadero abarrotado de platos sucios y la paja desparramada por el suelo mezclada con los desechos de la comida.

—Abelardo no regresa hasta la noche. ¿Me has traído algo?, anda, déjame ver —la ansiedad infantil de Joaquín despertó en ella una dolorosa sensación de impotencia, pero logró sobreponerse, apartó con delicadeza las manos del niño, que rebuscaban entre sus ropas el objeto deseado, y trató de que su voz sonara alegre y llena de emoción.

—No he tenido tiempo de comprarte nada, pero tengo un regalo mejor, hoy pasaremos la tarde juntos, te llevaré al parque y nos lo pasaremos muy bien. Ya verás. Anda, ponte el abrigo. ¿Cómo es que no has ido con Abelardo? ¿Es que estás enfermo? —preguntó preocupada.

—Tengo un poco de tos, pero no es nada, se pasará pronto.

Ada le ayudó a colocarse un chaquetón viejo, varias tallas más grandes que la suya, envolvió una bufanda alrededor de su cuello y le revolvió el pelo con cariño. Un viento helado les recibió en la calle, la basura rodaba por la acera y tuvieron que apartar de sus zapatos un envoltorio de papel que llegó volando hasta ellos desde una esquina próxima.

—¡Vamos!, a ver quién llega antes —gritó ella mientras se echaba a correr para espantar el frío.

Ada se sintió satisfecha por haber dado a su hermano unas pocas horas de felicidad. Recordaba el último cumpleaños del niño en el pazo donde vivían. Su madre había organizado una fiesta de disfraces cuyos protagonistas eran Napoleón y Josefina, que no eran otros que ella misma y Joaquín. Ambos se habían pasado dos semanas aprendiendo el himno de la Marsellesa para no desmerecer su papel, habían actuado delante del ejército de sirvientes de la casa, que aplaudieron hasta reventar por la simpática puesta en escena. Ese sí que había sido un bonito cumpleaños, con un sinfín de regalos y todos los dulces que hubieran podido desear. Qué distinto del presente.

El niño parecía no darse cuenta de las miradas reprobatorias que les dedicaba la gente que hallaban a su paso, ni tampoco de la rapidez con la que las madres corrían a apartar a sus hijos de los columpios donde se divertía Joaquín. Cada una de aquellas miradas despectivas suponían un clavo ardiente para ella; se daba perfecta cuenta de que sus ropas de brillantes colores llamaban en exceso la atención y de que su atrevida falda, que dejaba la pantorrilla al descubierto, no era ni de lejos el atuendo más acertado para lucir en aquella fría tarde de octubre.

Los pies de Ada tropezaron con una piedra verdosa en forma de corazón, se agachó y la acarició entre las manos, su tacto frío y suave la estremeció, la sopesó entre sus dedos y llamó a su hermano.

—¿Te acuerdas cuando jugábamos con mamá a la búsqueda del tesoro? Vamos, cierra los ojos y cuenta hasta cien.

Se entretuvo durante unos minutos dibujando flechas y monigotes en la arena del parque, lejos de aquellos niños que apartaban sus miradas con desprecio de Joaquín. Aguardó con una sonrisa a que su hermano descubriera la piedra detrás de un arbusto florido y recibió con los ojos cerrados de satisfacción el efusivo beso húmedo que Joaquín depositó en su mejilla.

—Puede que mamá ya no esté aquí contigo para jugar y enseñarte a pintar con sus pinceles, pero no olvides nunca que yo estaré siempre a tu lado, Joaquín.

Ada se quedó tan solo como recuerdo las risas de su hermano de aquel espantoso día, que se impusieron sobre el lacerante dolor que suponía para ella el continuo desprecio de la gente. Además de los rescoldos de un intenso resfriado que tardó más de una semana en curar ante la desesperación y el enojo de Viviana, que tan solo veía una pérdida de beneficios en la enfermedad de su joven pupila.

TERCERA PARTE:

TIEMPO DE LÁGRIMAS

Capítulo 10

Ada no logró jamás deshacerse de la sensación de que debería haber hecho algo más al descubrir lo que había pasado con su familia, a pesar de todo su empeño y de que el paso de los años logró que por fin se resignara a ese extraño modo de vida.

El temor que sentía por las amenazas de aquel extraño hacia su madre hacía tiempo que ya no tenía sentido, no habían vuelto a saber de ella y las dudas empezaron a hacer mella en los recuerdos que atesoraba de aquella dulce mujer. El recuerdo de su olor, a jabón de azahar y trementina, hacía tiempo que se había diluido en su memoria.

Ada desarrolló con el paso del tiempo un cariño sincero por Viviana, la única mujer que siempre estaba a su lado cuando la necesitaba, y de forma inconsciente, un sentimiento de ira se fue fraguando en su corazón cuando pensaba en su propia madre. Comenzó a culparla de todo lo malo que les había ocurrido desde que habían llegado a Santiago. Jamás entendió su ausencia, y lo largo de los años, aquella urgencia de abandonarlos en medio de un parque en plena noche perdió toda connotación aterradora. En su lugar solo quedó una intensa sensación de indolencia que a veces llegaba incluso a tener cierto cariz voluntario en las brumas de su mente. Quizás había sido esa la forma de deshacerse de ellos, tal vez su madre no soportase por más tiempo las infidelidades de su esposo, quizás aquel hombre era su amante, quizás les había abandonado en Santiago para iniciar con aquel bravucón una nueva vida.

A veces la atenazaban los recuerdos, o quizás se tratase en realidad de falsas vivencias que su mente, incapaz de aceptar la realidad, se fabricase para paliar su inmenso dolor. La imagen de su madre llorando en el jardín después de haber descubierto a su esposo coqueteando con la chica de la lavandería, o aquella vez que Ada la encontró destrozando sus cuadros con el cuchillo de cocina porque él no había regresado a casa durante dos noches seguidas, todas esas imágenes se mezclaban en su memoria y le hablaban de una mujer celosa y despechada, que tal vez se había hartado de cargar con la educación de sus hijos y había decidido establecerse en una nueva vida lejos de aquellos que habían sido su familia. Ada rebuscaba entre las brumas del pasado y analizaba su propio comportamiento, tratando de encontrar algún motivo por el que su madre hubiera querido desprenderse de ella o de Joaquín, deseando no sentirse culpable por haber amado un poquito más a su padre que a su propia madre, porque quizás había sido ese el motivo por el que no había regresado a por ellos al parque.

Ada se sentía vieja, terriblemente vieja y cansada al alcanzar su mayoría de edad. Veía brillar en las calles a las muchachas con la lozanía que solo otorga la juventud, envidiaba su felicidad y anhelaba sobre todo perseguir a aquellas pocas afortunadas que podían caminar orgullosas hacia la universidad, donde ya se comenzaba a aceptar al sector femenino, con sus libros bajo el brazo, seguras de sí mismas, recreándose en aquel sentimiento de superioridad que solo te da la buena educación.

Ella podría haber sido una de aquellas pocas elegidas, en los primeros años de su vida había tomado lecciones de filosofía, de historia, de música y de baile. Si no hubiera recibido aquel golpe brutal de mala suerte, Ada sería una niña despreocupada y rica, a punto de celebrar sus esponsales con algún joven de buena familia, y su corazón no estaría marchito de amargura.

Ada se burlaba de aquellos sentimientos que sus escritores favoritos describían en los libros que devoraba. El amor, el amor que mueve montañas. Ese aletargamiento que dibuja sonrisas en tu boca y despierta mariposas en el corazón. No existe el amor entre hombre y mujer, el amor no es

gratuito, pero se podía comprar durante un par de horas en El Farolillo Rojo.

Ada creyó estar enamorada una vez. Creyó sentirse especial cuando un joven de buena familia acudió a visitarla en varias ocasiones a casa de Viviana y le propuso un día salir a pasear por la alameda. Era un joven agradable, guapo y atento, que no tenía manías raras, que le susurraba palabras hermosas al oído y acariciaba su piel con veneración. Un mozo que solo la quería a ella a pesar de las insinuaciones de Cora y Dora, de la juventud de las otras chicas recién llegadas o de la experiencia de las más veteranas. Ada descubrió con aquel joven que el sexo también puede ser bonito, y aceptó encantada salir aquella tarde de primavera del brazo de su galán a pasear entre los árboles de la alameda.

Pero no contaba con que no estarían solos, detrás de un apretado grupo de arbustos aguardaban sus amigos de la facultad, que habían ido a divertirse con la experta fulana de la que les había hablado el muchacho. Se turnaron para yacer con ella sobre la hierba e incluso la tomaron entre varios a la vez.

Ada se dejó hacer, ni siquiera protestó, apretó los labios y fijó su mirada en el cielo cubierto de nubes ligeras, dejando que su mente volara hacia otro lugar, muy lejos de allí. Un lugar donde crecían gruesas viñas en un terreno pedregoso y estiraban sus verdes brazos hacia las aguas del río de cuyas aguas bebían, un lugar en el que el cielo también era azul, inmensamente azul.

En el corazón de Ada no bailaban mariposas, y si alguna vez lo habían hecho o habían querido empezar a hacerlo, ahora levantarían su vuelo porque estaban tristes, muy tristes, y ella no volvería jamás a dejarlas volar de nuevo.

Ada sabía que a Viviana le dolía verla tan infeliz, lo que no podía imaginarse es que aquel visible sufrimiento escondía además un sentimiento de profunda culpabilidad, porque la Loba era la única persona que conocía su secreto, su verdadera identidad, aunque eso no podía saberlo ella. Viviana insistía en otorgar a su pupila todos aquellos caprichos que se le antojaran siempre que su rendimiento no se viera afectado en el desarrollo de su trabajo. Ordenaba a la costurera que le hiciera los trajes más hermosos y llamativos para que destacara siempre por encima de sus compañeras, la colmaba de bonitas joyas de bisutería y jamás tomaba ninguna decisión sin consultar antes con ella.

Viviana empezó a considerar en serio la posibilidad de entregar a la joven Ada las riendas de su negocio, aunque todavía guardaba cierto resquemor ante su extraño y ácido carácter. La Loba presentía un profundo y aterrador abismo en el interior de la joven, y a veces sentía miedo al imaginarse adónde podría conducirla aquel gélido sentimiento de amargura.

El fuerte instinto protector de Ada hacia su hermano le ofreció una posible solución para encarrilar el mal carácter de su pupila. Rubén le había hablado de la existencia de una niña a quien había rescatado días atrás de las manos de su propia madre, que había intentado asesinarla en un arrebato de locura. La mujer trabajaba como camarera en un restaurante de carretera y había conocido a un joven aventurero con el que pretendía escaparse a conocer mundo. La pequeña entorpecía sus planes, así que era necesario deshacerse de ella. Unos vecinos curiosos alertaron a la policía de los extraños ruidos que provenían de la vivienda de al lado y Rubén había llegado justo a tiempo, cuando la niña apenas ya respiraba. No habían trascendido más detalles del crimen.

La pequeña parecía un poco lenta, pero estaba fuerte y sana, Rubén sabía que Viviana necesitaba una moza para que se ocupase de la limpieza y ayudara en las tareas más livianas, así que le comentó a la Loba la posibilidad de acogerla en El Farolillo Rojo, para que la niña no se perdiese en las nefandas noches compostelanas sin el amparo de alguien que la pudiese proteger.

—¿Cómo te llamas? —Ada y Viviana recibieron a la chiquilla en el salón.

Ella no contestó, lo miraba todo absorta, con sus enormes ojos de color aguamarina que acabaron posándose en el rostro de Ada. La niña elevó su mano hasta tocar el largo cabello rizado de la prostituta, y Ada aguardó con paciencia a que la pequeña arreglase su melena en una bonita trenza. Después le regaló una deslumbrante sonrisa, en la que destacaba una enorme dentadura mellada.

Ada se fijó en su desmadejado pelo rojo al que parecían faltarle varios mechones, en sus cejas despobladas y en las uñas rotas de sus manos. Llevaba un vestido blanco rasgado por la pechera, y la piel del cuello, brazos y piernas, cubierta de gruesos cardenales violáceos, que le otorgaban el aspecto de un perro apaleado.

—¿Me dejas que te peine yo a ti?, ¿qué te ha pasado en el pelo? —preguntó Ada.

La niña se encogió como si la hubiesen abofeteado, se llevó la mano a la cabeza y enroscó un mechón de pelo alrededor de su dedo índice. Ada cogió su mano y le recogió el cabello en una sencilla coleta. La niña se miró en el espejo de la entrada y volvió a sonreír.

—Te llamaremos Violeta, como el color de tu piel —le dijo Ada.

—¿Violeta puede quedarse contigo?

—Por supuesto, si tú quieres.

—¿Violeta puede dormir contigo?

Ada asintió, y a partir de aquel momento ya no volvió a separarle de ella. Aparte de Viviana y de la pequeña Violeta, tan solo dos de las putas más veteranas contaban con un mínimo grado de cariño por parte de la joven Ada. Miranda, quien ya no podía ejercer por haberse quedado ciega debido a una fina telilla opaca que había ido cubriendo poco a poco sus ojos, y Mamá Freda, que cada tarde a la puesta del sol sacaba al patio un enorme barreño de agua caliente e introducía las sábanas hediondas de El Farolillo Rojo en jabón de lavanda. Allí se pasaba las horas, recostada en su vieja mecedora y fumándose un cigarro tras otro, observando cómo las aguas se iban tiñendo de mugre mientras los lienzos recuperaban el tono grisáceo de muchos años de lavaduras y volvían a desprender el olor de la dignidad.

Mamá Freda no era vieja, ni tampoco era madre, pero era quien ayudaba a traer a los niños al mundo si a alguna de aquellas desgraciadas no les funcionaba el remedio para evitarlo y el fruto del pecado acababa medrando en su interior. Viviana obligaba a todas las meretrices a lavarse cada día el interior de su cuerpo con un ungüento a base de sal, vinagre y aceite de oliva, remedio que ya en la antigüedad se utilizaba para evitar concepciones no deseadas.

También tenía a disposición de los clientes unos prácticos preservativos de caucho traídos desde Inglaterra, que se colocaban sobre el pene y evitaban infecciones, pero la mayoría se negaba a ponerse aquella funda sobre su miembro porque le restaba demasiado placer a aquello por lo que habían venido a pagar.

A pesar de todas esas precauciones, la vida surgía terca en multitud de ocasiones en los cuerpos briosos de las chicas de Viviana. Mamá Freda se ocupaba de tapar con la almohada la cara de los recién nacidos para evitarles una vida de sufrimiento y desamparo en un mundo al que llegaban en un vagón de tercera.

Solo los más fuertes, aquellos que lograban sobrevivir al primer minuto de ahogamiento, eran depositados en las inmediaciones del orfanato de Santa Susana para que los voluntarios se ocuparan de conducirlos a partir de entonces por la senda de la rectitud.

Mamá Freda conocía bien el cuerpo de la mujer tras varios años de sacrificados nacimientos. Ada se había quedado horrorizada la primera vez que asistió a uno de aquellos sufridos partos. Se había alertado con los gritos desgarrados de una parturienta y se acercó con curiosidad a ver qué ocurría. Ada se espantó de las convulsiones que sacudían su cuerpo, de la extrema dilatación del

agujero de su vagina, del brutal momento en que la cabeza del bebé rasgaba la piel del perineo y el cuerpo exánime de la mujer escupía, con un último y definitivo esfuerzo, el pequeño bulto ensangrentado a las manos de Mama Freda.

Desde aquel día, la imagen de aquella mujer dando a luz la perseguía cada vez que un hombre solicitaba sus servicios y su cuerpo se encogía de forma involuntaria cada vez que copulaba con alguno de ellos, lo que le supuso a la Loba multitud de quejas e infinidad de compensaciones por la actitud extraña de la joven prostituta.

Mamá Freda le ofreció la solución a todos sus miedos. Le enseñó cómo elaborar un taponcito de algodón empapado en miel y aceite para que se lo introdujese en la vagina antes de recibir a cada uno de sus clientes y Ada utilizó este contraceptivo a diario a partir de entonces; de esta forma logró evitar los temidos embarazos a lo largo de toda su vida de perversión.

A cambio, Ada le proporcionó a Mamá Freda lecciones de lectura y escritura, lo que le permitió avanzar en su vocación de partera. Poco a poco El Farolillo Rojo se convirtió en un lugar no solo frecuentado por hombres en busca de sexo y perversión, sino también por mujeres sin recursos que acudían en busca de la señora de los lunares en forma de corazón para que les ayudara a dar a luz a sus hijos, lo que le reportaba a Mamá Freda gran satisfacción, además de algunos ingresos extraordinarios cuando las pacientes tenían algo con lo que contribuir a su inestimable ayuda.

El indómito carácter de Ada se acentuaba en la misma proporción en que crecía su resentimiento. La Navidad de su décimo noveno cumpleaños desembocó por fin en el terrible momento que Viviana había temido y esperado. Aquel día dejó una huella imborrable en el cuerpo de Ada, una fea cicatriz que atravesó por siempre su esbelto cuello y un recuerdo indeleble en el corazón de Viviana, quien, a partir de ese día, se juró que haría todo lo que estuviera en su mano para reparar la ignominia que había cometido el día que encontró a los dos niños en la puerta del burdel.

1919 no había sido un buen año para nadie. Las fábricas habían visto reducida su producción por no encontrar salida en el mercado, los últimos coletazos de la Gran Guerra trajeron consigo una grave crisis económica y social que se tradujo en un grave malestar de la clase obrera, exacerbada por los grupos anarquistas.

Casi todos los clientes del lupanar eran peregrinos desconocidos que habían llegado a Santiago para rendir culto al apóstol. Los hombres compostelanos recelaban en gastar sus escasos dineros en el burdel cuando no sabían si al día siguiente podrían para comprar el pan de sus familias, así que era habitual encontrarse caras nuevas todos los días.

Viviana tuvo el presentimiento de que algo saldría terriblemente mal cuando aquel hombre atravesó la puerta de El Farolillo Rojo. En aquellos días ya no se celebraban pujas por la bella Ada, no podían permitirse desperdiciar ni un solo centavo, así que todas trabajaban por igual, incluso Viviana había tenido que regresar para vender su cuerpo ajado y conseguir las pocas monedas que algún visitante poco escrupuloso quisiera ofrecer por ella.

El recién llegado pidió una botella entera de orujo y un reservado, a pesar de que ya caminaba con dificultad y en sus ojos vidriosos se adivinaba que traía unas copas de más en el cuerpo. Sus ropas le delataban como un buen cliente, así que enseguida se acercaron a él Cora y Dora, las gemelas, que le ofrecieron sus cuerpos con descaro, lo que provocó el primer incidente con las demás chicas, ya que todas necesitaban las buenas propinas que aquel tipo de visitantes solía dejar.

Se trataba además de un hombre bastante atractivo a pesar de la edad, alto y moreno, con un cuerpo musculoso y bien proporcionado que despertó la envidia de las jóvenes prostitutas que no

habían llegado a tiempo para atenderlo. Poco importaba que su aliento apestara a alcohol y su voz socarrona de lenguaje soez resonase por todo el local mientras criticaba la decoración del salón e incluso la fealdad de las dos afortunadas que le hacían compañía.

Viviana observó disgustada la enorme daga que colgaba de su cinturón en una funda de cuero. Se acercó con una gran sonrisa y le pidió con amabilidad que dejara sus armas en el recibidor, como era costumbre en el local.

—No va a necesitar eso ahí arriba caballero —le dijo zalamera—, mis chicas usan otro tipo de arma mucho más placentera.

El hombre sacó de su bolsillo un gran fajo de billetes y los agitó en el rostro de Viviana.

—No voy a ningún sitio sin este tipo de compañía —estalló en una sonora carcajada al descubrir el brillo codicioso de los ojos de la puta—, tampoco sin mi cuchillo. Bien es cierto que podría marcharme ahora mismo, estas mujeres no valen ni media peseta.

—Yo te dejaré que juegues conmigo, cariño —ante el temor de perder su presa, Dora se acercó, le acarició el pecho y le abrió los botones de la camisa para enredar sus dedos en el frondoso vello oscuro—, te costará muy poquito. Cora se unió a su hermana y se sentó en la otra pierna, ambas mujeres se enredaron en un largo beso y después lo besaron a él.

—Venga, Viviana, el caballero nos estaba entreteniendo con sus historias de bandidos, es un hombre muuuuy malo...

Viviana se retiró al advertir la placentera expresión del visitante, que se recostó en su sillón con deleite al sentir unas manos expertas que desabrochaban su pantalón y rebuscaban en su interior el objeto del deseo. No podía permitirse perder ese dinero, pero la incómoda sensación de intranquilidad se negó a abandonarla y decidió quedarse cerca para vigilar los movimientos de aquel individuo.

Su conversación llegaba hasta ella de forma entrecortada, el hombre alardeaba de contar con la protección y amistad de importantes personalidades santiagueñas. Su osadía se multiplicaba a medida que vaciaba su botella, y sus historias se volvían cada vez más animosas y atrevidas. Comenzó por criticar la idiosincrasia de la época, arremetió contra los empresarios que se enriquecían a costa del trabajo de sus empleados y escatimaban en seguridad para los obreros, y después se indignó contra estos por no tener agallas suficientes para cambiar el sistema, diciendo que merecían las malas condiciones en las que se encontraban.

—Yo vivo fuera de la ley, de este modo no puede atraparme con sus normas —decía entre risas—. Mi único dueño es el dinero. Al igual que vosotras, por dinero hago todo lo que pidan.

—¿Cualquier cosa? —le preguntó Dora con sorna.

—Una vez maté a una persona —les dijo tratando de parecer misterioso.

Ellas fingían asustarse con aquellas bravuconadas, se mostraban divertidas, le seguían la corriente y le animaban a continuar.

—No te creo —respondió Dora mientras le ofrecía con generosidad sus pechos para que él pudiera derramar en ellos el orujo de la botella y luego rescatar con su lengua las gotas que se quedaban en el canalillo.

—Claro que sí, una mujer, en esta misma ciudad. Se llamaba María Eugenia —el hombre estalló en carcajadas y ellas le corearon con sus risas—, y eso que se me escaparon sus retoños, ¡que si no habría matado a tres!

Viviana se estremeció, de forma inconsciente sus pensamientos se dirigieron hacia el terrible asesinato de aquella mujer desconocida, varios años atrás. Pocos días después sus hijos habían llamado a su puerta. Jamás habían descubierto al agresor. Pero sería demasiada casualidad que aquel hombre viniese a parar a El Farolillo Rojo después de tanto tiempo. Le disgustó que en su

local se bromeara con aquel tipo de sucesos y durante unos segundos pensó si debería seguir permitiendo ese tipo de comportamiento a pesar de arriesgarse a perder todos aquellos hermosos billetes.

—¿María Eugenia?, anda mira, ¡como la reina cornuda! —exclamó Dora.

—La reina se llama Victoria Eugenia, ignorante —le recriminó su hermana.

Al ver que el hombre pedía otra botella de licor, las chicas le reían cada vez con más ganas, instándole a continuar con la farsa.

—La ilustrísima señora María Eugenia Morán de Ulloa, una damita del norte —su voz se elevó un poco más y llegó con claridad hasta todas las personas que se encontraban en el local.

Viviana les hizo un gesto a las chicas para que llevaran al hombre a una de las habitaciones y continuaran con sus atenciones fuera de la vista de los demás clientes, que comenzaban a distraerse con la algarabía del pequeño reservado y algunos mostraban ya su descontento por las continuas interrupciones de aquel fanfarrón.

Viviana no advirtió la mirada de estupor de la joven Ada, que acababa un servicio en ese justo momento y bajaba las escaleras de madera detrás de un cliente más que satisfecho. No pudo ver el brillo de sus ojos, ni tampoco el temblor de sus labios cuando se encontró de frente al caballero alborotador.

Viviana no pudo evitar la tragedia porque no sabía que Ada había reconocido la voz y el rostro de aquel hombre que le había perseguido en sueños desde su infancia. Y había escuchado además el nombre de su madre entre aquellos labios corrompidos.

Ada se dirigió hacia el hombre con brusca determinación y apartó a sus compañeras con ímpetu, un huracán de sentimientos rugía en su interior. Un odio intenso y feroz le sugería la posibilidad de romper en su cabeza la botella de orujo que reposaba en la mesita, pero un deseo más intenso que la venganza se impuso en su mente.

Necesitaba saber.

Saber qué era lo que había ocurrido realmente en aquel callejón hacía tanto tiempo, saber por qué aquel hombre decía que había matado a su madre, averiguar el motivo por el que habían tenido que abandonar su casa, conocer la razón por la que le habían robado su vida. Ese hombre tenía las respuestas, y se las iba a dar.

—Ven —le dijo con la voz afónica de emoción. Le agarró por la camisa y tiró de él hacia las escaleras.

Él sonrió encantado por la brusquedad de la puta.

—Umm, me gusta más esta leona.

Cora y Dora protestaron con brío, pero Viviana les ordenó que dejaran que Ada se llevara su trofeo. Era la mejor meretriz, el fajo de billetes que le había mostrado antes justificaba su decisión, además, Viviana desconocía el nombre de la madre de Ada y no sabía del huracán de sensaciones que se estaba gestando en su interior.

Ada caminaba por detrás del hombre, entre lágrimas veía su espalda ancha, sus fuertes brazos y aquellas manos grandes y peludas que un día les habían obligado a marcharse de su hogar. Los recuerdos acudían en tropel a su mente, de pronto volvía a tener doce años, se vio empujada hacia el interior de un carro infecto aferrada a la mano de su madre, volvió a escuchar aquella voz cavernosa que los urgía a permanecer en silencio mientras la silueta de la que había sido su casa se desdibujaba en el horizonte.

Observó satisfecha que al hombre le faltaba el dedo meñique de cada mano y deseó que hubiera sufrido lo indecible en el momento de haberlo perdido. El hombre se tambaleaba y tropezaba con los escalones de madera; qué poco habría necesitado para darle un empujón y

dejarle caer por la empinada escalera, se imaginaba su cabeza golpeando contra el suelo y disfrutaba pensando en verle morir allí mismo.

Viviana no sabía nada de la batalla que se libraba en el interior de su pupila, su mente se había quedado prendida en el nombre de la mujer que decía haber asesinado, de los niños que se le habían escapado..., y se preguntaba si las fanfarronadas de aquel hombre no tendrían algo de verdad.

María Eugenia Morán de Ulloa.

Pensó que podría preguntarle a Rubén de una forma discreta si conocía a alguien con ese apellido, sus contactos en la policía quizás le permitieran averiguar algo sobre la familia. Precisamente en ese momento hizo su aparición el orondo policía. Rubén acudía como cada viernes a su cita en El Farolillo Rojo. Se acercó a Viviana con una enorme sonrisa, sus mejillas estaban coloradas por el intenso frío de la calle y en su pelo brillaban pequeñas gotitas blancas de escarcha. Se sentó a su lado y se frotó las manos con fruición.

—Cae aguanieve. Ponme algo fuerte, Viviana, necesito entrar en calor. ¿Heidi está libre?

—¡Mamá Freda!, whisky doble para el caballero, tendrás que esperar, está atendiendo a un cliente.

Mamá Freda se apresuró a servirle su copa de whisky y después dejó que su jefa le entretuviera con los chismes de la semana. Rubén observó los pechos abundantes de la mujer, que ofrecía un generoso escote empolvado con finas partículas de arroz molido. Su rostro era bastante bonito, los lunares de su mejilla invitaban a ser acariciados, aunque lo que de verdad le gustaba a Rubén de Mamá Freda eran sus manos, finas, blancas, delicadas como la porcelana.

La mujer le dedicó una sonrisa radiante y le guiñó un ojo, un poco enrojecido por el humo de los cigarrillos que atestaba el local. Se apresuró a recoger la botella y pidió permiso a la Loba para ir a llevarle su cena a la vieja Miranda.

Viviana accedió y se enfrascó en una interesante conversación con Rubén, el agradable ambiente del local y el fuerte licor espantaron el intenso frío que le mordía la espalda. La Loba llevó el peso de la conversación y le preguntó sobre aquel caso que años atrás le había interesado tanto. Trató de sonsacarle la información que le interesaba, si se había descubierto el nombre de la mujer fallecida, si habían aparecido aquellos niños a los que buscaba, si habían hallado por fin al asesino.

A penas le dio tiempo a contestar, Rubén y Viviana se vieron sobresaltados por unos espantosos gritos que provenían de la parte de arriba del burdel, dejaron las copas a medio terminar y corrieron escalera arriba como si una manada de vacas en celo les persiguiera para cornear sus traseros.

Capítulo 11

¡Ese hombre alardeaba de haber matado a su madre!, ese hombre que les había arrastrado durante cientos de kilómetros en un carro apestoso durante un viaje infernal, que les había abofeteado sin piedad y había amenazado con matarlos a todos. Ese hombre que había protagonizado todas sus pesadillas y había cercenado todos sus sueños, ese era el hombre que había sesgado su destino.

Ada pensó en las noches que había pasado esperando a que su madre regresara y las lágrimas que había derramado cuando se dio cuenta de que nunca volvería. Pensó en su hermano Joaquín y en todas las cosas que le habían sucedido desde entonces. Se avergonzó de haberse culpado por la desaparición de su madre, de haber culpado al pequeño Joaquín de tener un ojo deforme porque quizás no era suficientemente guapo para sostener el amor de su madre, de haber pensado que ella los había abandonado de forma voluntaria para fugarse con aquel esperpento. Se avergonzó de haber dudado, y haber hecho sufrir a su hermano con sus locas teorías.

—Adita, ¿crees que mamá volverá algún día?

—Mamá no nos quiere, no vuelvas a hablarme de ella, solo estamos tú y yo Joaquín.

—Pero la echo de menos, ¿recuerdas cuando intentamos imitar aquellas rosquillas tan ricas que nos hacía Genara?, a mamá le salieron tan duras que rebotaban en el piso de la cocina.

—Ella lo único que sabía hacer bien era dibujar, seguro que ahora es una pintora famosa en algún lugar del mundo, ya no nos necesita a su lado.

—Pero prometió que volvería.

—Las promesas solo son palabras, Joaquín, tú me prometiste que no volverías a nombrarla, y ya ves...

—Es que quiero volver a casa —los sollozos de Joaquín le atenazaban la garganta, quería abrazarlo, decirle que todo iba a salir bien, que pronto regresarían a su hogar.

—Cállate y olvídate de ella, como vuelvas a nombrarla le pediré a Abelardo que te encierre en casa y no te traiga más a verme, yo también podría irme lejos de aquí, podría ser cantante o bailarina, y no volverías a verme nunca.

—No me dejes también tú, Adita, sin ti yo me muero.

Dejó atrás los recuerdos dolorosos y cerró con llave la puerta de la habitación, una vez que el hombre traspasó el umbral a trompicones. Apretó las manos para evitar la tentación de retorcerle el cuello allí mismo, consciente de que la ebriedad del hombre no sería suficiente para perder en una lucha cuerpo a cuerpo. Le empujó con fuerza por la pechera y él se dejó caer divertido sobre la cama.

—Oh, sí, me gusta mucho más esta puta que aquellas feas gemelas —murmuró satisfecho.

Las manos de Ada temblaban cuando le quitó los pantalones y él se dejó desarmar imaginándose todas las cosas que la experta fulana iba a hacerle después. Ada le arrancó la camisa, bufando como un toro bravo, y lo dejó completamente desnudo. Cogió un pañuelo de seda que utilizaba para poner en práctica sus artes y él permitió encantado que le vendara los ojos. Después le ató las manos a los barrotes de la cama con las suaves cintas de cuero que usaba a menudo en sus veladas amatorias, sus dedos se engancharon nerviosos con los nudos de la cinta, uno, dos, tres vueltas.

Ada observó durante unos segundos el contorno del hombre, sus músculos tensos y el enorme fallo que apuntaba insolente al techo de la habitación. Podía ver la sangre fluir por las venas

hinchadas de aquel mástil que se agitaba anhelante de forma involuntaria aguardando las caricias de la fulana.

La sangre corría también acelerada por sus venas, le costaba acompañar su respiración al ritmo natural de sus pulmones, centrar su mente en la tarea que tenía por delante le suponía un esfuerzo titánico, le cegaba la rabia y la indecisión de buscar el castigo más doloroso para aquel que se lo había quitado todo.

Estiró su mano para alcanzar la daga del hombre que descansaba en el suelo todavía guardada en su funda, sujetó con fuerza el mango con una mano y con la otra agarró con furia el pene del hombre, que gritó entusiasmado ante la brusca caricia de la puta. Ada se subió de un salto encima de sus piernas y acercó la hoja afilada a la carne, que se agitó de forma involuntaria al sentir el contacto del frío acero.

—¿Pero qué...? —el hombre se retorció y logró desprenderse de la venda que le cubría los ojos con un movimiento del hombro. Su mirada, aterrada y sorprendida, se clavó en la hoja afilada que pendía sobre su velludo órgano.

—No te muevas, ni se te ocurra moverte —Ada no pudo evitar que la rabia cediera a un llanto incontrolado, la tensión la había superado—. ¿Quién demonios eres?

—¿Quién coño eres tú? —rugió el hombre—, ¿qué quieres...?

El pánico agitó su estómago abarrotado de alcohol y su boca se abrió con una náusea expulsando un apestoso líquido amarillo que escurrió desde sus labios hasta el pecho desnudo. El vómito se desparramó por su vientre y manchó la inmaculada sábana blanca de la enorme cama de Ada.

—¿Cuál es tu nombre? —gritó ella a la vez que apretaba un poco más la daga contra la piel rosada.

—Andrés —sollozó él—, me llamo Andrés Moreira. Oye, este juego ya no es divertido...

—Cállate y habla solo cuando yo te pregunte.

Ada quería serenarse, luchaba contra el impulso de segar de un tajo el miembro que de repente se había deshinchado en su mano, le asqueaba la cobardía de aquel borracho. Recordó con dolor la última vez que lo había visto, el hombre se había presentado en su casa el día del funeral de su padre y había ordenado a su madre que lo acompañara. No logró entender por qué razón su madre accedió a hacerlo, tan solo les permitió coger un abrigo y los obligó a meterse en su carro de caballos, incómodo y maloliente.

Los dos niños fueron testigos de la brutalidad con la que Andrés Moreira había tratado a su madre durante el viaje, de las obscenidades que le decía y las espantosas amenazas que prometían un dolor infernal si ella osaba desobedecer alguna de sus órdenes. Ada recordaba con rabia las bofetadas que sobre todo recibía su hermano, quien no podía dejar de sollozar, aterrado.

Andrés Moreira se había dirigido a ella una única vez durante aquellos cuatro días, fue un solo momento en que osó protestar porque él le había pellizcado con fuerza la nalga cuando subían al carro, entonces la golpeó con fuerza en la mejilla y ella se cayó contra las traveseras del vehículo, dándose un fuerte golpe en la cabeza.

Aquella fue la primera vez en su vida que Ada había visto tanta sangre, se asustó muchísimo al comprobar que tenía los dedos manchados de un viscoso color rojo que se extendía por su mejilla como una caricia cálida. Había buscado las caricias de su madre, las palabras amables que ella le dedicaba siempre que se hacía algún rasguño en la viña, pero ella le había ordenado callar con un gesto seco, había taponado su herida con su pañuelo de seda y le había rogado sin más que no volviese a enfadar a aquel hombre. María Eugenia trataba también sin éxito de calmar al pequeño Joaquín, que chillaba y se retorcía, cubriendo sus ojos con las manos para no ver la sangre que

manaba de la cabeza de su hermana. Ada entendió que su madre había actuado así porque también estaba asustada, desbordada por la rabieta de Joaquín, tal vez temía que el hombre los tratase con mayor crueldad si perdía del todo la paciencia.

Ada decidió que iba a matarlo. Pero antes le diría todo lo que necesitaba saber acerca de su familia.

—¿No me reconoces? —preguntó dolida.

El la miraba con desconfianza, frunció el ceño buscando en su memoria los rasgos de aquel bonito rostro, pero no logró encontrar nada que le indicara que ambos se hubieran encontrado en algún momento de su vida.

—Tú mataste a mi madre —la voz de Ada tembló mientras pronunciaba aquellas palabras, su voz ronca parecía surgir de la profundidad de una caverna—, acabas de presumir de ello hace un momento ahí abajo, ¿te acuerdas ahora, cabrón? —Ada dio un tirón al apéndice blando que sostenía en su mano—. Por qué lo hiciste?

El hombre aulló de dolor al sentir cómo su miembro se retorció entre las manos de la puta. La imagen de unos enormes ojos trigueños que lloraban en silencio acudió a su mente como una revelación, el recuerdo de aquella niña que se escondía tras las faldas de su madre le golpeó la conciencia y fue en ese momento cuando se dio cuenta de que aquello no se trataba de ningún juego.

Por un instante sintió miedo, se encontraba indefenso, qué situación tan ridícula, desnudo en la cama con una mujer y su cuerpo temblando, no precisamente de placer. ¡Cómo había sido tan estúpido! Después sintió rabia, por culpa de aquellos críos había sufrido la mutilación de sus manos, merced a un trabajo mal acabado, un dedo por cada niño perdido. Intentó soltarse para darle su merecido a aquella fulana, pero incluso había sido tan imbécil de permitir que le tomara a su merced de forma voluntaria.

Aquel trabajo le había salido caro. Todo se le había ido de las manos y lo que tendría que haber sido un simple transporte hasta la ciudad de Santiago se había convertido en una romería de desgracias, una tras otra. Los niños se le habían escapado, la mujer se había revelado, ¡le había atacado!, todavía conservaba la cicatriz de su mordisco en el brazo derecho. Aquella puta merecía morir, pero su jefe no había estado de acuerdo con el resultado y le obligó a devolver el dinero que ya había cobrado. Le costó lo suyo recuperar su buena fama de cumplidor, no consiguió que nadie le diera trabajo durante dos largos años.

Su bonita novia se había marchado con un peregrino pudiente, puesto que él ya no podría comprarle los lindos trajes que demandaba ni las joyas soberbias que a ella le gustaban. El casero le había echado a la calle, y durante todo ese tiempo se había visto obligado a sobrevivir entre escombros a base de pequeños pillajes hasta que Julián, el Patas, le había acogido en su banda. A partir de entonces su porcentaje en los saqueos le habían permitido recuperar su conveniente posición económica y vivir con relativa comodidad del fruto de su latrocinio.

Andrés Moreira siempre había sido un chico malo, de esos que no terminan la escuela porque pasan más tiempo en los calabozos que en las frías aulas de un colegio de barrio. Su padre era un borracho y su madre compartía su afición con él, vivían de lo que lograban cosechar en una finca heredada y de lo que su madre ganaba trabajando al jornal para los demás labradores, siempre y cuando consiguiera despejarse de la consabida borrachera.

Andrés Moreira había perdido todos sus escrúpulos en parte debido a la necesidad y en parte gracias a su sádico carácter. Ya de niño disfrutaba atando las colas de los gatos callejeros para ver cuánto duraban enzarzados hasta que sus miembros se desgarraban, o quemando con aceite hirviendo los desdichados perros que acudían inocentes a comer de su mano.

Andrés Moreira todavía no había cumplido la mayoría de edad y ya se había merecido el título de mercenario, matador a sueldo, trabajo limpio y bien remunerado. Hasta que aquella mujer le había arrebatado lo único que tenía de bueno, su fama de buen cumplidor.

—Tu madre era una puta igual que tú —Andrés gorjeó en su garganta y arrancó un grueso escupitajo, que fue a estrellarse contra la cara de Ada.

Un grito desgarrador vibró en la habitación cuando Ada tiró hacia sí de la hoja afilada y seccionó de un solo golpe el falo mustio que retorció entre sus dedos. Un feroz alarido resonó en estéreo, la voz de un hombre y una mujer a la vez, él bramando de dolor, ella de alivio y satisfacción. La sangre brotó de golpe, como si alguien hubiera abierto un grifo de agua, e inundó de brillante color escarlata las manos de la joven, sus piernas, la cama, el suelo de la habitación.

—¿Por qué? ¿Por qué? —Ada aferraba el pedazo de piel mustio contra su pecho.

Trató de limpiarse los ojos con el dorso y al hacerlo emborronó buena parte de su pelo y de su rostro. Le picaba la piel, mojada de sudor y de los fluidos de su presa, el olor acre de la sangre de Andrés Moreira se introducía por sus fosas nasales y ella aspiró con deleite el sabor de la venganza. Subió la faca hasta el cuello del hombre y volvió a repetir su pregunta, ahíta de rabia y dolor.

—¡Porque se lo merecía! —aulló el hombre—. Fue tu padre quien la mató en realidad, no era más que un cobarde.

—¿Mi padre? —el pedazo de piel inerte se soltó de la mano de Ada y cayó sobre el pecho del hombre con un ruido seco—. Mi padre murió poco antes de que tú aparecieras. Yo estuve en su funeral —su voz tartamudeaba.

El hombre soltó una carcajada nerviosa.

—Tu padre huyó como un conejo para no enfrentarse a la justicia. Vosotros solo erais un señuelo para que regresara, pero él os abandonó a vuestra suerte, no os quería, no le importabais nada.

Ada recordó con dolorosa precisión el día en que su madre les había comunicado su fallecimiento. Al parecer, había sufrido un accidente a caballo durante el viaje a la Aquitania que había emprendido para promocionar la exquisita cosecha de aquel año y abrirse paso en el exigente mercado enológico francés. Ella y Joaquín jugaban a la guerra entre las frondosas cepas, recién esquiladas de su fruto. Todavía quedaban sin embargo algunos racimos, allí donde los expertos ojos de los recolectores no habían logrado llegar.

Ada se deleitó en el recuerdo de la jugosa y dulce savia que extraía al succionar las gruesas uvas moradas, las chupaba y luego las escupía en el suelo porque su padre siempre decía que podían tener restos de sulfatos y que si se los comía, se podía morir.

Su madre les había comunicado en la viña el repentino fallecimiento de su padre y el corazón de Ada se quebró en mil pedazos.

Su padre lo era todo para ella, él le había transmitido con su paciencia infinita el amor que le profesaba a las vides, le había enseñado a reconocer las cepas enfermas, a realizar complicados injertos para mejorar la producción, a escoger los mejores racimos para realizar aquel magnífico y exclusivo vino que salía de la primera prensada, a controlar la temperatura de la bodega, a pintar con polvo de plata las muestras de las etiquetas para el próximo embotellado.

Él no la trataba nunca como la niña que era, decía que bajo su cuerpo menudo se escondía una enóloga experta que todavía debía despertar. *Oenologie*, una palabra de la que había comprendido su significado antes incluso de aprender a escribirla con corrección en francés. Eso era ella para su padre, la artista que debía cincelar su bodega.

Todo su mundo era aquel que rodeaba a su padre y al faltar este, su vida de derrumbó de golpe;

aquel fue el día en que la fortuna retorció para siempre los hilos dorados de su futuro. Jamás había vuelto a probar una uva.

Esa misma tarde, se había celebrado un apresurado funeral por su fallecimiento. Ella recordaba a su madre cubriendo con crespón negro todos los espejos de la casa, el dolor de los sirvientes, que no podía ser fingido, la presencia del cura en la capilla familiar y la sentida misa que se había ofrecido por su recuerdo. Sin embargo, no pudo recordar haber visto ni una lágrima en el rostro de su madre.

Ada se estremeció. Esa misma tarde Andrés Moreira había llegado para llevárselos y ya nunca habían regresado a su hogar.

—¡Mientes!, ¿por qué mientes, hijo de puta?

Ada no podía aceptar lo que él le contaba, pero no pudo evitar que la sombra de la duda oscureciera su corazón. No se percató de que el hombre con sus últimas fuerzas había logrado liberar una de sus manos de las correas de cuero. Andrés Moreira le arrebató el arma con un rápido movimiento en el justo instante en que ella se disponía a introducir la afilada hoja en su hombro. Ada pretendía multiplicar su sufrimiento hasta que expulsase la última gota de sangre del cuerpo, pero de pronto se vio desarmada.

Unos fatales segundos bastaron para que Andrés Moreira asestara un golpe desesperado sobre su cuello y entonces sintió aquel dolor agudo en la garganta. Sorprendida se echó hacia atrás, probó el sabor metálico de su propia sangre, miró hacia su agresor con la sorpresa tatuada en sus ojos, se llevó las manos al cuello y observó sin poder hacer nada cómo el hombre trataba en vano de desatar las cintas de su otra mano con movimientos erráticos.

Se sintió mareada y las fuerzas le abandonaron. Justo antes de perder la consciencia oyó los gritos de Viviana al otro lado del pasillo repitiendo una y otra vez su nombre. Escuchó unos golpes que trataban de echar la puerta abajo. Cuando la madera cedió, y Rubén, Mamá Freda y Viviana irrumpieron como un torbellino en la habitación, el mundo de Ada se volvió negro y se dejó sumergir por fin en un dulce sueño donde ya no sintió ningún tipo de dolor.

Capítulo 12

Ada se despertó con un agradable olor a chorizo. Quiso abrir los ojos, pero la intensa luz del mediodía dañaba sus pupilas y tan solo fue capaz de mover con apenas un aleteo los párpados.

—¡Doctor!, ya, despierta.

Reconoció la voz de Violeta. A continuación, sintió cómo se abría una puerta y alguien entraba de forma apresurada en la habitación.

—Ada, ¿me oye? —la voz parecía corresponder a un hombre joven. El volumen elevado de su tono le dañó los oídos después de haber permanecido tanto tiempo sumida en un profundo silencio. Arrugó el entrecejo con un gesto de dolor.

—Cierra las cortinas, hay mucha luz —ordenó la voz de hombre—. Ada, parpadee si me entiende, por favor.

Lo intentó y sus párpados aletearon con sutileza. El médico pareció darse por satisfecho, porque Ada sintió en el rostro de su piel la caricia de un profundo y largo suspiro. Abrió los ojos despacio y su mirada enfocó el semblante de un hombre de mediana edad que le resultaba desconocido por completo. Tenía los ojos azules, demasiado grandes para resultar bonitos. El pelo de un singular color rojizo, salpicado de canas, le caía en mechones desordenados sobre la frente, y los labios, intensamente rojos, resaltaban sobre una descuidada barba multicolor con matices dorados.

—¿Puede hablar? —la expresión de su cara parecía suplicar una respuesta positiva, y Ada decidió complacerlo.

—Sí —su voz resultó un murmullo ronco que apenas reconoció.

El rostro del médico se iluminó con una enorme sonrisa de satisfacción.

—Temía que sus cuerdas vocales estuvieran dañadas, tiene un corte muy profundo en el cuello, parece que solo le quedará como secuela un tonillo de voz un poco más fuerte de lo normal.

—¿Quién es usted? —Ada sintió el fuego ardiendo dentro de su garganta y sus ojos se inundaron de lágrimas de dolor.

—No hable, necesita tiempo para curarse —el hombre se atropellaba al hablar—, soy el doctor Fariña, está usted en mi casa.

—Quiero ver a mi hermano... —murmuró.

El rostro de Violeta irrumpió en su campo de visión, tenía los ojos enrojecidos de haber llorado y sus cejas habían desaparecido, lo que le otorgaba un extraño aspecto fantasmagórico. De su bonito cabello pelirrojo quedaban apenas unos escasos mechones sobre la frente, que había sujetado con una cinta amarilla.

—Has vuelto a arrancarte el pelo, mi niña...

—No hables, todo va bien. Violeta te pondrá al día de todo. Este hombre es amigo de Rubén. Violeta quiere que descanses ahora.

Ada se sumió en un sueño inquieto. Andrés Moreira regresaba una y otra vez a su mente para atormentarla con las acusaciones que había vertido sobre su padre. Ada se preguntaba qué habría sido de él, si se habría salvado. Se maldijo por haber sido tan impulsiva, no había logrado sonsacarle nada, había desaprovechado aquella magnífica oportunidad cegada por el odio y la frustración. Ahora deseaba que aquel hombre siguiera con vida para dar respuesta a todas las preguntas que la atosigaban.

Durmió durante dos días, el doctor Fariña le administraba una dosis de sedante cada seis horas

para facilitar su descanso. Al cabo de ese tiempo, la niebla que parecía envolver la habitación se diluyó, y Ada recuperó por completo la consciencia. Observó con detenimiento el cuarto donde se encontraba, era una habitación espaciosa; un gran ventanal en forma de arco se abría hacia la calle y le permitía acceder a la animada vida exterior, siempre y cuando las gruesas cortinas de terciopelo rojo se mantuviesen recogidas. El elegante papel de la pared, rayado en arena y oro, denotaba cierto gusto femenino en la decoración, así como los abundantes cuadros de motivos florales que llenaban la estancia. Demasiado recargado para su gusto. Un enorme gato persa la observaba aletargado desde los pies de la cama, abría sus ojos con desidia y volvía a cerrarlos de nuevo con aburrimiento ante la falta de estímulos a su alrededor.

El dolor resultaba bastante soportable así que, una vez logró despertarse del todo, palmeó la colcha de damasco que cubría su cama para llamar la atención de Violeta, que se entretenía mirando la lluvia a través del cristal. Necesitaba saber.

—Violeta quiere saber si ya estás bien—la niña le cogió la mano y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Mejor—todavía sentía un escozor en la garganta, pero podía hablar sin dificultad—. ¿Ha venido Joaquín?

—Sí, le ha dicho a Violeta que volverá esta noche.

Ada le hizo una seña con la cabeza y le señaló la puerta cerrada. Quería saber cómo había llegado allí y quién era aquel doctor Fariña, que tan bien la había cuidado.

—Rubén le sacó de varios apuros en más de una ocasión. Al parecer le gusta demasiado la juerga—la niña observó la alarma que se dibujó en el rostro de Ada y se apresuró en continuar—, pero es un buen médico, no te imaginas el miedo que pasó Violeta, sangrabas muchísimo y no te despertabas...

Ada sintió un ligero dolor en sus dedos, la niña estranguló su mano en un acto reflejo y no pareció darse cuenta hasta que ella le tocó la rodilla con suavidad.

—El hombre que estaba conmigo...—todavía le costaba terminar sus frases, pero Violeta entendió lo que quería preguntarle.

—Violeta está preocupada por ti, en menudo lío te has metido, Viviana está que trina. Ese tipo se murió desangrado.

Ada cerró los ojos y se sintió desfallecer, Andrés Moreira se había llevado su secreto al infierno, junto con las esperanzas de saber lo que había ocurrido con sus padres.

—Rubén quiere hablar contigo, le pidió a Violeta que le avisase en cuanto despertaras, ¿quieres que le llame?—preguntó indecisa.

Ada asintió con la cabeza y la moza se dispuso a salir en busca del policía, tras haber cogido al enorme gato en brazos para llevárselo a su dueño.

—¿Ese hombre...?—la niña no parecía encontrar las palabras adecuadas— A Violeta le gustaría saber qué demonios te hizo para que le arrancaras el nabo...

La expresión de Violeta le arrancó una sonrisa, pero no contestó a su pregunta. Hizo un gesto con la mano señalando su garganta y Violeta se conformó con esperar hasta que ella se recuperase para volver a preguntar.

Rubén se presentó en casa del médico en poco más de una hora, cuando las luces de la calle expulsaban con su fulgor amarillento la creciente oscuridad de la tarde. Viviana llegó unos minutos más tarde, quería estar presente en el interrogatorio. Ada temía enfrentarse al difícil momento de explicar aquel arrebato de locura a los dos únicos amigos que tenía en el mundo, pero Rubén se lo puso muy fácil.

Conocía a Andrés Moreira, lo había detenido en varias ocasiones a causa de su relación con el

Patatas, uno de los delincuentes más buscados de la ciudad, y sabía de su carácter agresivo, no sería muy difícil alegar que la muerte se había producido en un intento de salvaguardar la vida de la puta. Pero había un detalle que el juez de paz desconocía y no recogió en su informe.

Rubén y Viviana habían entrado en la habitación de Ada tras lograr echar la puerta abajo al escuchar los gritos desaforados que surgían del interior. Ante la visión de aquel escenario dantesco, Viviana había ordenado a Mamá Freda que atrancase la puerta, y no permitió que nadie más entrara en la habitación. Rubén tomó el pulso del hombre que apenas respiraba y después se abalanzó sobre Ada, que presentaba un aspecto terrorífico con la cara y el cuerpo completamente cubiertos de sangre. Ambos temieron lo peor.

Viviana desató la cinta de cuero que todavía colgaba de una de las manos del hombre y le pidió a Rubén que le ayudase a colocar el cuerpo encima de la cama, como si todo hubiera sido el resultado de una cruenta pelea. Le pareció innecesario que el juez encontrase al hombre atado, esos pequeños escabrosos detalles eran los que más comentarios despertaban en la población. Él todavía llevaba el arma en la mano, así que estaba claro que había sido Moreira quien había intentado acabar con la joven.

—Pero no sucedió así, ¿verdad? —Rubén la interrogó con la mirada.

Ada se fijó en las finísimas arrugas que rodeaban sus ojos, si no fuera por aquellas cejas tan pobladas y el exceso de vello en la cara, Rubén no resultaba un hombre demasiado feo. Tenía dulzura en la mirada. La apacibilidad de su rostro invitaba a compartir con él secretos y confidencias, y ella pensó que, seguramente, aquel policía no era de los que traicionaban una amistad. Dudó.

—Mi Heidi está muy cansada —Viviana interrumpió la conversación y arrojó con la colcha a su pupila con cariño—. Ya sabes que mis chicas utilizan las correas para satisfacer todos vuestros instintos cariño —le dijo mimosa—; no hay nada raro en que ese hombre estuviera atado.

—Ya, pero la cronología de los hechos no me cuadra, Viviana. Moreira atacó a Heidi cuando ya estaba a punto de morir, tuvo que ser ella quien le agrediera primero y me gustaría saber por qué.

Ada permaneció callada, atenta a la discusión de sus dos amigos.

—Era un salvaje, yo misma fui testigo de su carácter agresivo. Le pedí que dejara el arma en el vestíbulo, pero se negó. Ya sabes, Rubén, quien juega con fuego...

—Dime qué ocurrió en esa habitación, muchacha, necesito saber que no estoy protegiendo a una asesina —rogó Rubén.

—El intentó matarme, ¿no está claro, acaso? —se señaló la herida de la garganta—; me hizo mucho daño, Rubén, más del que nadie me provocó en mi vida. Yo solo me defendí.

Las palabras de Ada encerraban una gran verdad, aunque el policía no podía entender el alcance de aquella certeza.

—Debió hacerte mucho daño, sí —Rubén trató de imaginarse las torturas a las que aquel malnacido habría sometido a la prostituta para que ella reaccionara de esa forma tan cruel.

Decidió darle tiempo para recuperarse de aquel suceso traumático que parecía haberla trastornado y pensó que podrían hablar más adelante, cuando ella se recuperara del todo. Dejó a las dos mujeres a solas en el cuarto y se fue para continuar la ronda, su compañero le esperaba en la calle para seguir con el servicio.

Viviana suspiró aliviada. Por un momento, temió que Ada le confesara la verdad al policía, que había logrado vengarse por fin del asesino de su madre. Viviana había atado cabos con rapidez, una mujer del norte asesinada, unos niños que se habían fugado..., eso la colocaría a ella en una difícil situación, ¿cómo iba a explicarle a Rubén que conocía la procedencia de Ada?, ¿que

siempre había tenido la clave para resolver aquel misterio que absorbió al policía durante sus primeros años de investigador?, el primer fracaso de su prometedor carrera. Y, sobre todo, cómo iba a explicarle a la propia Ada que ella sabía por Rubén que su madre ya estaba muerta y no volvería jamás a aquel banco del parque donde la esperaba cada atardecer. Viviana se sumió en sus reflexiones. Notó cómo la chica agarraba su mano con delicadeza y ella le devolvió el gesto con una sonrisa.

—Gracias —la joven tenía lágrimas en los ojos— por todo. Siempre logras sacarme de los líos en que me meto.

Viviana le palmeó con suavidad la mano.

—Voy a llamar a Marcelino para que te cambie el gotero, ya se ha terminado —Viviana temía que Ada quisiera desahogarse con ella, no tendría valor para asistir a su confesión.

—¿Cuántos días llevo en esta casa?, al médico no parece importarle mucho mi presencia, ni tampoco a su esposa.

—Nuestro doctor es un poco especial y no le importan en absoluto las habladurías, ya lo veras. Pero es un buen chico, te ha velado durante toda la semana y ha logrado lo que otros daban por perdido. El forense que recogió el cadáver de Moreira aseguró que tú tampoco sobrevivirías. Rubén le pidió a Marcelino que lo intentase y ya ves —Viviana se encogió de hombros y le dedicó una ligera sonrisa—, estás aquí.

Marcelino hizo su aparición en ese momento. Lucía un mandil de un color rosa fucsia salpicado de flores por encima de su elegante traje negro y traía al minino arrebujado en su brazo derecho.

—Rubén se ha marchado, no quiso quedarse a probar mi riquísima empanada de zamburiñas —su risa entrecortada por sonoros ronquidos despertó una sonrisa en las dos mujeres.

El hombre se limpió las manos en el delantal y se acercó a examinar a su enferma.

—¿Estas mejor?, te he preparado una sopa, llevas días sin comer.

Marcelino se recogió un mechón de cabello rebelde detrás de la oreja con un gesto muy poco masculino y Ada entendió al instante por qué Viviana decía que el doctor era especial. Le sonrió y le dijo que tomaría encantada su sopa.

Marcelino había conocido a Rubén en una situación muy comprometedor. El médico era conocido en todos los bares de la ciudad, tanto por su desenfado como por su promiscuidad. Cuando el dinero no le alcanzaba para continuar la borrachera, Marcelino utilizaba alguna de las drogas que abundaban en el hospital y que no resultaba difícil meter en un bolsillo cuando el farmacéutico no miraba. Eso sí, era generoso y compartía con sus amigos los beneficios de su trabajo como médico, por eso siempre había gente a su alrededor.

Uno de los directivos del hospital celebraba una fiesta en su casa, era un hombre casado, pero eso no le impedía retozar con Marcelino cuando se le antojaba. A cambio le obsequiaba con algunas dosis de morfina, muy valorada entre sus compañeros de juerga y muy difícil de conseguir en la farmacia del hospital.

La mujer del excelso caballero encontró a Marcelino jugando con su esposo en la bodega del chalé, el médico llevaba a su jefe atado a una correa y lo paseaba como a un perrito alrededor de las barricas, obligándole de vez en cuando a sorber pequeños charcos del vino que se había derramado.

La mujer, que apenas podía creerse lo que estaba viendo, arremetió contra los dos hombres hecha una furia. Les arrojó todas y cada una de las botellas que guardaba en la bodega e intentó agredirles con los cristales rotos. Uno de los invitados avisó a la policía, asustado por el tremendo escándalo que salía del sótano, adonde nadie se atrevió a bajar en ausencia de los anfitriones. Rubén estaba de guardia aquella noche, se presentó en la casa y se encontró a

Marcelino y al respetable caballero en paños menores, empapados en los mejores caldos del mundo y riéndose a carcajadas de la irreverente situación en la que se encontraban.

Rubén se llevó a Marcelino para que la esposa despechada no cometiese una locura mayor. Durante el trayecto el joven médico le relató lo acontecido, tenía una risa muy contagiosa, emitía pequeños ronquidos entre inspiración e inspiración y Rubén terminó compartiendo con él sus carcajadas.

A partir de entonces, Rubén se convirtió en su salvador, puesto que no todo eran buenos amigos en la sociedad compostelana, más de una vez debió rescatar al médico de las manos de algún desalmado que pretendía curarlo de su homosexualidad a base de golpes.

Marcelino le debía más vidas de las que podría vivir nunca, adoraba a Rubén como a un hermano, puesto que no tenía más familia al haber sido rechazado por la suya debido a su peculiar condición, y por eso no dudó en acoger a la putita en su casa e intentar lo que fuese necesario para salvarla cuando ya nadie daba un duro por su vida.

—La sopa está muy buena, ¿qué lleva? —preguntó Ada una vez satisfecha.

Marcelino no contestó. Su mirada se había quedado prendida del rostro de Viviana y sus ojos se abrieron con extrañeza. Ada miró también hacia su compañera para descubrir qué era lo que tenía tan asombrado al doctor. Viviana trataba infructuosamente de limpiar con la mano un reguero de saliva que descendía de su boca, pero sus dedos golpeaban una y otra vez la oreja sin encontrar el camino correcto. El labio se le había descolgado y la parte derecha de su cara permanecía inerte, como si alguien le hubiera colocado una máscara siniestra con un solo perfil.

—Viviana, ¿qué te ocurre? ¡Viviana! —Ada se incorporó de un salto para tratar de llegar hasta su amiga, pero un agudo dolor en la garganta le hizo desistir de su propósito.

Al cabo de unos angustiosos minutos el rostro de Viviana volvió a la normalidad, y Ada pudo respirar tranquila. Marcelino, sin embargo, no pudo ocultar su preocupación. Todos los síntomas que había observado en Viviana, junto con lo inconveniente de su profesión, le hablaban de un diagnóstico muy poco halagüeño para la prostituta, aunque solo un análisis de sangre podría confirmar sus temores.

La completa recuperación de Ada le devolvió de nuevo a la agotadora rutina del lupanar, aunque su larga estancia en casa de Marcelino Fariña les dejó a ambos el dulce regusto de una bonita amistad. También Joaquín encontró en Marcelino un buen amigo, pues no dejó de acudir un solo día a visitar a su hermana en casa del médico y de paso compartir los manjares que él preparaba, que jamás encontraría en casa de Abelardo.

Ada descubrió en el doctor el alma de una mujer dulce y sensible atrapada en un cuerpo extraño, además de compartir con él un repentino gusto por la cocina, enseñanzas en las que puso toda su atención y donde encontró el remedio necesario para calmar sus nervios cuando el pasado la atormentaba.

—Ahora ya he aceptado mi homosexualidad y la mayoría de la gente lo respeta. Rubén ya no tiene que defenderme, pero sigue siendo mi ángel guardián.

—Pero él no....

—En absoluto —rio Marcelin—. Tú lo debes saber bien. A Rubén no le bastaría un harén entero de mujeres para él solito.

Los meses pasaron y las sospechas de Marcelino sobre la enfermedad de Viviana pronto se materializaron en un aterrador diagnóstico para el que ya no había remedio. La aparición de la temida sífilis se llevó consigo el castillo de sueños de la vieja puta y le robó la posibilidad de disfrutar de una vejez apacible al lado de su querido Abelardo.

—¿Cuánto le queda? —Ada no estaba segura de querer saber la respuesta, pero la pregunta era

inevitable.

—Quién sabe, puede que unos meses, o quizá un par de años, todo depende del desarrollo de la enfermedad. Solo puedo decirte que tendrá una muerte horrible.

—¿Estarás con ella hasta el final? —preguntó Ada.

—Estaría mejor en el sanatorio...

—No, yo la velaré día y noche, no se irá sola.

—De acuerdo, entonces, yo la despediré contigo.

Se fundieron en un doloroso abrazo y prometieron que Viviana pasaría sus últimos días rodeada de gente dispuesta a devolverle el amor, que, durante años, ella había entregado a raudales.

Capítulo 13

Joaquín se sentó en el único banco que ocupaba aquella celda. Un ventanuco en la parte alta del techo filtraba la luz tenue y amarillenta de la calle, que apenas revelaba los obscenos comentarios y dibujos que decoraban la pared. Se recostó entre un pene gigante y un “alcalde, hijo de puta”, comentario con el que coincidía en cierto modo, ocultó su rostro entre las manos y sintió unas repentinas ganas de llorar. Ada iba a enfadarse muchísimo y Abelardo seguro que le daría una buena zurra por haber sido tan estúpido. Pero aquella moza era tan bonita...

Se levantó y se acercó a los barrotes, un escalofrío le taladró el cuello y bajó por su espalda como si hubiera recibido una descarga eléctrica, el acero estaba helado, no había nadie al otro lado. Las lágrimas se agolparon en sus ojos y un lamento silencioso surgió de su garganta, ¿por qué había cogido aquel pañuelo?, podría haberle pedido dinero a Abelardo, volver otro día y hacerle un regalo, pero los ojos negros de aquella joven acariciaban la preciosa seda y sintió un impulso tonto.

Graciela había ido a buscarle a la escalinata de la catedral. Estaba muy bonita esa mañana, con aquel vestido primaveral que revoloteaba alrededor de sus piernas y sus zapatos de charol nuevos. Era domingo, regresaba de la misa y se había escapado un ratito de la estricta mirada de sus padres, llevaba el cabello suelto, negro, liso y espeso como un río de petróleo a sus espaldas, pero le molestaba en la frente y no paraba de recogerlo con un gesto coqueto detrás de la oreja. Qué oreja tan encantadora, Joaquín deseaba tocarla, recorrer con sus dedos la curva deliciosa de su lóbulo.

La familia de Graciela regentaba la pastelería de la plaza de la Quintana y Joaquín limosneaba muy cerca, en la puerta de los Peregrinos, para poder controlar las idas y venidas de la niña. A veces ella esperaba en la Fuente de los Caballos a que su madre cerrase la tienda, se sentaba en un pequeño banco de piedra y saboreaba con deliciosa lentitud un bollo de nata y chocolate recién horneado. Joaquín sabía que la niña no le daría limosna, pero aun así se acercaba y estiraba la mano con galantería, haciendo una pequeña reverencia como si Graciela fuese una princesa sentada en su trono. Ella se reía y compartía con Joaquín un trocito de pastel, él apenas rozaba sus dedos para recoger su premio, le guiñaba el ojo bueno y se alejaba corriendo para que la madre no la regañase por hablar con los mendigos.

Aquella mañana ella le propuso dar una vuelta por el mercado y el aceptó a sabiendas de que Abelardo le reñiría por haber abandonado su puesto en un día de trabajo tan intenso; enseguida se vieron engullidos por la marea de gente que acudía a la llamada de los vendedores y se dejaron arrastrar por la calleja abarrotada, saboreando los olores dulces de las garrapiñadas, maravillados por la variedad de las frutas que llenabas los expositores y la belleza de los géneros que colgaban de las cuerdas, sujetos con pinzas de colores.

Graciela le había cogido la mano para no perderse, pero aquel sencillo gesto había despertado un súbito sentimiento de alegría en el corazón adolescente de Joaquín. Se habían detenido delante de un pequeño puesto de pañuelos, rojos, anaranjados, amarillos, azules, verdes, tornasolados, cuadriculados, floridos, todos hermosos y tan atrayentes que la chiquilla se había quedado mirando absorta la mercancía. Sin querer se había soltado de su mano.

Graciela se sujetaba la melena con las dos manos, el viento agitaba su pelo y le impedía observar a gusto los detalles de las sedas expuestas. Joaquín pensó que estaría muy hermosa con uno de esos pañuelos sujetando su cabello, en realidad lo necesitaba porque aquel río negro se le

metía en los ojos y en la boca, ocultando su hermoso rostro, y, además, si no tuviese que sujetárselo, él podría volver a sentir su mano húmeda entre las suyas.

Lo hizo sin pensar, estiró los dedos y cogió un pañuelo rojo con reflejos dorados, agarró con fuerza la mano de Graciela y salió disparado apartando a los viandantes a empujones. Ignoró las protestas de la gente, los gritos del vendedor agraviado y el intenso calor que le provocaba gruesos regueros de sudor en la frente. Joaquín solo escuchaba la risa de Graciela a sus espaldas y la adrenalina que agitaba su corazón como una olla hirviendo. Se detuvo en una callejuela estrecha y se aseguró de que nadie les seguía, apartó el cabello suave de la cara de la niña y le ató el pañuelo alrededor de la cabeza. Después cerró los ojos y depositó una fugaz caricia en los labios de ella.

Graciela salió corriendo de inmediato en busca de sus padres, dejando tras de sí la estela de su risa alegre, que permaneció como una melodía en la mente de Joaquín mientras recorría de vuelta los escasos cien metros que lo separaban de la catedral. Caminaba distendido con las manos en los bolsillos, llevaba los ojos entrecerrados porque se conocía de memoria el recorrido y el corazón pletórico de amor juvenil. La magia del momento estalló en fuegos de artificio cuando se sintió sorprendido por dos garras que aprisionaban sus brazos al grito de “alto, al ladrón”. La policía aguardaba su regreso a la plaza de la Quintana, pues no era uno, sino varios los vendedores que habían reconocido su peculiar fisonomía en el fugitivo birlador de pañuelos.

Joaquín se levantó como si un agujijón le hubiese agitado las nalgas, oía voces en el pasillo. Reconoció la voz gruesa de su hermana con gran alivio, pero también con una inmensa desazón; Ada estaría muy enfadada con él, pensó que acogería con resignación el cachete que de seguro recibiría, estaba claro que se lo merecía. Trató de escuchar la conversación de aquellas voces que se iban acercando, temiendo oír los reproches que ella le dedicaría, pero en vez de gritos e insultos, solo oyó risas difusas en medio de una conversación amigable. ¿Sería posible que Ada no estuviese enojada?

Alguien encendió una luz que le dañó por unos segundos los ojos, habituados a la oscuridad, Joaquín sintió sobre él la mirada centelleante de su hermana que no encajaba bien con la falsa sonrisa de su rostro. El estómago se le encogió con un súbito retortijón, los labios prietos de la boca de Ada y la tensión que acumulaba en sus hombros no prometían un feliz reencuentro. La acompañaban el comisario jefe y los dos policías que lo habían detenido cerca de la catedral pocas horas antes.

—Aquí lo tiene, señorita Heidi —el comisario sacó un manajo de llaves de su bolsillo y se las entregó a uno de los hombres—, debería vigilar más de cerca a su hermano, si el alcalde se enterase de que los mendigos a los que se les permite vagabundear por la ciudad se dedican también a robar a nuestros ciudadanos tendríamos un serio problema, ¿no le parece?, no creo que haya suficientes celdas para alojar al señor Abelardo de Sousa y toda su cuadrilla.

—Estoy segura de que ha sido un malentendido, cosas de niños, señor Ramírez, Abelardo no tiene nada que ver con esto y Joaquín no volverá a hacer nada semejante, ¿verdad que no?

Una chispa de furia iluminó los ojos de Ada, que se clavaron como una daga en el rostro lloroso de Joaquín. El negó con la cabeza, se sujetó a los barrotes y aguardó impaciente a que el policía abriese el cerrojo de la celda. La puerta se abrió con un molesto chirrido y el joven salió disparado para abrazarse a su hermana. Joaquín notó los músculos tensos de la espalda de Ada y recibió su abrazo helado con pesar. Cogió la mano de Ada y trató de enroscar el dedo índice con el de ella, buscando aquel gesto cómplice con el que se reconocían desde la infancia, pero Ada apartó sus dedos fríos de los de él con un gesto seco y aquello le dolió más, si cabe, que el merecido tortazo.

Joaquín se prometió que no volvería a robar nunca más, bajó la cabeza con sumisión y aguardó a que el comisario diera la orden de que podían marcharse felizmente a casa.

—Julián, déjame tus esposas y compañía al chico a la puerta.

Joaquín sintió las manos rudas del policía que le empujaban hacia el pasillo sin contemplaciones, su hermana se había quedado atrás escoltada por el comisario y el otro oficial de policía. Alcanzó a ver cómo el comisario le indicaba con amabilidad que entrase en la celda vacía y rasgaba de un tirón la parte delantera de su vestido. Ada se dejó esposar las manos a la espalda y no protestó cuando el otro policía terminó de arrancar su ropa a jirones, mientras el comisario observaba la escena sentado en el banco solitario sobre el que había estado descansado Joaquín.

Tuvo que esperar dos días y una noche más hasta que ella regresó a El Farolillo Rojo, pálida y ojerosa, con el pelo revuelto y la ropa enroscada en un hatillo bajo el brazo. Caminaba descalza y cubría su cuerpo magullado con una manta raída. Ada miró sin verlos a la concurrencia que aguardaba su llegada en el salón, Abelardo, Joaquín, Violeta, Cora y Dora, Mamá Freda, Marcelino, que había dejado a Viviana durmiendo su sueño de éter, y también Rubén. Habían venido todos a esperarla. Se pusieron en pie para recibirla, ella atravesó el salón con la cabeza alta y solo detuvo su mirada unos instantes sobre el rostro avergonzado de Joaquín.

—Adita, ¿qué te han hecho? —Joaquín corrió a abrazarla, pero ella frenó su avance con un gesto seco.

—Déjame —Ada paseó sus ojos por los rostros serios de los presentes y levantó un poco la voz—, marchaos todos, fuera de aquí.

Ignoró los sollozos de Violeta y las disculpas de Rubén, que se lamentaba de no haber podido hacer nada para liberarla, y después se dirigió a su habitación arrastrando los pies por la escalera. Una vez se sintió segura en la intimidad de su cuarto, cerró con un brutal portazo.

Violeta golpeó la puerta hasta la saciedad, gritando su nombre sin obtener ninguna respuesta, se dejó caer sobre las frías losas del pasillo con la oreja pegada a la madera y se quedó dormida con los lamentos de su Ada martilleando su cerebro, comprendiendo que no había nada que ella pudiese hacer para aliviar su dolor.

Aquella noche El Farolillo Rojo cerró sus puertas por primera vez en su historia, nadie tenía ganas de trabajar y tampoco había nadie que las urgiera a hacerlo; las prostitutas de la Loba se retiraron pronto a sus cuartos, murmurando palabras de pésame como si velaran el cuerpo de un fallecido, y es que aquella noche el alma de Ada sucumbió a la tortura que había soportado durante dos días y dos noches a manos del comisario y sus hombres, apagándose para siempre como la llama de una vela que desaparece con un golpe de viento cuando alguien deja una puerta abierta.

Ada se dejó caer sobre la cama, sintió un dolor indefinido en sus partes íntimas al contacto con la mullida colcha, dejó caer la raída manta sobre sus hombros y sintió su aspereza mientras descendía por la espalda, un ligero estremecimiento sacudió su piel al contacto con el aire fresco. Se tocó los pechos magullados con sus dedos temblorosos y acarició la gruesa cicatriz de su cuello allí donde el comisario Ramírez había apretado con fuerza una cuerda de crin para sujetarla a los barrotes de la celda e impedir que se desplomara en el suelo tras varias horas de cabalgamiento.

Ada miró hacia la parte baja de su vientre, debajo de las manchas de sangre, orina, semen y restos de cera seca, emergían gruesas ampollas, provocadas por las quemaduras de las velas que ellos habían utilizado para borrar el incipiente vello púbico que no le había dado tiempo a rasurar. Se arrastró hasta su bañera de cinc y la llenó de agua ella misma, agua fría, porque no se

encontraba con ganas de bajar a la cocina para hervir los barreños que Violeta dejaba cada día en el cuarto de baño.

Había una botella de licor de orujo sobre el mueble del lavabo, la guardaba por si alguno de sus clientes necesitaba un poco de ayuda extra para entonarse, Ada la cogió y se introdujo en el seno helado de su bañera. Su cuerpo reaccionó con un temblor convulso que despejó su mente y la devolvió a la realidad del lupanar.

Bebió un sorbo largo de orujo que quemó su garganta y sacudió su estómago, bebió una y otra vez, hasta que la mente se le enturbió y sus recuerdos regresaron a Monforte, a la cálida seguridad de su hogar perdido. Cerró los ojos y pensó en su madre, que cada noche la arropaba bajo una nube de plumas, y en su padre, que le contaba todas aquellas historias de hadas y duendes mientras acariciaba el lóbulo de su oreja hasta que se quedaba dormida.

Ada dejó caer la botella vacía al suelo y frotó y frotó sus orejas hasta que sintió el escozor de la piel irritada. Salió de la bañera tiritando, se arrojó desnuda sobre la cama y dejó que la luz del alba iluminase su amanecer más negro. A esas alturas, el orujo había disipado un poco el dolor de su cuerpo, pero apenas había logrado difuminar el recuerdo de lo acontecido en la celda. El comisario Leandro Ramírez se lo había grabado a fuego en lo más profundo del alma.

CAPÍTULO 14

Viviana se miró en el espejo del aseo. Ante ella apareció el reflejo del cuerpo de una mujer a la que no conocía. ¿Dónde estaban sus caderas lozanas, sus muslos desbordantes y aquellos enormes pechos llenos de antaño?, debía acercarse mucho al cristal para poder encontrar sus arrugas, porque hacía semanas que las imágenes que recogían sus ojos no devolvían a su mente más que difusos contornos, rodeados de una espesa nube de humo. Marcelino había asegurado que en el último estadio de su enfermedad quedaría prácticamente ciega, y Viviana se estremeció al pensar que el terrible final estaba ya demasiado cerca.

Un doloroso calambre en la pierna derecha le anunció que en pocos segundos ya no podría mover los músculos; el recuerdo del intenso dolor que acompañaba a esos episodios de parálisis provocó que las lágrimas afloraran a sus ojos y se arrastró en seguida hasta su cama para que la crisis no le pillara en pie. El bueno de Abelardo había habilitado un pequeño cuarto en la casa para que ella disfrutara de un poco de intimidad en los últimos estadios de su tormentosa dolencia.

Justo en ese instante, Marcelino Fariña irrumpió en la habitación, seguido por su felino, y la saludó con una gran sonrisa. Sus mejillas estaban coloradas y sus ojos brillaban de dicha.

—Prepárate, Viviana, he podido conseguir más éter —sus palabras se atropellaban con la respiración agitada—. Hace muchísimo frío, he venido corriendo desde el hospital. Vamos, Newton, sube a la cama —palmeó la colcha de ganchillo azul con la mano derecha para que el minino obedeciese.

—¿No ha venido Ada? —preguntó.

Marcelino se obligó a dibujar una sonrisa para que Viviana no advirtiese su preocupación, hacía casi dos meses desde que la joven prostituta había regresado hecha una piltrafa de la comisaría de Leandro Ramírez, se había negado a dejarse reconocer por el médico y se pasaba las horas al lado de la cama de Viviana, sosteniendo su mano, sin decir ni una palabra. No habían vuelto a cocinar juntos.

—Vendrá pronto, seguro que cuando te quedes dormida, como siempre, anda, prepárate.

Viviana suspiró aliviada, en pocos minutos el dolor desaparecía y muy pronto regresaría al fantástico mundo irreal en que se refugiaba cada vez que Marcelino lograba extraer, a hurtadillas, una ampolla de anestésico del hospital.

Había rechazado el ingreso en el sanatorio para morir en paz en su propia casa y el médico había cumplido su promesa de ayudarla en cuanto estuviera en su mano para que sufriera lo menos posible, aun a costa de hacer peligrar su trabajo.

Rezó para que aquel minúsculo frasco durase hasta el final. Deseaba que todo terminase de una vez, quería cerrar los ojos y desaparecer en la bruma de la droga, no quería sentir más dolor. Pero todavía le quedaban asuntos pendientes en este mundo y el tiempo escaseaba cada vez más. Preguntó también por Rubén, hacía varios días que no aparecía por la casa, y Viviana anhelaba hablar con él.

—Desde que pidió el traslado a La Coruña no se le ve el pelo a ese bribón.

Marcelino se colocó un pañuelo alrededor de la boca para no inhalar los peligrosos vahos del medicamento y diluyó seis gotas del frasco en un poco de agua con sumo cuidado. Empapó una tela de lino con la solución resultante y luego la introdujo en una especie de cono invertido, un extraño artilugio que le permitía suministrar la dosis de forma correcta. Colocó la cinta de sujeción alrededor de la cabeza de Viviana, teniendo en cuenta que la tela impregnada con el

líquido no quedase demasiado cerca de la boca del embudo para no intoxicarla.

—Ya está, en unos minutos te sentirás en la gloria. ¿Aprieta? —el médico tiró de la cinta elástica con suavidad.

—No, está bien.

—Entonces duerme, mi reina. Feliz viaje...

Viviana sintió los ásperos lametazos del gato persa en su mano, se relajó y muy pronto se quedó dormida. El dolor desapareció y su mente navegó durante unos minutos por los sucesos ocurridos durante los últimos meses, antes de caer en la inconsciencia.

La Loba se había propuesto hacer cuanto estuviera en su mano para averiguar lo que había ocurrido con la familia de Ada, tras enterarse de que su tiempo mundano tenía una fecha de caducidad próxima. Le había pedido a Rubén que investigase de forma discreta la procedencia y filiación de los Morán de Ulloa, y a este no le había sido demasiado complicado encontrar sus raíces en la lejana ciudad de Monforte, gracias a sus nuevos contactos en la ciudad de La Coruña.

Viviana se enteró de este modo de que ya no quedaba ninguna persona a quien Ada pudiera acudir para recuperar su vida. Todos los miembros de la familia habían desaparecido de la noche a la mañana y los parientes lejanos negaban cualquier tipo de relación o avenencia con los de Ulloa debido a las graves acusaciones vertidas sobre la familia. El extenso imperio vinícola que, años atrás, había convertido a los Morán de Ulloa en uno de los linajes más pudientes de la zona se había venido abajo y la empresa de producción había quebrado.

El dominio sobre el soberbio pazo rodeado de viñedos que suponía la vivienda habitual de la familia había sido adjudicada abintestato a un testaferro hasta que transcurriera el plazo de diez años, fecha en la que se declararía el fallecimiento oficial de la familia si ninguno de ellos daba señales de vida. Vencido ese tiempo la propiedad pasaría a manos de la administración judicial.

Cada vez se le hacía más difícil a Viviana ocultar al policía las razones por las que le pedía que investigase los avatares de un clan desaparecido en la lejana ciudad de Monforte. Le suplicaba a Rubén que confiara en ella a ciegas, y eso era demasiado pedir para un sabueso que cada vez se involucraba más a fondo en aquella extraordinaria historia que había despertado el repentino interés de la prostituta, aunque transigía por respeto a su condición de moribunda.

Pero llegó un momento en que reclamó indignado una explicación. Viviana debió satisfacer la curiosidad de Rubén y confesarle los motivos de su insistencia en aquella investigación, y si lo hizo, fue porque sentía que le faltaba ya muy poco para cruzar al otro lado. Aprovechando la ausencia de Ada le reveló al policía lo sucedido casi diez años atrás, el día que encontró a dos harapientos a las puertas de El Farolillo Rojo. Lo hizo acuciada por la culpabilidad y la vergüenza, pero halló valor para ello entre los vapores de la droga, que hacían más llevaderos los dolores del cuerpo y difuminaban las cuitas del alma.

A Rubén le había costado mucho asimilar aquella historia increíble y en un principio pensó que Viviana deliraba debido a su enfermedad. Sentado al lado de su cama, le pidió que le repitiera aquel relato una y otra vez hasta agotarla por completo, con el objeto de hallar alguna contradicción en sus palabras. Sin embargo, las cuentas fueron cuadrando y al final terminó creyendo que podía ser posible, que Adelaida y Joaquín podían ser los herederos de don Armando Morán Deville y doña María Eugenia de Ulloa, desaparecidos de la faz de la tierra hacía nueve años, siete meses y tres días.

—Sabía que eras una persona sin escrúpulos, pero no puedo creer que hayas hecho algo así — le embargaba una mezcla de sentimientos contradictorios.

Viviana cerró los ojos y las lágrimas murieron al borde de sus párpados, no podía decir que lo sentía, puesto que no era cierto. Rubén se levantó de su silla con ímpetu y esta cayó al suelo con

un golpe seco, paseó su indignación alrededor de la cama, incapaz de decidir qué era lo que debía hacer a continuación. Quería gritarle y descargar la frustración que llevaba acumulada desde el día en que tuvo que creer las palabras de un viejo sereno, que decía haber visto a dos niños desaparecer en medio del parque. Durante años, había navegado entre la duda de saber si aquellos niños habían existido en realidad, o bien, no eran más que objeto de la imaginación desbordante de un viejo loco.

Todo aquel tiempo había tenido la respuesta muy cerca de su mano, y Viviana le había ocultado la verdad, aun sabiendo que aquel misterio le había hecho sufrir muchísimo. No podía perdonarla. El policía se quedó sin palabras ante la súplica desgarradora de Viviana, que le rogó guardar silencio hasta el día en que ella falleciera.

—No me robes su cariño en mis últimos momentos, Rubén, en pocos días podrás revelarle toda la verdad a mi niña, pero no me la quites ahora, cuando me hace tanta falta...

Rubén observó aquel rostro cadavérico, la sombra de la muerte rondaba el pellejo de huesos que agonizaba en la cama, quería odiar a aquella mujer, pero se sorprendió de hallar tan solo una pena inmensa en su corazón. Además, no sería justo provocarle semejante dolor a la joven Ada, que caminaba como un alma en pena tras los sucesos ocurridos en la comisaría.

—Ella tiene derecho a saberlo. No mereces su perdón —dijo intentando mostrar más aplomo del que en realidad sentía.

—Busca mientras tanto a ese testafarro y dile que has encontrado a los herederos legítimos, el plazo de diez años está a punto de vencer —Viviana tomó una gran bocanada de aire para poder proseguir—, devuélvele tú lo que por derecho le corresponde, pero hazlo una vez que yo ya no esté.

Rubén esperaba que ella buscara su lástima a través de los ruegos, pero Viviana no era de las que suplicaban perdón, sus palabras sonaban más bien como un exhorto, y el policía estaba indeciso. Marcelino había interrumpido su conversación, acudía a suministrar a la enferma su dosis de éter.

—Ven a tomarte una copa con nosotros, Rubén, nos tienes muy abandonados, Abelardo acaba de llegar y podemos echar una partidita de cartas. ¿Hace? —le guiñó un ojo y le dedicó una amplia sonrisa.

—Vete, Rubén, no dejes a mi Abelardo a solas con este pillo. Ahora solo quiero dormir...

El rostro de Viviana se había relajado por fin y sus ojos se cerraron con una expresión de dicha. Rubén había acompañado a Marcelino con resignación y más tarde jugado su partida de cartas, pero perdió todas las manos, puesto que su mente vagaba entre los hilos de una compleja historia. A él le tocaba decidir si debía darle un final feliz o no.

Ada había llegado a última hora, justo antes de que Rubén debiese regresar a su destino en La Coruña. No quiso acompañarles en su juego y se fue a velar el sueño de la enferma con una dedicación extraordinaria, tal y como venía haciendo a diario desde lo acontecido en la comisaría de Leandro Ramírez.

Rubén había pedido su traslado tras aquella noche fatídica, aunque en ningún escrito constaba el motivo real de su renuncia. Tras la detención de Joaquín había intentado hablar con el comisario, se había ofrecido incluso como avalista del chico, jurándole que este no volvería a delinquir, pero Ramírez se había negado a escuchar sus ruegos cuando se enteró de que la hermana del detenido era ni más ni más menos que la bella Heidi, meretriz de El Farolillo Rojo, aquella que se había negado sistemáticamente a recibirle de un modo gratuito a cambio de protección, igual que venía haciendo en todos los prostíbulos de la zona desde que era comisario jefe.

Leandro Ramírez no era en realidad una mala persona, pero no soportaba que nadie se revelase

ante las normas que él mismo había establecido, la jerarquía del poderoso contra aquellos que le debían sumisión. Jamás había pagado por llenar la bolsa de la compra, emborracharse en un bar de carretera o copular con una prostituta, incluso la propia Loba había permitido su libre acceso a El Farolillo Rojo cuando regentaba el local, pero aquella relamida furcia con nombre de muñeca se había negado a hacerlo si no era a cambio de dinero, y al final se lo había hecho pagar, vaya que sí.

Rubén no se lo había perdonado, pidió el traslado inmediato a otra comisaría y ninguno de sus superiores preguntó sus motivos, a nadie le importaban en realidad.

Rubén había ido a despedirse de Ada, ella se encontraba sentada en un taburete al lado de la cama de Viviana, cogía su mano y miraba ausente a través de la ventana. Rubén observó emocionado aquella imagen, pensó que no tenía derecho a quitarle a Viviana esos ínfimos momentos de felicidad cuando no le quedaba más que un escaso suspiro en la tierra. Ada tendría todo el tiempo del mundo para decidir si podía perdonarla.

Por tanto, se dedicó a partir de entonces a encontrar al abogado que ejercía de testafarro, abogado, notario y amigo personal de don Armando Morán Deville, que todavía vivía muy cerca de la antigua mansión familiar. Le había hecho llegar el mensaje de que los chicos residían en Santiago, le entregó una exhaustiva descripción de ambos jóvenes y acompañó un dibujo a carboncillo de los perfiles de los niños, seguro de que podría reconocer la peculiar fisonomía de Joaquín. Le había pedido que acudiera a la ciudad para comprobar *in situ* la existencia de los herederos y poder transmitirles así su legado.

Pero era aquel un hombre muy ocupado, no podía realizar un viaje tan largo y había hecho llegar a la Comisaría de La Coruña un grueso sobre amarillento con los legajos que contenían los documentos que aseguraban la transmisión del patrimonio, con la esperanza de que el policía se los hiciera llegar a sus legítimos dueños. Sin embargo, las condiciones para acceder a la posesión eran un tanto peculiares. Rubén había leído desconcertado la larga misiva en la que el abogado explicaba el curioso procedimiento a seguir y ese mismo día decidió acudir a casa de Viviana para relatarle las novedades referentes a aquel asunto, no había vuelto a hablar con ella desde el día en que le había revelado su secreto, todavía se encontraba molesto por habérselo ocultado durante tanto tiempo.

Rubén llegó a la casa de plaza de Cervantes con la caída de la tarde, desafiando un gran aguacero que le caló hasta los huesos. Llevaba el sobre amarillento enrollado bajo el grueso lienzo de su capa y rezó para que los documentos no se hubieran estropeado al mojarse con aquella lluvia pertinaz.

El rostro compungido de Abelardo cuando salió a atender la llamada del timbre le trajo la confirmación de que sus peores temores se habían cumplido. Viviana acababa de exhalar su último suspiro y la casa entera se hallaba de luto.

Le costó entrar, sabía que ese momento tenía que llegar, más temprano que tarde, pero la muerte de la Loba le golpeó con la fuerza de un huracán. Venía preparado para recriminarle muchas cosas, estaba enfadado con ella por lo que había hecho, por lo que había supuesto para Ada su silencio, pero en ese momento lo único que pensó es que habían discutido la última vez que se vieron, que ella se había marchado sin saber cuánto significaba para él, que nunca le había dicho que la quería, como a una madre, como a una amiga, como a una mujer.

Viviana había sido la primera hembra para él. Tenía apenas dieciséis años cuando su padre le había llevado a El Farolillo Rojo por primera vez. Rubén nunca había visto con tanto detalle el cuerpo de una mujer, y allí estaba ella, semidesnuda, hermosa y plena en su madurez, la mujer más bonita que había visto nunca. Su voluminoso cuerpo parecía haber salido de un cuadro de Rubens,

aquel pintor que llevaba un nombre muy parecido al suyo. La Loba le había tomado la mano y le había conducido por la empinada escalera hacia su habitación.

—Ven, hoy te voy a hacer un hombre.

Aquellas palabras habían encendido su cuerpo como una antorcha, Viviana había cumplido su promesa, esa noche le hizo disfrutar todo lo que puede gozar un hombre con una mujer. Su esposa Zaida nunca había podido competir con ella en la cama, y por eso su matrimonio no era más que una raya gris en medio de un cuadro multicolor. Nunca había querido yacer con otra prostituta, hasta que llegó Heidi y ocupó el lugar de la Loba en su cama, pero nunca, nunca en su corazón.

La casa de Abelardo estaba a oscuras, habían cerrado las contraventanas y en la mesa de la cocina parpadeaba una vela solitaria. Una docena de meretrices, todavía en ropas menores, se lamentaban de la muerte de su dueña; algunas lloraban su pérdida sentadas ante el fuego encendido del lar y otras se afanaban en preparar la casa para recibir a todos aquellos que acudieran a presentar sus respetos a la prostituta, una mujer implacable que no había dejado indiferente a ninguno de los que había conocido.

Rubén buscó a Ada entre sus congéneres, pero no la encontró. Ofreció su pésame a Abelardo y preguntó con respeto por medio de susurros dónde podría hallar a la joven. Ada se encontraba con Mamá Freda en el cuarto de Viviana, los ojos hinchados por las lágrimas acusaban el cansancio de haber pasado varios días sin dormir. Su rostro limpio de los maquillajes que usaba a diario le otorgaba el aspecto de una niña vieja, su piel estaba deslucida por la cantidad de potingues que se aplicaba y las ojeras, negras e hinchadas, parecían dibujar arrugas allí donde todavía no habían llegado.

La visión del cuerpo sin vida de Viviana le provocó un acceso de llanto, los policías no lloran, conviven con la muerte cada día. Rubén se llevó la mano a la cara para evitar que sus lágrimas se derramasen.

Mamá Freda se afanaba en recoger los utensilios empleados en el amortajamiento de Viviana. Ada peinaba con suavidad los escasos cabellos de la Loba, que habían dejado de ser dorados hacía mucho tiempo, y aplicaba un poco de color en sus labios macilentos. Le hizo una seña a la mujer y le ordenó salir.

Mamá Freda se dispuso a abandonar el cuarto, llevándose consigo los enseres que habían utilizado para el adecentamiento del cadáver. Dedicó una última mirada a la fallecida y se persignó con dedos temblorosos, sin acertar a penas a realizar bien el signo de la cruz.

Mamá Freda conocía muy de cerca la extrema frialdad de un cuerpo exánime, la rigidez de los miembros, el color grisáceo de la piel. Lo sabía debido a la parte más sucia de su trabajo, pero ella ya conocía con anterioridad todas esas sensaciones. Eso no se olvida nunca. Tendría siete u ocho años cuando debió enfrentarse cara a cara con la muerte por primera vez, cuando esta sorprendió a su madre en la mugrienta habitación de alquiler en la que habitaban, cerca de la azabachería.

Mamá Freda se había despertado una mañana en la cama que ambas compartían y descubierto que el cuerpo de su madre estaba frío y que de su boca no salía el cálido aliento que despedría siempre al hablar. La había abrazado para transmitirle el calor de su piel, esperando a que ella despertase, pero no lo hizo. Aguardó varios días, temiendo despegarse del cuerpo de su madre por si en ese justo momento abría por fin los ojos, mojando con sus lágrimas las mejillas de ella, insuflando calor de sus labios a aquellos otros que se habían ido quedando morados.

Mamá Freda había mirado de frente a la muerte, le había hablado y la había desafiado para que se la llevara a ella en vez de a su mamá. La policía las había encontrado así, abrazadas, más de una semana después, cuando el casero se alarmó ante el mal olor que provenía del cuarto y

decidió irrumpir con las autoridades en el domicilio. La niña ingresó muy débil en un orfanato hasta que logró recuperarse de la inanición, y de allí había terminado haciendo la calle, hasta que la Loba se apiadó de ella cuando caminaba delante de El Farolillo Rojo, con la nariz retorcida y varios dientes en la mano, producto de una brutal paliza.

Así era Viviana, como una segunda madre. Le dio cobijo, comida y protección, y ella había correspondido haciendo lo único que sabía, ofrecer su cuerpo, ayudar a las muchachas que se quedaban en cinta a dar a luz en un cuarto mugriento y también facilitar el tránsito de esas nuevas vidas a otro mundo mucho más placentero porque el mundo al que llegaban era demasiado feo para recibir a un recién nacido.

Hasta ese momento la muerte y Mamá Freda se habían entendido, se respetaban, se conocían muy de cerca, pero ahora ella se había llevado consigo a su segunda madre entre grandes sufrimientos y eso no estaba bien. Mamá Freda se prometió que nunca jamás volvería a regalarle una vida inocente a la Dama de Blanco, que viniese ella a buscarles si ese era su destino, pero no volvería a interferir en la vida que otros habían creado. Aquella misma mañana había realizado su último ritual de tránsito, como a ella le gustaba llamarlo.

Dora se había empuñado a sus casi cuarenta años, y aquel amanecer su hijo deforme había decidido que con siete meses ya era suficiente, tenía prisa por salir. Su hermana Cora la había despertado antes del alba aporreando la puerta de su cuarto y Mamá Freda había corrido a asistirle en el parto, que fue largo y difícil, y a punto estuvo de cobrarse la vida de Dora, demasiado mayor para un embarazo, demasiado vieja para soportar un trance de ese calibre.

Mamá Freda rescató un cuerpo minúsculo ensangrentado enrollado en el cordón umbilical, apenas era más grande que la palma de su mano. Aquel bebé parecía una rata pelada, era arrugado como un anciano, tenía la cabeza demasiado grande y berreaba como un cochinito camino del matadero.

—Este engendro no puede ser obra del Señor. Voy a practicar el ritual.

—Aguarda hasta que Dora se despierte —le había pedido su hermana—. Estaba tan contenta, a nuestra edad ya no podremos tener más hijos, ¿quién cuidará de nosotras cuando seamos viejas?

El niño se retorció en su mano, Mamá Freda observó asustada que en la boca del pequeño había dos dientes, transparentes como el agua del mar, cosa que jamás había visto u oído, cosa del demonio, sin duda. Lo arrojó al suelo de forma instintiva, pero el bebé no se callaba, gritaba y gritaba con una potencia de voz inaudita en un niño tan pequeño.

Mamá Freda cubrió el engendro con su almohada y presionó con fuerza. Le costó bastante acallar los gritos del recién nacido porque la hermana de la parturienta le tiraba de los brazos para evitar el fatal desenlace mientras gritaba que se detuviese, y tuvo que aplicar más fuerza de la debida. Cuando por fin terminó todo, Mamá Freda arrojó el desecho a la letrina y cubrió el suelo con serrín hasta hacer desaparecer toda la sangre. Cora se había quedado llorando al lado de su hermana y no había acudido a despedir a Viviana a su última morada.

Mamá Freda sacudió la cabeza y se despidió de la Loba derramando unas pocas lágrimas, después cerró con cuidado la puerta de la habitación. Ada se derrumbó en los brazos de Rubén cuando Mamá Freda desapareció, su cuerpo menudo convulsionaba con cada gemido y las lágrimas se mezclaban con la lluvia que el hombre traía en su capa.

—Ay, Rubén, Viviana nos ha abandonado, ¿qué será de mí ahora?; me he quedado tan sola.

—No estás sola, Ada, tienes a Joaquín, a Abelardo, me tienes a mí.

Él le besó el pelo con ternura, se separaron y dedicaron un homenaje silencioso por espacio de varios minutos a la fallecida.

—Hay algo que debo contarte, quizás debería habértelo dicho antes, pero ella me pidió que

esperara hasta este momento, ven, siéntate aquí —el cejo fruncido de Rubén expresaba una honda preocupación, el policía apretó una vez más el legajo que guardaba bajo su capa, se sentó en el borde la cama de Viviana y tomó una bocanada profunda de aire antes de empezar a hablar.

Capítulo 15

Violeta irrumpió en el cuarto de Viviana como un torbellino. Traía el rostro desencajado, la respiración agitada y los pelos de la ceja derecha sobresaliendo como un plumero minúsculo entre sus dedos.

—¿Qué ocurre?, por favor, Violeta, un poco de respeto, hay un difunto en esta habitación — Ada soltó la mano que le sostenía Rubén, un poco aturdida por la irrupción de la niña y la seriedad con que el policía se había dirigido a ella unos instantes atrás.

—Violeta está muy nerviosa, el comisario Ramírez está en la puerta, Violeta no le ha dejado entrar y está muy enfadado. Ha venido con escolta.

—¿Ramírez? —el pecho de Ada se agitó como un resorte—. ¿Qué querrá?

Buscó la mirada de Rubén, había ansiedad en sus ojos, y también lo que él creyó entender como un miedo atroz.

—Quédate aquí, yo saldré a hablar con él.

Rubén salió al pasillo seguido de Violeta, que correteaba a su alrededor como un potrillo desbocado mientras Ada paseaba inquieta por la habitación; había una calma mortal en el recibidor, el comisario aguardaba en el porche junto a sus dos compañeros, mientras eran observados por toda la congregación lupanar en estricto silencio.

Ramírez chupaba con ansia un oloroso puro en actitud relajada, pero al ver aparecer a su antiguo subordinado su cuerpo se tensó, expulsó el humo despacio y clavó en Rubén su mirada farisea.

—He pedido hablar con la señorita Heidi, ¿no es ella la encargada de El Farolillo Rojo?

—Ada no puede atenderle, Ramírez, como sabrá Viviana acaba de fallecer y la están amortajando.

—La ley es insensible a los eventos de la vida, querido Rubén, hay un asunto muy grave que debo tratar con ella ahora mismo.

—Yo mismo le comunicaré su demanda en cuanto termine el funeral de nuestra amiga. Le ruego que tenga en consideración esta situación especial.

Leandro Ramírez rumió su respuesta unos instantes y después aceptó reacio a disculpar a la prostituta en duelo.

—Dígale que mañana a esta hora deberá presentarse en la comisaría acompañada de la mujer a la que llaman Mamá Freda. Le hago responsable de cumplir este requerimiento; Rubén, no hay comisaría lo suficientemente lejana a la cual no lleguen mis contactos. No sé si me entiende.

—Yo mismo las llevaré, tiene usted mi palabra.

Ramírez se marchó y todos pudieron respirar por fin aliviados. Todos menos Mamá Freda, que sentía las miradas escrutadoras de sus compañeras sobre su pellejo y su cuerpo entero se erizó con un escalofrío de inquietud. Siguió lavando en silencio sobre la pileta de la cocina las toallas que había utilizado para adecentar el cuerpo inerte de la Loba, como si nada hubiera sucedido, aguardando a que todos se olvidaran de ella para escabullirse en cuanto pudiera. De ninguna manera pensaba en acompañar a Rubén hasta la comisaría del tal Ramírez, tenía muy presente la última vez que Ada había ido allí en busca de Joaquín y no estaba dispuesta a que a ella le sucediera lo mismo.

Rubén tuvo que obligar a Violeta a sentarse junto a las demás chicas en la cocina, le pidió a Joaquín que la entretuviera con algún juego de cartas mientras él regresaba junto a Ada. La niña

no paraba de tirarle de la capa y temía que de un momento a otro el sobre con los documentos que había recibido de Monforte terminasen desparramados por el suelo. Le aseguró que no iba a ocurrirle nada a su compañera, que él mismo estaría presente en la comisaría y que Ramírez no se atrevería a repetir sus fechorías, pero la joven no atendía a razones. Finalmente, Joaquín logró convencerla prometiéndole que la banda del Manco al completo acompañaría a las chicas a la comisaría y que nadie se movería de allí hasta que Ada regresara sana y salva a El Farolillo Rojo.

Mamá Freda encendió un cigarro que guardaba en el bolsillo de su mandilón y aprovechó el revuelo que armó Violeta para salir con disimulo al porche, dejando la puerta entreabierta para no levantar sospechas. Aguardó unas cuantas caladas, procurando que el humo asomara por la rendija para no delatar su ausencia, y después se adentró corriendo en la noche lluviosa.

Pensaba huir muy lejos, quizás el último tren todavía no había salido de la estación, en diez minutos podría alcanzar la vía y subirse a cualquier locomotora que la alejase de Santiago hacia un destino incierto, sabía muy bien que Leandro Ramírez venía a cobrarse el precio por sus rituales del tránsito; en el fondo siempre había sabido que eso estaba mal, que las vidas tienen un único dueño todopoderoso, y que aquella tonta de Cora no iba a perdonarle así como así que les hubiera robado la última esperanza de disfrutar de una vejez dulce, aderezada con la sangre joven de un sobrino atento.

Bajó la escalinata de la plaza de la Quintana, dejó atrás la Fuente de los Caballos y corrió bajo la lluvia unos pocos metros con el corazón desbocado; las calles se le antojaban todas iguales bajo el aguacero, el esfuerzo le provocó una dolorosa punzada en sus pulmones poco acostumbrados a semejante abuso, lo que le obligó a detenerse en una bocacalle apenas iluminada por una farola mortecina.

Uno de los hombres del comisario Ramírez que vigilaba la casa de Abelardo vio salir a la mujer a la carrera. Mamá Freda no se percató de que los policías corrían tras ella, no escuchó el chapoteo de sus botas con el estruendo del agua que salpicaba con furia las piedras de los edificios. Se vio sorprendida de pronto mientras elegía qué cruce debía tomar entre aquellas dos calles para poder llegar antes a la estación. Dos hombres atenazaron sus brazos tratando de retenerla, pero ella se debatió cuanto pudo, arreó patadas a diestro y siniestro y logró escabullirse por segunda vez tras morder a uno de sus perseguidores en una mano. Mamá Freda huyó desorientada hacia un callejón. La lluvia se introducía en su boca y en sus ojos, y en medio de toda aquella desesperación Mamá Freda no alcanzó a escuchar los gritos de alto que el comisario voceó en la oscuridad, solo sintió un estruendo enorme, como el trueno poderoso que sigue al relámpago, aunque se sorprendió de no haber visto la luz que acompaña siempre al rayo.

Un dolor intenso en la parte baja de la espalda le obligó a doblarse hacia atrás con un movimiento imposible, el impacto de la bala hizo crujir su cuerpo, e incluso a través de la intensa penumbra, Mamá Freda vio relucir el color de su sangre que salpicó de escarlata el cristal de la pastelería de doña Graciela Pinares en los aledaños de la catedral, aquella por cuya hija Joaquín había provocado el despertar de los infiernos de Ada.

El comisario Ramírez regresó con la mala nueva a la casa de Abelardo más que satisfecho, ni siquiera se disculpó, había cumplido con su obligación ante un fugitivo. Las prostitutas de El Farolillo Rojo lloraron aquella noche dos grandes pérdidas. Ramírez permitió, haciendo gala de su buena voluntad, que el cuerpo de Mamá Freda fuera velado junto al de Viviana en casa de Abelardo, puesto que ya no había riesgo de fuga, así que la policía santiaguesa asistió discretamente aquella noche infernal, desde una esquina del salón, al peculiar desfile de personalidades que durante horas acudieron a la casa de la plaza de Cervantes para despedir a las fallecidas. Sacerdotes, vagabundos, concejales, comerciantes, viudas y alcahuetas..., cada uno

con su peculiar motivo para ofrecer sus respetos a las difuntas meretrices; una solo por puta, la otra tal vez un poco más por comadrona, pero ambas queridas por igual.

Rubén aguardó hasta la madrugada a que por fin se retiraran todos los visitantes y cesaran las conjeturas sobre la extraña fuga de Mamá Freda. El sobre amarillento quemaba su bolsillo, no veía la hora de cumplir la promesa que le había hecho a Viviana, era hora de revelarle a Ada toda la verdad. Tenía que regresar a La Coruña justo después del funeral, y entonces ya no habría tiempo para hablar con ella. Le pidió un momento a solas, Ada obligó a sus compañeras a que se marcharan a descansar y se quedó con Rubén en el cuarto, con los cadáveres de las dos prostitutas como únicos testigos de lo que él tenía que contarle.

Rubén comenzó hablando despacio, buscando las palabras con tiento para no equivocarse, para no causarle más daño del necesario. Le relató con pesar lo que sabía en relación con la muerte de María Eugenia Morán de Ulloa y la lucha que él mismo había mantenido durante los últimos años por encontrar a los dos hermanos desaparecidos.

Insistió en explicarle que, hasta su último aliento, Viviana había intentado compensarla por lo que había hecho y le entregó por fin, con una mano temblorosa, el sobre húmedo que guardaba bajo la capa.

A Ada le costó un rato reaccionar, entender lo que él le estaba contando. De repente se sintió desnuda, más de lo que había estado nunca. Rubén conocía todas sus miserias, su verdadera identidad, y había pronunciado aquel nombre que jamás se tenía que haber vuelto a decir en voz alta. Morán de Ulloa.

Cogió el sobre entre sus manos y lo apretó con fuerza contra su pecho, sintió un fuego interno que devoraba sus entrañas, olió el aroma ácido a tabaco y humedad que desprendían los documentos y sintió unas repentinas ganas de reír, reír a carcajadas por aquella monstruosa broma del destino.

En cambio, de su garganta surgió un lamento agudo, le costó comprender por qué Viviana le había ocultado su secreto durante años, darse cuenta de que si ella le hubiese revelado a Rubén que había encontrado a aquellos niños, quizás las cosas habrían sucedido de otra manera, tal vez habrían podido regresar a casa, habrían tenido otra vida muy distinta o..., tal vez no hubiese sucedido nada, tal vez Andrés Moreira habría sabido enseguida dónde encontrar a aquellos niños que se le habían escapado y ninguno de los dos habría podido ver llegar una nueva década.

Ada leyó con avidez los documentos escritos por la pluma elegante del abogado y cuando hubo acabado los dobló y los guardó de nuevo muy despacio en el sobre. Rubén esperó hasta que ella se recompuso de un nuevo acceso de llanto y aguardó su veredicto en lo relativo a Viviana. Quizás Ada no quisiera continuar en aquella habitación, velando el cuerpo de la mujer que había tejido su destino.

—¿Y qué piensas hacer ahora?, ¿la odias? —preguntó Rubén.

—No, en realidad no le guardo rencor. Ella me trató como una hija y cuidó de mi hermano, vivió su vida conforme a sus principios y yo quizás habría hecho lo mismo. Viviana era una superviviente, Rubén, y también me rescató a mí de la deriva.

—Pero te ocultó lo que sabía durante todo este tiempo.

—Fui yo la que también callé mi identidad por miedo, y ahora acabas de darme la razón. Mi madre fue asesinada por algún motivo, y el silencio de Viviana ayudó a protegernos. Pásame ese pañuelo, por favor.

Ada parecía encontrarse en trance, Rubén recogió el sonador de hilo que había encima de la mesilla y se lo alcanzó.

—¿Qué harás para poder reclamar tus derechos?, el abogado es muy explícito respecto a ello

—esperó a que ella terminara de sonarse y volviese a doblar el pañuelo con cuidado.

—Ya lo pensaré, tengo mucho tiempo todavía para encontrar una solución.

—Ada, voy a ayudarte en todo lo que pueda, soy policía ¿recuerdas? —ella asintió con una sonrisa silenciosa, su mirada vagaba extraviada por la habitación, hasta que se detuvo súbitamente sobre el cadáver de Viviana.

Rubén la abrazó de nuevo y la dejó sola en el cuarto, aliviado por haberse quitado aquel gran peso de encima. Necesitaba descansar de una noche agotadora. Ada se sentó en una silla justo en medio de los dos cuerpos inertes. Su mirada se posó en un vaso de licor que alguien había dejado a medias sobre la mesilla, cogió el vaso y se tragó el contenido de un solo sorbo. El intenso sabor del aguardiente reconfortó sus entrañas y dibujó un remolino de satisfacción en su interior. Las penas se consumían un poco entre los ardores del orujo.

Acarició la mano fría de Mamá Freda y le dedicó unas pocas palabras de comprensión, ella entendía que el ritual del tránsito que la puta realizaba a los recién nacidos no era más que un acto de generosidad inmenso, sabía muy bien lo que les deparaba la vida a los niños abandonados, ella lo había sufrido en sus propias carnes, a esas alturas no estaba segura de que pudiera volver a soportarlo si tuviera que volver a nacer otra vez.

También sabía lo que el comisario Ramírez era capaz de llegar a hacerle a una mujer y en el fondo se alegró de que Mamá Freda no hubiera tenido que aguantarlo. Después se detuvo en la mano de Viviana, que aferró con fuerza entre sus dedos. La piel estaba fría al tacto y el gesto de su cara había adquirido la severa rigidez que solo otorga la muerte.

—Ay, Loba, qué vida tan dura has tenido y cuán difícil es la que a mí me has dejado.

La besó en la mejilla álgida y aquel ósculo se vio acompañado por un escalofrío. Mucho había pensado Ada durante los meses de dolencia de Viviana. La posibilidad de perder a la que había desempeñado el papel de madre y protectora durante la última década supuso la intrusión en un vertiginoso remolino de incertidumbre hacia su futuro.

Más allá del significado de perder a una amiga, el deterioro de Viviana le reveló un elocuente fotograma de lo que le esperaba también a ella. Una vida larga, vacía de sentimientos y de alegrías. Una muerte lenta, dolorosa y atroz, que apenas nadie lloraría.

Ada decidió que no quería aquel porvenir y se juró que haría lo que fuera necesario para evitarlo.

Ahora tenía en su mano la posibilidad de recuperar la vida que Andrés Moreira les había robado. Aferró el sobre que le había dejado Rubén hasta que sintió un hormigueo entre los dedos. No importaba lo difícil que fuese, o los impedimentos legales que hubiera de sortear, Ada se propuso descubrir qué había sucedido con los Morán de Ulloa y se juró que recuperaría todo lo que les habían quitado a costa de lo que fuese. Volvió a releer la carta del abogado, y estudió con detenimiento las indicaciones que le exponía para recuperar sus dominios.

Mi querida Adelaida, mucho he rogado a Dios para que velara por vuestra salud, a lo largo de todos estos años en los que os he buscado sin descanso, siento tantísimo lo que le ocurrió a tu madre, ese policía, Rubén, me ha puesto al tanto de todo. Tenía la esperanza de que si aparecáis algún día pudierais recuperar parte de vuestro patrimonio. Te envió los documentos de esta propiedad a nombre de tu hermano Joaquín, el primogénito de la familia. El plazo de diez años para que podáis reclamarla está a punto de vencer, después de ese tiempo se os considerará oficialmente fallecidos y perderéis cualquier derecho sobre el pazo. Es muy importante que Joaquín no reivindique la heredad en su nombre, ya que vuestro apellido todavía está manchado con el oprobio de la calumnia, y vuestra será la pugna de limpiarlo de toda ignominia. Tu padre siempre fue un hombre íntegro y amante de su familia, hay muchas

cosas que debo contarte, pero prefiero hacerlo en persona.

Siempre has sido una chica muy lista, estoy seguro de que sabréis encontrar la manera de recuperar lo que es vuestro sin utilizar vuestra filiación. Tan pronto como hayas recobrado tus derechos, ven a verme. Debes conocer toda la historia tal y como realmente ocurrió.

Que Dios os guarde a ti y a Joaquín, libres de todo mal.

Ltdo. Don Leonardo Mendoza Umbria. Abogado

Ada dobló con cuidado la carta y la apretó contra su pecho. Cerró los ojos y pensó en lo que aquel abogado decía de su familia, Andrés Moreira mentía, en el fondo siempre había estado segura de ello. De pronto se sintió exhausta, como si alguien hubiese colocado una enorme losa sobre su espalda con el peso de todas aquellas revelaciones. Dejó caer su cabeza sobre la almohada de Viviana y pegó su frente a la ella, yerta y gélida como el alabastro. Se quedó un poco traspuesta, adormecida por los vapores del aguardiente, hasta que el barullo de los que habían acudido a presentar sus respetos a las fallecidas la trajo de vuelta a la realidad. Debía prepararse para asistir al entierro y dejar que todas aquellas personas entrasen a despedirse.

La aflicción que sentía ante la marcha de sus queridas compañeras le impidió apreciar el pequeño giro que dio su vida en el instante en que se cruzó con Néstor Oliveira, camino del cementerio. Fue en ese justo momento cuando la suerte viró de nuevo a su favor, Ada no se fijó en aquel hombre que se enamoró de ella en un instante contra todo pronóstico, hasta que percibió su insistencia por conocerla y pasar con ella unas pocas horas cada día.

—Ada, ese joven del coche de caballos ha vuelto a preguntar por ti, es la tercera vez en una semana, a Violeta le parece muy atractivo —Violeta entró sin llamar en su cuarto, abrió los postigos de las ventanas y la obligó a espabilarse los últimos vestigios de su modorra, era casi mediodía.

—No me encuentro bien, Violeta, te he dicho que solo atenderé a los clientes habituales.

—Llevas siete días sin levantarte de esa cama, Violeta cree que deberías dejar de pensar tanto en los muertos y dedicarte más a los vivos.

Violeta se fijó en la bandeja de la cena de la noche anterior, Ada apenas había probado unas cucharadas de la sopa de arroz con guisantes que le había preparado.

—Vas a quedarte en los huesos y dentro de poco no le gustarás ni a ese mozo tan requeteguapo —Ada se tapó la cabeza con la manta huyendo de la luz—. ¿Te imaginas que se enamora de ti? ¡A Violeta le encantaría que te casases con él!

—Déjate de tonterías, niña, y vete a preparar el barreño de agua al patio para hacer la colada, ahora que no está Mama Freda deberás hacerlo tú.

—Pero Violeta no podrá con ese barreño tan pesado —protestó.

—Pues que te ayude Cora, largo de aquí.

Las palabras de Violeta se quedaron hormigueando su conciencia. Quizás esa fuese la solución, un hombre que la apartase de ese mundo de lenocinio y que la ayudase a recuperar su patrimonio. Pero los hombres que acudían a El Farolillo Rojo solo iban en busca de una cosa, y no le quedaba mucho tiempo para establecer una larga relación con alguno de ellos, el plazo de diez años establecido por el notario estaba a punto de vencer. Tendrían que idear la manera de precipitar el buscado desenlace.

Pensó que debería hablar con Joaquín al respecto, su posición como mendigo le daba libertad absoluta para estudiar con cierta distancia a aquel posible pretendiente que tanto interés había puesto en ella, entre ambos encontrarían la manera de encauzar el problema para que sirviera a sus intereses. Quizás fuese conveniente que Joaquín mantuviese las distancias con El Farolillo Rojo durante una temporada. Ada sonrió con malicia, Violeta non era tan tonta como parecía, tal

vez ese joven insistente pudiera convertirse en su tabla de salvación.

CUARTA PARTE:

LA BUENA FORTUNA

Capítulo 16

Santiago de Compostela, primavera de 1922

Aquel rostro angelical, de fina y brillante piel de obsidiana, le miraba con insistente firmeza. Parecía querer devorarla con sus grandes ojos negros, tan carentes de expresividad que le provocaron un ligero escalofrío de inquietud. Los párpados no se movían en absoluto, ¿cómo era posible que aguantara tanto tiempo sin moverse ni un ápice? Al principio le gustó su sonrisa, era dulce y amable, tierna como la de un niño. Pero después, sus labios se desfiguraron en una espantosa mueca. Un sonido estentóreo salió de su garganta y resonó como una carcajada infernal. Su corazón se aceleró, comenzó a faltarle el aire y tuvo la sensación de que una potente garra aprisionaba su pecho, impidiendo la entrada del oxígeno en sus pulmones. Quería gritar, rebelarse, pero de su boca no lograba salir ningún sonido.

Dos enormes alas formadas por pétalos de camelia se abalanzaron inmisericordes sobre ella y cubrieron su rostro con la oscuridad más absoluta. Se estaba ahogando, notaba la presión del plumaje sobre la cara, asfixiándola con su olor, intentó zafarse del mortal abrazo, pero su cuerpo tampoco respondía...

Entonces despertó, sudando, inundó sus pulmones una y otra vez hasta que sintió cómo el corazón recuperaba de nuevo su ritmo natural. Cuando pudo por fin abrir los ojos, se dio cuenta de que la causa de su ahogo era en realidad el brazo desnudo de Néstor, que rodeaba posesivamente su cuello, y no las alas de un ángel del averno. Se sorprendió pensando en que era la primera vez en su vida que no dormía sola.

Así, tan cerca, podía sentir el intenso olor a sudor que emanaba de la axila del hombre; un efluvio potente y acre que invadía sin remedio sus fosas nasales. Un tufillo que no le disgustaba en realidad. Era el aroma de la querencia, del sexo lícito y deseado que habían compartido aquella noche. A Néstor le había costado un poco conectar con ella, a Ada le había divertido su inexperiencia, las manos temblorosas que recorrían cada centímetro de su piel, sus preguntas a cada rato si debía hacer esto o aquello. Ninguno de sus clientes le había preguntado jamás si le gustaban sus caricias, y Ada se abandonó con delicia a aquella novedosa sensación, disfrutando incluso, en cierto modo, del agasajo amoroso del hombre enamorado.

Néstor sonreía dormido, ella le miró con detenimiento; observó el pelo rubio y ensortijado descansando sobre su frente, recorrió el perfil aguileño de su nariz, las mejillas rasuradas, el mentón recto y los labios, tal vez demasiado finos, coronados por un cuidado bigotillo dorado. No se podía decir que fuera un hombre apolíneo, pero sí suficientemente atractivo. El caso es que, para sus planes, Néstor era el hombre ideal.

Se levantó de la cama en silencio y fue hacia la ventana. La vista que se le ofrecía a través del cristal de la habitación del ático donde residía Néstor era extraordinaria, igual que asombroso sería el panorama que cualquiera de los viandantes obtendría si elevara sus ojos hacia la enorme vidriera desde donde Ada observaba el paisaje, un bello cuerpo de mujer tal y como su madre la había traído al mundo.

La pensión situada en los aledaños de la Porta Faxeira accedía directamente al pulmón verde compostelano. La extensa alameda poblada de robles, castaños de indias y gigantes magnolios coronados de flores blancas le hicieron soñar con aquella vida pasada en el corazón de la Ribeira Sacra, cuando todavía formaba parte de una verdadera familia.

Su casa también contaba con un frondoso jardín donde se erguían, espléndidas, más de un centenar de camelias níveas. Las había plantado su bisabuelo como regalo de bodas para su única nieta, María Eugenia, que admiraba las formas sencillas de aquella planta y su delicado perfume. Un rosario de naranjos rodeaba aquel precioso jardín, en las tardes frescas de primavera en plena floración, su madre exigía al servicio que no cerrase las ventanas de la casa hasta mucho después del anochecer para que su intenso aroma inundase todas y cada una de las estancias, incluso las más alejadas.

Llevó una de sus manos en un gesto inconsciente hacia el dije que descansaba entre sus senos y lo acarició mientras su mirada se perdía en el horizonte verdoso, de repente se acordó del viejo azabachero. Rebuscó entre las ropas esparcidas por el suelo hasta que encontró el envoltorio con la medalla que habían comprado al orfebre y la colocó despacio entre las finas láminas doradas de su relicario, tras deshacerse con un manotazo del espantoso papel de seda.

Comprobó atónita que el medallón con la silueta de la flor de azahar encajaba a la perfección en el guardapelo, como si hubiera sido especialmente diseñado para ser ensamblado en aquella joya. No podía tratarse de una casualidad que la imagen del emblema familiar se ajustara por completo al espacio minúsculo, tenía ante sí la confirmación de que la medalla no podía pertenecer más que a su madre y por una bella casualidad del destino, había regresado de nuevo a sus manos. Ada cerró los ojos y apretó los párpados, cernió sus dedos con fuerza alrededor del medallón y se permitió dedicar unos segundos a recordar con ternura a su anterior dueña.

Rubén le había informado con precisión de todo lo que recogía el informe policial respecto del asesinato de María Eugenia Morán de Ulloa, que era más bien poco. Con todo ello, su drama familiar cobraba ahora otra dimensión. La carta del notario había borrado aquel resentimiento por la desaparición de su madre, y cedido paso a un vertiginoso anhelo de saber, de descubrir lo que había sucedido.

Había tantas preguntas en su cabeza..., debía averiguar lo que le había ocurrido a su padre, quién era la persona que había enviado a Andrés Moreira a su casa de Monforte, por qué aquel hombre había matado a su madre y sobre todo quién era el responsable de aquella situación. No entendía por qué debía seguir ocultando su apellido, por qué habían desaparecido todos sus bienes, a qué oprobios se refería el abogado respecto de su familia.

Todas esas respuestas se encontraban en Monforte, la ciudad que la vio nacer; para encontrar solución a sus preguntas debía encontrar la manera de regresar a ella, y Néstor, aquel galanteador insistente, se había convertido en la única persona que podía ayudarle.

Tras el entierro de Viviana, Ada había informado a Joaquín de los descubrimientos de Rubén y le había mostrado la documentación que les había hecho llegar el notario. Había tiempo para pensar, para decidir cómo iba a recuperar su antigua casa, las horas de vigilia que sobrevinieron a aquellos días amargos le habían servido para purgar todo su resentimiento y ver brotar de nuevo la esperanza.

Joaquín había descubierto el interés de Néstor por los juegos de cartas gracias a sus indagaciones en los mentideros de la universidad, así que se aseguraron de que asistiera a aquella timba en casa de Marcelino y hacerle creer que se había convertido en el flamante nuevo propietario de una magnífica propiedad en la lejana ciudad de Monforte. La primera parte de su plan había salido según lo esperado.

Ada acarició una vez más la joya y echó un vistazo al hombre que dormía sobre la cama. Observó con disgusto la enorme cruz de madera que colgaba sobre el cabecero, con un sobrecogedor Cristo crucificado que vigilaba todos sus movimientos de cuyas manos pendían un par de rosarios de nácar blanco, hacía mucho que ella había dejado de rezar, aquel Dios al que

antes oraba no había escuchado jamás sus súplicas.

El resto del mobiliario era sobrio, una mesa de estudio, un armario, un sofá de pana marrón y una gran pila de libros con los que el estudiante se afanaba en vano.

Pensó que ya era hora de ponerse en marcha, recogió su indumentaria y se vistió, procurando no despertar a su amante. Dejó sobre la mesita de noche el billete de cincuenta pesetas con el que Néstor había comprado su tiempo y se encaminó hacia El Farolillo Rojo, sin percatarse de lo mucho que llamaba la atención su estrafalario aspecto.

La ingrata luz del mediodía iluminaba un rostro emborronado, ambos ojos pintarrajeados de un indefinible color dorado y el carmín oscuro de sus labios que descendía en grandes manchones hasta más abajo de la barbilla. Y es que no le estaba permitido usar el baño comunitario de la pensión de Néstor porque su casera le tenía estrictamente prohibido subir a mujer alguna al cuarto, bajo pena de desahucio.

Cuanto menos yacer con una puta.

Ada llegó a casa y se dirigió a la pequeña cocina del prostíbulo. Violeta acudió corriendo tan pronto se enteró de su presencia.

—Violeta quiere saber cómo te ha ido, ¡Violeta quiere saber!

Correteaba a su alrededor como un cachorrillo, y Ada le dedicó una generosa sonrisa.

—Pues muy bien, el caballero se ha comportado como un hombre después de haber eyaculado varias veces antes de alcanzar mi oscura cueva.

Violeta se rio entusiasmada.

—¿El señorito no había conocido mujer?, cuéntale más a Violeta.

Ada se sentó en el sofá del recibidor y le hizo un gesto con la mano para que se acomodara junto a ella. Entre risas le contó con todo lujo de detalles cómo había transcurrido la noche.

Las manos de Néstor sudaban mientras deshacían los lazos de su vestido, sus dedos se habían enredado con los corchetes de su corsé y Ada debió desnudarse sola y aguardar a que él por fin lograra desabrocharse los pantalones, un poco húmedos ya con su primera evacuación. Las manos de Néstor habían tanteado su cuerpo con voracidad, sin lograr centrarse en un lugar determinado, hasta que ella había tomado las riendas y reclamado un poco de calma.

Le había hecho respirar tranquilo durante un par de minutos y después, poco a poco, le había guiado hasta conseguir que por fin sus cuerpos se acoplaran a un mismo ritmo. Habían tenido que repetirlo tres veces hasta que él comprendió que la velocidad no es buena compañera, después, con más intención que maña, Néstor logró satisfacer las exigencias de Ada y ambos se quedaron dormidos.

Como era de esperar Néstor apareció en el burdel poco antes del anochecer preguntando por su Heidi. Mientras la joven Violeta trataba de explicarle que su patrona no podía recibirle porque estaba indispuesta según las extrañas indicaciones que le había dado Ada, ella estudiaba con detenimiento la reacción del cuasiboticario detrás de un biombo que había colocado tras la puerta de entrada para comprobar que, en efecto, su artificio estaba dando resultado.

Podía ver a través de los flecos negros que adornaban la mampara el rostro contrariado de Néstor, que respondió ofendido con una negativa al ofrecimiento de Violeta de enviarle otra acompañante durante media hora. Lo mismo sucedió a lo largo de una semana entera, él acudió todos los días a El Farolillo Rojo y siempre recibía la misma respuesta de Violeta, Heidi no podía atenderle por encontrarse enferma.

Aparte de que, supuestamente, debiera estar preocupado por el malestar de Ada, lo que en realidad sentía Néstor era un paulatino enfado que se había ido transformando poco a poco en una furia irreverente. ¿Qué extraña enfermedad era esa que le impedía recibirle justo después de haber

yacido juntos?, ¿acaso se trataba de algo contagioso?, ¿cómo se atrevía una simple puta a negarse a verle a él?

¿Por qué seguía yendo día tras día a El Farolillo Rojo para tropezarse con el desprecio de una mujer que no valía nada? ¿Por qué sus oraciones no aliviaban su alma acongojada? ¿Por qué las afiladas púas del cilicio de plata que su madre le había regalado por Navidad no atenuaban el dolor de su corazón?

Don Mateo, su preceptor, se lo había advertido, las mujeres llevan un demonio dentro, un leviatán maligno que se apodera de la voluntad de los hombres hasta convertirlos en marionetas de su maldad. Néstor pensó en la noche que había pasado junto a Ada, ¿habían rezado antes de empezar?, no, no habían rezado como don Mateo le había indicado que debía hacerse antes de compartir lecho con una esposa.

Néstor pensó en su madre, rígida, severa, y sin querer la comparó con Ada, todo fuego, pasión, ardor. Ada le había besado, acariciado, y sobre todo había insistido en que él también debía hacérselo a ella.

Hubo un tiempo en que también había sentido ese amor cálido en su madre, cuando ella lo apretaba fuerte entre sus brazos tras despertarse con una pesadilla o lo consolaba a besos después de alguna caída, cuando lo defendía ante su padre por haber roto algún trasto mientras jugaba, o por haber comido pasteles antes de la cena.

Había sentido ese amor intenso también en su madre hasta que llegó don Mateo a sus vidas, un amigo de la infancia de su padre que trajo a su casa un montón de normas bajo el brazo para enderezar a aquel niño malcriado y enseñar a su madre que los hijos se crían con mano dura y disciplina, no con besos y caricias.

Néstor hubiera querido volver a tocar la mejilla de porcelana de su madre alguna vez y enroscar sus dedos en aquel cabello fragante de color azabache, pero ella se acostumbró a llevar el pelo recogido en un moño prieto y a apartar la cara cuando el niño se le acercaba.

—No quiero que se me peguen tus babas, ve a limpiarte la boca y después bésame la mano.

A Néstor solo le parecía verla feliz cuando rezaban juntos arrodillados en la capilla familiar, entonces sí que le permitía coger sus manos y apretarse contra ella, frente contra frente, boca frente a boca. Néstor absorbía su aliento cálido y rezaba durante horas para no dejar de sentirla cerca.

Las rodillas de Néstor temblaron cuando pensó en lo que opinaría su madre de su relación con una puta. Pero Ada era tan hermosa, y le escuchaba con tanta atención..., jamás le llevaba la contraria y nunca le decía que de su boca salían solo tonterías. Ada le había hecho un hombre y Dios Crucificado había sido testigo de su amor.

¿Entonces por qué ella había desaparecido de pronto?

Estaba enfadado consigo mismo, tan nublado en su exacerbación que ni siquiera se dio cuenta de que aquella rabia que le carcomía en su fuero interno pronto se fue transformando en un hondo abatimiento que surgió cuando comenzó a echar de menos, de forma abrumadora, la camaradería que juntos habían compartido durante los últimos seis meses.

Néstor dejó de flagelarse como había preceptuado don Mateo desde que alcanzó la pubertad, de rezar, de acudir a la misa de a doce y de presentarse en las aulas frías de la universidad. La página trescientos ochenta y cuatro del libro de Bioquímica le recibió desde la mesa de la sala durante nueve días seguidos hasta que, al décimo, lo cerró de un manotazo y fue a parar a un rincón de la habitación.

Cada rechazo que recibía en El Farolillo Rojo cuando acudía a preguntar por Ada suponía para Néstor una merma de su aliento vital; se pasaba horas aguardando tras la esquina para verla

aparecer, horas de sol intenso y horas de lluvia, paseaba a lo largo de la calle y de vez en cuando gritaba su nombre tras las ventanas.

Ni en una sola ocasión logró siquiera atisbar su silueta, era como si ella nunca hubiese existido. Comenzó a pensar que quizás estaba loco, que se había imaginado en sus sueños delirantes aquella relación con una prostituta, tal vez lo había soñado... quizás el polvo de hongo que había consumido en alguna ocasión con sus compañeros del laboratorio había dañado su cerebro.

Regresó a casa y se encerró en el piso de la Porta Faxeira, todavía guardaba una cajita de esos polvos, quizás le harían olvidar su presente y regresar de nuevo a su mundo cuando despertara de esa otra realidad. La droga le sentaba bien y sobre todo le hacía olvidar.

Néstor no había disfrutado tanto como sus compañeros de universidad de la animada vida nocturna estudiantil, se había comportado casi siempre como un joven estudioso y responsable y en aquellos últimos meses de carrera no le habían faltado invitaciones de las mejores familias de Santiago con hijas casaderas en busca de una propuesta formal, conocedoras de la excelsa fortuna de sus padres.

Algunos de sus compañeros acudieron al principio para tentarle con las timbas que cada noche celebraban en La Vaca Vieja, una pensión que recogía lo más granado del díscolo ambiente estudiantil después de que la afamada Casa de la Troya hubiera cerrado sus puertas a causa de unas reformas. Allí residían ahora la mayoría de los componentes de la tuna santiagués que cada noche salía a rondar las calles compostelanas para reclamar los amores de diversas jóvenes, o bien para escarnio de adultos trasnochadores y transgresores de la estricta etiqueta del buen hacer.

Néstor les había acompañado en algunas ocasiones durante sus rondas nocturnas, pero su padre había cortado de raíz cualquier pretensión de libertinaje y le dijo que, si se trasladaba a La Vaca Vieja, no vería una sola peseta de la generosa paga semanal que le hacía llegar para sus gastos.

Hacía tiempo que ningún amigo llamaba a su puerta, pensaban que era un hombre raro porque le gustaba estar solo, pensaban que Néstor era uno de aquellos pobres chicos que debían afanarse durante horas hasta lograr recordar un par de párrafos, no sabían de sus asiduas visitas a El Farolillo Rojo ni del fuego que le quemaba las venas después del escaso tiempo que departía con Ada cada día. Y ahora ella no estaba, y la droga adormecía sus sentidos y le hacía sentir bien, muy bien.

Fue entonces, una vez que se hubo colmado de la melancolía más profunda, cuando Ada regresó una luminosa tarde de mayo, devolviéndole la felicidad sustraída con su premeditada ausencia. Se presentó de improviso, tocó dos o tres veces con impetuosos golpes a la puerta del piso donde Néstor agonizaba de pura murria y entró con decisión tras girar levemente la manilla, que ni siquiera estaba cerrada con llave.

Néstor se encontraba enroscado en el sofá de pana marrón, ajeno al mundo en un vaporoso estado de semiinconsciencia, arropado por los efectos placenteros de la droga, cuando la vio llegar. Al principio pensó que se trataba de una alucinación provocada por la excesiva cantidad de hongos que se había fumado en los últimos días, pero cuando sintió el fuerte manotazo que Ada le propinó en la coronilla para que se despertase, la realidad se materializó en su mente confusa.

El enfado que le estuvo carcomiendo desde el día en que ella se había marchado se esfumó en un suspiro con su presencia; tan solo quedó la alegría de volver a verla, de ver que ella por fin había regresado. La abrazó y la besó con el aliento odorífero que dejaron los cigarrillos en la cavidad de su boca después de muchos días de perversión. Ella lo soportó todo a duras penas, consciente de que los próximos minutos serían decisivos para el resto de su vida.

Ada sonrió mimosa y le devolvió complaciente todas sus caricias, hicieron el amor con urgente

necesidad y después ella le reprendió con afecto por el estado de bascosidad en el que lo había encontrado.

—No puedo permitir esa cochambre en el padre de mi futuro hijo —Ada dejó caer las palabras muy despacio, deseando que la mente borrosa de Néstor procesara la información correctamente. Él tardó un poco en asimilar el mensaje, pero tras unos interminables segundos, sus ojos se abrieron con desmesura y su boca se abrió en una enorme sonrisa de satisfacción.

—¡Es por eso que estabas indispuesta! —exclamó—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?, ¿por qué no acudiste a mí?

Se incorporó apoyando el codo en la almohada y la besó con fuerza en los labios, una y otra vez. Estaba tan deseoso de buscar una excusa plausible al abandono de Ada que ni siquiera le importó que la indisposición de la fulana comenzara el mismo día de su copulación, resultando imposible saber todavía si una nueva vida germinaba en su vientre.

Néstor se irguió de la cama con un salto y una generosa sonrisa en su cara.

—Vamos, tenemos que ir a recoger tus cosas, quiero que te vengas a vivir conmigo, iremos ahora mismo... —se vestía a toda velocidad mientras las palabras iban saliendo a borbotones de su boca.

—No puedo vivir contigo aquí, amor —refutó ella a la vez que se reía con timidez de la euforia del hombre—; tu casera no lo permite, ¿recuerdas? —Ada se acariciaba el vientre desnudo con desidia, haciendo círculos con el dedo índice alrededor del ombligo.

Néstor se quedó inmóvil mirándola, congelado en el tiempo. Estaba todavía a medio vestir, por lo que inevitablemente, perdió el equilibrio y cayó sobre su lado derecho, encima de la alfombra. Un millón de gruesas pelusas revolotearon a su alrededor, bailando como mariposas traviesas por el cuarto.

La carcajada de Ada provocó un intenso rubor en las mejillas de Néstor. No podía pensar con claridad, la nebulosa que enturbiaba su mente no le permitía hilar bien sus razonamientos. Qué idiota; ella tenía razón, siempre la tenía.

Ada estaba tumbada en la cama boca abajo con la cabeza apoyada en las manos y los codos clavados en el colchón. Estaba tan hermosa con el sedoso cabello suelto alrededor de sus pechos, alegre y desenfadada, que todavía le resultaba difícil de creer que aquella impresionante mujer quisiera permanecer a su lado más tiempo que las dos horas y media diarias que hasta ahora habían compartido, previo pago por su parte.

Entonces, de una forma irracional, sintió un miedo atroz atenazando su pecho al imaginar la posibilidad de que ella pudiese marcharse de nuevo. Se arrodilló en el suelo a su lado y tomó las manos entre las suyas.

—No te preocupes, yo buscaré un lugar para nosotros. Confía en mí, serás mi mujer ante Dios y los hombres —sus ojos buceaban en las pupilas brillantes de la furcia, que le miraba fijamente mientras deformaba su boca con un puchero encantador—. Estaremos juntos para siempre —sentenció al fin.

Ella bajó la mirada con un lento parpadeo e incluso pasó el dedo índice por su mejilla sonrosada en un ademán de recoger una lágrima inexistente.

—Ojalá fuera cierto, amor ¿y tu familia?, ¿lo aceptará? —murmuró.

Néstor la abrazó con fuerza y enterró el rostro en el cabello perfumado de ella, deseando evaporar la tristeza que parecía haberse apoderado de la mujer que amaba con desesperación.

—Lo harán, te lo prometo.

Mientras Néstor permanecía con los ojos firmemente cerrados disfrutando de aquel abrazo de amor incondicional, Ada se dejaba languidecer con la cabeza apoyada en su hombro, la mirada

perdida en el cristal sucio de la ventana y una enorme sonrisa de satisfacción en los labios.

Definitivamente, los hados parecían haberle devuelto la buena fortuna. Llenó de aire sus pulmones y exhaló su nerviosismo con un profundo suspiro.

CAPÍTULO 17

Ada se aseguró de que Néstor no rondaba por los alrededores de El Farolillo Rojo, se colocó una media capa sobre los hombros para que la fina llovizna no calase su espalda y salió corriendo hacia la casa de Abelardo. Joaquín la esperaba en lo alto de la escalinata dando pequeños paseos de un lado a otro del porche. Tan pronto divisó su silueta se introdujo en la casa y aguardó la llegada de Ada.

—Estas escaleras son matadoras —venía casi sin aliento—, ¿cómo te encuentras hoy?

Ada le dio un beso fugaz en la mejilla y se dejó caer en una silla de la cocina. Cogió las manos de Joaquín entre las suyas y las acarició con ternura.

—Tienes las manos muy frías, deberías encender un fuego para calentar un poco la casa.

—Lo haré un poco más tarde, Abelardo no llega hasta la noche.

—¿Has comido?

—Pues claro, Candela nos ha traído un caldo. Viene todos los días.

Candela no era prostituta, pero vivía en El Farolillo Rojo desde hacía más de una década. Su marido la había abandonado a los pocos años de casarse y se había llevado a sus hijos a algún lugar del sur, donde las castañuelas y las guitarras sofocaban el aburrimiento de las tardes ociosas y el sol no se dejaba vencer jamás por la lluvia. Viviana le había dado un hogar en el que quedarse cuando los alguaciles vinieron a echarla de su casa, Candela se había quedado sola, no tenía trabajo ni dinero para mantenerla y la ruina en la que habitaba hacía peligrar las viviendas colindantes.

Viviana y Mamá Freda sostuvieron a Candela mientras el que había sido su hogar se convertía en un montón de piedras silenciosas bajo las ruedas de un tractor municipal, aguardaron hasta que el polvo se asentó sobre los escombros y esperaron hasta que sus ojos se vaciaron de lágrimas, después habilitaron un pequeño cuarto al lado de la cocina de El Farolillo Rojo y dejaron que hiciera suyo aquel pequeño reducto de inocencia en el interior de un antro de perversión.

Candela limpiaba, administraba y ayudaba a Mamá Freda con la comida, era voluntariosa y no se quejaba nunca del pesado trabajo que suponía mantener decente un lugar de mancebía. Ahora que Viviana se había ido, Candela creyó que debía devolverle el favor cuidando de Joaquín y Abelardo, así que acudía todos los días a la casa de plaza de Cervantes para asegurarse de que todo seguía igual como cuando ella estaba viva.

—¿Has traído el documento? —preguntó Joaquín.

Ada extrajo de su pechera el recibí que Joaquín y Néstor habían firmado a la entrega de la escritura en aquella partida de cartas en casa de Marcelino. Estiró el papel sobre la mesa y sonrió.

—¿La cartera del notario?

Joaquín extrajo del cajón de la mesa la billetera que le había robado a Hugo Gelmírez la noche de la timba y se la tendió a su hermana.

—El muy cabrón todavía tenía mil pesetas, pero ya he dado cuenta de ellas. Ahí tiene su cédula de identidad con su firma. ¿Será suficiente?

—Claro, prepararemos un contrato de compraventa visado por el ilustre Hugo Gelmírez que enviaré en cuanto Néstor y yo formalicemos el matrimonio a este otro notario de Monforte para que lo deposite en el registro, falta poco más de un mes para que se cumpla el plazo de los diez años. Tú te encargarás de falsificar las firmas.

Ada se levantó y fue hasta la biblioteca de Abelardo.

—En este libro de Derecho Civil se establecen los requisitos que tienen que cumplir estos contratos. Aquí está, *emptio venditio*.

—¿Y después? Cuando lleguéis a Monforte, ¿qué haré yo?

—Una vez que nos instalemos en el pazo necesitaremos a alguien para que gestione los viñedos. Propondré a Néstor que contacte contigo, no se opondrá a que el anterior dueño de la plantación nos asesore y estimule el proyecto empresarial que planifico. Claro que deberá creer que es idea suya, ya me las arreglaré con él en ese aspecto.

—Pero yo no entiendo nada de vinos, se dará cuenta en seguida.

—No te preocupes, Joaquín, buscaremos un buen capataz y contaremos con la ayuda del señor Mendoza, estoy segura de que sabrá aconsejarnos.

Ada apretó las manos de Joaquín entre las suyas.

—Ya verás, todo volverá a ser como antes, muy pronto volveremos a casa.

—Ada, ¿te acuerdas mucho de mamá?

La sonrisa de Ada se ensombreció. ¿Que si se acordaba? No pasaba un solo minuto del día en que no se acordara de ella, de su padre, de su casa, de su tierra. Desde que había recuperado aquella pequeña parte de su pasado, gracias a Rubén, era lo único en lo que podía pensar. Y ahora que tenía a Néstor estaba segura de que muy pronto cumpliría su sueño.

—¿Recuerdas la última Navidad? Vinieron los tíos de Segovia, ¿recuerdas a la prima Marta?

Ada estalló en una carcajada al recordar la cara de su tía Marisita cuando descubrió que Ada y Joaquín habían ayudado a su hija a teñirse su hermoso pelo rubio con la henna rojiza que usaba su madre. No habían tenido la precaución de cubrir el rostro de la niña, por lo que este se había convertido en un charco marrón donde flotaban asustados dos luceros azules. La prima Marta soportó una semana entera de confinamiento hasta que la tinta desapareció por completo de su piel y sus primos habían sufrido el severo castigo de acompañarla durante todo ese tiempo en su encierro.

—Rubén me ha dicho que los tíos de Segovia se han desvinculado por completo de nuestra familia, ni siquiera respondieron a las cartas que él les envió para comunicarle lo ocurrido.

—¿Qué crees que habrá sucedido para que todo haya ido tan mal?

—No sé, Joaquín, todos los expedientes del caso han desaparecido, Rubén no ha podido averiguar qué delito imputaron a nuestro padre, habrá que esperar hasta que Néstor y yo lleguemos a Monforte y vaya a encontrarme con ese notario.

Ada se levantó con pesar de su silla, estaba oscureciendo y quería llegar a El Farolillo Rojo antes de que se hiciera de noche. Abrió la cortina de la ventana y suspiró con desaliento. No había dejado de chispear.

—Debo irme, dentro de un rato empieza mi turno, espero que Violeta haya preparado mi habitación. Esta noche ha concertado una cita el señor Gelmírez.

El rostro de Ada se desfiguró en una mueca de asco involuntaria, la sola presencia del notario le provocaba arcadas, su sadismo la desazonaba, pero al menos dejaba excelentes propinas, mucho más que ningún otro cliente.

Joaquín abrazó a su hermana con especial vehemencia.

—Muy pronto dejarás todo esto atrás.

Ella sonrió con tristeza, le alborotó el pelo y apartó de él.

—Enciende el fuego, anda, seguro que Abelardo llegará helado.

Ada salió a la calle y se internó en el crepúsculo nebuloso de la plaza de Cervantes. Apuró un poco el paso al cruzar por delante de la catedral, el Obradoiro estaba completamente desierto y el

sonido opaco de sus botines, chapoteando en las pozas de las piedras de la plaza, resultaba estruendoso en el silencio del ocaso.

Una mano tiró de su vestido al cruzar el túnel de la Inmaculada, Ada emitió un grito involuntario, no se asustaba con facilidad, pero tampoco esperaba encontrarse con nadie a aquellas horas tardías. Se dio la vuelta y se encontró con el rostro mugriento de una niña que estiraba su mano pidiendo limosna. Ada se enojó porque aquella cría a la que no había visto nunca por la zona la había sobresaltado.

—¿Qué haces aquí?, este es el territorio del Manco, vete a pedir a otro sitio, si te encuentran aquí te darán una merecida zurra. Vamos... ¡lárgate!

La pequeña estaba aterida de frío, sus ojos supuraban legañas de pus y su pelo parecía un matojo rasposo de hilos cobrizos. Bajó la mirada y se retiró de nuevo a su rincón, debajo de la arcada de piedra. Ada se encogió de hombros y continuó su camino. Maldita lluvia, comenzaba a arreciar y el agua le molestaba en los ojos, apuró un poco más y salió a la plaza de la Inmaculada. De pronto se detuvo. Exhaló un fuerte suspiro y volvió sobre sus pasos, una incómoda desazón le molestaba en el pecho.

La pequeña pordiosera yacía en el suelo hecha un ovillo, pero tan pronto como escuchó los pasos de Ada se irguió y estiró su mano roñosa aguardando la ansiada limosna. Ada se quitó su media capa y sin decir palabra se la colocó sobre los hombros a la niña, que sonrió mostrando una dentadura incompleta. No debía tener más de siete u ocho años.

—Vete de aquí, si no tienes adonde ir puedes pasar la noche en el Hospicio de Santa Susana, allí te darán de comer y dormirás caliente.

La niña la miró de nuevo con los ojos muy abiertos y después desapareció corriendo calle abajo, resguardada bajo la capa que le había entregado Ada. Ella regresó a paso lento hacia El Farolillo Rojo, ya no le importaba mojarse, dejó que las gotas de lluvia se deslizasen por su rostro mezcladas con sus lágrimas. Aquella mocosa había agrietado la herida de sus recuerdos, ella también había sido esa niña y nadie le había dado una capa bajo la cual resguardarse.

El mes de mayo terminó con una agradable sucesión de maravillosos momentos, sobre todo para Néstor, que a esas alturas estaba ya perdidamente enamorado de la puta. Ambos jóvenes bebieron a sorbos cada minuto de aquella recién estrenada felicidad, aunque para ella, aquellos tragos resultaran a veces demasiado amargos.

Ada acudía cada tarde a la pensión después de la hora de las comidas para no encontrarse con la casera, con el objeto de obligarle a estudiar para aprobar sus exámenes finales, condición indispensable para acceder a contraer matrimonio con él.

Ocupaban la primera hora en los asuntos del amor y después ella le tomaba la lección, desnuda sobre la cama, una y otra vez, hasta que él respondía de forma correcta a todas sus preguntas. Entonces le recompensaba de nuevo con sus artes amatorias, antes de volver a abandonar el cuarto del estudiante, cuando ya caía la noche.

Néstor tomó la dedicación diaria de Ada a sus estudios como muestra de devoción y ella no quiso desengañarlo. A la meretriz le importaba bien poco la nota que él lograra en sus exámenes siempre y cuando consiguiese su licenciatura. Estaba segura de que el adinerado señor Oliveira pondría el grito en el cielo cuando se enterara de sus amoríos, pero si Néstor no conseguía terminar su carrera, estaba claro que no tendrían ninguna posibilidad de acceder a la fortuna de su padre.

Tan solo un suceso vino a empañar la dicha de los jóvenes en aquellos días de gloria. Néstor quiso sorprenderla el día de su veintidós cumpleaños y alquiló un palco en el Teatro Principal, donde aquella tarde la compañía cómica dramática de Corenzuelo representaba una adaptación de

La Marquesa Rosalinda, de Valle Inclán.

Néstor había superado con éxito sus exámenes finales y ambos jóvenes se sentían pletóricos de felicidad. Ada acudió a la pensión pasadas las tres, después de haber disfrutado de un relajante baño de esencias para sacudir de su cuerpo el nauseabundo olor del pecado, a esas alturas, Néstor creía con firmeza que ella había abandonado para siempre el oficio.

Pero ella necesitaba comprarse un vestido nuevo, suficientemente discreto y moderno para presentarse ante los señores Oliveira, que habían anunciado a su hijo su visita para la próxima semana, y algunas prendas decentes para envolverse de dignidad en su nueva vida.

Néstor esperaba poder presentar su novia a sus padres y rezaba para que no se enterasen de su auténtica condición antes de su matrimonio. Una vez casados podría explicarles que su amor era tan intenso que ningún rumor maldiciente sería capaz de enturbiar su felicidad.

El rostro de Ada dibujó una mueca de disgusto al encontrarse aquel día con el joven Oliveira vestido con elegancia y convenientemente perfumado para asistir a la función teatral.

—Vaya, ¿qué celebramos hoy? —él sonrió al percatarse del mohín de reproche en su voz.

—Tengo una sorpresa para ti. Ten, tu regalo de cumpleaños.

Néstor le tendió un paquete envuelto en papel de seda. Ada desenvolvió su regalo con suspicacia. La luz mortecina de la tarde despertó reflejos dorados en la tela de un precioso vestido de fiesta de color verde oliva. Ella se quedó sin aliento ante la hermosura de la confección que venía acompañada por un miriñaque blanco, bordado en un delicado color plata. Se lo colocó sobre el cuerpo y se miró en el espejo, muda de asombro. Dio un par de vueltas a su alrededor y admiró con una sonrisa cómo volaba la bella tela para ir a morir de nuevo sobre sus pies.

—¿Es mío? —murmuró.

—Claro, tonta, pónelo, que llegaremos tarde.

—¿Pero adónde vamos? —protestó débilmente mientras ya se estaba deshaciendo de sus ropas a toda prisa ante la tierna mirada de Néstor.

El vestido nuevo se adhería a su cuerpo como un guante. Se miró otra vez en el espejo y su boca se inundó de alegría al comprobar que aquel pedazo de cristal le devolvía el reflejo de la hermosa dama refinada, elegante y distinguida, que ella habría podido ser de haber continuado con su antigua vida.

—Oh —sus ojos se llenaron de melancólicas lágrimas—, ¿adónde... adónde vamos?

—Ya lo verás, señora Oliveira..., su mano por favor.

Le tendió el brazo con galantería y ella dejó reposar su mano sobre el antebrazo. El corazón latía en su pecho alocado. “Señora Oliveira”, Néstor la consideraba ya su mujer y eso la colmaba de orgullo. En ese instante Ada se sintió la mujer más honorable sobre la Tierra, su execrable pasado podía pertenecer a cualquier otra. Heidi, la prostituta, existía en su recuerdo como un mal sueño y en muy pocos días, desaparecía para siempre.

—Ay, espera.

Ada se dirigió corriendo hacia el espejo y recogió su pelo en un moño discreto, alrededor de la nuca, dejando que un ligero mechón descendiera por el lateral su cuello para poder disimular la gruesa cicatriz.

—Mejor así, no puedo pretender parecer una señorita con esta melena salvaje ¿no crees? —le dijo mimosa.

—Estás preciosa, de cualquier modo.

Néstor la cogió de nuevo del brazo y salieron a la calle, donde recibieron con agrado la calidez de una brisa tibia, preludio del incipiente verano. La alegría de Ada llegó a su clímax

cuando se detuvieron ante las puertas del Teatro Principal. El edificio bullía de gente, el patio de butacas estaba lleno y la chusma compostelana alborotaba desde el gallinero, prorrumpiendo un ensordecedor ruido que les recibió tan pronto alcanzaron las escaleras de mármol que daban acceso a la exclusiva zona de palcos privados.

Ada se estremeció de nerviosismo y orgullo cuando el acomodador abrió la cortina del estrecho recinto donde debían sentarse. Néstor saludó con un ligero movimiento de cabeza a los ocupantes de los palcos vecinos, que enmudecieron asombrados ante la presencia de los recién llegados y a duras penas correspondieron al saludo.

Ada se colocó con cuidado el mechón de pelo suelto sobre el cuello en un gesto inconsciente y tembloroso. Se fijó con discreción en los bonitos vestidos de las damas, que nada tenían que envidiar al suyo, pero que iban aderezados con vistosas joyas y abanicos de seda que parecían acariciar el aire con su leve vaivén. Aquellas jóvenes de buena familia acudían al teatro con elaborados peinados donde no faltaban plumas y pasamanerías, y sus rostros lucían perfectos, con la cara lavada y apenas una sombra de colorete en sus mejillas.

Ada limpió con discreción el llamativo carmín de sus labios y sintió una leve punzada de vergüenza cuando sus manos descendieron de nuevo al regazo y sus ojos toparon con unas uñas descuidadas, sucias y rotas en los bordes, que deslucían sus manos. Dirigió una rápida sonrisa a su acompañante y se sentó muy tiesa en su silla de terciopelo, disfrutando del tacto suave de la tela que acariciaba con desidia su dedo meñique.

Las luces se apagaron al toque de campanas del escenario que anunciaban el primer acto y el vocerío del gallinero fue debilitándose también a medida que los actores entraban en escena. Sin embargo, el murmullo de sus compañeros de palco parecía ir en aumento y sonaba como un clamor en la cabeza de Ada, acallando la voz aflautada de la primera actriz, que lloraba sobre el escenario por un amor perdido.

—Qué desfachatez.

—Esto es inconcebible...

Los labios de Ada temblaron y su boca se cerró en un apretado gesto de suficiencia, tragó saliva como si con ese acto pudiera hacer desaparecer la bilis que parecía haber llenado su paladar y decidió desdeñar los insultos que alcanzaban sus oídos prestando mayor atención a la obra de teatro, aunque sus ojos no pudieron evitar inundarse de lágrimas al advertir que las familias de los dos palcos colindantes comenzaban a abandonar el teatro visiblemente molestos por su presencia.

Muchos de los asistentes del patio de butacas se volvieron hacia ellos ante el rumor generado por las protestas para averiguar lo que estaba ocurriendo allí arriba y Néstor se levantó ofendido, dispuesto a marcharse también para evitarle aquella vergüenza a su prometida, pero ella le tiró de la manga con suavidad para que volviera a ocupar su asiento y en pocos minutos, todo volvió a la normalidad.

Los espectadores devolvieron su atención a la magistral interpretación de la compañía de Corenzuelo y Ada soportó con estoicismo dos horas de representación, cuya perfección apenas pudo advertir a través del velo de lágrimas que enturbiaba sus ojos.

Una nueva humillación que guardaría como un preciado tesoro en su interior, porque cada vez que debiera recordarlo, ese sentimiento le haría más fuerte en su propósito de recuperar la vida que un día Andrés Moreira le había robado.

Capítulo 18

El día de su boda Ada se levantó temprano, antes de que el alba tiñese de morado el último amanecer de su vida como ramera. Quería disfrutar todas las horas del día, saborear cada minuto de aquel veinte de junio que había elegido como la fecha clave para dejar atrás la vida de indecencia y contubernio que hasta entonces había padecido.

Había acordado con Violeta que abandonarían el lupanar en el más absoluto secreto, no quería que ninguna eventualidad estropease sus planes para los siguientes días. Tan solo Candela conocía su intención de marcharse, ella era la elegida para dirigir y gestionar El Farolillo Rojo en ausencia de Ada.

Candela se lo agradeció, la prostituta ciega que se había quedado huérfana desde la desaparición de Mamá Freda necesitaba su ayuda más que nunca, las gemelas Cora y Dora, una mano fuerte que las metiesen en vereda cada día, además, Candela contaba con la experiencia necesaria para que aquel tugurio no dejara de funcionar y conocía a todos y cada uno de los clientes habituales de El Farolillo Rojo.

Ada llenó la bañera de cinc ella misma, no quería despertar aún a la joven Violeta. Si en su avezado corazón había existido algún mísero sentimiento de pesadumbre por dejar atrás El Farolillo Rojo, era únicamente por la niña que cada día le ayudaba en sus tareas con dadivosa devoción. Así que decidió llevársela sin más a su nueva vida, sin contar con la aprobación de su inminente marido.

Ada se olvidó de Violeta tan pronto se sumergió en el agua hirviendo. Pensó entonces en lo duras que habían sido para ella las últimas semanas, antes de que Néstor se sometiera de forma indefinida a su voluntad. Sus padres se habían presentado en el piso de Porta Faxeira antes de tiempo, alarmados ante la noticia de que su primoroso hijo se disponía a contraer matrimonio con una prostituta.

Las noticias volaban rápido entre la sociedad compostelana, y el incidente del teatro había disgustado a muchas familias de rancio abolengo, escandalizadas ante la actitud de aquel joven prometedor y merecedero al que en tantas ocasiones habían abierto las puertas de sus casas. No fueron uno, ni dos, los mensajes de indignación y alerta los que recibió Félix Ramón Oliveira en su tranquilo domicilio de Oporto, llovieron decenas de misivas, cada una más osada que la anterior, urgiendo al potentado industrial para que se personase en Santiago de inmediato e hiciera entrar en razón al recién licenciado estudiante.

Pero así como las noticias volaron raudas en una dirección, del mismo modo Néstor pudo conocer con antelación la visita de sus padres, y aquella tarde ambos jóvenes esperaban desafiantes la llegada de la familia, que se presentaba en la ciudad antes de la fecha acordada. Aguardaron sentados con aparente tranquilidad en el sofá de la habitación, él rumiando todas las oraciones que podía recordar de su bienquerida Biblia, ella, rogando en silencio para que él se callara, hastiada de tan repetitivo responso.

Ada se había vestido con esmero. Había comprado en previsión del día de su boda un discreto vestido color crema de media manga con los puños ribeteados de encaje blanco y chaquetilla a juego. Se había recogido el pelo en un elegante moño italiano, atado un fino pañuelo de seda al cuello para ocultar la cicatriz y eliminado de la cara cualquier resto de maquillaje.

Se había armado de valor para enfrentarse a unos padres furiosos y desencajados porque ambos confiaban en que no podrían rechazarla si se presentaba ante ellos como una mujer decente,

sería, responsable. Y además una mujer embarazada, porque pensaron que aquellos padres, temerosos de Dios, no podrían repudiar a aquel niño inocente que aún no había nacido.

Félix Ramón Oliveira era un hombre grueso al que sobraba demasiado pelo en la barba y faltaba otro tanto en su cabeza, cuya calva relucía con las gotas de sudor que de continuo debía limpiar con un pañuelo blanco y arrugado que portaba en su mano derecha. Llevaba del brazo a su estirada esposa Apolonia, ataviada con un vestido acorazado de color negro, que correteaba a su lado sobre unos diminutos botines de tacón para poder alcanzar su paso.

Llevaba el pelo, de idéntico color al del vestido, recogido en un tirante peinado trenzado, y disimulaba las canas de la coronilla con un ligero tocado de redecilla que caía levemente sobre las delineadas cejas pintadas de marrón. La barbilla marcada, que también había dejado en herencia a Néstor, le otorgaba un deje severo a su rostro, junto con unos labios demasiado finos, fruncidos en un eterno gesto de disgusto, y unos ojos del color del hielo.

Los acompañaba un anciano enjuto, barbudo, con dos ojos saltones de sapo viejo coronados por espesas cejas despeinadas. Llevaba una especie de sotana negra, larga hasta los pies, y un sombrero de hongo taponando su cabeza. Don Mateo, el preceptor de Néstor, sostenía en su mano una pequeña Biblia con tapas de cuero y una cruz delgada de oro labrado en la otra.

Si los jóvenes prometidos esperaban encontrar un mínimo atisbo de cordura en la mente de aquellos padres indignados, la cruel realidad les recibió con una brusca bofetada, porque ninguno de ellos estaba dispuesto a atender a razones ante semejante ignominia. Amenazaron a Néstor con desheredarlo, le recordaron los terribles sufrimientos que le aguardaban en el infierno, llovieron gritos y lágrimas por parte del desencajado matrimonio, que no podía asimilar que su hijo hubiera perdido la cabeza de ese modo. Mientras tanto, don Mateo acercaba la cruz al rostro de Ada y la persignaba cada dos o tres minutos, como si se tratase de un demonio al que hubiera que exorcizar. Ada luchó con el impulso de zarandear con sus manos a aquel hombre que le recordaba a una insigne cucaracha, deseaba abofetear a aquellos padres exaltados y expulsarlos de la pequeña habitación de Néstor, donde ambos habían compartido su fugaz sueño durante un breve período de tiempo como si en verdad fuesen dos novios formales que se dirigían a iniciar una vida plena en común.

La sangre le hervía en las venas y le provocaba intensos picores de indignación en las axilas, pero no podía arriesgarse a que su plan se estrellara de esa manera cuando estaba a punto de culminar su victoria. Apretó los dientes hasta que su mandíbula se resintió y decidió ponerse su máscara de niña buena, apelando a la espantosa posibilidad de que un Oliveira naciera bastardo manchando el buen nombre de la familia.

—Ese hijo que dices que tienes nunca será mi nieto, no llevará mis apellidos, ni recibirá un céntimo de mi herencia. ¿Te crees que soy imbécil? —el señor Oliveira tenía el rostro colorado y sus ojos parecían querer atravesar con una puñalada el corazón de Ada, que aguantaba con la cabeza erguida las salpicaduras de saliva del hombre que huían de su boca, mientras le gritaba y apuntaba con el dedo índice hasta casi rozar su nariz—. ¡Un hijo de puta! Igual que tú.

—Fíate de la Virgen y no corras, dicen en mi gremio —le espetó Ada muy seria —le aseguro que muchas señoritas de su clase son bastante más putas que yo, que lo he sido por necesidad, para no morir de hambre.

Si Ada quería conmover su buen corazón con el cuento de la pobre huérfana hambrienta, tampoco le dio resultado; Félix Ramón Oliveira bramó una larga serie de improperios y después descargó su puño sobre la mesa que su hijo utilizaba para estudiar, la cual quebró en dos pedazos y cayó estrepitosamente al suelo. Su esposa aguardaba en un rincón aferrada a su rosario, repitiendo en voz baja su letanía, sostenidas sus manos por el siniestro preceptor que la

acompañaba con devoción en sus ruegos. Ada, lejos de amedrentarse, se levantó muy tiesa del sofá y se encaró con él, harta de tanta majadería.

—Si cree que puede intimarme con esos bárbaros modales está muy equivocado, ya puede imaginarse el tipo de cosas que he vivido en la calle, señor Oliveira.

Miró con desprecio hacia la madre atribulada y sus ojos fulminaron al hombre insecto que sostenía en alto la cruz, frente a su rostro, en un ademán de protección.

—Que tengan un buen día —salió del pequeño apartamento con estudiada altivez tras cerrar la puerta con extrema suavidad y dejó al rico industrial con la palabra en la boca sin otorgarle el derecho a réplica, lo que enfureció todavía más al orondo caballero.

Aquella noche, sin embargo, sollozó y suplicó ante el indeciso Néstor, que no veía la forma de sobrevivir sin la generosa pensión que le desembolsaba su padre cada semana.

Los señores Oliveira habían insistido en que el joven debía acompañarles de vuelta a Oporto, pero ante su negativa, habían decidido instalarse en un hotel cercano hasta que su hijo entrase en razón. Ya se encargaría don Mateo de aleccionarlo y obligarlo a retomar su cordura.

Ada sabía que el enfado del padre no duraría para siempre, que cuando estos faltasen, su único hijo heredaría toda su fortuna, y que ella sería, por las buenas o por las malas, la rica señora Oliveira. Para tranquilizar a su joven prometido primero lo sedujo y le hizo vibrar de deseo y satisfacción, permitiéndole utilizar su boca como refugio de Priapo; después lo engatusó con hermosas palabras de amor y le dejó caer, mimosa, que podrían aprovechar la buena fortuna que había tenido como jugador de póker y hacer uso de aquella vivienda rodeada de viñedos en la Ribeira Sacra. Un lugar nuevo donde nadie conocería su identidad, donde podrían formar una familia y donde no tendrían que recurrir a la beneficencia del padre, puesto que dispondrían de un próspero negocio vinícola que explotar y del que vivir con dignidad.

A Néstor no le hacía mucha gracia eso de tener que trabajar en el campo y desdeñar sus esfuerzos estudiantiles, que le aseguraban un magnífico y cómodo puesto en las empresas de su padre. Y mucho menos deseaba deshonrar a sus padres, desafiando el cuarto mandamiento de la Ley de Dios.

Estuvo dándole vueltas a la idea a lo largo de varios días, acuciado por los interminables responsos de su preceptor, que acudía todas las mañanas para torturarlo con los más absurdos castigos divinos, y por los ruegos nocturnos de Ada, que vivía zozobrando en un mar de angustia ante la posibilidad de que él no accediera a sus deseos.

Néstor rezaba durante varias horas al día para que el Señor le ofreciera una respuesta ante tamaña indecisión, apretaba su cilicio hasta que notaba los hilillos de sangre resbalando por las piernas, pensando en si sería capaz de soportar de nuevo la pérdida de su enamorada.

Rogó y suplicó hasta que sus rodillas se deshicieron en gruesas costras de sangre, pero ante la insistencia de Ada por el avance de la gestación y la ausencia de respuesta clara por parte de su Dios, Néstor aceptó por fin la propuesta, deseando con toda su alma que no les durase demasiado el enfado a sus padres y pudieran perdonarle algún día.

Fue de este modo que eligieron como fecha del enlace el equinoccio de verano, data de buenos augurios por excelencia, y se encomendaron a todos los santos para que nada ni nadie se interpusiera en sus designios.

Ada se vistió con el casto modelito beis después del baño y se dispuso a recoger las escasas pertenencias que le acompañarían en su periplo. Dobló con cuidado su ropa nueva y la metió en su pequeña maleta de cuero. De su vida pasada tan solo eligió dos o tres objetos que cupieron sin problemas en su bolso de mano. Un reloj de bolsillo herencia de Viviana, dos pañuelos bordados que le había regalado Mamá Freda, el relicario de su madre, y un pequeño revolver que le había

entregado Abelardo pocos días antes, cuando había acudido a despedirse de él y a pedirle un delicado favor.

Ada temía que los padres de Néstor echaran por tierra el plan que con tanta dedicación habían tramado. Sabía que ellos no habían abandonado todavía la ciudad y no podía permitir que intentaran sabotear la boda, así que solicitó la ayuda de la banda del Manco para mantenerlos vigilados y evitar a toda costa que se presentaran a última hora en la iglesia para impedir el casamiento.

Abelardo no pudo negarse ante la súplica de la que había sido como una hija para él. Acordaron que mantendrían una estrecha vigilancia alrededor del matrimonio Oliveira y tan solo actuarían en caso estrictamente necesario. Aun cuando Ada se hubiera establecido en Monforte, si todo salía según lo previsto, enviarían cada semana un informe que Violeta debería recoger en la oficina de Correos más cercana, lo que le otorgaba también la excusa perfecta para poder llevarse a la niña con ella y mantener controlados en todo momento a la enervada familia de Néstor.

Ada confiaba en no tener que utilizar sus recursos contra los que pronto habrían de convertirse en sus suegros, no quería empezar su nueva vida con ese cargo de conciencia y deseaba con fervor poder terminar felizmente aquella esperada jornada.

Acababa de guardar el arma en el bolso cuando se abrió la puerta de la habitación con un tenue quejido de bisagras.

Violeta aguardaba al otro lado del umbral, engalanada con un ligero vestido de algodón amarillo que había pertenecido a Viviana y una gran sonrisa que mostraba sin pudor su dentadura mellada.

—Violeta quiere saber si es la hora —preguntó—. Está muy contenta porque has encontrado un hombre bueno que te quiere y hará de ti una gran señora.

La duda atenazó por unos segundos el corazón de Ada, todavía no le había dicho a Néstor que Violeta sería su compañera de viaje. ¿Y si él se negaba? La abrazó, enterrando sus dedos entre el pelo escaso de la joven, y la besó en la coronilla.

—Tendrá que aceptarte si me quiere a mí —murmuró para sí, sintiendo que quizás estaba tirando por la borda el trabajo minuciosamente elaborado durante todos aquellos meses.

Peinó el cabello de la niña con delicadeza, descubriendo con pesar que faltaba otro gran mechón de pelo en la parte más alta del cuello; le hizo una trenza delgada como una salchicha, le ordenó que se lavase de nuevo la cara y le prestó unos relucientes zapatos de charol que guardaba en su armario, recuerdo de sus primeros años con Viviana.

—Te quedan un poco grandes, pero te vendrán bien adonde vamos —le dijo con satisfacción.

De esta forma las dos abandonaron para siempre El Farolillo Rojo. Salieron en silencio, sin mirar atrás, sin despedirse de nadie. Ningún sentimiento entorpeció aquel último instante mientras abandonaban el que había sido hasta entonces su hogar, ambas enterraron todos los malos recuerdos en lo más hondo de su alma y salieron a caminar tranquilamente para disfrutar de aquel hermoso día de sol, en su última jornada como pelanduscas.

Ada se dirigió hacia un banco situado bajo la generosa sombra del robledal tras un ligero paseo por la herradura de la alameda compostelana, mientras Violeta se retrasaba un poco para admirar la fachada del edificio de la universidad que por entonces albergaba en su interior el Museo de Historia Natural Luis Iglesias.

El banco al que se dirigió Ada parecía recién pintado con un llamativo color verde esmeralda, así que antes de acomodar sus posaderas, palpó con disimulo las delgadas láminas de madera y estrujó con el dedo los gruesos pegotes que sobresalían de las baldas como brillantes pezones enhiestos.

Se dejó caer con descuido contra el respaldo tras comprobar que su mano no se quedaba pegada. Sacó del bolso el reloj de bolsillo marca Tissot y comprobó que ya eran casi las doce. El Tissot era un legado de Viviana, aunque Ada lo sentía como suyo desde siempre, pues había formado parte de cada momento de su vida en El Farolillo Rojo. Con él, Viviana cronometraba y medía escrupulosamente el tiempo que le correspondía a cada cliente según el importe abonado a cada una de sus meretrices.

Ada lo observó con descuido para matar el tiempo mientras su cita no llegaba, era un objeto muy hermoso además depreciado. El cuerpo de la esfera, de plata oscura, estaba labrado con motivos geométricos, y el botón de cuerda era una rosa gris con los pétalos tallados con sutil delicadeza. El cristal estaba bastante deteriorado porque nunca hubo dinero para cambiarlo por uno nuevo, pero aún así, era un reloj precioso y, además, jamás se había atrasado.

Se levantó y se sentó varias veces, el tiempo corría absurdamente lento aquella mañana.

A las doce en punto la sombra de un hombre irrumpió en la trayectoria de los cálidos rayos de luz, mezclándose con la umbría del árbol y aliviando el progresivo calor del mediodía.

—Por fin, ha llegado el gran día.

Joaquín desprendía un ligero olor a rancio, aunque le miraba con adoración y sonreía con ingenuidad. Llevaba la cara sucia, la barba mal afeitada y una gruesa capa de mugre bajo las uñas, pero Ada obvió todo eso y le cogió amorosamente de las manos. Después lo abrazó sin importarle que las manchas de grasa reciente de la camisa del mendigo quedaran incrustadas en su bonito y elegante vestido nuevo.

—Hola, Joaquín, me alegro de verte.

El ojo del joven giraba vertiginosamente dentro de la cuenca, hacía varios días que no veía a su hermana y la echaba muchísimo de menos. Ambos lo habían acordado así ante la remota posibilidad de que Néstor les descubriese juntos en alguna ocasión y se percatara del sutil embeleco al que le habían sometido.

—¿Has traído el sobre con la dirección? —le preguntó ella.

Joaquín comprobó que Violeta continuaba embelesada ante el edificio de la universidad y sacó del bolsillo interior de la chaqueta un sobre grande de color mostaza, el mismo que le había entregado Rubén el día del fallecimiento de Viviana. El papel estaba arrugado y plagado de manchas de dudosa procedencia, pero unas letras oscuras, elegantemente inclinadas hacia la derecha, protagonizaban la carátula posterior e indicaban con claridad las señas del remitente.

Don Leonardo Mendoza Umbría —NOTARIO

—¿Le has enviado el contrato de compraventa como te pedí?

Él asintió.

—Lo envié hace más de dos semanas, ¿cuándo os marchareis? —Joaquín entregó el sobre a su hermana, que lo guardó diligente en su pequeño bolso de mano.

—Creo que esta tarde. Aprovecharemos el retorno de un comerciante de quesos que regresa a Sanabria para viajar en su camión. Néstor ya cerró el trato con él.

—Cuanto antes mejor. Los señores Oliveira estarán ocupados durante un buen rato, esta mañana han sufrido el inconveniente robo de unas joyas en su habitación. A estas horas se encuentran en la comisaría ultimando los detalles de la denuncia y estudiando las fotografías de varios delincuentes habituales para su identificación.

Ada sonrió satisfecha.

—Gracias, hermano. Te quiero, lo sabes, ¿no? Todo esto acabará muy pronto y tú también recuperarás lo que te pertenece.

Se aferró a su cuerpo menudo con un cariñoso abrazo. Enroscó su dedo índice con el de él y lo

apretó con fuerza, después se apartó por fin, con la emoción traicionera bailando en sus ojos.

—Averigua lo que puedas sobre lo que ocurrió con papá, esperaré impaciente tus noticias —en los ojos del mendigo bullían también, traicioneras, unas cuantas lágrimas de aflicción.

Violeta interrumpió con su súbita presencia aquel instante de querencia fraternal.

—Es hora de irme. Adiós Adita, y tú, no te metas en líos —le dijo a la muchacha mientras le apuntaba con un dedo acusador y se marchaba, caminando de espaldas, para volver a mendigar a las puertas de la catedral.

—¡Cuida de Abelardo! —la voz temblorosa de Ada se quebró, sabía que no volvería a verle durante muchísimo tiempo.

Las dos mujeres se quedaron mirando embobadas la silueta de Joaquín hasta que desapareció en la distancia.

—Bueno, ¿estás lista para acompañarme a mi boda? —Ada se limpió de la mejilla una lágrima viajera que no había podido evitar y le dirigió una fugaz sonrisa a su compañera.

Violeta la cogió de la mano con firmeza y se dirigieron sin demora hacia la cercana capilla del Pilar, donde supuestamente estaría Néstor esperándola. La campana de la catedral tocaba la una de la tarde, así que ambas apuraron el paso para no llegar tarde a la cita más importante de su vida.

QUINTA PARTE:

EL LARGO CAMINO A CASA

**CAMINO DE SANTIAGO: CAMINO SUR O CAMINO DE
INVIERNO**

Primera etapa: Santiago — Lalín

Capítulo 19

Rafael conducía como un condenado por la estrecha carretera que les estaba acercando a Lalín a la altura de la aldea de Donramiro. El camión se tambaleaba tanto al pisar las enormes piedras que sobresalían de la calzada que, aderezado con el apesoso olor a queso que reinaba dentro del remolque, las entrañas de Ada se enzarzaron en una cruenta pelea y en poco más de tres horas que habían transcurrido desde la salida de Santiago ya había logrado llenar dos bolsas de vómitos.

Néstor se revolvió incómodo en su sitio, y de vez en cuando se arrodillaba al lado de ella para acariciarle la mano con vehemencia, imaginaba que esas náuseas estaban siendo provocadas por el bebé, así que estaba preocupado. Decidió que una vez alcanzado el pueblo de Lalín, se detendrían a pasar la noche en algún albergue y despedirían al comerciante de quesos, no quería correr ningún riesgo que pusiera en peligro la salud de su esposa.

Ada sintió otra violenta náusea y se incorporó de golpe, precipitándose hacia la bolsa abierta a sus pies, pero nada salió de su boca. ¿Por qué tenía que oler tan mal el queso? Se recostó agotada en las duras tablas del camión, intentando no pensar en toda aquella grasa pegajosa que había a su espalda. El viaje estaba resultando más duro de lo esperado, puesto que había traído a sus recuerdos otro viaje en carro acontecido más de una década atrás, uno que hiciera junto a Joaquín y su madre por aquellas mismas carreteras tras haber sido despojada de golpe de su hogar.

Entonces era una niña ignorante, llorica y malcriada. Cuánto habían cambiado las cosas. Nada le había dolido tanto como aquel primer cachete que su propia madre le había dado por exigir a voz en grito que se detuviese el carro para poder hacer sus necesidades al poco de salir de Monforte, finalmente, había tenido que hacérselo encima y soportar el hedor durante el resto del viaje. Habían sido cuatro largos días de camino, los caballos que tiraban del carro en el que viajaban eran demasiado viejos, cada pocos kilómetros se detenían agotados y se negaban a continuar, lo que enfurecía a Andrés Moreira, quien luego pagaba con los niños a golpes su frustración.

El hombre había considerado que detenerse a pernoctar en una pensión era demasiado arriesgado, así que habían tenido que soportar tres noches a la intemperie, tres largas noches cobijados bajo las ramas de los árboles en el monte, arrebujados bajo las amplias faldas de su madre para protegerse de los finos copos de nieve que les quemaban como agujas al rojo vivo en la piel.

Su madre se había negado a compartir el lecho de hojas de Moreira, que había encendido una briosa hoguera con la leña que ellos habían recogido y dormitaba sonriente bajo su manta de piel de cordero. Ada recordaba con gran sensación de impotencia el abrazo de aquellas llamas que estaban tan cerca y a la vez tan lejos, quería sentir el cálido aliento de las brasas en su cuerpo entumecido, pero el calor apenas bastaba para secar las lágrimas de su rostro.

No lograba entender por qué no podían calentarse con el fuego de la hoguera, tenía tanto frío, tanto miedo ante la densa oscuridad del bosque., recordaba haberse apretado tanto contra las piernas desnudas de su madre que se le habían dormido las manos y los pies. Luego, al amanecer, el doloroso despertar de sus dedos privados de circulación, junto con la sensación de que la sangre de su cuerpo se le había congelado dentro, le habían provocado tan intensos dolores que hubiera preferido incluso los toqueteos de Moreira en sus muslos antes de volver a soportar de nuevo todo aquello.

Ada intentó centrarse en el presente. Violeta dormía acostada sobre su bolsa de viaje y sintió

envidia de su placidez. Néstor en cambio parecía tan agobiado como ella, el sudor le caía en gruesos regueros desde la frente y no paraba de apretarle la mano, lo que le suponía un gran incordio.

Le brindó una fugaz sonrisa, que fue correspondida al instante, y después cerró de nuevo los ojos. Pensaba en lo que había sido el día de su boda y en todos los acontecimientos sucedidos desde el momento en que el párroco les tomó las manos y bendijo su unión, en lo feliz que se sintió al pensar que había logrado su objetivo y en lo poco que le duró esa tranquilidad recién adquirida.

Todo había sucedido según lo planeado, se habían casado en la capilla del Pilar en una ceremonia íntima, tanto que tuvieron que solicitar a un viandante que actuase como testigo porque no había nadie más en la iglesia a quien pudieran pedírselo. El silencio mortal que imperaba en la capilla del Pilar había serenado su espíritu, el frescor de la piedra del pequeño templo expulsaba el calor de finales de junio y convertía aquel reducto en un diminuto paraíso de paz, del cual Ada no quisiera tener que marcharse. Cuando el cura les otorgó la bendición y unió por fin sus manos como marido y mujer, Ada sintió una explosión de alivio. Ya estaba hecho, acababa de convertirse en una mujer nueva.

Ada firmó en el registro civil con su nombre abreviado, Ada Expósito, evitando aludir a su nombre completo y a los apellidos Morán de Ulloa para que Néstor no se diera cuenta de que tenían la misma filiación que aparecía en las escrituras de su casa, de ese modo también evitaba que en el registro de la lejana ciudad de Monforte alguien se extrañara de que la nueva dueña del pazo se llamase igual que la heredera desaparecida, ya que ese diminutivo tan solo se utilizaba en la intimidad del hogar. Habían tenido un pequeño percance ante la ausencia de la partida de nacimiento, pero Abelardo supo arreglarlo gracias a sus contactos en el Hospicio de Santa Susana, donde todos los días se recogían niños de padres desconocidos, no en vano habían tomado el nombre de su querida esposa fallecida años atrás. No resultó difícil encontrar los documentos de una niña de las mismas características y adaptarlos a tales efectos.

Se sentía radiante mientras salía de la capilla del brazo de quien era ya su marido. No se percató de la presencia de un señor exquisitamente vestido con un traje de lino marrón, sombrero alto de copa y bastón de plata en su mano, que tropezó con Violeta en el justo momento que subían al camión del quesero, lamentándose por haber llegado demasiado tarde.

Violeta le relató a su amiga el extraño encuentro que había tenido con el caballero mientras Néstor negociaba los tramos del largo recorrido con Rafael a través de la ventanilla que les separaba de la cabina del conductor. Ada palideció de furia y toda su alegría se esfumó de golpe.

—¿Cuáles fueron sus palabras, exactamente? —preguntó con aspereza.

—Ese señor agarró a Violeta de la mano y le dijo: “Dile a esa puta que no se saldrá con la suya”. Sudaba muchísimo y tenía el rostro amoratado por el esfuerzo.

—¿Era un hombre grueso, con una barba muy larga?

—Sí, eso es, a Violeta le dio mucho miedo, Heidi.

—¡No vuelvas a llamarme así! —le replicó enojada como si un resorte se hubiera accionado en su interior.

—Perdona, Violeta es tonta, no volverá a ocurrir —las lágrimas afloraron a sus ojos y se enrolló un mechón de pelo en el dedo.

Ada tomó aire y se concentró en el verde paisaje que corría veloz a su lado, no tenía que pagarlo con la niña, ella no tenía la culpa de nada. Le soltó el mechón del dedo con suavidad y le dedicó una ligera sonrisa.

—Lo siento, estoy muy nerviosa por la boda, el viaje, y todo eso que me has contado. Ese

señor era el padre de Néstor, pero no te preocupes, nos vamos muy lejos, ya se le pasará el enfado. ¿Vale?

La niña asintió y se acurrucó bajo el brazo de Ada, notó que con aquel apretón cariñoso se desvanecían todas sus preocupaciones y se alegró de habérselo contado. Poco después ya se había olvidado del hombre furibundo y de las amenazas que habían salido de su boca, en pocos minutos Violeta se durmió con el vaivén del cálido vehículo, que le olía deliciosamente a requesón.

Néstor había recibido la noticia de que la niña les acompañaría a Monforte con escepticismo, no dejaba de considerarla una puta más, que había mamado la misma basura que las otras meretrices de El Farolillo Rojo. ¿A cuenta de qué debían llevársela con ellos? ¿Pretendía acaso su mujer establecer otro prostíbulo en su nueva casa? Ya puestos podían llevarse el lupanar entero.

A veces dudaba de que Ada pudiera llegar a olvidar que había sido una vulgar ramera, cuanto menos le recordara su antigua vida, mejor. Pero ella había insistido en que necesitaba a alguien para que realizase las tareas de la casa, y bien era cierto que no iba a ponerse la señora a limpiar y cocinar, y menos en su estado de buena esperanza, así que accedió solo porque era apenas una niña un poco retrasada que podrían modelar a su antojo.

La rueda del camión se atascó en la cuneta con un brusco movimiento, Ada y Néstor gritaron al unísono al verse despedidos de sus asientos y Violeta despertó asustada, más por los gritos que por el golpe recibido.

—Lo siento, no podemos continuar —la cabeza de Rafael asomó por la abertura de la lona que cubría la parte trasera del vehículo—, tendrán que bajarse mientras reparo el camión, tengo que cambiar la rueda y está anocheciendo, así que es mejor que pasemos aquí la noche.

El conductor escupió en sus manos y las frotó con energía, como si de ese modo pudiera borrar las manchas de grasa que se habían colado por las grietas de su piel. Era un hombre grueso, con bonitos ojos grises que resaltaban en la piel morena del rostro, en el que medraba una generosa barba desgreñada.

Néstor respiró aliviado, la suerte estaba de su lado, ya que podrían descansar y continuar al día siguiente con el quesero sin tener que buscar otro medio de transporte. Ayudó a las mujeres a apearse y le preguntó a Rafael si había en la zona alguna posada donde poder dormir con comodidad.

—Pueden continuar por el puente hasta Lalín, allí tendrá todas las comodidades que pueda desear: hoteles limpios, buena comida y alegres tabernas. Hay de todo en Lalín —tras asegurarse de que las mujeres no estaban mirando le hizo un significativo gesto con las dos manos abiertas oscilando delante del pecho y después soltó una sonora carcajada.

—Mi mujer está embarazada y no le conviene caminar tanto —dijo Néstor con acritud—. ¿No habrá un sitio tranquilo un poco más cerca?

Rafael se quedó pensando un buen rato. Se quitó la gorra de fieltro azul y la retorció entre sus dedos como si pudiera exprimir alguna idea de aquel trozo de tela.

—Bueno, mi prima Valentina es la casera de doña Anuncia Crespo, la casa está vacía ahora mismo, y creo que podría alojarles por un módico precio...

—¿De cuánto estaríamos hablando?

—Digamos unas treinta pesetas, con el sustento —carraspeó Rafael.

Néstor se lo pensó un instante, no podían malgastar el poco dinero que llevaba en su faltriquera puesto que no sabía lo que se iba a encontrar al llegar a Monforte, pero miró a Ada y sintió pena por el mal estado en que parecía encontrarse.

—Sea, llévanos enseguida hasta allí.

La Casa da Crespa se encontraba a pocos metros cuesta abajo. Se trataba de una bonita casa de piedra de estilo señorial rodeada de un frondoso bosque de robles. Pertenecía a doña Anuncia Crespo, hija del que fuera alcalde de Lalín, don Antonio Crespo Pampín. La señora Anuncia huía de los fríos inviernos en Donramiro y se trasladaba a cualquiera de sus otras residencias de Castilla o Andalucía hasta bien entrado el verano. A esas alturas tendría que estar a punto de regresar.

Valentina acudió a la llamada en el portal del caserío embadurnada de harina, se limpió las manos en su generosa delantera disculpándose porque había estado cocinando pan en el horno de piedra y se atusó como pudo el ralo cabello castaño que llevaba recogido en una enjuta trenza ladeada. Se quedó un poco sorprendida al encontrarse con la comitiva que precedía Rafael, así que congeló una sonrisa de circunstancias en su cara y llamó aparte a su primo para pedirle explicaciones.

—No pueden quedarse aquí, si se entera doña Anuncia me cuelga. ¿No ves que puede venir cualquier día de estos?

—No tiene por qué saberlo, tonta, pagarán veinte pesetas. Mañana limpias bien la casa y como si no hubiera pasado nada. ¿Qué más te da cocinar para un par de bocas más? Nadie se va a enterar, a primera hora nos marcharemos y tú te llevas una pequeña recompensa.

—¿Veinte pesetas?, ¿por los tres? —inquirió ella echando rápidos cálculos mentales, no estaban los tiempos para desperdiciar unos dineros a mayores del exiguo salario que le pagaba doña Anuncia por cuidar su caserío.

Rafael asintió con el corazón palpitando de alegría porque nunca había conseguido ganar tanto dinero sin ningún esfuerzo, bien se merecía el dinero restante a modo de propina.

—De acuerdo, esta noche haré cocido —sentenció ella con rapidez.

La casa olía un poco a humedad, pero Valentina se apresuró a abrir todas las ventanas para que el cálido sol del atardecer espantase el humedecimiento de las sábanas.

—Esta noche dormirán aquí, es la habitación principal de la casa.

En el cuarto imperaban magníficos muebles de madera tallada. Un magnífico dosel de seda verde oliva colgaba de las cuatro columnas que engalanaban la enorme cama de matrimonio. Combinaba de forma adecuada con un gran cuadro en los mismos tonos que presidía la pared frontal del cuarto, una impresionante pintura que mostraba con gran realismo un paisaje otoñal, firmado por un pintor de nombre Ovidio Murguía.

Había también una pequeña estancia anexa a modo de cuarto de aseo que contaba con una gran bañera de piedra, una palangana de porcelana y dos bacines para poder hacer las necesidades sin desplazarse a la planta baja de la casa. Ada se rindió a un placentero baño caliente con agua recién hervida y después quiso también obligar a Violeta a quitarse de encima la mugre del viaje, lo que provocó un trágico episodio que desveló por fin el secreto mejor guardado de la niña desde su aparición en El Farolillo Rojo.

—Violeta no quiere bañarse, no le gusta el agua.

—Vamos, niña, hueles a queso que apesta, métete en la bañera ahora mismo.

—Violeta no se meterá en la bañera.

—¡Claro que sí!, harás lo que yo te diga, marrana.

Ada cogió a Violeta por debajo de los brazos e intentó arrastrarla hacia el barreño, pero ella pataleaba y gritaba, con una fuerza desmesurada para una niña tan pequeña.

—Venga, Violeta, solo es agua.

Logró introducirle los pies en el agua cálida, pero la niña saltó hacia atrás como si se hubiera quemado con fuego, y al pretender asirla de nuevo, se defendió, arrancando con sus uñas una

gruesa tira de piel del cuello de Ada, que tiñó de sangre la inmaculada toalla blanca con la que se arropaba.

—No meterás a Violeta en la bañera, no lo harás...

Los ojos de Violeta desprendían lágrimas de furia, la niña se sentó en el suelo y comenzó a tirarse del pelo con desesperación. Sus dientes chirriaban y sus dedos retorcían la piel desnuda de sus muslos con saña, en pocos minutos, sus piernas estaban cubiertas de gruesos moretones violáceos, como si alguien le hubiese otorgado una soberana paliza. Asombrada por esa reacción tan desproporcionada, Ada se acercó despacio y se sentó a su lado. Le cogió las manos para que dejase de arrancarse el cabello y le susurró al oído una canción, intentando devolverle la calma.

Esperó unos minutos y después le preguntó con voz suave por qué no quería bañarse.

—Su madre intentó ahogarla una vez en la bañera, Violeta no se meterá en el agua nunca jamás.

El corazón de Ada dio un vuelco de tristeza, lo sentía, lo sentía tanto... Si lo hubiera sabido nunca la habría obligado a pasar por eso de nuevo. Ahora comprendía aquella extraña forma de hablar, Violeta se había inventado un personaje para sí misma, incapaz de aceptar lo que su madre había pretendido hacerle cuando era una niña. Dejó transcurrir cierto tiempo hasta que notó que el cuerpo de Violeta ya no temblaba, se irguió y le tendió una mano para ayudarla también a levantarse.

—Está bien, toma esta toalla húmeda y límpiate el sudor del viaje. Acuéstate en mi cama, ¿quieres? Te subiré algo para cenar.

Ada dejó a la niña en actitud ausente bajo las cálidas sábanas de la cama de matrimonio. Se vistió un ligero vestido de algodón que llevaba en la bolsa de viaje y se acercó a arroparla.

—Tu madre ya no puede hacerte daño, Violeta.

Ella no contestó y Ada bajó hambrienta al salón en busca de su cena. Néstor recorría mientras tanto la casa, encantado con la pinacoteca de la señora Crespo. Colgaban de las paredes una gran multitud de cuadros, grabados y obras de diversos autores, resultando significativa la presencia de aquel pintor llamado Ovidio Murguía, que debía guardar un gran amor por los ríos y los montes, puesto que al menos había siete cuadros con ese motivo paisajístico. A Néstor le parecieron todos iguales, con los mismos tonos verdes, marrones y ocre, aquellas pinturas le provocaban un enérgico desabrimiento que atenazaba su pecho y le obligó a acelerar su tránsito hacia otras salas.

Encontró a Rafael en la bodega, catando los excelentes vinos que guardaba doña Anuncia en su despensa. Era un recinto cuadrado situado debajo de la escalera, con las paredes forradas de madera de nogal y atestadas de botelleros que se encontraban llenos de mercancía. Una espesa capa de polvo cubría todo el cubículo, que apestaba a humedad y a madera podrida.

—Es una pena que la dueña sea abstemia, estos vinos van a estropearse sin nadie que pueda degustarlos, qué mal repartido está el mundo —la voz del quesero sonaba pastosa, delatando que llevaba ya unas cuantas jarras entre pecho y espalda.

Néstor curioseó entre las estanterías hasta dar con una serie de botellas etiquetadas con un sobrio rótulo negro que llevaba dibujada en relieve una flor de color plata. Flor de Piedra, cosecha de 1910. Sopló el polvo de la botella acumulado durante años y le enseñó la botella a Rafael. La etiqueta trasera estaba enmohecida y no podía leerse su procedencia.

—Excelente —Rafael se recostó en los peldaños de la escalera, mostrando una gran mancha violácea en su oronda barrida, producto del rico caldo derramado—, vino tinto para el cocido de cuino que está preparando Valentina.

—De acuerdo —Néstor cogió dos botellas, necesitaba tomarse una buena copa de vino que le alegrase el largo día que habían tenido.

El cocido de Valentina olía a gloria, el potente aroma agrio de los grelos inundaba la casa. Ada

bajó las escaleras y se dirigió hacia el comedor, siguiendo la fragancia acidular que flotaba en el aire. Se entretuvo observando con mirada crítica la multitud de cuadros que atestaban las paredes. Recorría con sus dedos los marcos barrocos y tocaba con suavidad las telas, recordando aquellos otros que un día habían colgado también de las paredes de su casa. Nada que ver con las feas láminas que decoraban El Farolillo Rojo.

Esos cuadros tenían un tacto especial, el pincel del pintor había dejado un rastro único en cada centímetro de tela, Ada casi podía adivinar el estado de ánimo del artista a través de sus pinturas: trazos gruesos y largos de color verde delimitando extensas praderas, colmados de melancolía; pequeños toques diminutos de color ocre en las puntas de los árboles, otorgados por una mano inquieta, nerviosa; un agresivo surco rojo que atravesaba la tierra, furia y dolor.

Aquel intenso color granate trajo a su memoria el cuadro favorito de su padre, lo guardaba en su despacho posado sobre una estantería, justo a la altura de sus ojos. Representaba un cesto de frutas rojas, algunas ya demasiado maduras, que parecían supurar gruesas lágrimas de sangre oscura de su seno. No era demasiado grande, ni siquiera estaba enmarcado, y a ella le parecía bastante feo, aunque debía reconocer que reunía una cantidad imposible de tonos rojos en un mismo espacio.

Ada le preguntaba por qué no estaba colgado de la pared como el resto de sus pinturas, y su padre le decía que aquel cuadro era especial, que desde esa posición podía verlo mejor. ¿Es muy valioso?, preguntaba ella. Más valioso que todos los de esta casa juntos, respondía él.

Ada lo miraba de nuevo bajo otra perspectiva, tratando de encontrarle ese algo que lo hacía tan especial, pero solo veía frutas, algunas un poco torcidas, y pensó que quizás sería el cuadro de un pintor muy famoso que le había salido un poco mal, por eso era único, y quizás por ser único era tan valioso.

Se encontró con Rafael justo a la entrada del comedor. El camionero tambaleaba al caminar, la saludó con un ligero movimiento de cabeza que pretendía parecer elegante y se dejó caer con pesadez en una de las sillas, ocupando uno de los cubiertos que de forma tan primorosa había colocado Valentina en la enorme mesa de madera. Ada se colocó tan lejos como pudo, en el otro extremo de la mesa.

—Falta un servicio —Rafael gritó para que su prima pudiera escucharle desde la cocina.

Valentina entró en el comedor con una fuente humeante en la que descansaba entre patatas, castañas y fragantes grelos cocidos, una enorme cabeza de cerdo. Agarró a su primo por la camisa y lo levantó con un buen impulso, después lo empujó a trompicones hasta la cocina.

—¿Dónde se ha visto que el criado se siente a la mesa con los señores, so garrulo? ¿Estás tan borracho que se te ha borrado la memoria, o qué? Sienta ahí y espera a que terminen, ya veremos si queda algo para ti.

Rafael protestó y se acomodó en su nuevo asiento, menos mal que se había traído la botella de vino que había empezado en la bodega. Ada aguardó sola en el comedor con el estómago dolorido a que llegara Néstor para comenzar la cena.

—Mira lo que he traído, ¿no te apetece una copita? ¿Dónde está Violeta?

Ada palideció al instante, sus ojos penetraron como una daga en la botella que Néstor sostenía en la mano como si pudiera ver a través del cristal. Comenzó a faltarle el aire y su corazón se aceleró hasta tal punto que tuvo que golpear el pecho con el puño para poder respirar con normalidad.

—Querida, ¿qué te ocurre?, Ada ¿estás bien? —Néstor dejó la botella sobre la mesa y corrió a sostener a su mujer, que estaba a punto de desvanecerse.

Capítulo 20

La luz de la mañana taladró como un percutor la cabeza de Néstor, hasta el más mínimo ruido despertaba un batallón de artillería en sus sienas, había tenido que beberse solo las dos botellas de vino porque Ada se retiró de forma repentina a su cuarto sin probar bocado y Valentina no había dejado que su primo compartiera la mesa con él.

Néstor se arrepintió enseguida de haberle preguntado por aquel pintor solemne cuya obra atestaba la casa para no aburrirse durante la cena; tuvo que soportar durante horas la perorata de la mujer, que se había explayado hablando acerca del tal Ovidio Murguía, hijo de la famosa poetisa Rosalía de Castro y muy apreciado por las grandes esferas políticas.

Valentina le contó al detalle la desgraciada vida del pintor, cuya carrera artística se vio truncada por una muerte repentina a causa de la tuberculosis. También le detalló su triste historia de amor, que no pudo culminar por culpa de los celos de una hermana gemela que había quemado las cartas de su enamorada mientras él se recuperaba de su enfermedad en un hospital de La Coruña, haciéndole creer que ella le había olvidado. Le explicó que el señor Murguía había decorado hasta el mismísimo pazo de Lourizán, propiedad del ministro de fomento don Eugenio Montero Ríos, quien había recomendado a la dueña de la casa que no dejara de comprar sus cuadros. Doña Anuncia Crespo era gran admiradora de su obra. A Néstor, en cambio, aquellos cuadros le provocaban una fatal melancolía.

Néstor no lograba entender lo que había pasado la noche anterior, su esposa se había quedado lívida de repente, se había negado en redondo a decir palabra y se había encerrado en la habitación, así que tuvo que cenar solo y dormir en el cuarto de invitados, que se encontraba en la tercera planta a ras del tejado. Se había vuelto loco buscando una manta para taparse cuando el fresco de la madrugada le mordió las piernas desnudas. No había encontrado nada a mano y tuvo que cubrirse con su propia chaqueta, que quedó impregnada con el sudor de sus pies y ahora desprendía un olor indefinido a corruptela y colonia de cedro. Maldito tiempo inestable.

Néstor cerró las gruesas cortinas del comedor para amortiguar aquella luz infernal y aguardó sentado en un pequeño sillón orejero a que las mujeres bajaran a desayunar, mientras Valentina le servía un generoso café recién hecho que despertó sus sentidos. Notó un picor intenso que le subía por las fosas nasales y estalló en un tremendo estornudo que hizo vibrar hasta los platillos de la mesa. El relente de la noche comenzaba a pasarle factura.

—¡Jesús Santísimo!

—Amén.

Valentina le dedicó una espléndida sonrisa acompañada de una simpática reverencia. Se había peinado los rebeldes cabellos e incluso se había lavado la cara, aunque las ropas seguían tan manchadas de harina y grasa como el día anterior. Ada y Violeta hicieron acto de presencia y se sentaron en silencio a la mesa mientras aguardaban a que Valentina les sirviera también el café y extendiera una buena capa de mantequilla casera sobre las rebanadas de pan de centeno que había cortado con anterioridad, ante la aburrida mirada de su invitado.

Néstor corrió a sentarse al lado de su mujer, que ya había recuperado el color de sus mejillas y lucía hermosa y resplandeciente, con el pelo recién lavado y una pizca de carmín en los labios.

—¿Te encuentras mejor? ¿Has dormido bien? Violeta, pásame el azúcar, por favor —Néstor echó tres cucharadas en su taza y se puso a revolver el líquido humeante con extremo cuidado, el ruidito de la cucharilla despertaba sus infiernos. Otro estornudo murió en su esófago y le provocó

un estruendoso dolor en el pecho.

—He perdido el niño —Ada dejó caer sus palabras casi sin pensar, así, de sopetón, tomó un sorbo de café y volvió a dejar la taza sobre el plato con suavidad, se dirigió a la casera con gesto compungido—. Lo siento Valentina, he manchado una toalla blanca de sangre.

Néstor se incorporó en su silla y derramó el líquido humeante sobre el mantel de hilo de doña Anuncia. Valentina emitió un grito agudo y corrió a la cocina en busca de un chorro de vinagre porque sabía que después sería prácticamente imposible de limpiar la mancha.

—Maldita sea, ¿por qué le habré hecho caso a Rafael?, estos no me traen más que problemas, mira que venir a abortar a esta casa...

Néstor se levantó ignorando el relámpago de dolor que le taladró la sien con el brusco movimiento y el grito de la mujer. Corrió a abrazar a su esposa, se arrodilló en el suelo, cogió sus manos y las besó repetidas veces.

—Oh, nena, lo siento... —estaba tan desolado que se atropellaba al hablar—. No te preocupes, tenemos tiempo, oh, cariño...

Violeta también se atragantó; ¿un niño?, ¿qué niño? Le hizo un gesto de interrogación a Ada con sus cejas, pero ella denegó ligeramente con la cabeza y le pidió silencio, mientras abrazaba con fuerza a su marido, que lloraba desconsolado a sus pies como un bebé. Después de un rato, dejó que se levantara y volviera a su sitio. Se limpió una lágrima inexistente de la mejilla y tomó otro sorbo de café. Estaba delicioso.

Creyó que sería una buena idea aprovechar el incidente de la cena para terminar con la farsa del bebé a la que tarde o temprano tendría que poner fin, la imagen de la botella que Néstor sostenía en sus manos le había impactado tanto que ya no había necesitado fingir una conmoción, además, la sangre del arañazo de Violeta serviría como excusa perfecta para simular su aborto.

—Siento mucho su pérdida, señora, quizás debería ir a que la viese un médico, hay uno muy bueno en Lalín —Valentina restregaba con brío la mancha de café, temerosa de que aquella mujer pretendiese quedarse en la casa hasta recuperarse de su aborto, doña Anuncia no tardaría y no había manera de explicarle la presencia de aquellos extraños en su casa.

—No se preocupe, Valentina, me encuentro bien.

Néstor paseó su angustia alrededor de su esposa hasta bien entrada la mañana sacudido por continuos estornudos, esperaba mortificado a que Rafael se despertara de su fuerte resaca para que acudiera andando hasta Lalín en busca de una rueda nueva para el camión, aunque no estaba seguro de que ella pudiera viajar después de lo ocurrido.

—¿Quieres que vayamos a ver a un médico?, Rafael aún duerme, tenemos tiempo de sobra.

Ella denegó con la cabeza y tomó un sorbito de café.

—No es necesario, estoy muy bien, no te preocupes.

Ada se dejó querer y permitió que él la balanceara con delicadeza durante horas en la cómoda hamaca que Valentina colocó frente a la ventana, mientras fingían que atendían a las historias que la buena mujer contaba al tiempo que restregaba la sangre de la toalla con un poco de leche tibia.

—Violeta quiere saber si nació usted aquí —la niña daba vueltas alrededor de la silla de Valentina observando su trabajo.

La casera suspiró, pensando que aquella mocosa bien podía ayudarla en vez de molestar tanto, puesto que los que creía sus patronos habían ensuciado más de lo conveniente y ahora tendría que pasarse horas para dejar la casa tal y como estaba antes de que llegaran.

—Sí, mi familia ha servido desde siempre en esta casa —Violeta ignoró las notas de fastidio en su voz y continuó preguntando.

—¿Y no está usted casada? Violeta quiere saber si tiene hijos.

Valentina recordó con pesar la única experiencia que había tenido en el amor. Como cualquier muchacha en edad de merecer ambicionaba casarse con un hombre guapo, elegante, rico, y fue a enamorarse de uno de los muchos amigos que acompañaban al hermano de la señorita para pasar las vacaciones en el campo, en la Casa da Crespa.

Ella se fío de sus bellos halagos y se creyó sus falsas promesas, pensó que en el amor no había diferencias de clase, que sus sentimientos podrían superar todas las fronteras y le entregó lo más valioso que posee una chica decente. Él dejó de adularla tan pronto le robó la virtud y después la humilló delante de los demás chicos, apostando su abultada paga para ver quién sería el siguiente en llevársela al granero.

—Bueno, no he encontrado todavía un buen hombre que me quiera —Valentina miró a Néstor con intensidad, pero él solo prestaba atención a su mujer.

Volvió a frotar de nuevo con ansia las manchas de sangre y para olvidar sus pesares se centró en contarles las travesuras de los habitantes de la casa cuando eran niños, como cuando echaban sal en el azucarero de su padre en alguna ocasión en que llegaban invitados, o vestían al pequeño pastor alemán de su madre con las ropas de Anuncia y se inventaban que un extraño personaje había venido a visitarles desde un país extranjero.

—La rueda está lista —Rafael entró en ese momento a la casa y se limpió las manos renegridas al mantel que habían usado la noche anterior durante la cena, cuya mancha de vino Valentina había tardado horas en eliminar.

—¿Qué haces, porcón? —Valentina le atizó con una servilleta en la coronilla y el golpe sonó como si le hubiera arriado un latigazo—, esa grasa no sale. ¿Pero será posible?

Ada se levantó con una sonrisa de la mecedora, tenía ganas de reanudar la marcha.

—Gracias por todo, Valentina, has sido muy amable, si algún día regresamos a Lalín vendremos a verte.

—Que tenga mucha suerte, señora —la mujer se despidió aliviada de sus invitados—, y no se preocupe, que todavía es muy joven y podrá parir muchos hijos.

Rafael entregó su parte del dinero a la prima cuando todos subieron al camión y después emprendieron la marcha. Ella se quedó durante un buen rato en el portal de la Casa da Crespa, despidiéndoles con la servilleta levantada hasta que les perdió de vista en el horizonte, mientras apretaba con ahínco el pequeño fajo de billetes en el interior del bolsillo de su mandil.

Ada disfrutó de una mayor comodidad en el siguiente tramo del camino, puesto que Néstor extendió su abrigo en el piso del camión y le obligó a acostarse sobre su regazo mientras acariciaba su frente con dulzura. Le costó un gran esfuerzo convencer a su marido de que podría viajar sin ningún problema y que el malparto no le suponía ningún impedimento.

Con los ojos cerrados volvió a revivir aquel momento en que Néstor se presentó en el comedor con la botella de vino en su mano. El mismo vino que antaño cosechaba y envasaba su familia en el Pazo de las flores, en Monforte, lugar al que se dirigían.

El impacto de volver a ver una de esas botellas le había supuesto tal zozobra, que incluso después de no haber probado bocado durante todo el día había perdido el apetito ante tan opípara y succulenta cena.

Cosecha de 1910.

Recordaba con gran desazón ese año, fue la primera vez que probó aquel caldo oscuro y brillante de la copa de su padre, casi podía sentir el sabor agrídulce en su paladar y el regusto amargo que el vino dejó en su boca después de escupir su primera cata. Aún no había cumplido los once años, pero su padre consideró que ya era suficientemente mayor para participar en el ritual del fin de la cosecha.

—Ven aquí, mi pequeña *aenologué*, cuéntame qué te indican tus sentidos.

Cada mes de octubre, cuando las uvas reposaban por fin en su lecho de roble, el señor Morán de Ulloa reunía a un reducido grupo de expertos cosecheros en su excelsa bodega para degustar el mosto obtenido y determinar si sería ese un buen año para sus caldos. Ada había participado por primera vez en aquel exclusivo consejo en la cosecha de 1910. El resultado fue de excelente.

Se había sentido tan mayor, tan importante, soñaba con poder aprenderlo todo de su padre, quería pasar el resto de su vida en aquella bodega, amaba cada una de las cepas retorcidas que se anclaban al pobre suelo en un vertiginoso descenso hasta el río Sil.

Se preguntaba qué es lo que había ocurrido para que su vida hubiera dado un vuelco tan brusco, qué le había sucedido a su padre para haber perdido todo lo que tenía en tan poco tiempo, por qué su madre se habría dejado arrastrar por un hombre en una loca carrera hasta Santiago de Compostela, alejándolos de todo aquello que amaban y conocían.

Y para ninguna de esas preguntas hallaba respuesta.

Segunda etapa: Lalín — Chantada

Capítulo 21

El comerciante de quesos tomó la carretera de Lalín a Chantada con renovado optimismo. Mientras conducía, pensaba que el transporte de los pasajeros le estaba saliendo muy rentable. De cualquier modo, debía tomar aquella ruta dos veces al mes para vender su mercancía en la ciudad de Santiago, así que nada le costaba buscarse algún que otro viajero que, aparte de hacerle compañía, podía repercutirle pingües beneficios. No tenía esposa ni hijos que aguardaran su llegada, tan solo una madre octogenaria que por el momento no precisaba de sus cuidados, así que no le preocupaba demorar su regreso a casa.

El señor Néstor le había dicho además que a su mujer no le convenía viajar más de dos o tres horas cada día, así que Rafael, bendiciendo su buena suerte, pensó en que sería buena idea quedarse a pernoctar en Chantada, a medio camino hacia las tierras de Lemos.

Conocía bien esa ruta del Camino de Santiago y sabía que no encontrarían demasiados peregrinos que entorpecieran el paso en las carreteras, en esa época del año utilizaban en su mayor parte el camino francés, que discurría más al norte. Era durante las nevadas de invierno, que hacían intransitable el puerto del Cebreiro, cuando los peregrinos preferían tomar el camino sur, utilizado en su mayor parte por los comerciantes.

Rafael estaba pensando precisamente en una pareja octogenaria de esos peregrinos que residían en la región de Chantada. Joel y Marian, dos alicantinos que durante su luna de miel habían acudido a postrarse ante Sant—Iago para que bendijera su recién estrenada unión, más de cincuenta años atrás.

Fue durante ese viaje que el joven matrimonio había descubierto en la parroquia de Santa María de Arcos, a los pies del río Enviande, un manantial de aguas sulfurado sódicas que brotaba a través de dos agujeros en la pared de granito a casi cincuenta grados de temperatura. Joel, médico de profesión, conocía las propiedades curativas de las aguas sulfuradas y se imaginó el gran potencial que tendría aquel enclavamiento para la instauración de un balneario. Pocos años después inauguraban el balneario de Mouriscados con la colaboración de una apoderada familia de la zona.

El quesero había conocido a los ancianos pocos años atrás, cuando miembros radicales de la Sociedad Agraria de San Fiz intentaron quemar el balneario como protesta contra el caciquismo de la familia chantadina, con la que se había asociado el matrimonio alicantino a su llegada a esas tierras.

Rafael, que volvía de una de sus transacciones, había arriesgado su camión e incluso su propia vida al sacar en medio de una lluvia de palos y piedras a Joel y Marian, que resistían dentro del balneario los envites de los societarios para trasladarlos hasta la vecina Quiroga mientras no se calmaran los ánimos bélicos de aquellos hombres. Los dos ancianos se desvivían por el quesero, que les había salvado la vida sin conocerlos y sin esperar nada a cambio.

A esas alturas, deseaban retirarse a su Alicante natal para poder pasar sus últimos años, y aguardaban desde hacía semanas la visita de su amigo, que había prometido ir a despedirse de ellos en cuanto pudiera.

Rafael sintió unos toques en la parte trasera de la cabina del camión. Ensimismado en sus recuerdos no se había dado cuenta de que ya era hora de comer y sus pasajeros estaban hambrientos. Faltaba muy poco para llegar a Santa María de Arcos, se encontraban en lo alto del faro, al lado de la ermita de Nuestra Señora del Faro, lugar de gran devoción y culto para los

habitantes del pueblo.

—Conozco a los dueños de un balneario cerca de aquí —Rafael sacó la cabeza para hablar con Néstor por el ventanuco que le separaba de la parte de atrás del camión—; a su esposa le vendrían muy bien las aguas curativas, podríamos pasar allí la noche.

Néstor asintió y Rafael aceleró el camión al máximo para llegar cuanto antes.

Un vergel multicolor rodeaba el estrecho camino que conducía hasta el gran caserón de piedra en el que se asentaba el balneario. Al descender del camión, fueron recibidos por un coro de pájaros que trinaban incansables en la frondosidad de los árboles; les acompañaba el sonido de las aguas del río descendiendo por una pequeña cascada artificial cercana a la edificación.

Aquel lugar sugería una paz infinita, un lugar apartado y sumamente bello para descansar de las adversidades de la vida. Ada se sentía agotada, como si hubiera comenzado una veloz carrera cuando era niña y no hubiera parado en ningún momento; se alegró de llegar por fin y descubrir aquel hermoso paraje. Las continuas atenciones de su marido comenzaban a hastiarle, además del parloteo de la joven Violeta, emocionada por las sorpresas que le iba deparando aquel grato viaje.

Ada debería estar feliz de haber alcanzado su objetivo, estaba recuperando su vida, se había convertido en una mujer decente y se encontraba de camino a casa, pero no lograba sosegar. Desde que habían salido de la capital compostelana los recuerdos de su antigua vida en Monforte la torturaban, como si alguien hubiera abierto una caja de Pandora y todos sus demonios vinieran juntos para atormentarla.

Joel y Marian eran un par de abuelitos entrañables. Sus pieles arrugadas y sus sonrisas amables despertaron el recuerdo de aquellas historias con las que los entretenía su madre cada noche antes de acostarse, los protagonistas de su egregia familia. María Eugenia adornaba las vivencias de cuando era niña y vivía en el Pazo de las flores con sus abuelos, Elsa y Pío, señores de Ulloa, con el objeto de entretener a los niños y para que, poco a poco, fuesen conociendo sus orígenes.

Sus padres habían fallecido en un trágico accidente de caza y María Eugenia se había criado bajo el amor incondicional de los dos ancianos, que se desvivían por ella. Don Pío Ulloa presumía de su exclusiva bodega, de los ricos vinos que producía y de la materia prima que personalmente traía de la región de Aquitania, en Francia, donde se elaboraban los mejores vinos del mundo. Don Pío había iniciado el proyecto bodeguero que convertiría a la familia Ulloa en un referente del mundo vitivinícola. Era además un gran aventurero.

El señor Ulloa, en un impulso de modernidad, se había hecho construir un globo aerostático para poder sobrevolar sus tierras, hecho que había despertado tanto la admiración como la envidia de sus excelsos amigos. La madre de Ada les hablaba de aquellos viajes en globo, de lo mucho que se asustaron sus vecinos durante su primer ascenso, de cuando tuvieron que deshacerse en pleno vuelo de decenas de botellas de vino porque no encontraban la corriente adecuada, de lo mucho que se divertían arrojando huevos desde el aire a los campesinos. Ada no había tenido la oportunidad de conocer a los dos ancianos puesto que ambos fallecieron mucho antes de su nacimiento, pero inexplicablemente, Joel y Marian habían despertado en ella la melancolía de aquella ausencia.

El balneario sugería una estancia agradable, aunque en todo el recinto se respiraba un leve olor ácido, un poco molesto al olfato. Supusieron que se trataría de un desinfectante y no le prestaron mayor atención, pues nunca habían tenido ocasión de comprobar que los vapores de azufre huelen a huevos podridos. Afortunadamente, se trataba de una temporada baja y los dueños no tenían clientes para atender, así que pudieron dedicarse por entero a los visitantes. Los dos ancianos, locos de alegría por reencontrarse con Rafael, compartieron su mesa con ellos aquella noche.

Ada salió a inspeccionar los alrededores de la casa aprovechando que su marido se encontraba ocupado charlando con Joel, entretenido en una larga discusión sobre hierbas curativas. Violeta la vio salir y corrió como un cervatillo tras ella.

Caía la tarde y el sol se retiraba, cediendo paso a las sombras alargadas de los árboles que bordeaban el camino y discurrían paralelos a un regato de aguas tranquilas. Joel y Marian habían ingeniado una curiosa estructura de piedras y madera para simular una pequeña catarata que se abría a un pequeño estanque donde flotaban, sinuosas, varias plantas de flor de loto.

Ada se sentó en un banco verde bajo la sombra de un ciprés rizado para admirar las enormes flores de color blanco que se mecían en el agua sobre lechos de hojas verde azuladas. Violeta se sentó a su lado, le pasó una mano por la cintura y apoyó la cabeza en su hombro; lucía una hermosa sonrisa a la que Ada correspondió satisfecha.

—Violeta quiere saber si te encuentras mejor, ¿por qué no le habías dicho que estabas esperando un bebé?

—No había ningún bebé —Ada le guiñó un ojo con complicidad, pero la niña retrocedió indignada.

—¿Engañaste al señorito Néstor para que se casara contigo? —la niña se soltó de la cintura de Ada como un resorte—. Violeta no puede creer que lo hayas hecho, ¡pero si él te quiere!, ¿qué necesidad había?, si él se entera sufrirá muchísimo.

—Claro que me quiere, tonta, pero jamás se habría casado con una prostituta como yo si no hubiera algo más. Y no tiene por qué enterarse.

Violeta frunció los labios en una mueca de disgusto, estaba segura de que Néstor amaba a su amiga lo suficiente para casarse con ella a pesar de todo, era un hombre increíble, se lo había demostrado con su abnegación, pensaba que no se merecía un engaño semejante. Néstor era diferente a todos aquellos hombres que visitaban El Farolillo Rojo, era tan guapo y tan sofisticado, y había sufrido tanto cuando Ada le había dado aquel desplante..., estaba segura de que él la sacaría de todos modos del lupanar y haría de ella una gran señora. Ada no necesitaba mentirle de esa manera. Él no se lo merecía.

—Engañaste a Violeta, ¿por qué no le dijiste nada?, ¿por qué le mientes también a Violeta?

—Ya está bien, niña, no te he mentado, puesto que en ningún momento tú me lo has preguntado.

—El señorito Néstor es un buen hombre, no está bien eso que has hecho...

La niña se sentó de espaldas a Ada, con los brazos cruzados sobre el pecho y un mohín de disgusto en la boca.

—Violeta, la gente de su condición no se mezcla con la nuestra a no ser que haya de por medio una razón muy poderosa. Néstor necesitaba un empujón para decidirse y este era el momento adecuado para hacerlo, ¿no lo entiendes? En Monforte seremos una familia como tantas otras, sin ningún pasado del que avergonzarse. Hemos tenido mucha suerte de que a Néstor le guste jugar a las cartas, en esa casa todo será diferente.

A pesar de la dura vida que había llevado, Violeta no dejaba de ser una niña ignorante, con sus fantasías y su escasez de razones.

—¿Y por qué no has traído también a Joaquín?, y a Abelardo..., ellos también son parte de tu familia, podríamos vivir todos juntos en esa casa que dices.

—Violeta, Néstor no sabe que Joaquín y yo somos hermanos. Ya te lo expliqué, no debes hablar de Joaquín delante de él.

—¿Y por qué el señorito no debe de saber que tú y Joaquín sois hermanos?, Violeta no entiende por qué le dices tantas mentiras, siempre mientes, le mientes a tu marido, le mientes a Violeta..., seguro que el señorito Néstor estaría feliz de saber que tiene un cuñado —Violeta había levantado

un poco la voz.

Ada agarró a la niña por los hombros, la obligó a mirarle a los ojos y la sacudió con fuerza. Tenía la mirada encendida, pero una sombra tenebrosa surgía amenazadora de lo más profundo de sus bonitos ojos dorados. Violeta retrocedió asustada.

—¡Jamás!, ¡jamás se te ocurra hablarle de Joaquín!, me lo prometiste, Violeta, lo juraste cuando te propuse venir conmigo, ¿recuerdas? Yo no tengo hermanos, ni familia..., repítelo, Violeta, ¡repítelo!

—No tienes hermanos, Violeta sabe guardar un secreto, Violeta lo prometió.

La niña lloraba agitada por unas fuertes convulsiones en el pecho.

—Si algún día rompes tu promesa juro que te devuelvo a El Farolillo Rojo a manos del comisario Ramírez, para que te pudras allí como puta vieja, igual que Cora y Dora, hasta que la muerte se te lleve.

Ada no se conmovió con el llanto de Violeta, se marchó a paso rápido y la dejó allí, balanceándose hacia delante y hacia atrás, retorciendo con los dedos la piel pálida de sus muslos con la mirada perdida en el estanque de flores de loto.

La espléndida cena con que Joel y Marian quisieron celebrar el feliz reencuentro con su amigo Rafael contribuyó a restituir el ambiente cordial previo a la explosión de Ada, que esa noche estaba más taciturna que nunca. El especial mutismo de Violeta fue recibido con gran alivio por parte de los comensales pues, normalmente, no se le hacía callar ni a punta de escopeta.

—Por favor, querida, siéntate enfrente de mí —Néstor sorprendió a Ada con aquella insólita petición, la hizo levantar de su lado y le indicó la silla que estaba al otro lado de la mesa—, así puedo verte mejor, estas muy hermosa hoy.

Ella apenas le dio importancia, no tenía hambre, podría sentarse incluso en el porche si él se lo pedía.

Un exquisito guiso de conejo, aderezado con toda clase de productos recién cogidos de la huerta de Marian, siguió a una empanada de carne, cocinada en su horno de leña. Los hombres encendieron una hoguera, donde se asó a fuego lento una pata de venado que la anciana adobó con vinagre y especias, y de postre les sorprendieron con unas deliciosas filloas de sangre, que además de ser uno de los postres típicos de la zona, eran la especialidad de la casa.

Después de tan copiosa comida se retiraron todos a descansar.

Violeta se refugió con discreción en el cuarto que le habían asignado y los tres hombres se dedicaron a inspeccionar la bodega del caserío. Ada se decidió por salir a purgar su mal humor con un paseo por los alrededores del balneario, bordeando la orilla del río Enviande hacia el norte. Marian la vio marchar y salió tras ella.

—Espera —el paso de Ada representaba un gran esfuerzo para las piernas cansadas de la mujer, a quien le pesaban indudablemente los años.

—Señora Marian, no sabía que venía detrás.

—No me apetecía dormir, además, quería enseñarte un lugar que te encantará.

Tomó hacia la derecha por un sendero empinado, prácticamente oculto por la maleza que lo bordeaba, y continuaron caminando en silencio cuesta abajo durante un buen rato. Ada notaba un olor extraño en el aire, semejante al que había en la casa, un penetrante tufo a podredumbre que, a medida que avanzaban, se hacía más intenso y desagradable.

—¿Qué es este olor?, es apestoso —protestó ella.

—Es el azufre, no te preocupes, te irás acostumbrando y dentro de un rato ya no lo sentirás tan repugnante. Ya hemos llegado.

Los arbustos eran ahora mucho más pequeños y se abrían al paso, como si se tratase de una

cortina, hacia un gran espacio abierto. Ada contempló con estupor cómo surgía un manantial de la pared rocosa que formaba una pequeña piscina natural de agua turbia y humeante, el hedor era ahora tan intenso que tuvo que cubrirse la nariz con una manga de la chaqueta.

—Aspiralo con suavidad, es muy bueno para las vías respiratorias. Venga, vamos a bañarnos.

Ada miró estupefacta a la anciana, que se estaba despojando de sus ropas sin ningún pudor, hasta que se quedó desnuda. Observó su cuerpo menudo bajo el reflejo plateado de la luna, un montón de huesos cubiertos por una sábana de piel replegada, su sexo prácticamente sin vello, las uñas de los pies, gruesas, amarillas y retorcidas. Marian se soltó el cabello gris, aún abundante, y después se introdujo en el agua vaporosa con un largo suspiro de satisfacción.

—Vamos, mujer, no tendrás vergüenza.

Ada se desvistió con rapidez, se metió en el agua y nadó hasta donde se encontraba la anciana. El agua estaba muy caliente, calculó que alrededor de cuarenta grados de temperatura, la primera impresión fue como si le estuviera quemando la piel, pero a los pocos segundos, se relajó por completo y se sintió como si estuviese flotando en una bañera gigante, con la satisfacción añadida de poder estirarse y nadar unas pocas brazadas.

—Es la primera vez que te veo sonreír, deberías hacerlo más a menudo, porque eres muy bonita.

—Ya, no he tenido muchos motivos para ello.

—¿Tu marido no te hace feliz?, quizás es un poco celoso, lo digo por lo que sucedió durante la cena.

—No tiene importancia, estaría preocupado y querría asegurarse de que comiese bien, por eso quería observarme de frente. Néstor es un hombre especial y desde luego no creo que sea celoso en absoluto, si no, no se habría casado conmigo, se lo aseguro —le siguió una sonrisa triste, casi desamparada.

Ada se sentía a gusto con la mujer, como si la conociera de siempre. En pocos minutos se abrió a ella y le relató su historia, queriendo hallar consuelo, se sinceró buscando el desahogo de muchos años de sufrimiento.

Marian se acercó y le tomó de las manos. Le acarició el pelo y acercó tanto su rostro que, por un momento, Ada pensó que iba a besarla. Su boca emitió una risita nerviosa, aquella situación resultaba surrealista, se imaginó que estaba a punto de ser violada por una octogenaria desnuda en una piscina hirviente.

Pero Marian no la besó en la boca sino en la frente. Ada sintió que su piel sudaba dentro del agua, por el calor, por los nervios y por algo más que provenía de aquella anciana tan extraña.

—Encontrarás lo que buscas —le dijo con inmensa ternura.

Ada deseó creer en sus palabras, los años le otorgaban a la mujer una indudable potestad de sabiduría. Aquella noche durmió profundamente, como hacía años que no lograba hacerlo. Se preguntó si en realidad serían tan beneficiosas aquellas aguas sulfuradas o si, a pesar de todo, la conversación con la anciana había sembrado en su corazón la semilla de la esperanza por recuperar aquella paz que hacía años había perdido.

Tercera etapa: Chantada —Monforte de Lemos

Capítulo 22

Abandonaron con pena el balneario y la ciudad de Chantada, dejando atrás sus calles porticadas y empedradas de adoquín. Hicieron una parada tan solo para comprar unos zuecos de madera de abedul para la madre de Rafael en la casa de un artesano que conocía bien al quesero.

El siguiente tramo hasta la aldea de Belesar sumió a Ada en un estado de profunda melancolía, el impresionante paisaje que atravesaban en ese momento trajo a su memoria aquella imagen que atesoraba en su mente del lugar donde transcurrieron los días felices de su niñez.

El camino desembocaba en un paisaje abrupto, de aterradora belleza, tras dejar atrás un largo pasillo umbrío de apretada vegetación, donde el fructuoso musgo provocado por la abundante humedad de la zona cubría como una segunda piel la corteza de robles centenarios. Era el salvaje descenso de la montaña hasta el río Miño salpicado de viñedos, que descansaban sobre terrazas artificiales creadas por la mano del hombre para facilitar el trabajo de la cosecha.

Cruzaron el Miño y alcanzaron el pueblo de Belesar sobre las doce del mediodía. Decidieron parar a comer en una fonda al lado del embarcadero de madera, donde permanecían atracadas varias embarcaciones que se usaban para comunicar las aldeas ubicadas a lo largo del curso del río.

Los viajeros echaron un vistazo a su alrededor admirando la aldea; todas las casas eran de cantería, la mayoría lucían enormes balcones con galerías de madera que se apoyaban sobre balcones de piedra labrada con hermosas molduras redondeadas.

Una multitud de gente variopinta poblaba las estrechas calles de Belesar, arremolinadas alrededor de un improvisado mercadillo que giraba en torno a las carretas coloridas de unos gitanos que se exponían a gritos sus mercancías a la chusma.

—Por favor, señorito Néstor, Violeta quiere ir a ver lo que tienen —la niña suplicaba y tiraba por la manga de Néstor hacia la muchedumbre.

Él pensó que sería una alegre distracción para sacudir la apatía en la que Ada llevaba inmersa desde el amanecer, sus palabras eran parcas y su rostro apenas sonreía.

—Rafael, vete pidiendo tú la comida, que ahora volvemos —cogió a su mujer del brazo y la dirigió con suavidad hacia el gentío.

El aire olía a especias, a fruta, a sudor y a los excrementos de la multitud de animales que acompañaban a los gitanos. El sol, que luchaba por asomar entre las gruesas nubes de una tormenta de verano, no ayudaba a refrescar aquel ambiente cargado de humedad. La lluvia, que había caído con fuerza durante la noche, había convertido la plaza del mercado en un magnífico lodazal.

Los feriantes exponían en sus carros toda clase de objetos para la venta: telas, collares, abalorios multicolores, ropa, comida, utensilios de cocina, huevos, gallinas, conejos, licores varios, bebedizos para el ardor de estómago y potingues de toda clase y condición para las señoras más atrevidas.

Violeta revolvió entre la mercancía loca de contenta, se probaba coloridos pañuelos de seda, gorros de paja, collares con las cuentas de cristal y otros que semejaban el oro más puro. Parecía haber olvidado por completo el desencuentro del balneario y se atrevía incluso a coquetear con Néstor preguntando si este o aquel color combinaba con sus ojos. Él aplaudía sus niñerías y trataba de implicar también a su mujer en aquellas bromas infantiles.

El rostro de Ada insistía, sin embargo, en seguir mostrando aquella máscara indolente que

Néstor achacaba a su mal parto. Ada ignoraba la algarabía de la joven Violeta, no admiraba ni curioseaba entre la mercancía de los gitanos, estaba encerrada en una cueva muy oscura, allá en lo más hondo de su memoria. Aquellas tierras le traían recuerdos, afiladas agujas del pasado que se le clavaban en el alma con dolorosa lentitud.

Pensaba en las tierras de su familia, que por entonces se extendían desde Monforte hacia el lugar de Sober, donde las viñas que un día le pertenecieron también descendían en singulares terrazas pedregosas hasta besar las mismas aguas del río Sil. Su padre se las había mostrado orgulloso prometiéndole que algún día serían suyas mientras surcaban las aguas del río a bordo de un pequeño catamarán. Ada le había prometido a Joaquín que algún día las recuperarían, y allí estaba, camino de cumplir su compromiso, aunque eso no acababa de calmar su desazón.

Violeta tenía la vista prendida en unos cachorrillos que permanecían enroscados dentro de una jaula que apestaba a orines, bajo la atenta mirada de su madre, una perra loba a la que faltaba la mitad de su pelambrera y que se rascaba con desidia con una de las patas traseras.

—Violeta quiere saber si los cachorros están en venta.

La niña se dirigió a una oronda señora de largo cabello negro que se afanaba en amamantar a un bebé llorón cargado de mocos verdes, el cual se negaba, terco, a agarrar el pezón. La dueña de los canes la miró con unos ojos sorprendentemente verdes, que resaltaban como faroles en su tez morena. Encima de su ceja derecha tenía un enorme lunar negro de forma alargada, que semejaba un tercer ojo de inquietante mirada inerte. La gitana rio con ganas ante la pregunta de la niña.

—*Están a la espera de que regrese mi marido p'a ahogarles en el pozo, chiquilla. ¿Te parece que tenemos pocas bocas que alimentar? Pero si quieres yo te los vendo, que p'a eso estamos, ea.*

Sonrió cuando el niño mordió la teta después de muchos intentos infructuosos.

—Venga dos patacones y son tuyos.

—Ada, por favor, míralos, a Violeta le gustan tanto...

—De ninguna manera —respondió Néstor con decisión—, no podemos llevarnos los perros, Rafael no lo permitirá. Además, todavía necesitan la leche de su madre, se morirán en el camino.

—Se morirán de cualquier modo cuando llegue el gitano —replicó Ada sin demostrar ninguna emoción.

—Pueden llevarse también a la perra, a esa se la regalo —la gitana sonreía mostrando sus grandes dientes mellados, parecía muy divertida con la situación.

—Nada, nada, vámonos —Néstor arrastró a las dos mujeres literalmente hacia la fonda del muelle.

La comida resultó un completo desastre. El potaje de venado, que estaba demasiado macerado, desprendía un fuerte tufo, y a pesar del hambre que todos tenían, quedó intacto en la mesa, hecho que desencadenó una serie de lamentaciones de Violeta porque con aquellas sobras habrían alimentado a los pobres perros, condenados a morir de la mano del vil gitano.

Hubieron de conformarse pues con unas migajas de pan de brona deshechas en el caldo pestilente a modo de sopa que les supo a poco y unos huevos fritos con tocino. El postre consistió en unas pocas fresas, grandes y olorosas, pero insuficientes para colmar sus estómagos golosos, ya que hacía poco más de una semana que había salido el grueso de la producción destino a los mercados de Madrid y quedaban muy pocas existencias de fruta madura para su consumo.

Rafael quiso echarse una siesta antes de continuar el viaje, así que Néstor hubo de aguantar otras dos horas a la joven Violeta suplicando por la vida de los cachorros indefensos, hasta que no tuvo más remedio que ir a buscarlos con la connivencia de su esposa, maldiciendo una y otra vez su genial idea de llevar a curiosear a las mujeres al mercadillo.

—Solo los pequeños. Ay, Dios mío, Rafael me va a matar...

La cingara se regocijaba mientras sacaba los chuchos de la jaula y se los entregaba a sendas mujeres, agarró los dineros y los escondió con pericia entre sus gruesos pechos.

—Que la diosa Fortuna os ampare, veo que no les acompaña ningún niño y parecen vuestras *mercés* gentes de bien. Por desgracia Dios a mí me ha dado ocho hijos y bien sabe que son demasiadas bocas que alimentar. Me preguntaba si a cambio de unas pocas monedas les gustaría disfrutar de la compañía de un bebé, hermoso y sano. La gitana escupió en el dedo pulgar y limpió una mancha indeterminada de color parduzco de la mejilla del bebé.

—Todavía no ha cumplido el año y lo podréis moldear a voluntad, o quizás otro un poco más crecído que haría las veces de criado, sumiso y discreto, para lo que gusten ustedes.

—Calla, mujer —Néstor se adelantó y apuntó a la gitana con su dedo índice, horrorizado por el hecho de que aquella señora intentara venderles también a sus propios hijos—, da gracias que no te denuncie al alguacil. Vámonos de aquí, eres un ser repugnante.

Néstor empujó del brazo a su mujer calle abajo, temeroso de que la visión del niño aumentara su melancolía por el que ella acababa de perder. En el rostro de Ada relucía en cambio una sutil sonrisa, estaba segura de que lo único que pretendía la gitana era dar un futuro mejor a uno de sus múltiples hijos, la ley de la supervivencia, ella la conocía de sobra. Le pareció que aquel era un enorme gesto de amor por parte de la madre. Ada apretó su cachorrito contra el pecho, él sí que podría disfrutar de una vida mejor.

Se alejaron de los trashumantes, dispuestos a despertar a Rafael para continuar el viaje, pero el quesero continuaba dormido en el sillón delantero del camión.

—Vayamos a dar un paseo hasta el río, de paso podremos lavar los perritos, huelen un poco mal —sugirió Ada tras observar el pelo pegajoso por los orines de la jaula.

Cuando regresaron al cabo de casi una hora, Rafael les esperaba despierto y de muy mal humor.

—No sé qué cambalacheo se traen entre manos, pero esto no me gusta nada.

—Déjeme que le explique, Rafael, solo son dos cachorrillos, mi esposa estaba tan triste y los iban a sacrificar, ya sabe cómo son las mujeres cuando quieren algo...

—No me refiero a los perros, señor Oliveira —Rafael incidió de manera especial en la palabra “señor”—, me refiero a eso.

Sobre el abrigo de Néstor, en la parte trasera del camión, un bulto de ropas sucias se movía levemente atrayendo su atención. Los tres se acercaron suspicaces para ver qué contenía aquel hatillo y descubrieron asombrados el rostro de un bebé, plácidamente dormido. Su carita de color caramelo estaba manchada de mugre, y dos velas de mocos verdes descendían indolentes hacia su boca.

—La gitana dijo que habían llegado a un trato antes de marcharse. Esto no me gusta, no señor.

—Nosotros no hicimos ningún trato con los gitanos, ¡es el hijo de la dueña de los canes!, no sabemos nada de esto ni tenemos nada que ver con el bebé —protestó Néstor ofendido.

Violeta miraba hipnotizada al bebé, que dormía ajeno a la discusión que se cernía sobre él, dos hilillos de baba resbalaban por la comisura de sus labios, lo que le provocó un repentino sentimiento de ternura.

—Violeta está triste. ¿Cómo pudo hacerle eso su madre? Es tan indefenso...

Dejó al perro en el suelo y cogió en brazos al chiquillo, este se revolvió en sueños y se acomodó inmediatamente en los brazos cálidos que le sujetaban. Ada sonrió ladina, desde luego la gitana tenía sus recursos.

—¿Dónde están los carromatos? —inquirió Néstor alarmado.

Miraron hacia la calle empinada donde hacía poco más de una hora que había estado el mercadillo, ahora el empedrado estaba cubierto de cartones, fruta podrida, heces de animales y demás basura que habían dejado los ambulantes a su paso.

—Se han marchado —respondió aireado Rafael—, se han ido hacia Monforte, así que con un poco de suerte les daremos alcance. Tenemos que devolver ese niño.

—Estamos de acuerdo, Rafael, vayamos tras ellos —respondió Néstor.

El quesero echó un vistazo fugaz a los perros, que retozaban en el suelo, ajenos a todo el entuerto, y resopló con fastidio. No le gustaban los niños y tampoco le gustaban los perros, aún menos le gustaba tener problemas con aquellos gitanos, no eran gente de fiar.

Empezó a cambiar de opinión con respecto a la conveniencia de llevar pasajeros, la gente siempre acarrea problemas, se sintió inquieto y preocupado por la presencia del niño calé, deseó llegar cuanto antes a Monforte para deshacerse de su incómodo pasaje y volver a convertirse en el tranquilo comerciante de quesos de regreso a su hogar.

No volvería a cargar con nadie en su camión, estaba completamente convencido.

SEXTA PARTE

EL PAZO DE LAS FLORES

Capítulo 23

Monforte de Lemos. Verano de 1922

No encontraron rastro de los gitanos por más que buscaron, ni durante el viaje ni tampoco cuando alcanzaron las murallas de la ciudad monfortina, ya bien entrada la noche. Rafael los dejó a las puertas de una pensión de buen nombradío, cerca de la salida del puente. Conocía a su ambiciosa dueña y sabía que no iba a molestarle por lo inconveniente de la hora para pedir alojamiento.

Se despidió de sus pasajeros aliviado, contento por continuar su camino en solitario y librarse de tan variopinta familia, de sus canes y del problema de su niño gitano. Ahora ya no era asunto suyo.

Monforte les recibió con las calles mojadas por una lluvia reciente, el viento cálido y un agradable olor en el aire, a humo de leña, a hogar encendido y a horas muertas delante de una lumbre briosa. La casa ante la que se encontraban era estrecha, poco más que una puerta pintada de azul y un angosto vestíbulo de piedra gris. Estaba situada justo a la entrada del puente viejo, que permitía uno de los pasos sobre el río Cabe en su largo recorrido a través de la ciudad.

Néstor tiró con decisión de la campanilla dorada que colgaba de una esquina, bajo la que rezaba el cartel “Pensión El Gallo Cojo, hay habitaciones”. Salió a abrir una mujer robusta de mediana edad. Llevaba el pelo oscuro recogido en un moño prieto, las mejillas sonrosadas y los ojos del color del cemento. Su sonrisa era afable y el tono de su voz no dejaba entrever fastidio alguno por la tardanza.

— Entren ustedes, pasen, pasen. Deben estar agotados, es muy tarde. Pobrecillos... Me llamo Dorita, para servirles.

Hizo una pequeña reverencia y les indicó que se adentrasen por un corredor pintado de amarillo, atestado de hermosas plantas, colocadas en multitud de macetas de todos los tamaños y colores. Parecía un lugar humilde pero limpio.

—¿Caliento un poco de leche para su bebé?

—No es nuestro... —comenzó Néstor con un leve deje de enfado en la voz.

—Sí, por favor —cortó Ada—, es usted muy amable Dorita, el niño tiene hambre.

Néstor la miró con acritud, pero se encogió de hombros ante la mirada perturbadora de su esposa y dejó que la casera creyese lo que le diera la gana. Estaba agotado, tan solo quería acostarse en una cama blanda y dormir, dormir toda la noche. Tras una cena frugal se retiraron a descansar enseguida.

La habitación era amplia y olía a lavanda. El mobiliario era robusto, incluso elegante. Un ropero de madera, un aguamil de cerámica y una cama alta, suficientemente grande para los cuatro, con un amplio dosel de tul blanco para evitar los molestos mosquitos nocturnos que llegaban desde el río.

Violeta prefirió dormir en el suelo, con el bebé ya satisfecho sobre su regazo y los dos perritos calentando sus pies. La niña no se escandalizó ni se molestó por los intensos ruidos amorosos que comenzaron tan pronto Néstor apagó la pequeña lámpara de su mesilla de noche. Incluso se enterneció al escuchar las sentidas palabras de amor que el hombre le dedicó a su esposa.

Ada tenía tanta suerte..., había encontrado a un hombre maravilloso para compartir su vida, un

hombre al que no le importaba su pasado, que la amaba sobre todas las cosas y la había convertido en una dama respetable y respetada. Violeta sintió una pequeña punzada de celos en su interior, deseaba un final similar para su propia historia.

—Te quiero tanto, mi bellísima Heidi... —la voz de Néstor sonaba ligeramente enronquecida por el arrebató del amor.

—No vuelvas a llamarme así —la voz de Ada tronó dura, ácida, eléctrica—, por favor, cariño —le volvió a decir en un suave tono mimoso—, utiliza mi nombre real. Ada, soy Ada Oliveira, ¿recuerdas?

—Claro, amor, mi querida señora Oliveira.

Violeta asistió todavía a una larga sucesión de besos sonoros y después al más absoluto silencio. La feliz pareja se había dormido por fin. La joven se pasó la noche en duermevela, el bebé estaba inquieto y se revolvía sin cesar, quizás echaba de menos el cálido abrazo de su madre, o quizás es que los brazos inexpertos de la chiquilla apretaban demasiado, lo cierto es que a las pocas horas de tranquilidad nocturna un ruido extraño la arrancó de golpe de un sueño pasajero.

¡Las tablas del suelo se movían!, Violeta sintió un leve temblor y se asustó, se aferró a una de las patas de la cama y apretó al niño contra su pecho con afán protector. Todavía un poco dormida miró a su alrededor, buscando el motivo de aquel extraño suceso a través de la penumbra.

Sintió el frío colarse entre sus pies desnudos, una ligera brisa que erizó ligeramente el vello de sus piernas. Vio volar las cortinas de ganchillo que cubrían el gran ventanal que daba hacia la calle y observó atónita a su amiga de pie ante el balcón abierto. La piel blanca de su cuerpo desnudo relucía bajo los rayos atrevidos de la luna que asomaba por fin entre los nubarrones cenicientos. Su cabello descendía libre y sedoso por la espalda, hasta un poco más abajo de las nalgas, y se balanceaba con suavidad, al son del ritmo de la brisa nocturna que hacía bailar también la cortina.

El viento hacía un ruido extraño, un lamento agudo y monótono, un sonido aterrador que parecía desgranar un dolor atroz. Violeta se estremeció, se le erizó el vello del cuerpo, esta vez sin frío, y sintió una opresión indefinida en el estómago.

Advirtió entonces que el movimiento del suelo parecía provenir del cuerpo desnudo de Ada, sus hombros convulsionaban con brusquedad, aquel ritmo extraño bajaba por sus piernas y se transmitía por las tablas del piso de madera hasta llegar a donde ella se encontraba. Violeta notó de nuevo aquella vibración cadente y relacionó por fin el quejido lastimero del viento con el temblor que sentía bajo sus pies.

Ada lloraba. Ada temblaba, se lamentaba, vibraba de dolor. Violeta nunca había visto llorar así a su amiga, pero tampoco había visto nunca llorar a nadie de esa manera. Se preguntaba qué inmenso sufrimiento sacudiría a Ada de esa forma, debería estar feliz por su reciente matrimonio y, sin embargo, cada día parecía marchitarse un poco más sin remedio. Violeta no lo entendía, no sabía qué decirle para consolarla, temía una reacción parecida a la del balneario, así que calló, acarició la cabeza caliente del bebé que llevaba en los brazos y cerró los ojos de nuevo llamando al sueño.

Pero Ada no pensaba en Néstor, ni en la farsa de su matrimonio, que le resultaba indiferente por completo, su marido solo era una pieza más a encajar en un plan perfecto. Un sentimiento sorprendente la había despertado de un sueño intranquilo, como un fuego extraño que quemaba sus ojos desde dentro. Aquellas lágrimas no derramadas empañaron por completo el grueso caparazón de indiferencia con el que, año tras año, había ido cubriendo su dolor por el hogar perdido, y allí, delante de la cuidad que le recibía después de una década, sintió cómo ese caparazón que se había

ido resquebrajando durante las largas jornadas de viaje desde que habían salido de Compostela se rompía en mil pedazos y la dejaba más desnuda de lo que había estado jamás en toda su vida de perdición.

Sus ojos buscaban más allá de la niebla que lamía las aguas del río Cabe, más allá del castillo del Conde y del monasterio de San Vicente del Pino. Su imaginación volaba detrás de los chopos que bordeaban el río, allende los pinos y los extensos campos de maíz, hacia los muros de una casa robusta de piedra rodeada de viñedos, y mucho más allá, donde las vides continuaban en un recorrido sinuoso hasta alcanzar el cañón del río Sil.

La llegada a Monforte había supuesto para ella un golpe más duro de lo que esperaba, su memoria vomitó de repente todos los recuerdos que durante aquellos años había estado tratando de reprimir, las casas perfectamente alineadas a la vera del Cabe, el puente de hierro que se había inaugurado poco antes de su marcha, los muros del malecón bajo los que se celebraba con una gran fiesta la llegada de cada verano, el sonido de las campanas de San Vicente que resonaban con su eco en todo el valle de Lemos. La ciudad no había echado de menos su presencia y palpitaba de vida bajo la luz esquiva de la luna, ajena a su inmenso dolor.

Ada identificó por fin aquel extraño sentimiento que se apoderaba de ella en las ocasiones más inusitadas durante los años pasados en Compostela. Aquella cosa que le robaba la respiración sin motivo aparente, las repentinas ganas de llorar sin que hubiera una causa firme, esa apatía melancólica que se apoderaba de ella cuando el silencio se imponía a la vertiginosa rutina en la que moraba.

Amaba aquella ciudad, y por fin sentía que había regresado a casa.

Capítulo 24

Amaneció un día soleado por fin. Ada se despertó de mala gana, con un molesto rayo de sol que lastimaba sus ojos. No había podido disfrutar del correcto descanso nocturno, le dolía la cabeza y tenía el cuerpo entumecido por el frío de la madrugada. Estiró la mano en busca de su marido, pero la cama estaba vacía y las sábanas frías. Se incorporó y buscó a Violeta con la mirada. Nadie, se encontraba completamente sola.

Se tumbó de nuevo en la cama, estiró los brazos y las piernas y bostezó. Disfrutó de aquel breve instante a solas, preparando su mente para la dura prueba que le aguardaba ese día, el día en que regresaría a su antiguo hogar. Rebuscó en su interior hasta dar con la armadura de indiferencia que hasta entonces la había protegido en sus momentos más duros y se levantó por fin, sintiéndose más Heidi que nunca. Se vistió y salió en busca de sus compañeros de cuarto.

La luz del sol intensificaba el color amarillo de las paredes del pasillo, una alfombra marrón de motivos geométricos ocultaba las rozaduras de la madera del piso, que crujía levemente a cada paso que daba. Escuchó ruidos de voces y entrechocar de pocillos en la planta de abajo, así que descendió por la escalera tratando de esquivar las macetas de Dorita y se adentró en un comedor amplio, bañado de luz.

El local contaba con grandes cristaleras que se abrían hacia un patio interior abarrotado, cómo no, de enormes plantas floridas. Ada divisó a Néstor sentado cómodamente en un sillón de mimbre en medio de aquel frondoso vergel. Sostenía una taza de café en su mano y con la otra sujetaba la prensa del día. Violeta no aparecía por ningún sitio.

—Buenos días —saludó.

—¿Has descansado bien?, parecías tan feliz dormida que no he querido molestarte —Néstor le sirvió un oloroso café en una bonita taza de porcelana azul.

—Gracias, ¿y Violeta? —él se encogió de hombros, no había visto a la niña desde la noche anterior.

—¿Algo interesante? —Ada tomó un sorbo de café y señaló el periódico.

—Lo de siempre, obreros descontentos, un crimen pasional, un cadáver en una casa incendiada, ah, y este viernes se celebrará la cuarta Asamblea de las Irmandades, esos que se han empeñado en establecer el Estatuto de Autonomía.

Ada asintió, no le interesaban en absoluto las noticias de la prensa, pero necesitaba esos pocos minutos para serenarse y realizar por fin la pregunta que le quemaba en la boca.

—¿Iremos hoy a ver la casa?, seguro que está muy cerca y hace buen día para caminar.

—Preguntaré a Dorita, quizás es mejor que vaya yo antes y vea en qué condiciones está, puede que necesite un cochero para llegar hasta allí.

Ada le dejó hablar, sabía que no necesitaba cochero, apenas media hora caminando y estaría de vuelta en su hogar. La taza tembló un poco en su mano y se derramaron unas gotas del líquido oscuro sobre el mantel de lino gris. Néstor la miró de reojo, ignoró la mancha y continuó leyendo su periódico.

Violeta y su séquito de perros irrumpieron en el patio como un remolino, traía al bebé en los brazos, envuelto en una mantita de lana blanca. Oía maravillosamente bien, alguien hacía lavado y perfumado al niño a conciencia y ahora dormía con placidez en su cálido acomodo.

—Dorita ha ayudado a Violeta a bañar a Mateo, le ha dado esta ropita de cuando sus hijos eran pequeños. Mira, está muy guapo, no parece el mismo..., se ha comido un biberón lleno de leche.

Es un tragón.

—¿Mateo? —preguntó Ada divertida por la energía que rezumaba su amiga.

—Le encontramos el día de san Mateo, así que a Violeta le pareció un buen nombre. Violeta no sabía qué contarle a la posadera para explicar la falta de ropa del niño, así que le dijo que nos habían robado. Dorita es muy amable, vive sola en esta casa desde que sus hijos se casaron y se siente muy sola, somos los únicos huéspedes hoy —la joven sonrió satisfecha de haber resuelto tan bien la situación—. Dorita le ha preguntado a Violeta si podría ayudarla con la comida y la colada, ¿te importa?

—Claro que no, si quieres...

Néstor aprovechó para ir mientras tanto en busca de la dueña y preguntar por el Pazo de las flores, dejó a las mujeres solas en el patio, disfrutando del desayuno y del cálido sol de la mañana.

—Anda, trae al niño y come algo, el café se está enfriando.

Ada cogió al bebé, que gruñó un poco al notar el cambio de brazos. El niño abrió los ojos, negros como dos pozos profundos, arrugó la frente, separó los labios húmedos como si quisiera echarse a llorar, y después sonrió.

—Mateo —Ada susurró su nombre y acercó la mejilla a la del niño, estaba suave y caliente.

El breve instante de ternura terminó con un repentino y desagradable olor que provenía del niño, lo que le causó una violenta náusea y trajo de nuevo a su garganta el café que había ingerido escasos minutos antes. Ada apartó al bebé de golpe y se lo devolvió a Violeta.

—Creo que vas a tener que bañarlo de nuevo.

La niña estalló en una carcajada enérgica. Terminó el contenido de su taza, tomó a Mateo en brazos y se lo llevó al dormitorio para cambiar su pañal. Néstor regresó a los pocos minutos, sus ojos sonreían y caminaba a paso ligero.

—Dorita me ha dicho que el pazo está en las afueras de la ciudad, se puede ir caminando incluso. Esta noche podremos dormir en nuestra propia casa ¿qué te parece?, ¿quieres que vayamos a ver? Violeta podría quedarse con el niño.

—Claro, me apetece pasear un poco —las palabras se atascaron en su garganta y apenas logró pronunciar con claridad—, podemos llevarnos a los perros, así harán ejercicio.

Violeta se quedó encantada con el pequeño Mateo y aprovechó la hora de su siesta para lavar los pañales de lino y ayudar a Dorita a preparar la comida; aquella matrona grande y alegre le recordaba mucho a Viviana, se alegraba de poder ser útil, así dejaría de sentirse tan sólo una allegada en aquella singular familia. Pensó que Ada y Néstor necesitaban pasar un tiempo a solas, así que dejó ir a la pareja en busca de aquella casa que había sido moneda de cambio en una partida de cartas, pocos meses atrás.

Ada y Néstor atravesaron el puente de piedra y observaron a las lavanderas, que cantaban a la vez que trabajaban, sacudiendo y extendiendo las prendas al sol. Se oían las risas de los niños que correteaban a su alrededor y alguna riña de vez en cuando si un par de pies revoltosos pisaba sin querer una sábana expuesta.

El camino ascendía irregular y pedregoso hasta la cima de una loma y después bajaba en línea recta hasta lo más profundo del valle. Unas pocas casas salpicaban de color el inmenso paisaje verde que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Néstor saludaba con educación a todos aquellos con los que se cruzaban, una señora que barría el patio de su casa, un hombre que dirigía el carro de bueyes hacia las eras, unos niños en bicicleta que jugaban a ver quién llegaba antes a ninguna parte.

Ada caminaba en silencio fuertemente sujeta al brazo de su marido, con la mirada puesta en

cada piedra que topaba a su paso, tratando de esquivar a los juguetones cachorros que se atravesaban en su camino. Imaginaba lo que sentiría cuando se encontrara de nuevo frente a la que un día había sido su morada. Por mucho que pensó y fantaseó, sus sentimientos desbordaron todas sus previsiones.

El camino terminaba justo en la entrada del pazo, donde se erigían imponentes dos columnas de piedra que sujetaban un portalón de hierro oxidado. Toda la finca estaba bordeada por un muro alto, de unos dos metros, que resguardaban a sus antiguos moradores de las miradas indiscretas. Las dos colosales columnas sujetaban una estructura de hierro que servía de marco a una preciosa figura tallada en mármol, una flor de naranjo sobre el fondo de piedra gris.

Ada cerró los párpados y llevó su mano en un gesto inconsciente al medallón que le pendía del cuello. Lo aferró con fuerza, se mordió los labios y tomó aire, una vez, dos..., elevó de nuevo sus ojos hacia el emblema de su familia y lo miró con decisión; sintió de nuevo aquel fuego extraño que lastimaba sus párpados, algo que se quebraba irremediabilmente en su interior. Inspiró con profundidad, intentando esquivar las zarpas del recuerdo y se decidió a seguir los pasos de su marido hasta el interior de la propiedad.

Néstor no se dio cuenta de la similitud entre la medalla que había comprado en una calle santiaguesa hacía meses y aquella bonita flor de azahar, guardiana de la entrada principal del pazo, y tampoco se percató de la desazón de su esposa, absorto como estaba en la inspección ocular del entorno. Abrió el portal, decidido a penetrar cuanto antes en sus nuevos dominios, desechando con una mueca el gemido punzante del portón herrumbroso.

La maleza cubría parte del camino que llevaba hacia la casa, pero pudieron abrirse paso a través de las zonas donde las zarzas no habían podido con la gravilla del suelo. Gruesas cepas, negras y retorcidas, crecían a ambos lados del camino; entrelazaban sus brazos alargados formando una gran muralla hacia lo alto de la colina, donde se divisaba el tejado oscuro de una gran casa con una enorme chimenea almenada.

Ada sabía que aquellas cepas provenían de la región de Aquitania, en Francia, de un pequeño pueblo a las afueras de Libourne. Allí había nacido su padre, don Armando Morán Deville, y hasta allí había llegado don Pío, su bisabuelo, en busca de las mejores variedades de *merlot*, *petit verdot* y *cabernet sauvignon*, que viajaron en barco a través de las agitadas aguas del Atlántico para comenzar una nueva saga de vinos y dar inicio a la bodega Flor de Piedra, en lo más profundo del valle de Lemos.

Pío de Ulloa había conocido al joven Armando por pura casualidad. Se encontraba de visita en la feria medieval de Saint Emilion, muy cerca de Libourne, cuando escuchó los gritos de auxilio de un joven que se había caído dentro de una tina gigante de vino. Sus compañeros se mofaban de él porque no era capaz de levantarse debido a la colosal cogorza que llevaba a cuestas. Pero el señor Ulloa se percató de que el joven se encontraba en apuros y se tiró de cabeza a la tinaja para rescatarlo.

—Me llamo Armand Morán y le debo la vida, señor.

A Pío Ulloa aquel mozo vivaracho que se abrazaba a él con alegría le pareció un joven muy agradable, hablaba un poco de español y se entendieron en seguida. Armand era el único hijo de un comerciante de vinos de Libourne, el señor Ulloa aprovechó los contactos del chico con varios bodegueros de la región para llevarse los mejores especímenes de *merlot* y *cabernet sauvignon*, con el objeto de sustituir las viejas cepas de merenzao que abundaban en sus terrenos. En su tercer viaje a Francia se trajo consigo al impulsivo Armand Morán, que deseaba conocer España, y que ya nunca más regresó a Libourne. Se casó con la bonita nieta de su viejo amigo y se convirtió a partir de entonces en don Armando Morán, señor y mandatario del Pazo de las flores.

Ada acarició una de aquellas cepas y notó su tacto rugoso, cálido, seco. Aquellas cepas habían sido su primer campo de juegos. Se había columpiado multitud de veces en sus brazos, escondido entre sus troncos, dormido a la sombra de su parra durante las horas más calurosas del verano.

Ahora parecían tristes, ahogadas de hierbas y heridas de zarzas. No había frutos entre sus hojas, apenas algún racimo con dos o tres uvas resecas, negras como el ónix y yermas de sabor. Ada reprimió el impulso de arrancar con sus propias manos aquellas espinosas cuerdas que se enroscaban alrededor de los cuerpos leñosos y viejos. Tomó aire y siguió su camino detrás de Néstor, que miraba a su alrededor con disgusto, acongojado por el inmenso trabajo que habría que acometer en aquellos campos.

La casa inmensa surgió ante sus ojos como una bucólica aparición. Una estructura cuadrangular de piedra gris y tejado de pizarra, con una gran escalinata y una poderosa chimenea almenada que le otorgaba aires de realeza. Una especie de enredadera colmada de florecillas violetas cubría parte de la fachada delantera y se enroscaba con gracia en la barandilla de forja del balcón principal.

Las hojas de la planta, de color verde, marrón y anaranjado complementaban aquel impresionante retrato multicolor. Un ejército de mariposas revoloteaba alrededor de las flores y bailaban la música silenciosa de una orquesta atemporal. El silencio lo inundaba todo, la casa parecía estar dormida al amparo de aquella inquietante calma. La llegada de Ada y Néstor provocó la desbandada de un hervidero de gorriones que dormitaban indolentes entre la parra florida, provocándoles un gran sobresalto con su alboroto.

Una risa nerviosa se escapó de la garganta de ella, pero en realidad lo que quería era llorar, llorar a mares, porque la emoción del reencuentro le resultaba tan dolorosa que difícilmente era capaz de soportarlo.

—Es preciosa... preciosa —dijo Ada.

Néstor miró a su mujer circunspecto, esperaba que la casa por dentro estuviese en mejores condiciones, las flores de la fachada apenas ocultaban la suciedad grumosa que cubría la piedra y aquel verdín oscuro parecía querer ahogar el tejado.

Una lágrima descendió solitaria por la mejilla de Ada, no pudo evitarlo. Se la limpió con el reverso de la mano y ascendió despacio las escaleras, hasta la puerta de entrada. Ada sintió como si una corriente eléctrica atravesara su cuerpo cuando la piel de su mano entró en contacto con aquel pomo de bronce que tantas veces había empujado. Estaba cerrada con llave. Se acercaron a las ventanas y miraron a través del cristal, no se veía nada, estaban fuertemente protegidas por robustas contraventanas de madera blanca.

—Habría que echar la puerta abajo, a ver cómo entramos si no... —Néstor parecía disgustado.

—Quizás haya una llave escondida en algún lugar.

A Néstor le pareció bien aquella observación. Su madre también dejaba una llave debajo de la maceta del porche para situaciones de emergencia.

—Vete a dar una vuelta alrededor de la casa, querido, te esperaré aquí, estoy agotada.

Una vez se quedó a solas, Ada se acercó al banco de piedra que se extendía a lo largo de la fachada sur. Había un pequeño patio bordeando un hermoso jardín en el que florecían exactamente ciento dos camelias blancas, tantas como años contaba la hermosa construcción, su madre las había ido plantando cada primavera continuando con una antigua tradición familiar. Ada se prometió que plantaría once camelias más, una por cada año de ausencia. El jardín estaba flanqueado por decenas de naranjos en plena floración. Ada aspiró aquel aroma conocido, el olor que había respirado en los más tiernos años de su infancia, aquel que la había acompañado de día y de noche mientras crecía ajena a la inmensa desgracia que se cernía sobre la familia.

En el centro del jardín se erigía una maraña de hiedras y zarzas que escondían lo que había sido una estructura circular de hierro, una pequeña glorieta donde su madre se sentaba a dibujar aprovechando la luz preciosa de los atardeceres de verano. Ada apartó las hojas secas que había sobre la piedra del banco y se sentó, justo en el centro, allí donde tantas tardes había observado embobada a su madre, absorta en el movimiento de sus pinceles que representaban una y otra vez la misma flor, hasta que lograba el resultado que ella deseaba.

—¿No te aburres de hacer siempre lo mismo?

—No hago siempre lo mismo, Adita, cada vez dibujo mejor. ¿Lo ves? En la constancia se esconde la perfección.

A ella le parecían todos iguales.

Cerró los ojos y se imaginó que era capaz de retroceder en el tiempo, le pareció escuchar las voces de los campesinos que trabajaban la tierra, las risas de Joaquín corriendo entre los naranjos, los gritos de Genara porque el niño se ensuciaba los pantalones con la tierra mojada y la voz calma de su madre quitándole importancia. “Déjelo que se divierta Genara, solo es un niño, ya tendrá tiempo para las lágrimas”. Sí, las lágrimas habían llegado demasiado pronto a sus vidas, llevándose consigo la magia de la infancia.

Ada se inclinó un poco y estiró su mano hacia debajo del banco, palpó con los dedos hasta encontrar un pequeño hueco, entre el sillar de apoyo y la solera de piedra. Recordaba el hueco más grande con sus dedos de niña. El dedo índice tropezó con un objeto frío, metálico, tiró de él con suavidad y extrajo la llave que abría la cerradura del que un día fuera su hogar.

Su madre había escondido allí aquella llave porque la puerta de la casa no se abría desde el exterior, cuestión de eterna disputa entre sus padres y la pobre Genara, el ama de llaves, que debía llevar continuamente un pesado llavero colgado del cuello por si se cerraba la puerta y no quedaba nadie dentro. Su madre decía que a Genara comenzaba a fallarle la memoria, y que cualquier día de esos se iban a quedar todos en la calle porque en ocasiones no se acordaba dónde había dejado el incómodo llavero.

Genara acompañaba a la familia Morán de Ulloa desde hacía una eternidad, ya había criado a su madre, María Eugenia, y después se había ocupado también de cuidar a los niños, Ada y Joaquín. Era pequeña y delgada como una muñeca, arrugada como un higo y severa como una suegra malvada, pero adoraba a los niños, y a pesar de gruñir como un ogro a todas horas del día, les permitía cuantos caprichos se le antojaran.

—¡La he encontrado! —gritó Ada tras inspirar profundamente.

Néstor apareció sudoroso por el otro lado de la casa, sus mejillas estaban perladas de sudor y respiraba con dificultad. Ada le retiró con la mano un mechón de pelo que se le había pegado en la frente y le entregó la pesada llave de hierro.

—¿Dónde estaba?

—Debajo del banco, qué casualidad —expresó ella con falsa inocencia.

Néstor no pareció demasiado sorprendido, al contrario, parecía un niño encantado con su juguete nuevo. Cogió a su esposa de la mano y la llevó hasta la puerta principal, un poco más animado por poder entrar en su nueva casa. La llave encajaba a la perfección en la cerradura herrumbrosa. Bastaron un par de empujones para que la gran puerta se abriera, dejando a la vista el extraordinario vestíbulo de la casa, con sus paredes forradas de madera y una amplia escalinata de mármol que subía a la segunda planta, coronada por un exquisito pasamanos de forja minuciosamente trabajado con motivos florales.

—Vaya, es impresionante.

Ada parecía haberse quedado muda de asombro también, pues ningún sonido escapó de su

boca, tenía una bola de emoción alojada en la garganta. Néstor corrió a abrir las contraventanas para dejar pasar la claridad. La purificadora luz del sol ensombreció aquella sugestiva belleza que les recibió en un principio.

La madera de las paredes estaba podrida por tramos, corroída por la humedad que descendía del techo en siniestros renglones de moho blanco. Había pequeños charcos de agua en el piso, cerca de la escalinata, por donde parecía haber bajado un riachuelo de líquido verdoso que había dejado un rastro de musgo sobre el immaculado mármol de los peldaños. Néstor asomó la cabeza hacia el piso superior y observó dos enormes boquetes que se abrían en el tejado, por los que se podía observar el paso veloz de las nubes que pocas horas antes habían descargado sus vientres de pertinaz lluvia.

—Es una ruina —protestó Néstor enojado.

—No importa —murmuró Ada—, es una casa preciosa, se puede arreglar...

Las palabras quemaban su garganta, se adentró despacio en la casa, buscando en su memoria pequeños recuerdos de la vida que se le había escurrido entre sus rincones. Una muesca en la madera de la entrada provocada por una piedra que le había tirado a Joaquín, una mancha de vino tinto en la escalera de mármol que se derramó sin querer durante una velada de fiesta, un pequeño boquete en la puerta de la biblioteca, producto de una rabieta tonta por no querer tomarse la merienda.

Los jugosos años de su infancia irrumpieron con dolorosa presencia en aquella casa, y de pronto sintió la imperiosa necesidad de subir al piso superior, a su cuarto, al cuarto de Joaquín, a la habitación de sus padres.

—¿Adónde vas?, no se te ocurrirá subir por ahí —Néstor la sujetó por el brazo justo al borde de la escalera.

—Voy arriba..., tengo que ver las habitaciones —Ada se atragantó, tenía que subir, necesitaba subir.

—De ninguna manera, es peligroso.

Ada intentó zafarse, pero Néstor la aferraba con fuerza, temeroso de que se le cayera encima un trozo de aquel tejado deshecho.

—¡Suéltame!, voy a subir.

—¡Ada!

Ella se soltó con un gesto brusco y subió corriendo la escalinata. El corazón golpeaba en su pecho con la fuerza de un tambor, sus pies tropezaron con un pedazo de viga caída, pero logró sostenerse apoyándose en la pared mohosa. Se dirigió al último cuarto del corredor, aquella que tenía la puerta más grande, la habitación de sus padres.

“Papá, mamá”, el grito estalló en silencio en el interior de su cabeza, la habitación estaba vacía y la congoja atenazó su corazón. ¡Qué esperaba!, Ada miró entre lágrimas aquella cama enorme que alguien había cubierto con una sábana, allí donde tantas noches se habían refugiado los cuatro para escuchar un cuento antes de dormir.

—¿Qué haces? ¿Estás loca? ¿Acaso quieres matarte?

Néstor respiraba sofocado a sus espaldas. Se adentró con ella en el cuarto e inspeccionaron los armarios. Estaban vacíos, no había rastro de los preciosos vestidos de la dama ni tampoco de los elegantes trajes del caballero. Ada repasó con los dedos la madera del tocador, allí donde el polvo había dejado la marca de un cepillo de pelo que alguien se había llevado. Recordaba aquel peine, era de marfil, con pequeñas incrustaciones de nácar blanco.

A veces su madre le pedía que le desenredase el pelo antes de acostarse, y Ada deslizaba el cepillo con suavidad sobre la larga melena, una vez, dos, tres, cien veces, después le pedía que se

lo hiciese también a ella. Ada se dejó caer derrotada en la butaca, que gimió bajo su peso con un sonido seco.

—Vas a ensuciarte, por favor, Adelaida, vayamos a ver el resto.

La dejó sola mientras él aprovechaba para abrir el resto de las puertas del piso superior. Ada se dirigió a una en particular, la habitación de su infancia.

Gimió al ver el rosa descolorido del papel donde aún se adivinaban pequeñas estrellas doradas, alguien había colocado su bonita cama de bronce contra la pared, tenía las lamas del somier rotas, heridas como su propio corazón. Las puertas del armario estaban abiertas, las baldas desnudas y los cajones vacíos. Se lo habían llevado todo.

Ada divisó un retal de tela azul que sobresalía por detrás del colchón podrido, arrastró con rabia la cama hasta el suelo y rescató una pequeña muñeca con su vestido de raso y miriñaque de tul. La porcelana de la cara estaba rota por un lateral, le faltaba una mano y el moho había corroído su hermoso cabello dorado, pero Ada la apretó contra su cuerpo con desesperación, tratado de recuperar un instante de aquellos años pasados. Había sido durante la última Navidad cuando aquella muñeca había aparecido como por arte de magia debajo de un árbol gigantesco vestido de luces, con la prisa de su huida hacia Santiago se la había olvidado en la habitación. La apretó con tanta fuerza que notó un hilillo de sangre descendiendo con la suavidad de una caricia por su cuello.

—Te has cortado, Dios Santo, tira esa basura.

Néstor intentó arrebatarle la muñeca, pero ella se revolvió como un resorte. Necesitaba serenarse, su marido estaba sorprendido por aquella actitud extraña, intentó tranquilizarlo con una sonrisa tensa.

—Me la llevaré, se puede arreglar, seguro que Mateo se entretiene con ella. Déjamela por favor, aquí vivió una niña...

Su voz se quebró, no podía continuar, las emociones le nublaban la razón.

—Está bien, llévatela si quieres, es que está rota y sucia.

Néstor pensó que su mujer todavía estaba sensible por el aborto y achacó aquella susceptibilidad al mal parto sufrido en Lalín. La acompañó del brazo hasta la planta de abajo y después se dejó guiar por ella, que parecía haberse recuperado de nuevo.

Ada dirigió sus pasos, lentos y seguros, hacia una puerta de factura oval situada a la izquierda, Néstor la siguió desconsolado, sin dejar de lamentarse por el luctuoso estado de la casa, donde, por descontado, no podrían pernoctar, ni aquella noche, ni hasta dentro de mucho tiempo.

El despacho de su padre estaba vacío, el papel azul de las paredes lucía roñoso y la preciosa mesa de nogal labrado había desaparecido, así como las estanterías y el enorme butacón de piel en el que él dormitaba bajo la ventana. En una esquina se amontonaban gran cantidad de periódicos viejos, fechados en 1912. Ada pateó con furia los papeles y entre aquel revuelo brotó de repente un estallido de color rojo, un pequeño cuadro rectangular que representaba un montón de frutas maduras.

Ada lo recogió con reverencia del suelo y lo observó detenidamente, por delante y por detrás. La tela estaba firmada en el reverso, Néstor miró por encima del hombro de su mujer y repitió en voz alta las letras que el pintor había escrito con trazos temblorosos.

“Para Armand, con amor. Eugenia”.

—Bah, no conozco a ese autor. Tíralo.

Ada cerró los ojos y acercó el pequeño cuadro a su nariz. Aspiró fuerte, tratando de recuperar en su memoria aquel olor a trementina que parecía flotar siempre alrededor de su madre. Ahora comprendía el inmenso valor de aquel cuadro, qué tonta había sido, ni siquiera se le había

ocurrido que ella fuese la autora. Su padre lo había atesorado como la mejor de sus pinturas y ahora sería también su tesoro máspreciado.

Aferró el cuadro y la muñeca con las dos manos y se acercó a la ventana, tratando de recuperar el aplomo. Ojalá pudiera hacer desaparecer a Néstor de un plumazo, deseaba tanto estar a solas en aquella casa, necesitaba purgar sus recuerdos y reencontrarse en paz con su pasado. Pero su marido, aquella molesta presencia, tiraba ya de ella hacia el pasillo.

—¿No dejas esa basura? —ella negó en silencio y apretó un poco más fuerte el cuadro entre sus manos. Néstor se resignó.

Bajaron unas pocas escaleras en penumbra hasta desembocar en algún extraño lugar que parecía excavado en las mismas entrañas de la tierra. Néstor intentó agudizar la vista y tanteó con sus dedos las paredes de piedra, intentando adivinar dónde demonios estaban y por qué olía tan mal.

Si pudiera ver a través de los ojos de la memoria de su esposa podría ver la magnífica estancia abovedada con sus paredes rocosas horadadas en forma de panel de abeja, que un día resguardaron en su seno una colección con las mejores cosechas de vino de la historia.

Un pequeño recinto circular despojado de muebles, engalanado en su pared frontal con un precioso mosaico de teselas de mármol llegado de Italia que representaban a la pequeña Adelaida Morán de Ulloa disfrutando de la fiesta de la vendimia junto a su padre adorado. Y una pequeña urna de cristal que custodiaba dos copas de plata, donde ella había aprendido a escanciar las primeras gotas del vino que cada año iniciaban la cosecha, honor que don Armando le había consentido desde que la niña pudo sostener sobre sus manos el fabuloso cáliz argentado.

Aquella era la sala de catas, el espacio que su padre había diseñado solo para ella, el útero de la propiedad que le habían arrebatado y en el que ahora solamente se gestaban los nidos de las numerosas ratas que se habían adueñado de aquel soberbio lugar.

Capítulo 25

—¿Y cómo es la casa? ¿Es bonita?, Violeta quiere saber, vamos, contádselo todo.

—Violeta, haz el favor de ir a darle el biberón al gitano, a ver si te callas de una vez.

Aquella noche, durante la cena, Néstor sacó a relucir todo su mal humor, preocupado por las obras que habría que hacer en aquella casa inmensa y el poco dinero que a esas alturas les quedaba.

—No le llames así, se llama Mateo, y mientras no encontremos a sus padres nosotros somos su única familia, Néstor —Ada también estaba ceñuda, por la tarde había tenido la primera discusión con su marido, no quería marcharse de la casa, ¡de su casa!, y Néstor había tenido que traerla de vuelta casi a rastras, hasta hacerle comprender que allí no se podía vivir.

Ella lo sabía, el pazo estaba hecho una ruina, pero una obcecación infantil le nublabla el entendimiento y un sentimiento muy poderoso tiraba de ella hacia el que había sido su hogar.

—Y te he dicho que te pongas enfrente de mí mientras cenamos, quiero verte la cara, no quiero ver el perfil de tu nariz.

Ella suspiró, definitivamente su marido estaba insoportable, le indicó a Violeta que se marchara con el pequeño y se sentó donde él quería.

—¿Te parece bien así? —le dijo con una mueca de fastidio.

Ada preguntó con discreción a Dorita si conocía a la familia que habitaba en el pazo mientras servía la cena.

—No sé, no les conocía demasiado, ya saben, unos señoritos, no se mezclaban con el pueblo.

—Pero ¿habló con ellos alguna vez? ¿Sabe lo que les ocurrió?

—Nadie lo sabe a ciencia cierta, desaparecieron, sin más...

—Déjalo ya, Ada, qué más da lo que les haya sucedido, a mí no me importa —Néstor impidió que la conversación avanzara hacia donde ella deseaba.

“¡A mí sí!”, gritó Ada en su interior. Pero lo dejó, podría preguntar más adelante.

En los días que siguieron el humor agrio de Néstor fue empeorando. Le parecía sentir las miradas compasivas de los demás clientes de El Gallo Cojo sobre ellos, mofándose de que hubiera adquirido aquella ruina, y se sentaba siempre en la mesa más alejada del comedor para no tener que saludar a los demás comensales.

La casera se esforzaba por prepararle sabrosas y nutritivas comidas, regadas por los mejores vinos de la casa, pero el hombre parecía sumido en un profundo desconsuelo. Ada se esforzaba en cambio en ser positiva a pesar de que no había encontrado ocasión para volver a preguntar lo que deseaba saber, solo quería recuperar cuanto antes el esplendor perdido de su antiguo hogar y buscaba el momento de escabullirse para ir al encuentro del notario que un día ejerció de testaferro. A pesar del hastío que le provocaba el comportamiento melancólico de su marido, intentaba engatusarlo en la cama de la forma en que tan solo ella sabía hacer, y procuraba convencerlo de que su situación no era tan grave, solo necesitaban un poco de esfuerzo y una pequeña dosis de ilusión.

Le pedía que confiara en ella, en su recién estrenado amor, ejercía de madre, amiga y esposa con aquel niño grande y caprichoso, temiendo que fuera a arrepentirse tan pronto de haberla llevado hasta Monforte y quisiera regresar a Portugal a casa de sus padres. Eso no era parte del plan, así que tendría que buscar pronto una solución.

La ocasión de ir al encuentro del notario surgió de una madrugada resacosa. Ada y Violeta se

estaban arreglando para el desayuno cuando el rugido de Néstor exigiendo que se cerrasen las cortinas las sorprendió a medio vestir.

—No quiero escuchar más a ese niño, ¡largo de aquí!

Ada indicó a la joven que saliera con el bebé mientras ella terminaba de acicalarse en completo silencio. Pensó que aquella podría ser la mañana oportuna, inspiró profundamente, alisó con sus manos el vestido beis que no se había sacado desde el día de la boda y se aseguró de que la carta con la dirección del notario siguiese oculta entre sus pechos, de donde solo había salido para cumplir con sus obligaciones maritales.

Salió del cuarto con tiento y cerró la puerta despacio, temiendo que su marido cambiase de opinión y exigiera su ayuda para levantarse. Una vez en el pasillo respiró tranquila y bajó apresurada la escalera, sorteando las macetas a su paso.

—Dorita, ¿sabe de alguna modista que me pueda confeccionar un par de vestidos? Ya sabe usted que fuimos asaltados por los ladrones, nos hemos quedado sin nada... —Ada la miró con un mohín de afectación, era una buena excusa para salir a la calle.

—Claro, a la vuelta de la esquina tiene su taller la señorita Gabriela, es una magnífica costurera.

—Entonces pasaré a verla esta misma mañana, no puedo continuar con la misma ropa por más tiempo.

—Ahora mismo aviso a Violeta para que le acompañe, la dejé hace unos minutos bañando al bebé en la pila de la cocina —la dueña sonrió con ternura ante la mención de Mateo.

—Oh, no, no hace falta, daré un pequeño paseo.

—¿Saldrá usted sola? —se escandalizó Dorita.

—No se preocupe, volveré antes de que mi marido despierte; me gustaría darle una sorpresa, temo que se aburra de verme siempre con este vestido tan soso...

Ada salió a la calle sin esperar respuesta; el fresco de la mañana golpeó su rostro con un soplo de vida, cerró los ojos y se dejó llevar durante unos segundos por aquella increíble sensación de libertad. Sonrió para sus adentros al comprobar que los viandantes la saludaban con respeto, con una ligera inclinación de cabeza, ya no habría más miradas de reproche que le hicieran sentir sucia y miserable. Ahora era la señora Oliveira, una mujer casada, una mujer decente.

Preguntó a un limpiabotas si sabía del despacho del notario Leonardo Mendoza, en la avenida de los Olivares, y comprobó con satisfacción que se encontraba a unas pocas manzanas de la pensión, en la misma orilla del río.

Ada observó las letras doradas y elegantes que señalaban el local. La puerta estaba cerrada, una puerta de unos tres metros de alto, profusamente ornamentada y pintada en color blanco, que destacaba majestuosa en la fachada de piedra de un edificio antiguo. Tomó aire y llamó con decisión. Aguardó unos minutos, devolviendo las miradas circunstanciales que le dedicaban algunos paseantes, un poco incómoda con la espera.

Llamó un poco más fuerte, angustiada por no obtener respuesta. ¿Todo su periplo acabaría sin más ante una inmensa puerta cerrada? Casi se desmaya de alivio al escuchar el movimiento de una llave en la cerradura, alguien había acudido por fin a su llamada. El rostro cansado de un hombre joven y mal afeitado asomó apenas por la rendija de la puerta. Tenía la piel morena, y su cabello negro y despeinado caía en mechones desiguales por la frente.

—¿Qué quiere?

Ada se sorprendió por la presencia de aquel individuo desastrado que no tenía para nada pinta de ser el notario. Irguió su postura y trató de aparentar una tranquilidad que no sentía.

—Pregunto por don Leonardo Mendoza.

—Soy yo, y no la conozco. Por favor, váyase.

Ada frenó con su zapato la puerta, que ya comenzaba a cerrarse. No estaba dispuesta a desistir de su propósito.

—No lo entiende, creo que hay un error. Usted me envió una carta, la tengo aquí mismo, don Leonardo Mendoza Umbría, notario.

Ada sacó sin disimulo el sobre de su escote ante la mirada de estupor del hombre.

—Oh, claro, se refiere entonces a mi padre —le dijo con una sonrisa. Sus ojos negros se clavaron en el busto de Ada, sorprendido por aquel insospechado escondite.

—¡Sí! —exclamó aliviada—, eso es, quiero verle, por favor, a su padre, es importante.

—No puede ser...

—¡Pero debo hablar con él! —le interrumpió ella un poco alterada—, no puedo esperar.

Leo Mendoza suspiró con resignación y abrió un poco más la puerta. Le sorprendió el tono grave de la voz de la mujer, que no casaba con aquel rostro tan dulce, se preguntó si estaría acatarrada. Ada observó sus ropas arrugadas, la camisa oscura que sobresalía del pantalón y los pies descalzos. ¡Sin calcetines!

—No puede hablar usted con mi padre —dijo el hombre con voz quebrada—, porque ha fallecido. De un infarto. Hace casi un mes.

Ada se apoyó sobre la jamba de la puerta y sintió sus piernas derretirse sobre la acera. Sus mejillas adquirieron un color ceniciento y la boca se abrió en un lamento silencioso. Notó la presión de una mano fuerte que le sujetaba por la cintura y la llevaba prácticamente en volandas hasta un elegante sofá, en el interior del edificio. El hombre la miraba angustiado, golpeaba con suavidad su rostro macilento y la llamó un par de veces, esperando una respuesta que no llegaba.

—Señora, no se preocupe, llamaré a un médico en seguida.

Ada se recuperó en pocos minutos. Levantó su mano para hacerle saber que ya se encontraba mejor.

—Discúlpeme, no hace falta que avise a nadie. Yo... solo quería... hablar con su padre.

Los brillantes ojos negros de Leo se ensombrecieron de nuevo.

—Su fallecimiento ha sido muy repentino, regresaba del registro municipal de hacer unas gestiones y ya ve... ¿Se conocían ustedes acaso? —estaba un poco sorprendido por la reacción exagerada de aquella dama ante la muerte de su padre.

—No, pero mi vida entera depende de unas respuestas que ya no podré obtener. Don Leonardo era el testaferro de mi familia.

—Lo siento de veras. Si me indica sus datos le haré llegar todo lo que encuentre a su nombre, estoy haciendo limpieza en el despacho.

Leo señaló con un gesto la habitación que tenían enfrente. La puerta estaba entreabierta, se oía el suave crepitar del fuego de la chimenea, donde agonizaban pequeñas montañitas de papel, albaranes, documentos inservibles que solo ocupaban un montón de espacio en la atestada habitación.

Ada se sobresaltó. No sabía si podía confiar en él, la promesa que le hiciera a su madre pesaba como una losa sobre su conciencia. “Olvida el apellido Morán de Ulloa, no vuelvas a pronunciarlo jamás”. Pero el notario debía de haber guardado su legado en algún archivo a la espera de que ella o Joaquín acudieran a su despacho. Si callaba, perdería la única oportunidad de recuperar lo que durante tanto tiempo había esperado, aquel hombre acabaría deshaciéndose de los papeles de su padre sin un lugar determinado adonde poder enviarlos.

—Morán de Ulloa —dijo con voz solemne—. Me llamo Adelaida Morán de Ulloa, ahora señora Oliveira.

Los ojos oscuros de Leo se abrieron como dos pozos profundos, hacía muchos años que no escuchaba aquel nombre, no solía hablar con su padre de asuntos relacionados con el trabajo y aquel caso en concreto estaba particularmente vetado.

Leo había conocido a Adelaida de niña, aunque dudaba que ella lo recordara. No habían cruzado ni una sola palabra en aquella única ocasión. Había acompañado a su padre al Pazo de las flores para recoger unos documentos. Esa casa enorme cubierta de hiedras y flores le había impresionado, era como un castillo de cuento, un hermoso y florido palacio rodeado de fructíferos viñedos. Caminaba absorto por el largo paseo de vides, extasiado ante la grandiosidad de las cepas, viejas y enrolladas, que entrelazaban sus dedos retorcidos en un inmenso y único abrazo.

Divisó a una niña que se columpiaba sobre uno de aquellos brazos, grueso y enroscado. Llevaba un vestido de lino oscuro, semejante al color de la cepa, y el cabello oscuro que se enredaba entre los tallos leñosos. Parecía formar parte de la propia viña, se balanceaba y canturreaba feliz mientras degustaba uno a uno los brillantes frutos que extraía con infinitiva delicadeza de la planta.

Se habían mirado una sola vez, su sonrisa plena se reflejaba en aquellos ojos dorados color de miel. La niña le ofreció una uva que ya había chupado y Leo la aceptó sin reparo. Era dulce y sabrosa, fresca y jugosa. No tuvieron tiempo de hablarse, el coche de su padre descendía apresurado por el camino de grava, se detuvo a su lado insistiendo en que subiese con rapidez y salieron a toda prisa. No había vuelto a verla desde entonces. No había vuelto a saber nada de ella ni de su familia, aparte de lo que se comadreaba acerca del padre, huido de la justicia a causa de un desgraciado accidente en el que había perdido la vida un niño de su hacienda.

Leo buscó el brillo de aquellos ojos dorados que todavía recordaba con claridad en los ojos cansados de la mujer, reconoció el extraño color miel alrededor de sus pupilas, pero la chispa de vitalidad que iluminaba el rostro de aquella niña se había transformado en un siniestro relámpago de determinación y desafío. El gesto adusto de su boca y la firme expresión de su entrecejo hablaban de una mujer avezada, dura e implacable, lejos de la dama vulnerable que se había desvanecido hacía escasos minutos entre sus brazos.

—No me busque, yo vendré a su despacho cada tarde a la misma hora, debe usted devolverme lo que me pertenece en cuanto lo encuentre.

Leo la miró de nuevo con otros ojos. Adita Morán de Ulloa se había convertido en una mujer muy hermosa, la luz que entraba por la rendija de la puerta iluminaba su cabello con un brillo espectacular, los labios entreabiertos de la mujer, húmedos por su saliva, los ojos a medio cerrar, y aquel pecho generoso apenas cubierto por las puntas de un pañuelo de seda amarilla anudado al cuello, le otorgaban el aspecto de una *madonna*. Pensó que aquella imagen haría un bonito retrato.

—Señora Morán de Ulloa ... —quería decirle muchas cosas, ofrecerle sus condolencias por el fallecimiento de los padres, por la pérdida de sus propiedades, por todas las cosas que durante años había escuchado acerca de lo ocurrido en su palacio florido hacía más de una década.

—Llámeme señora Oliveira, nadie sabe que he regresado a Monforte, y nadie debe saberlo por ahora. Le ruego la mayor discreción en este asunto. Volveré en cuanto pueda.

Ada se dispuso a salir, recuperada por completo de aquel ínfimo momento de debilidad.

—Por cierto —en los ojos de la mujer resplandeció por un instante una pequeña chispa de solidaridad—, siento lo de su padre, señor Mendoza. Ellos no debieran faltarnos nunca...

Capítulo 26

Leo llegó temprano al despacho de su padre a la mañana siguiente y se dejó caer agotado en el sillón de cuero, frente a la chimenea. Había pasado una mala noche, el rostro de Ada le había perseguido en sueños y el recuerdo de su padre no le había dejado descansar.

El despacho era un espacio amplio con las paredes recubiertas de maderas nobles, lo que le otorgaba una calidez extraordinaria. El mobiliario lo completaban unas pocas estanterías fijadas a la pared, una mesa enorme de caoba, una silla con el respaldo alto de cuero repujado y aquel sillón antiguo, que todavía guardaba en su asiento la forma del cuerpo de su padre y las marcas de sus brazos en los apoyaderos.

Leo pasó los dedos por el cuero gastado, allí donde habían descansado las manos del notario tantas veces, y levantó la vista hacia la fotografía que reinaba en la pared frontal, una imagen de don Leonardo de perfil, con una sonrisa infantil en los labios. Se la había tomado él mismo, sentado en el sofá donde ahora se encontraba. Acababa de confesarle su decisión de no continuar con la carrera de abogado, en la que llevaba atascado más de seis años. Él quería ser fotógrafo.

Desde que era niño Leo sentía una especie de fascinación por los pequeños detalles de la vida cotidiana. Llevaba siempre en su bolsillo un cuaderno donde intentaba plasmar sin éxito todo aquello que le llamaba la atención: una mariposa suspendida sobre una flor, la expresión de su padre concentrado en sus papeles, la postura imposible de un pájaro en pleno vuelo..., pero su lápiz no lograba transmitir aquellos detalles especiales que hacían del momento algo único.

Un día, durante una visita al Museo de Arte, había descubierto una exposición de fotografía que retrataba paso a paso la vida en un circo. Leo se había sobrecogido con la imagen del vuelo congelado de un artista en plena actuación, se había enternecido con la foto de una cría de elefante que caminaba con su trompa enredada en la cola de su mamá y se había emocionado con las lágrimas de un payaso enorme y triste.

Pensó que eso era lo que necesitaba, una cámara para poder captar en un segundo todas aquellas cosas que era incapaz de plasmar sobre el papel, el brillo especial de la luz del atardecer o la emoción inmensa de un rostro acongojado. Le rogó a su padre que le comprase una cámara, se pasó un verano entero ordenando los expedientes de la notaría mientras sus amigos disfrutaban del sol en la playa, acompañó a su padre en todos los viajes que le requirió e incluso trabajó un par de semanas con el panadero del pueblo para poder reunir una pequeña parte del precio de tan deseado objeto.

Y lo consiguió, una preciosa Leica, pequeña y manejable, dentro de un estuche de cuero con una cinta para colgar. El retrato de su padre había sido su primera fotografía. Después ya no hubo manera de detener aquella especie de ansiedad loca. Abandonó sus aburridos estudios de abogado y se dedicó a fotografiar todo lo que llamaba su atención. El editor de una revista se fijó en su obra durante una exposición en el ayuntamiento y le ofreció su primer trabajo, a su padre le pareció bien que su hijo dedicase su vida a algo que le hacía tan feliz y ya no volvió a recordarle la suprema importancia de vestir una toga.

Y Leo había sido muy feliz, inmensamente feliz en la vida; había superado el fallecimiento de su madre cuando era muy pequeño, se había refugiado en el inmenso amor que su abuelo y su padre le habían otorgado, cumplido todos sus caprichos, viajado por gran parte del mundo en busca de lugares exóticos que fotografiar, vivido un amor extraordinario al lado de una mujer que había abandonado este mundo de la forma más cobarde, y finalmente, había regresado a ese

insólito vacío en el que ahora se encontraba.

Los últimos meses habían transcurrido en una apatía nebulosa, el fallecimiento de su padre le había sorprendido durante su estancia en la India, de donde había regresado sumido en un extraño trance. No se esperaba tener que renunciar tan pronto a la camaradería que habían compartido durante aquellos años, no le había dicho nunca lo mucho que le quería, lo mucho que le necesitaba, lo solo que ahora se sentía.

Leo paseó su mirada por la montaña de papeles que le aguardan y emitió un sonoro suspiro. La visita de Ada le había trastornado, apenas recordaba a la familia Morán de Ulloa, quizás su abuelo podría darle un poco más de información. Decidió regresar a casa y dejar para otro día la ingrata tarea de clasificar todos aquellos documentos.

Se aseguró de cerrar bien la puerta de la notaría, metió las llaves en el bolsillo y caminó pausadamente hasta el final de la calle. Se levantó una brisa ligera que trajo consigo un molesto olor a fango, Leo arrugó la nariz y pensó que no estaría de más pasar por el ayuntamiento para recordarle al alcalde la necesidad de dragar el río.

Llegó a casa sobre las once, el alcalde le había hecho esperar, como siempre, aunque la visita al ayuntamiento resultó bastante reveladora. En el despacho del mandatario lucía una foto de don Pío Ulloa posando orgulloso al lado de su avioneta junto a su esposa y su nieta María Eugenia. Leo buscó en los rostros de la familia Ulloa los rasgos de Ada y constató que la joven tenía los mismos ojos que su madre, se parecía mucho a aquella niña pizpireta que sujetaba con fuerza las manos de sus abuelos.

Charló durante un rato con el alcalde, que ya estaba al tanto de la presencia de los Oliveira en Monforte, el regidor le contó que aquellos documentos que su padre había llevado al registro municipal la mañana de su fallecimiento eran precisamente las escrituras de propiedad del pazo.

Leo salió del ayuntamiento y se dirigió a paso lento hacia su domicilio. La casa estaba vacía, su abuelo debía haber salido a dar su paseo mañanero y Leo se resignó a esperar una o dos horas su regreso. Su bolso de viaje todavía estaba encima de la mesita del salón, un espacio amplio y lleno de luz que albergaba la completa biblioteca de su padre. La casa era sencilla y elegante, todo decorado en tonos azules y grises, una casa de hombres, ahora ya solo quedaban dos.

Leo no había tenido tiempo ni ganas para deshacer su equipaje. La muerte de su padre había ocupado todas sus horas en las últimas semanas, se había pasado días enteros en su despacho de la notaría, sentado en el sillón y mirando al vacío, intentando comprender por qué se había ido tan pronto de su vida, y después había ido llenando su tiempo recogiendo sus cosas, le parecía así sentirlo más cerca.

Leo se acercó a su bolso de viaje, pasó sus dedos por el cuero gastado y abrió la cremallera despacio. Sus ojos tropezaron con la funda de su Leica y el corazón le dio un vuelco. No había vuelto a tocarla desde entonces, pero ahora sintió la necesidad de tenerla entre sus manos, notar el tacto suave de la madera y el escuchar el tranquilizador sonido de su obturador al disparar.

Enfocó el sofá vacío, justo al lado de la chimenea, donde su padre leía cada mañana el periódico y apretó el botón. Click. Click. El carrito estaba lleno, Leo dio un respingo, todavía no había revelado las fotos de la India, de sus últimos días al lado de Induma. Bajó al sótano, a su pequeño cuarto oscuro, y tiró de la cadenita que encendía la luz. La bombilla roja parpadeó y tardó unos segundos en encender. Todo estaba limpio y recogido.

Leo cerró la puerta, preparó el tanque de revelado, apagó la luz y sacó con cuidado el rollo de la cámara, después lo introdujo en el tanque y se aseguró de que quedaba bien cerrado. Añadió los productos necesarios y agitó bien la mezcla. Media hora más tarde, el positivado de las fotos golpeó con fuerza su mente con una sucesión de crueles recuerdos, instantes de una vida que ya no

le pertenecía.

Las imágenes que iban surgiendo en el papel baritado dentro de la bandeja de lavado le mostraban a Induma sonriendo, Induma tocando, Induma sentada en el alféizar de la ventana tomando una taza de té. Leo se sentó derrotado en la única banqueta del pequeño cuarto, escondió la cabeza entre las manos y sus ojos lloraron aquel huracán de dolor que se desató en su pecho al reencontrarse con la que había sido la mujer de su vida.

La noticia de la muerte de su padre le había llegado a traición, cuando aún no había podido recuperarse del suicidio de su querida Induma Kamna, la única mujer que había logrado llevarle al delirio más absoluto y le había dejado enfermo de amor.

Induma tenía apenas veinte años y era una joven promesa de la música clásica. Se habían conocido durante una sesión de fotos en Nueva York, trece meses antes, después de un concierto en el que ella había interpretado magistralmente la *Suite I* para violonchelo de Bach. Primero le había llegado su música, mientras aguardaba detrás de la puerta del magnífico salón de conciertos a que los intérpretes terminasen su trabajo para hacer un reportaje de su revista. Se sorprendió con los acordes enérgicos que desgranaba el violonchelo, con la elegancia dinámica de aquellas notas que le trajeron a su recuerdo las montañas verdes de Monforte y la corriente infinita del río Cabe.

Echó un rápido vistazo al interior de la sala y descubrió la belleza sublime y etérea de la intérprete de aquella música hipnótica. Una muchacha menuda sentada en una silla de madera en medio de un escenario desnudo, apenas iluminado con una foto de luz brillante que salía del techo, con una larga cabellera negro azulada que descendía como una catarata alrededor de su cuerpo hasta llegar a la punta misma de sus pies, descalzos y morenos, que asomaban tras los bajos de un vestido de seda negro de ribetes dorados.

Ella tenía los ojos cerrados, la cabeza apoyada en el cuerpo del violonchelo y el cuerpo rendido por completo a la vibración de la música. De pronto abrió los ojos, inusualmente grandes, negros y tristes, y sus miradas se quedaron prendidas en un entendimiento mutuo más allá del tiempo y el espacio.

La música de Induma le atravesó el corazón y en ese mismo instante supo que ya no querría estar en ningún otro lugar donde no estuviera ella. Se cruzaron apenas unas pocas palabras y unas semanas después Leo la había seguido sin pensarlo hasta la ciudad de Nueva Delhi.

Se instalaron en un pequeño apartamento, justo frente al bello palacio Rashtrapati Bhavan, y allí había transcurrido el año más feliz de su vida, a pesar de que Induma no le había entregado más que una milésima parte de su corazón. Induma poseía una belleza trágica, arrastraba consigo un doloroso pasado, un grave desarraigo familiar y una inevitable soledad, que milagrosamente había querido compartir con él.

Induma dejó que él se fuera colando en su vida poco a poco, no dijo nada cuando él ocupó con su ropa los armarios y tampoco cuando se metió a media noche en su cama. Se dejó abrazar, se dejó querer, se dejó mimar por aquel hombre enamorado, pero apenas sí hablaba de sí misma, lo justo para dejarle bien claro que él estaba en su vida de paso, que jamás podría amarle igual que lo hacía él.

Leo podía pasarse horas escuchando su música, le fascinaba la abstracción de la mujer cuando se aferraba su violonchelo, la transformación de la expresión de su rostro, el abandono de su cuerpo al ritmo de la música. Era como si en el interior de Induma habitaran dos mujeres distintas, Melpomene y Thalía, con sus máscaras de comedia griega.

Leo no se cansaba de fotografiarla en cualquier instante para después poder admirar con detalle esos cambios sutiles entre la alegría y la tragedia que definían su vida. Sabía que ella era una mujer complicada, pero jamás se imaginó el brutal desenlace de su historia ni el inmenso

vacío que dejó con su marcha.

Leo quiso sorprenderla en el día de su veintavo cumpleaños. Induma llevaba unas semanas apática, pues había sufrido una lesión en su brazo derecho a causa de una caída tonta mientras subía la escalera, los médicos le habían dicho que durante una larga temporada no podría tocar su chelo, temían incluso que sus tendones rotos no se pudieran recuperar tanto como para poder continuar con su carrera musical.

Leo preparó una romántica cena a la luz de las velas en la azotea del edificio, desde donde podían observar la inmensa belleza de aquella maravillosa ciudad, tan solo comparable con la sutil hermosura de la propia Induma. Reinaba en el cielo una luna llena, plana y luminosa, que bañaba con su luz azul la silueta caprichosa de los tejados de Nueva Delhi. La propia Induma le había dicho que su nombre significaba “luna” en indio, y aquella noche su homónima parecía querer rendirle pleitesía en el día de su aniversario.

Leo había preparado un rosario de luces coloridas alrededor de la terraza y dispuesto una elegante mesa en el centro, salpicada por todos los platos que ella adoraba: samosas Punjabi, arroz basmati de colores, brochetas de pollo al curry, *nam* con soja y de postre *crumble* con fresas y cornetes de hojaldre rellenos.

Induma estaba preciosa con su sari de color melocotón, el pelo suelto, los brazos colmados de pulseras tintineantes y los pies desnudos, decorados con infinidad de motivos geométricos pintados con *henna*.

Cenaron con los ruidos de Nueva Delhi como música de fondo, tomaron vino y se abrazaron, bailando sin sonido bajo los destellos plateados del universo. Aquella noche Induma estaba especialmente melancólica, y Leo achacó su languidez al peso que un año más aportaba en su línea de la vida.

—¿Qué te ocurre, preciosa? —le dijo al oído.

—La música del chelo suena en el interior de mi cabeza. Puedo ver las partituras tan claras como los rayos de esta luna grandiosa, la música lucha y empuja por salir, pero mis manos no pueden ayudarla. ¿Y si no puedo volver a tocar, Leo?

—Claro que sí, en cuanto te recuperes.

—Eso quizás no ocurra nunca. Mi brazo está rígido y sin vida, no puedo ni sostener el arco.

Leo trató de animarla, le mostró el álbum de fotografías que había hecho para ella, estaba tan hermosa... Induma miró las fotos con poco interés, tocó con la yema de su dedo índice una imagen donde aparecía con el violonchelo en aquella misma terraza, con las luces de la ciudad de fondo. Parecía una diosa en medio de su séquito de estrellas. Los dedos de Induma bailaron solos al ritmo de una música que solo escuchaba ella, se levantó y se llevó las manos a las sienes. Cerró los ojos con un gesto de dolor, y gritó.

—¿Qué te pasa? ¡Induma!

—Creo que me va a estallar la cabeza, si mis manos no pueden sacar de aquí la música se me romperá en mil pedazos, perdóname, Leo...

Induma se alejó un poco, le dedicó una sonrisa amarga y saltó sin más la barandilla de la azotea para introducirse de lleno en la oscuridad de aquella noche hermosa. Leo no alcanzó ni a moverse de su sitio, incapaz de creerse lo que ella acababa de hacer.

Después corrió hacia la barandilla y miró hacia abajo para descubrir el cuerpo de la joven aplastado contra el suelo en una postura imposible. Y entonces lloró tormentas, hasta que no quedó en sus ojos ni una sola lágrima que derramar.

Su amor infinito no había logrado desplazar el dolor con el que Induma había cargado desde niña, el trauma de haber sido vendida por sus padres a un famoso director de orquesta a los tres

años, violada por su amo a los siete, por sus hermanastros a los doce y por dos de sus tíos a los quince.

Leo se culpaba de no haber sabido rescatarla de su amargura, de no haber logrado derretir aquel muro de hielo que ella se había levantado a su alrededor. No sabía que solo la música lograba despertarla a medias de su doloroso letargo y que ahora que ya no podía tocar su instrumento más amado, su vida había dejado de tener sentido.

Su regreso desde Nueva Delhi había supuesto un contraste demasiado fuerte para sus emociones, el ruido de la ciudad india, los vibrantes colores que inundaban sus calles, el caleidoscopio de olores que habían dejado de formar parte de su rutina discordaban de aquella inmensa soledad, lúgubre y sofocante, que se encontró al llegar a Monforte: una casa silenciosa, un anciano mustio, una despedida desoladora.

Esa era su vida cuando Ada penetró con firmeza en sus días más amargos. Le pareció una mujer bella, muy distinta de aquella otra sublime y delicada Induma Kamna, pero sí enérgicamente hermosa. La vulnerabilidad de la mujer que se había derrumbado entre sus brazos lo sorprendió sobremanera y le pareció que algo se despertaba de forma súbita en su interior.

Por primera vez en mucho tiempo sintió deseos de coger su cámara e inmortalizar aquel fuego que Ada llevaba en la mirada, sus ojos llenos de vida, de feroz determinación. No había vuelto a tocar su cámara desde el fallecimiento de Induma, no había vuelto a sentir esa necesidad hasta el momento en que se cruzó con ella.

SÉPTIMA PARTE

EL RESURGIR DE LA VIDA

Capítulo 27

Las semanas fueron pasando y la zozobra en la que se ahogaba Ada desde su regreso a Monforte se fue diluyendo poco a poco en la rutina diaria, a la espera de las noticias de Leo. Acudía al despacho del antiguo notario cada dos o tres días aprovechando los paseos de Violeta y Mateo por el parque, pero las ansiadas nuevas no llegaban. No había rastro de los documentos de su familia.

Néstor se iba asfixiando poco a poco en su propia ignominia, el dinero no alcanzaba ya para caprichos y distensiones, pronto tendrían que abandonar la pensión de Dorita y no tenían lugar alguno en el que cobijarse. El alcohol era su compañero habitual y a menudo se dejaba acunar entre la bruma de su magnanimidad; en ocasiones le asaltaban pequeños instantes de lucidez en los que se preguntaba cómo demonios había caído tan bajo y se arrepentía de haber cedido ante sus impulsos más viles.

Los episodios de borrachera y posterior fustigamiento se sucedían a diario, él solo había querido casarse con la mujer que amaba, no con un tropel de perros, niños y putas que agotaban su faltriquera a un ritmo desaforado. Bien es cierto que la niña trabajaba en la pensión para procurarse el sustento, pero aquel no era el tipo de vida que había imaginado pocos meses atrás, cuando se había enfrentado a su padre a cuenta del desafortunado casamiento.

¿Y si regresaban a casa, a Oporto? Si suplicaba el perdón de sus padres quizás no podrían negarse a darles cobijo, ¿iban a permitir acaso que su hijo se muriese de hambre? Tendría que compensarlos con infinidad de misas diarias, quizás si convencía antes a don Mateo este podría intervenir a su favor y entonces volvería a vivir una vida de despreocupaciones. Pero Violeta y el gitano tendrían que desaparecer, sus padres jamás aceptarían que se presentara con aquella recua de desarrapados, y a ver cómo se las arreglaba para que dejaran entrar a su esposa en casa.

Néstor se desesperaba pensando todas estas cosas, aunque temía la reacción de Ada. ¿Estaría ella dispuesta a renunciar a Violeta? No estaba muy seguro. Tendría que ir tanteándola.

Su esposa, en cambio, parecía sumamente satisfecha con su nueva vida, había vuelto a sonreír, incluso el recuerdo del aborto parecía haberla abandonado por completo. Néstor se concienciaba en que debería acompañarla cada tarde en aquellos beneficiosos paseos que daba junto con Violeta y el niño, debería ir sacando el tema del regreso a casa poco a poco, pero era tal la modorra que le entraba después del ágape que degustaban a mediodía, que prefería acomodarse en el sillón que Dorita le preparaba en el rincón más soleado del salón, con una botella de orujo y un par de olorosos puros canarios. ¡Una delicia!

Ada dejaba a Violeta en el parque atareada con la merienda de Mateo para alejarse un poco e ir al despacho del notario con el pretexto de ejercitar a los cachorros, que cada vez se volvían más y más gruesos.

Aquella tarde se sentía más animosa que nunca. Había decidido empeñar el reloj de Viviana, aquel Tissot inseparable que seguro le reportaría un pequeño respiro a su maltrecha economía. Pensó en pasarse después por el despacho de don Leonardo, quizás su hijo había dado por fin con los legajos del padre.

—Violeta, regresa tú a la pensión, no es necesario que me esperes. Hoy caminaré un poco más lejos con los perros, puede que incluso me acerque hasta el río para bañarlos.

—No sé si le parecerá bien al señorito Néstor que Violeta regrese sin ti, sería mejor que te acompañarse.

—Néstor ni cuenta se da cuando llego, te vas a la pensión cuando termines y ayudas a Dorita con la cena. No te estoy pidiendo permiso, Violeta, haz lo que te mando.

Ada y Leo habían ido intimando poco a poco en sus respectivas trayectorias personales; así, Ada se enteró de que el pobre hombre había perdido a su padre y a su prometida durante aquel mismo año, que era fotógrafo de profesión y que vivía con su abuelo octogenario en una bonita casa a las afueras de la ciudad.

Ella apenas esbozó unas cuantas pinceladas de su propia historia, le habló de Viviana y Abelardo, que les habían acogido en su casa tras haber sido abandonados por su madre en el parque, aunque evitó especificar la profesión de sus padres adoptivos, así como el oficio del que ella había vivido desde que era apenas una niña. Le habló del asesinato de la madre y de lo extraña que había sido la muerte de su padre. Así, ambos se compadecieron de sus propias miserias y de lo mucho que habían sufrido en la vida.

Leo estaba esperándola con impaciencia aquella tarde, ella le vio entrar y salir varias veces, con paso apurado, y cuando sus miradas se encontraron en la distancia, la sonrisa del hombre se iluminó y salió a su encuentro con celeridad.

—¡He encontrado algo! Vamos, date prisa.

Ada se contagió de su entusiasmo y entró en el despacho con el corazón agitado, seguida por los dos cachorros. Ese día había más desorden que nunca, el suelo estaba atiborrado de papeles amarillentos, no así los estantes y librerías, que mostraban su madera completamente desnuda. Leo le entregó una caja de cartón humedecido.

—Estaba detrás de aquel armario, dentro de un cajón oculto, abrí la caja y encontré todos estos documentos referidos a tu padre y a tu familia. Morán de Ulloa, aquí lo tienes, ¡es tuyo!

Parecía un niño emocionado, Ada se fijó en su pelo revuelto, en los ojos vidriosos, en su camisa azul de lienzo y en la barba recién afeitada. Leo acariciaba con fruición al cachorro más pequeño, de un intenso color azabache, que estaba encantando con sus atenciones y despanzurrado a sus pies. Se dejó contagiar por su vehemencia y abrió la caja, un poco intimidada. Olía a tabaco y a humedad, a dilección y olvido. Ada cogió en sus manos decenas de cartas que habían sido escritas por su padre, misivas que iban dirigidas a su amigo don Leonardo Mendoza Umbría, notario. Palabras y palabras escritas por la mano temblorosa de un hombre atribulado, moribundo en su aflicción.

Ninguna de ellas llevaba sobre con la dirección del remitente, ni fecha que pudiera indicar cuándo habían sido escritas.

Pero por su contenido, Ada descubrió atónita que su padre no había muerto aquella fatídica noche de marzo de mil novecientos doce; en muchas de ellas preguntaba a su leal compañero si ya habían aparecido su esposa e hijos, si se sabía algo de ellos, si habían regresado en busca de lo que por herencia era suyo. Divagaba sobre la manera de recuperar su imperio, daba instrucciones a don Leonardo, que se contradecía con otras cartas anteriores o posteriores. Ada no pudo identificar cuál había sido escrita en último lugar, o si eran más o menos recientes, no había indicación alguna de fechas o hechos históricos remarcables que le indicaran una data concreta, estaba igual que al principio.

El enojo desplazó a aquel torrente de emoción que le había embargado al recibir, después de tanto tiempo, las palabras de su padre. Esas cartas parecían muy viejas en virtud del papel estropeado y el intenso olor a humedad que desprendían.

—No sirve de nada, ¡todo esto no me sirve para nada! —sus esperanzas fenecían en aquella vieja caja de cartón humedecida.

Ada se sentó en el suelo sobre el montón de cartas que había ido desechando y acarició con

ternura la cabeza peluda del cachorro que se acercó a lamerle la mano. Leo asistió a su desesperanza y deseó poder hacer algo para aliviar su desconsuelo. Se sentó a su lado, cogió una de las cartas que ella había desechado con un gesto airado y pidió permiso para leerla.

—No te rindas, Ada, quizás haya mucho más de lo que parece entre estas líneas ¿ves?, aquí habla sobre bienes que se quedaron en la casa y que podrían alcanzar una importante suma dineraria. Vajillas de porcelana, cubertería de plata, una valiosa colección de botellas...

—Todo eso se lo han llevado, Leo, no seas ingenuo. ¿Crees acaso que esas pertenencias estarían esperando mi llegada, más de una década después? —dijo con amargura—; en la casa no había nada, los armarios estaban vacíos.

—Pero ¿revisaste bien toda la casa?

Ada negó con un gesto de la cabeza. No, solo habían echado un rápido vistazo, no había suficiente luz, las habitaciones estaban vacías, el impacto de volver a pisar su casa después de tantos años había sido tan doloroso que no se habían detenido a examinar la casa con calma. Después no había tenido tiempo para regresar, Violeta no aguantaría un paseo tan largo con el niño en brazos y a ella le resultaba imposible ir y venir en apenas una hora, que era el tiempo de que disponía mientras ella daba la merienda al chiquillo.

Ada emitió una risita apagada cuando uno de los perros se le subió encima y le dio un lametón en la nariz. Al levantar la cabeza para huir del cachorro Leo reparó en la cicatriz que se ocultaba debajo del pañuelo que siempre llevaba anudado al cuello.

—¿Qué te ocurrió en la garganta? —pasó la yema de su dedo con suavidad por la gruesa costura, estaba áspera y dura al tacto.

Ada se estremeció, sintió ascender una oleada de calor que le subió por el pecho hasta morir bajo el dedo de Leo.

—Tuve una vida complicada, ya te lo dije —rehuyó su mirada porque la historia de Andrés Moreira era demasiado larga de explicar.

Un silencio incómodo se impuso entre ellos, momento que Leo aprovechó para insistir en que debía regresar al pazo para averiguar si todavía quedaba algo salvable entre el montón de escombros que se había encontrado Ada.

—No pierdes nada con ir a ver de nuevo.

Ella desdeñó esa idea con la mirada. ¿Cómo podría convencer a Néstor para volver al pazo sin revelar el motivo de aquella excursión? Su marido no había querido regresar a la casa, completamente descorazonado con el panorama que se habían encontrado la última vez. De hecho, no había querido ni oír hablar del tema cuando Violeta se lo propuso para ir a curiosear.

—Yo podría llevarte en mi motocicleta.

Las palabras salieron sin pensar, ¿cómo iba ella a aceptar semejante sugerencia?, ¿qué diría la gente si les veían pasar? Ada era una mujer casada, y él todavía estaba de luto.

El corazón de Ada se agitó, la sola idea de pensar en regresar al pazo le provocó un intenso hormigueo en los pies, apretó con fuerza una de las cartas de su padre contra el pecho y le invadió una oleada de emoción. No tendría otra oportunidad semejante, no perdía nada por intentarlo. Con Leo no tendría que fingir, si había alguna posibilidad de encontrar algo valioso en la casa era sin duda aquella. Convino con la cabeza, un poco timorata al principio, pero más animada después.

—¿Sí? —a Leo le costaba creerlo, ¡ella había aceptado!

—Sí, tienes razón, no hay nada que perder, ¿cuándo?

¿Cuándo?, los pensamientos en la cabeza de Leo se sucedían a toda velocidad, quizás debería decirle que no había sido tan buena idea, ¿qué pensaría su marido?, ¿y si se ofendía y la tomaba con él?

—¿Ahora? —Leo se mordió la lengua, ¿por qué había dicho eso?, maldita sea, no quería problemas, pero él ya le había ofrecido su ayuda, no podía renunciar ahora.

Ella asintió, y ya no hubo marcha atrás. Ada se sentó de lado, con las piernas cruzadas, sobre la parte trasera de la moto. Leo le colocó su propio casco en la cabeza con la excusa de que nada le sucediera si ocurría un accidente, pretendía así pasar desapercibido por la ciudad, pero el viaje hasta el Pazo de las flores resultó de todo menos discreto. Los perros corrían detrás de la moto ladrando a viva voz, excitados por la carrera, y no hubo paseante en Monforte que no se girara para ver quiénes provocaban semejante alboroto en la hora de la siesta.

Leo volvió a sorprenderse de la inmensidad de la casa, aunque esta vez se le antojó fría y triste. Las flores que salpicaban la fachada se habían ajado con la llegada del invierno prematuro, y la piedra, gris y húmeda, adolecía de murria. No había rastro de las mariposas multicolores e incluso los bulliciosos gorriones parecían haber abandonado el lugar.

Ada sintió en cambio que regresaba al lugar más hermoso de la Tierra, a su reino de vides, y sus ojos se humedecieron de melancolía.

—¿Has traído una linterna? No hay luz en el interior.

—Tengo una en el maletín de la moto.

Se adentraron en la casa e inspeccionaron palmo a palmo cada mueble enmohecido, cada armario, cada cuarto. Las risas y los llantos se sucedían de continuo, Ada se emocionaba compartiendo con él sus recuerdos.

—Aquí estudiábamos Joaquín y yo, teníamos un maestro, don Anacleto, que nos enseñaba geografía y matemáticas. Era un hombre bajito y rechoncho, pobrecito, tenía todo tipo de alergias. Joaquín siempre se las arreglaba para colarle un par de plumas de gorrión en el bolsillo y el pobre se pasaba las horas estornudando, con los ojos enrojecidos y la nariz colorada. Al final tuvo que marcharse porque decía que también había cogido alergia a los niños.

—El salón es muy espacioso, mi abuelo me contó que estuvo en alguna de las fiestas que organizaban aquí tus padres —Leo admiraba los dibujos concéntricos de la baldosa del suelo, en tonos verdes y grises.

—Sí, a nosotros no nos dejaban asistir a los bailes, solo a la fiesta de la vendimia que se celebraba en el patio a la que también acudían muchos de los campesinos de los alrededores.

Ada parecía absorber con la mirada cada rincón de la casa, recorrieron hasta el último reducto y no hallaron nada que pudiera alcanzar más valor económico que una hogaza de pan duro.

Bajaron a la sala de catas, la luz de la linterna les ofreció un panorama lamentable, las ratas campaban a sus anchas entre los cristales rotos de miles de botellas destruidas. Ada se tragó sus lágrimas, la bruma de una rabia intrínseca le dejaba un resquemor amargo en la garganta.

Se acercó al hermoso mosaico de teselas de mármol, un laberinto de piedras que convergía en la figura de una niña hermosa, una pequeña que honraba la fiesta de la vendimia al lado de un hombre vigoroso que la acariciaba con la mirada. Ada deslizó sus dedos con suavidad por el puzle que conformaba el rostro candoroso de la niña y por el contorno del cáliz que sostenía entre sus manos.

Le pareció que se movía, pensó que estaba soñando. Volvió a pasar la mano por la copa y sintió cómo esta se deslizaba un poco hacia el interior, perfectamente disimulada entre las teselas del mármol irisado. ¡El mosaico se abría hacia dentro! ¿Desde cuándo estaba ese orificio allí?

Ada y Leo se abalanzaron sobre el hueco abierto en la piedra, no muy ancho, de alrededor de un metro cuadrado. El interior estaba repleto de botellas polvorientas, amontonadas unas contra otras, sin ningún valor aparente, y en el fondo de la hornacina brillaban con luz de plata dos magníficos cálices decorados repujados de piedras multicolores. Ada dirigió el haz de luz hacia

aquella boca oscura y sus ojos se iluminaron esperanzados en un gesto de reconocimiento.

Chateau Lafite 1795, Chateau d'Yquem 1811, Chateau Cantemerle 1856, Chateau Latour 1886, Chateau Lafite Rothschild 1820...

—¿Qué ocurre? —preguntó Leo preocupado por la respiración agitada de la mujer, que parecía haberse quedado sin habla.

—Esta aquí la colección de vinos de mi padre, ¿las ves? ¡Están todas aquí! Los mejores vinos del mundo... —exclamó turbada.

Extrajo una a una cada botella de aquel nicho escondido. Buscó las huellas que quizás habían dejado los dedos de su padre sobre el lecho de polvo que las cubría, pero la capa de mugre era demasiado densa y no se percibía nada relevante. Olió el cristal, acarició las viejas etiquetas, removió las vitolas y fue depositando las botellas en el suelo. Una vez que las observó todas juntas, la imagen al completo logró despertar un millar de ideas en su agitada cabeza, que ya estaba gestionando un plan infalible para multiplicar beneficios de un modo considerable.

—No parecen muy valiosas, están sucias y viejas —la apreciación de Leo dibujó una mueca de suficiencia en sus labios.

—No sabes lo que dices, hay personas que pagarían una fortuna por estas viejas botellas polvorientas, recuerdo que mi padre decía que le habían ofrecido muchísimo dinero por ellas, esta colección la comenzó mi bisabuelo en Francia con los mejores burdeos del Médoc. Y los cálices de plata, mi bisabuelo se los regaló a mis padres el día de su boda. Mi padre contaba que se los había encargado a un joyero francés especialmente para la ocasión. Son los mismos que aparecen dibujados en el mosaico, ¿ves? Dios mío, tenías razón, ha valido la pena.

Se abrazaron instintivamente, desbordados de alegría, para separarse inmediatamente después, sofocados de vergüenza.

—¡Debo contárselo a mi marido! Podremos comenzar a arreglar la casa, recuperaremos las viñas, volveremos a levantar este negocio, ¡todo será como al principio!

Los ojos de miel de Ada se derretían de júbilo. Leo se alegró por ella, por su marido, por su familia, participó con ella en su dicha y apartó de sus pensamientos esa diminuta sensación de desencanto que se instaló en lo más recóndito de su corazón. Ada había encontrado lo que buscaba, ya no volverían a compartir aquellas aburridas tardes veraniegas en el despacho de su padre.

Ella salió corriendo de la bodega, hacia el exterior de la casa. Corría con los brazos abiertos hacia el campo inmenso, asperjado de cepas viejas, asfixiadas de matorrales. La vio tirarse al suelo de rodillas sobre una suave loma de hierba, barriendo las lágrimas de sus ojos, retozando en el suelo con los dos cachorros, que acudían a ella contagiados de su alegría.

Leo sonrió, Adelaida Morán de Ulloa, ahora señora Oliveira, volvía a ser aquella niña pequeña que se fusionaba con los troncos retorcidos de las cepas viejas, aquel día comenzarían a curarse al unísono sus heridas, las de la viña, las de la mujer dolida.

También su herida parecía haberse cerrado un poco. Había logrado devolver la sonrisa a aquella mujer que llegó a su vida inmensa en un universo de tristeza. Se llevó una mano al pecho en busca de la Leica que llevaba siempre colgada para inmortalizar aquel momento único, pero solo halló el vacío de su camisa; con las prisas de había dejado la cámara en el despacho.

Capítulo 28

—¡Señora Oliveira!, por fin regresa —Dorita parecía muy alarmada.

—¿Qué ocurre?

Ada dejó el chal sobre el recibidor de la entrada. Traía las mejillas coloradas por el sofoco de la caminata desde la casa de Leo, no les había parecido adecuado llegar en moto a la pensión, bastantes habladurías habría ya por el viaje hasta el Pazo de las flores.

—¿Dónde está Violeta? ¿Le ha ocurrido algo al niño?

—Violeta hace horas que salió en su busca, ¿no se han encontrado?

—No, ¿dónde está mi marido?, Dorita, ¿qué pasa?

—El señor Oliveira está en su cuarto, tiene una visita.

—¿Una visita?

Dorita miró a su alrededor en busca de algún cliente despistado, se acercó a Ada y bajó la voz.

—Poco después de que usted saliera llegó un caballero preguntando por don Néstor, era un hombre de edad, bien vestido y parecía muy educado, pero cuando le dije que se alojaban ustedes aquí... me dijo que si no tenía reparos en hospedar a personas de tan poca reputación.

Dorita aguardó la reacción de Ada, pero ella no hizo ningún comentario, ni halló en su rostro la más mínima mueca de sorpresa o perturbación, tan solo sus ojos parecían brillar con el fuego líquido de la ira.

—Se refería a usted —la hostelera bajó la voz y acercó sus labios a la oreja de Ada para que le entendiera.

—Comprendo. ¿Le dijo acaso su nombre ese... caballero?

—No, pero Violeta le reconoció, dijo que era el padre del señor Néstor y salió corriendo en su busca, todavía no ha regresado.

—Escuche Dorita —Ada tomó aire— no voy a negar nada de lo que haya dicho ese hombre, siento haberla puesto en un compromiso y si lo desea nos marcharemos lo antes posible, pero no tengo nada de lo que arrepentirme. He tenido una vida difícil y no estoy dispuesta a pedir perdón por ello.

Ada sintió bullir la sangre en su interior, notaba el calor en sus mejillas y unas gotitas de sudor nervioso que bajaban por su espalda, pero era más enojo que vergüenza lo que le provocaba el sofoco. ¿Cómo se atrevía su suegro a presentarse en Monforte y deshacer de un plumazo la nueva vida que con tanto tesón habían construido?

—Escuche, señora Oliveira, yo también he tenido una vida difícil. Mi marido falleció cuando mis hijos eran pequeños y hay cosas del pasado de las que no me siento muy orgullosa... no sé si me entiende. Mucha gente criticó entonces mi amistad con el sargento de la policía, pero gracias a su generosidad, mis hijos y yo pudimos sobrevivir. No voy a reprocharle nada, las puertas de mi casa están abiertas para usted, estoy de vuelta y media de las habladurías de la gente.

Dorita abrió sus brazos de matrona para recibir a Ada. Ella se acercó y dejó reposar su cabeza durante unos segundos en el hombro de la posadera.

—Se lo agradezco mucho, Dorita. Voy a subir a hablar con los señores, si llega Violeta dígame que estoy bien, y dele algún mandado mientras no terminamos. Por favor, lleve a los perritos al patio trasero, seguro que están hambrientos.

Ada subió las escaleras despacio, buscando serenidad para poder enfrentarse con su suegro. Escuchó unos segundos detrás de la puerta, pero al otro lado sólo había silencio. Abrió la puerta y

entró con decisión.

—Pero, ¿qué demonios...?

Néstor estaba arrodillado justo delante de la ventana y llevaba un rosario de cuentas nacaradas enroscado entre sus dedos. Su padre estaba detrás de él, leyendo en susurros diversos pasajes de una biblia que sujetaba con su mano izquierda.

—Te lo advertí, hijo, una furcia siempre será lumia. Todo el día por ahí sola, a saber de dónde viene...

—Néstor, levántate por favor, no tienes por qué hacer esto.

Ada sintió el amargor de la bilis en su garganta, el espectáculo que acababa de presenciar le repugnaba soberanamente, le dolió la pueril actitud de su marido y la caradura de su suegro, que venía a inmiscuirse en su matrimonio.

—No tiene ningún derecho a venir a insultarme a esta casa, señor Oliveira, puede visitarnos en nuestro pazo si desea conocer a su nieto en cuanto se terminen las obras de acondicionamiento, pero ahora le ruego que se marche de inmediato.

Néstor miró a su mujer, confundido, habían perdido al niño en Lalín, no había tal nieto, pero Ada siguió hablando de lo bonito que era el bebé y lo criado que ya estaba.

—Néstor, estas a tiempo de regresar conmigo a Oporto, haz tus maletas y nos vamos ahora mismo. Podemos olvidar este error, tu madre te está esperando. Dijiste que querías volver, ahora tienes la oportunidad. Pero esta mujer no entrará jamás en mi casa. No te daré ni una peseta si no me obedeces.

—¿Cuántas quiere? —Ada sacó de su bolso el montón de billetes que le habían dado por el Tissot de Viviana y los tiró encima de la cama ante la mirada estupefacta de su suegro.

Dirigió una mirada suplicante a su marido, confiaba en que el amor que Néstor sentía por ella prevaleciera sobre el miedo que parecía tenerle al padre, todavía se preguntaba cómo les había encontrado y por qué se había presentado ahora en El Gallo Cojo para destruir su reputación.

Ada se acercó a la ventana y enroscó sus dedos con los de Néstor, sobre el rosario nacarado. Su marido tenía las manos heladas y temblaba ligeramente, dudaba, y ella lo sabía. Acarició con lentitud la palma de su mano con el dedo índice, recordándole por qué se había casado con ella.

—Néstor, querido, juntos podremos con todo...

Néstor se levantó y pasó un brazo tembloroso por los hombros de su esposa. Félix Ramón Oliveira entendió su derrota, dirigió una mirada furibunda a la pareja, recogió el sombrero y el bastón que había dejado encima de la silla y se marchó de El Gallo Cojo sin decir una sola palabra.

Ada y Néstor se fundieron en un largo abrazo.

—¿Has vuelto a hacerlo, ¿verdad? —las palabras de Néstor sonaban más a tristeza que a reproche—. Todo ese dinero...

—¡No!, ¿cómo se te ocurre? —Ada cogió el rostro de su marido con ambas manos y le obligó a mirarla a los ojos—. Ya no soy esa mujer, Néstor, ¿por qué no lo entiendes de una vez?

—Lo siento, lo siento —Néstor sollozaba ocultando la cara en el hombro perfumado de su esposa—, es que creí..., yo le escribí, Ada, el dinero se acabó, tenía tanto miedo, pensé que mi padre me había perdonado y podría ofrecernos su ayuda... pero llegó hecho una furia, ha dicho cosas muy feas de ti delante de todo el mundo, cosas tan sucias...

—Confía en mí, Néstor, no te fallaré. He empeñado el reloj de Viviana, por eso tengo todo este dinero, ¡y esta tarde he encontrado algo maravilloso en el pazo!

—¿Has ido tú sola? —preguntó un poco molesto.

—Con los perros —Ada carraspeó y se despegó incómoda de su marido.

Rebuscó en su bolso, sacó una botella polvorienta y se la mostró orgullosa a Néstor. Chateau Houringue, añada de 1910.

—Vaya, ¿de dónde la has sacado? —el vino logró despertar por fin una sonrisa en el rostro del hombre.

—De la bodega, había muchas más, tengo algunos contactos en Santiago, pronto tendremos dinero suficiente para empezar las obras. Néstor, dime que me quieres...

Él quería creer, necesitaba creer en su esposa, no quería perderla. Echó un último vistazo a la puerta por la que minutos antes se había marchado su padre y abrazó a su mujer con la fuerza de la desesperación.

— Te quiero, amor...

— Acércame ese abrecartas —Ada se apartó con suavidad de los brazos de Néstor—, nos merecemos una copa de este maravilloso vino.

—Déjame, lo haré yo —le dijo él.

Néstor retiró con cuidado el corcho y a falta de algún recipiente válido para escanciar el vino, llevó la botella directamente a los labios tras limpiar la corona con su dedo. Bebió un trago largo, sabroso, apaciguador, y después le tendió la botella a su esposa.

Ada tomó un sorbo prolongado, paladeó durante unos instantes el líquido encarnado y luego lo dejó marchar por el estrecho de su garganta, disfrutando del fresco aroma a frutas negras, que le perduró varios segundos en la parte posterior de la lengua.

Intentó ejercitar su memoria tal y como le indicaba su padre durante aquellas largas jornadas de cata con los sumilleres más prestigiosos. “Mira el color desde distintos ángulos, pequeña *aenologue*, huele el vino, agítalo, vuelve a olerlo, y después saboréalo y di lo primero que tu mente te dicte. ¿A qué sabe?”. Ada reflexionó unos segundos y después sentenció: cereza, grosella, regaliz y un ligero toque de menta.

Sus risas tronaron en el silencio de la primera planta de El Gallo Cojo, Ada y Néstor hicieron el amor sobre los billetes sobados de la casa de empeños, despacio, sin prisa, saboreando sus cuerpos y reconciliando sus almas, hasta que, poco a poco, la visita de Félix Ramón Oliveira se fue convirtiendo en poco más que un mal sueño.

Bajaron a cenar cuando ya los pocos clientes de la hospedería se encontraban ubicados en sus asientos correspondientes. Violeta aguardaba sola e impaciente en la mesa más apartada, junto a la ventana. Se levantó angustiada nada más verlos llegar, deseosa de noticias, pero se tranquilizó al observar la actitud relajada y sonriente del matrimonio, que avanzaba orgulloso por el comedor ante la mirada suspicaz de los comensales.

—Ya lo saben todos —susurró Néstor—, fíjate cómo nos miran.

Ada le sonrió con ternura y le dio un pequeño apretón en el brazo.

—Podrás soportarlo, Néstor, ¿recuerdas aquella vez en el teatro?, si te rindes ante su desdén te pisarán más fuerte.

—Siéntate enfrente de mí, necesito verte.

—Claro que sí, tesoro.

Cenaron turbados por los continuos murmullos de sus compañeros de comedor y se vieron recompensados por las generosas atenciones de Dorita, que aprovechaba cada vez que pasaba por su lado para rozar cariñosamente la espalda de Ada, o la cabeza de Violeta, de manera que no cupiera duda alguna de que en su casa eran bien recibidos. Néstor se retiró temprano, ahíto de emociones fuertes, y Ada se quedó sentada en su sitio, satisfaciendo la curiosidad de Violeta por la desagradable visita y degustando un delicioso flan de queso con frutas rojas.

Ada sintió de pronto que algo rozaba con delicadeza la piel desnuda de sus pantorrillas, pensó

que los perros se habrían colado bajo la mesa y no le dio mayor importancia, pero poco a poco comenzó a notar que la falda se le iba subiendo sola hasta un poco más arriba de la rodilla. Se asomó con brusquedad a la parte baja de la mesa para descubrir el palo de un bastón de madera que avanzaba sinuoso por debajo del mantel hasta su pierna.

Un señor de mediana edad le sonreía con gesto rijoso desde la mesa de al lado, se pasó la lengua por los labios y las saludó con un leve movimiento de cabeza. Ada se levantó irritada de su silla y le dispensó un soberbio bofetón que resonó con contundencia en el comedor, al que siguió un brutal silencio.

—No se confunda usted, caballero, hasta ayer era una dama y a día de hoy, mientras yo no diga lo contrario, lo sigo siendo. ¿Conocen ustedes este poema de sor Juana Inés de la Cruz? —Ada se dirigió a todos los presentes con voz alta y clara.

Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón,
Sin ver que sois la ocasión de lo mismo que culpáis.
Siempre tan necios andáis que en un desigual nivel,
A una culpáis por cruel y a otra por fácil culpáis.

El hombre le concedió galantemente una pública disculpa y de inmediato cesaron las miradas alcahuetas del resto de comensales. Ada se sonrió por dentro, contenta por haberse hecho respetar; una vez más debía dar la razón a Viviana, que siempre decía que una “prostituta sin cultura no es más que una puta y una meretriz cultivada no tiene nada que envidiar a una dama”.

Se retiró satisfecha a su cuarto sin dejar de ofrecer una última réplica al caballero licencioso.

—No olvide, señor, que nadie en esta vida es lo que dice ser.

Capítulo 29

Joaquín observó atónito la enorme caja de madera que su hermana le había enviado desde Monforte. En su interior halló un montón de botellas, viejas y sucias, cuidadosamente colocadas entre surcos de paja seca y un sobre que contenía una carta.

“¿Vino?”, se preguntó extrañado.

Despidió con un pequeño cachete en el trasero a la bonita moza con la que acababa de yacer para poder leer tranquilo. Abelardo y él habían salido a mendigar temprano, pero él había regresado pronto a casa con la excusa de recoger el paquete de su hermana; en realidad se había encontrado con la joven viuda del herrero, que llevaba varias semanas poniéndole ojitos, y esa tarde decidió que ya era hora de que ella levantase el luto por su marido.

La fama amatoria y la lealtad de Joaquín se habían extendido como la pólvora entre las viudas compostelanas, el joven mendigo guardaba como un secreto sacramental las visitas de tan atribuladas mujeres y él hacía mucho tiempo que no tenía que recurrir El Farolillo Rojo para aliviar sus pesares, su silencio convenía a ambas partes por igual.

Se aseguró de que ella salía y devolvió su atención a la caja y al sobre con la carta. Tenía la boca seca y la vista del precioso líquido aceleró su salivación; por fin recibía noticias de Ada, la espera se le había hecho eterna. Cogió una de las botellas para acompañarse durante la lectura y limpió con la manga de su chaqueta la mugre que cubría la etiqueta amarilla. Observó el rostro de un hombre con barba y unas letras grandes y rojas que ocupaban todo el frontal de la botella.

“Petrus”, y debajo, en negro, “Pomerol”.

¿Petrus?, vaya nombre. Buscó un abridor y logró extraer con dificultad el corcho, un poco deshecho ya por las esquinas. Olió el interior del casco. Un penetrante aroma a especias y tabaco, fuerte e intenso, golpeó su nariz. Bebió un trago directamente de la botella y lo escupió de inmediato a sus pies.

Qué asco, está estropeado, pensó. Arrojó la botella al suelo y observó cómo el líquido se iba derramando a media que el recipiente rodaba por el piso. Leyó la etiqueta de nuevo con desidia, desde la distancia.: año 1900.

Una náusea de angustia le oprimió la boca del estómago. ¡Ay, Dios!, se abalanzó sobre la caja y comprobó las fechas de elaboración de aquellos vinos: 1811, 1820... Abrió la carta con el corazón enloquecido.

Querido hermano:

Por fin he llegado a nuestra casa, si bien no está en buenas condiciones para habitar, sigue siendo igual de hermosa que antes. Mi memoria llora la ausencia de nuestros padres, siento su presencia en cada rincón, en cada cepa, en cada piedra de los muros que antaño nos protegían.

No hay objetos meritorios en la casa, tan solo dos cálices de plata que he vendido a buen precio y esta colección de vinos que nuestro padre guardaba con esmero y que descubrí gracias a unas cartas antiguas que guardaba el notario (que, por cierto, ha fallecido recientemente, por lo que no he podido averiguar aquello que más nos angustia). Algunas de esas botellas valen su peso en oro, pero la mayoría se las he sustraído a la casera de la pensión donde nos alojamos desde nuestra llegada y su vino cuesta apenas el cristal del recipiente que lo resguarda.

Confío en ti y en tus valiosas manos de artista para que las etiquetas de las botellas más insignificantes renazcan en suntuosos caldos añejos, por los que seguro que alguno de los

antiguos amigos de Abelardo estarán dispuestos a pagar una suma considerable y poder presumir así de bodega en sus animados eventos sociales.

Aguardo ansiosa tu respuesta, así como el dinero que espero me hagas llegar con presteza, ya que lo necesito para poder reformar el pazo que deseo pueda llegar a ser habitable de nuevo muy pronto. Mientras tanto iré tanteando a Néstor para facilitar tu regreso a casa. Tu hermana que te ama,

Ada Oliveira

Mierda, mierda, mierda. Joaquín cogió la botella que había desechado y la miró con remordimiento, el mundo del vino no le había interesado nunca, el único vino que conocía era el de la taberna del Braulio, aquel que rezumaba del barril que tenía en la entrada y horadaba con sus rítmicas gotas el suelo de mármol gris.

Lo que sí sabía era que había personas que pagaban mucho dinero tan solo por poseer alguna de aquellas antiguallas, la mayoría imbebibles debido al tiempo transcurrido, pero de gran valor antológico. Joaquín desconocía el placer del enófilo ante un buen vino, la emoción de adquirir una botella inusual, preciada como la obra de arte más destacada. Volvió a examinar el contenido de la caja y sonrió, él iba a darles a aquellas personas lo que más deseaban en el mundo, despegó con cuidado la etiqueta de Petrus y se la guardó en el bolsillo.

Esperó impaciente el regreso de Abelardo, necesitaba saber cómo envejecer el papel de las etiquetas, la tinta de las letras, la técnica del gravado... seguro que recordaba algunos trucos de su época de artista.

Abelardo entró en casa tiritando de frío, traía el abrigo empapado y el rostro salpicado de lluvia. El cambio de temperatura le provocó un acceso de tos, bronca y profunda, que le impidió saludar a su compañero, hacía semanas que llevaba ese catarro a cuestas. Joaquín le ayudó a desprenderse de la ropa mojada. Corrió a buscar una toalla con la secó su rostro y le preparó una taza de vino caliente.

—Has regresado pronto Joaquín, ¿cómo ha ido el día? —dijo entre estertores.

—Bien, estupendamente, he venido antes porque fui a recoger un paquete de Ada, ¡fíjate!

Abelardo silbó entusiasmado con el cargamento.

—¿A qué esperas, pues?, ¡abre una botella, hombre!

—Nada de eso, esto que ves aquí es una inversión.

Joaquín le explicó a Abelardo los planes de Ada, martillando su espalda de vez en cuando si notaba que él se atragantaba.

—Echa leña al fuego y calienta otra taza de vino, hijo, esas botellas pronto encontrarán a sus dueños, todavía tengo mis contactos...

En los días siguientes Joaquín y Abelardo dejaron un poco de lado sus actividades galloferas para transformar su casa en un improvisado taller artístico, animados por ese novedoso negocio que les había caído entre manos.

—Lo principal es la elaboración de la tinta, la haremos como se hacía en la antigüedad, y después, fabricaremos monotipos para la impresión de los dibujos sobre láminas de cobre. ¿Has traído papel?

Joaquín asintió.

—Envejeceremos el papel —Abelardo daba órdenes a diestro y siniestro—: mójalo con un poco de té, le rasgas un poco en las esquinas y lo metes en el horno de la cocina de hierro.

Joaquín obedeció y en pocos minutos obtuvo unas láminas de papel idénticas al de aquellas etiquetas viejas de las botellas de vino.

—Ahora la tinta —decía Abelardo—, necesitamos unas ramas de roble y vitriolo de hierro...

uhmm... creo que deberías ir a ver a Marcelino, seguro que él puede obtener el sulfato de hierro en la farmacia del hospital.

—Iré enseguida —respondió Joaquín—, descansa un poco, pareces cansado.

Joaquín se percató de que el color había abandonado las mejillas de Abelardo y las cuencas de sus ojos parecían nadar en dos pozos profundos. En esas últimas jornadas toda su atención había sido para las excelentes falsificaciones que estaban realizando y no se había dado cuenta de lo desmejorado que parecía su amigo.

—¿Cansado yo?, ¿cómo se te ocurre? —la risa que acompañó sus palabras le originó un violento arranque de tos, más acentuada incluso que la de días pasados—. ¿Has preparado las planchas de cobre para el monotipo?

—Están listas, iré a ver si Marcelino regresó del hospital. De paso le llevaré su encargo.

Joaquín envolvió con papel de periódico el cuerpo disecado de Newman, el gato de Marcelino, que se había muerto semanas atrás de puro viejo. Era su amigo máspreciado y le había pedido a Joaquín que lo inmortalizara para poder compartir con el animal, aun inerte, el resto de sus días.

Joaquín había necesitado de la ayuda del médico para extraer las vísceras del animal, puesto que sentía una virulenta repulsa por todo lo que tuviera que ver con la sangre, aunque el resultado final le había correspondido exclusivamente a él.

Joaquín caminaba de prisa, el viento helado se introducía bruscamente en su boca, haciéndole tiritar de frío. Se subió la bufanda hasta tapar por completo la nariz, no quería coger tos como Abelardo, pensó en que no estaría de más que el médico echase un vistazo al viejo, le preocupaban mucho esos violentos espasmos y sabía que Abelardo jamás iría a consultarle por propia voluntad.

Las ventanas de Marcelino estaban abiertas de par en par al relente de la tarde, su voz aguda se unía al lamento de una mujer que cantaba ópera desde un gramófono en algún lugar de la casa. Joaquín se asomó a la ventana de la cocina. El doctor estaba cocinando, vestía un delantal de volantitos color azul cielo y bailaba con la cuchara de madera alrededor de sí mismo. Golpeó el cristal con suavidad y le hizo señas para que acudiese a abrir.

Le mostró el resultado de su exquisito trabajo y Marcelino asintió emocionado, los ojos de cristal del minino parecían haberle reconocido desde el más allá. El médico cogió el gato disecado con delicadeza y lo dejó encima de la mesa de la cocina.

—¿Que has venido a buscar qué?, ¿sulfato de hierro? ¿Abelardo tiene anemia? —preguntó extrañado Marcelino al recibir el recado —prueba esta crema de calabaza, está deliciosa...

Joaquín desechó la cuchara de madera que le tendía Marcelino, aunque lo cierto era que olía maravillosamente bien.

—Me gustaría también que le echases un vistazo al viejo, tiene una tos bastante fea que no se le ha curado.

—Está bien, déjame que termine esto y te acompaño. Qué menos, después de haber comprobado tu estupendo trabajo.

Charlaron un rato mientras la crema de calabaza terminaba de cocinarse. Pasaron por el hospital para recoger el sulfato de hierro y llegaron a la casa de la plaza de Cervantes cuando ya la noche prevalecía sobre la luz mortecina de la tarde.

Encontraron a Abelardo sentado en una silla frente a la cocina de hierro, con el rostro macilento y unas diminutas gotas de sudor que perlaban su frente.

—¿Te encuentras bien? —preguntó asustado Joaquín.

—Claro, estoy haciendo cola con suero de leche.

Sus ojos sonreían como siempre, Joaquín pensó que quizás el calor de la pota hirviente le provocaba la sudoración y se tranquilizó un poco.

—Deja, ya remuevo yo —le quitó la cuchara de entre los muñones y se dispuso a revolver el líquido grumoso.

Marcelino en cambio le observó con preocupación. Abelardo no tenía buen aspecto, cada inspiración parecía costarle muchísimo, y se oía un lábil silbido con la salida de aire de sus pulmones.

—Oye, Abelardo, ¿desde cuándo respiras así de mal?

—No respiro mal, métete en tus asuntos, matasanos.

—Déjame que te examine, anda, Joaquín me ha dicho que tienes un poco de tos.

—Ese chiquillo... —Abelardo le miró con reprobación— tuve catarro, nada más, ahora ya se me ha curado.

Abelardo comenzó con un ligero carraspeo, pero al intentar evitar que le saliese la molesta tos, el rostro se le fue descomponiendo hasta alcanzar un ligero color violáceo. Marcelino se apresuró a golpear el pecho y la espalda de su amigo, que acabó expectorando un grueso y purulento gargajo en el piso de la cocina. Joaquín reprimió una arcada ante el repugnante despojo de Abelardo, era de color rojo vivo, un enorme y grueso cuajo de sangre que no presagiaba nada bueno.

—Debes venir al hospital ahora mismo —determinó el médico.

—Ahora no, Marcelino, Joaquín y yo estamos haciendo tinta.

Abelardo sonrió como si nada hubiera pasado. Tenía el rostro congestionado, presionaba el pecho con su muñón izquierdo, deseando que el aire entrara en su cuerpo con facilidad, como antes, como siempre.

—Venga, muchacho, vamos a desgranar esas bolitas de la rama de roble en una olla con agua de lluvia, tienes que dejarla hervir durante unas cuantas horas. Mientras tanto, acompañaré a este mediquillo a su hospital, si no, no me dejará tranquilo.

Joaquín desmenuzó los cecilios de roble con la punta de los dedos, para cumplir el deseo de Abelardo, utilizando sus manos para desempeñar lo que requería la mente del viejo escultor, igual que siempre había hecho, bajo su atenta mirada.

Debía revisar una y otra vez la rama antes de desecharla, porque un grueso velo de lágrimas le impedía ver con claridad las pequeñas protuberancias que darían color y consistencia a la tinta que saldría de aquella pota en el plazo de unos cinco días.

—No te olvides de echar el sulfato de hierro para darle color y un poco de miel para engrosarla.

Abelardo cogió su abrigo todavía mojado y acompañó a Marcelino al hospital sin más réplica. No volvería a salir de allí con vida. La tuberculosis terminó llevándose finalmente lo que un incendio clamoroso, varios años de convivencia con una sifilítica y una vida entera pordioseando en las calles compostelanas, no pudieron derrotar.

Abelardo, capitán de los mendigos, general de la fabulosa banda del Manco, dejaba a su cuadrilla huérfana de adalid. A Joaquín le quedaba la difícil tarea de sobreponerse y hacer valer su respeto entre los harapientos cicateros que colonizaban las calles de Santiago para ocupar el lugar que por derecho le correspondía.

Capítulo 30

El alojamiento decisivo en el Pazo de las flores supuso un gran alivio para el corazón atribulado de Ada. Habían sido tres largos meses de espera mientras una cuadrilla de hombres recomendados por Dorita ponía a punto la enorme construcción, habilitándola por fin como el hogar al que siempre esperó poder regresar.

Y ahora allí estaba, sentada frente al gran ventanal que se abría al patio de naranjos, planificando la fiesta de bienvenida a su flamante morada. Paseó la mirada por el salón, había querido respetar la decoración original para recuperar en parte la esencia del pasado. Las escayolas del techo lucían de nuevo immaculadas y las paredes habían recobrado aquel singular color verde agua, muy similar al que tenían antes, el decorador había recorrido todas las tiendas de los alrededores hasta dar con el tono adecuado. Los muebles de madera se los habían hecho a medida y la chimenea de piedra había recuperado su esplendor. Néstor no había puesto objeciones a la decoración de la casa, tan solo había refunfuñado al descubrir aquel espantoso cuadro de frutas sobre la gran mesa de caoba del comedor. Ada se había negado rotundamente a quitarlo.

—Es el único objeto original de la casa.

—Es ridículo, y ni siquiera es bonito.

—Pues a mí me gusta, y al decorador también. Tú que entenderás de esto.

Néstor aceptó a regañadientes, es cierto que no entendía de esas cosas, si el experto había dicho que estaba bien... pues lo dejaría estar.

Ada se recostó en el respaldo de la silla y respiró hondo. Fijó su mirada en la lista de las invitaciones que había enviado: Dorita, los obreros, Gabriela la modista, los compañeros de la pensión que habían insistido en conservar su amistad a pesar de las habladurías..., esos pocos amigos que había ido atesorando desde su llegada a Monforte y a quienes se sentía obligada a agasajar con una pequeña recepción, una vez que había podido establecerse de forma definitiva en su residencia.

Tan solo faltaba una por enviar, la de Leo, porque no sabía muy bien cómo explicar a su marido la presencia de aquel desconocido que ocupaba ya un lugar indispensable entre sus allegados. Leo había reaccionado a la confesión sobre su antigua vida de pelandusca como lo haría un caballero, no había hecho preguntas incómodas, ni tampoco reproches vanos, aceptó sin más que hay veces en la vida en que es necesario caminar descalzo sobre brasas ardientes, y que lo único importante es continuar avanzando sin importar los medios utilizados para ello. La indulgente respuesta del fotógrafo hizo que Ada le abriera un poquitín más su corazón y poco a poco su compañía se le fue haciendo indispensable.

El hijo del notario había sido de gran ayuda a la hora de pedir los permisos municipales para las obras, e incluso la acompañó al ayuntamiento para poder mostrarle una foto de su familia que ocupaba un lugar privilegiado en el despacho del alcalde. Ada se sintió desvanecer al poder observar por primera vez el rostro de sus bisabuelos, aquellos de los que tanto le hablaba su madre. Le costó atender a las explicaciones del alcalde, con la mirada prendida en el retrato de color sepia. Ella quería tocarlo, poder mirar de cerca los detalles de sus rostros, pero no podía hacerlo sin que el regidor se extrañara por el excesivo interés que mostraba hacia aquellos personajes. Salió del ayuntamiento con sentimientos encontrados, feliz por haber obtenido todas las licencias, pero triste porque sentía que estaba dejando atrás una pequeña porción de sí misma que jamás podría recuperar.

Leo le ayudó también en la elección de los muchos presupuestos que le habían presentado los obreros para restaurar el pazo: impermeabilizaciones, recibos, tipos de pintura, maderas..., ella nada sabía de la calidez extraordinaria que la madera podía otorgar a las casas debido a la climatología de la región, ni de la luminosidad complementaria que podría obtener si utilizaba colores claros en la pintura, ni tampoco la rentabilidad calorífica que le podían otorgar unos grandes ventanales que aprovecharan al máximo la ardientía de la escasa luz solar en los largos meses de invierno.

Leo fue de gran ayuda para ella en un momento en el que no encontraba el apoyo de su propio esposo. Néstor se había desentendido de todo lo relacionado con las obras de reparación, parecía haber superado por completo aquella lejana congoja por el hijo nonato y la desazón por desagradable visita de su potentado padre.

Al volver a disponer de nuevo de dinero en su bolsillo, Néstor decidió conmutar la preciosa compañía de su mujer por la de un profesor de teología y aquel comerciante de pieles a quien Ada había puesto en su lugar con un sonoro bofetón, huéspedes de El Gallo Cojo, a los que complacían los juegos de cartas por igual.

Las tardes se les desvanecían en animadas contiendas en el acogedor salón de Dorita, quien no escatimaba en buena comida y bebida para que sus clientes se sintiesen a gusto. Néstor dejaba en manos de Ada las decisiones que habían de llevarle a iniciar su nueva vida, puesto que parecía arreglárselas muy bien sin él.

Tampoco Violeta resultaba de gran compañía, puesto que se dedicaba en cuerpo y alma a cuidar de Mateo, el chiquillo gitano, que día a día se iba haciendo más fuerte y más grande. La niña jamás preguntaba adónde iba Ada cada tarde a pasear con los perros, ni cómo había conseguido solucionar tan rápidamente los múltiples problemas e inconvenientes que se sucedían con la obra. Ada agradecía en realidad esa distancia con los suyos que le permitía acercarse un poco más a Leo.

Violeta percibía el cambio que se estaba produciendo en su amiga, su rostro parecía florecer cada mañana, la restauración de la casa absorbía todas sus conversaciones y la niña no entendía de obras ni permisos, así que Ada perdía la paciencia en sus explicaciones y siempre terminaba recriminándole su ignorancia. Violeta creía que Ada debería atender un poco más a su marido y un poco menos al restaurador, a veces tenía que ser ella misma quién preparase la ropa de Néstor por la mañana, o quien le dejase las zapatillas a la vera de la cama porque ella nunca aparecía a tiempo, y si lo hacía, siempre estaba cansada para aquellos menesteres. A menudo terminaban discutiendo por lo mismo.

—Violeta cree que no cumples con tus obligaciones de esposa, el otro día Néstor se puso un calcetín de cada color, la gente se reirá de él. Dorita dice que deberías pasar más tiempo a su lado. A un hombre no se le puede desatender así.

—Néstor sabe cuidarse solo, Violeta, métete en tus asuntos. ¿Ha llegado carta de Joaquín?

Violeta le entregó con una mueca de fastidio el pequeño sobre castaño que había llegado aquella misma mañana. Hasta esa tarde no había podido leerla. Ada se acomodó en su silla, rasgó el sobre y leyó con ansia la misiva de su hermano.

Querida hermana:

Estoy desolado, no sé ni cómo empezar esta carta, siento decirte que Abelardo ha fallecido de tuberculosis, ha sido tan inesperado que todavía me cuesta asimilarlo, pensé que solo se trataba de un catarro sin importancia. Me siento tan mal, debería haberme dado cuenta de que estaba enfermo, quién sabe el tiempo que llevaba así, ni siquiera Marcelino ha podido hacer algo por él.

Ay, Adita, cuánto te echo en falta, ojalá estuvieras aquí, fíjate que Abelardo insistió en que termináramos las etiquetas de las botellas que nos enviaste, ¡hasta el último momento me tuvo trabajando!, incluso el mismísimo día del funeral se me acercaron docenas de personas interesadas en adquirir las botellas de la colección del Manco, he tenido que pedir ayuda a Marcelino para que me ayudase a preparar más. Pobre Marcelino, él también está muy afectado, tratamos de consolarnos el uno al otro y nos entretenemos en su cocina, pintando etiquetas y rellenando botellas con vino aguada.

Vamos a tener que demorar nuestros planes de trasladarme a Monforte contigo, ahora no podría marcharme, los miembros de la banda se han revolucionado ante la falta de Abelardo, de momento cuento con la ayuda de Camaleón para mantenerlos a raya, pero se me hace muy difícil lidiar con estos brutos, Abelardo era el que se ocupaba de todo.

Te escribiré cada semana y te enviaré el dinero que vaya recaudando con la venta del vino, Abelardo dejó también una suma considerable, parte de la cual te acompaño con esta carta: el muy cabroncete me tenía comiendo tocino mientras guardaba sus buenos cuartos ocultos bajo la encimera. Cuéntame tú también como va todo, te quiero un imperio, Adita, cuídate mucho. Hasta pronto.

Ada cerró la carta y lloró en silencio la ausencia de su segundo padre. Se acomodó en la calidez de su echarpe de lana, observó el paisaje que se abría ante su ventana y sonrió con tristeza a las lágrimas de escarcha que acariciaban las incipientes flores del patio trasero. El mal tiempo no quería marcharse, y tampoco la melancolía que se había instalado en su seno durante aquellos largos días de oscuridad y frío.

Las inclemencias del tiempo no le permitían comenzar con el proyecto de recuperación del viñedo, y las horas se le escurrían entre un aburrimiento mortal y la constante preocupación por intentar hallar obreros suficientes para poder llevar a cabo los trabajos en cuanto la climatología lo permitiera.

Las animadas tardes con Leo habían quedado definitivamente atrás, ya no había excusas para salir a reunirse con aquel amigo advenedizo. Ada se sorprendió de lo mucho que le echaba en falta, hacía quince días que no se veían desde aquel último viernes en que se habían despedido en el despacho de su padre, justo antes de su traslado al Pazo de las flores. Leo la había sorprendido con un regalo inesperado, el tratado de *Química, Viticultura y Enología* de un tal Juan Marcilla Azarrola, considerado un experto en esas lides.

—Te vendrá muy bien para ponerte al día, te queda todavía un duro trabajo por delante.

—Oh, Leo, muchas gracias, no tenías por qué hacerlo —Ada acarició las tapas de piel marrón de aquel grueso volumen y después lo aprisionó contra su pecho—. ¿Has terminado ya de recoger las cosas de tu padre?

—Sí, ya no me queda nada por hacer aquí, creo que pondré el local a la venta, mi abuelo ya está de acuerdo.

En realidad, hacía varios días que había terminado, pero seguía acudiendo cada tarde a la misma hora solo para encontrarse con ella, dejaba unos cuantos papeles encima de la mesa para justificarse, aunque Ada ya se había dado cuenta de que eran siempre los mismos documentos los que le faltaban por recoger.

—Voy a echar de menos nuestras charlas.

—Y yo, Leo, me has ayudado mucho, debo irme ya, es tarde. Gracias de nuevo por tu regalo.

Se acercaron un poco indecisos al principio, pero terminaron por reunirse en un largo abrazo. Leo aspiró el olor de su pelo y hundió sus dedos en la espalda suave de Ada, sorprendiéndose de querer atravesar el grueso chaquetón de lana para alcanzar su piel. Ella percibió el temblor que

sacudía el cuerpo de Leo al fundirse con el suyo, el aire a su alrededor se tornó dulce y notó que sus piernas también enflaquecían de placer y de nostalgia. Se despidieron, profundamente turbados por la intensidad de aquel abrazo.

La alegría por el regreso a su antiguo hogar se vio ensombrecida por la palmaria ausencia de Leo en su vida, así como por la inquietante exigencia de Néstor de acudir juntos a la pequeña capilla familiar cada pocas horas para rezar por aquel niño que Dios no les había vuelto a enviar. ¡Un milagro muy grande tendría que hacer su Dios si Néstor deseaba otro hijo! Ada era muy cuidadosa a la hora de prevenir los embarazos, continuaba aplicando escrupulosamente los remedios que le había enseñado Mamá Freda, no quería un hijo de Néstor, no quería ningún tipo de estorbo ahora que había recuperado su casa. Necesitaba tiempo para adaptarse a aquella sensación de que el destino había recuperado su curso, y, sobre todo, necesita saber todavía lo que había ocurrido con su familia.

Leo le había prometido indagar entre sus conocidos el paradero de los sirvientes de la casa, quizás podrían comenzar por ahí. Acordaron no interrogar al abuelo para no despertar sus sospechas, Leo cumplió su promesa de no revelar la identidad de Ada bajo ningún concepto.

Pensaron en Genara, el ama de llaves, que había ayudado a su madre a organizar aquel falso funeral por su padre, ¿estaría al tanto de la farsa?, ¿confiaría tanto su madre en ella para contarle alguno de sus secretos?

Tal vez cuando mejorara el tiempo y el viñedo pudiera volver a llenarse de obreros curiosos y cizañeros, podrían escuchar alguna conversación aquí o allá, algún dato que resquebrajara el recio armazón de su secreto.

Ada no se sentía con ánimos para celebrar aquella dichosa fiesta, desearía poder estar al lado de Joaquín en Santiago, consolándose mutuamente por el fallecimiento de Abelardo, pero no había manera de justificarse ante su marido, él nada sabía de su relación con el Manco, y además todas las invitaciones habían sido ya enviadas. Solo le quedaba idear alguna excusa para que al menos Leo pudiera asistir, necesitaba un hombro amigo en el que apoyarse.

La entrada de Violeta en el salón con el pequeño Mateo en brazos le dio por fin una feliz solución para justificar la presencia de Leo en el convite. La muchacha se acercó al fuego de la egregia chimenea de piedra, lo atizó, y luego se sentó en el sofá de terciopelo granate, acunando a Mateo entre sus brazos y dedicándole una sonrisa embobada, mientras tarareaba en voz queda una rítmica canción. Aquella virginal estampa avivó su imaginación. Ada eliminó el exceso de tinta de la estilográfica y comenzó a escribir con trazos precisos y cuidados la invitación dedicada a Leo. Temía que Violeta se levantase de su asiento y viniese a vigilar su escritura, por eso utilizó un tono formal e impersonal para dirigirse a su nuevo amigo.

Estimado señor Mendoza:

Hemos decidido obsequiar a conocidos y amigos con una pequeña fiesta de bienvenida a nuestro hogar coincidiendo con la festividad de Año Nuevo, que se celebrará el próximo domingo a las cinco de la tarde en el Pazo de las flores.

Nos gustaría guardar un grato recuerdo de la misma, por tanto, sin querer abusar de su confianza, rogamos traiga usted su cámara fotográfica para inmortalizar el feliz momento. Por supuesto, será convenientemente retribuido.

*Quedamos a la espera de su confirmación,
Señores Oliveira*

A continuación, comenzó una nueva misiva, esta vez más meditada, escogiendo bien sus palabras para tratar de convencer a su destinatario de la conveniencia de invertir en un negocio

florecente, sin apenas riesgo y del que podría obtener múltiples beneficios. Se había leído el manual de Juan Marcilla Azarrola de cabo a rabo y sabía que necesitaba una fuerte inversión para hacer resurgir su viñedo, despertar aquellas cepas adormecidas y exprimir su esencia hasta lograr que la producción de Flor de Piedra retornara a su condición de antaño.

Pensó que debía comenzar explorando los lazos parentales. Consideró que había transcurrido el tiempo suficiente para que los padres de Néstor asumiesen que su hijo no iba a deshacerse de su hodierna familia y escribió la dirección de sus circunspectos suegros en el sobre, dejó la solapa abierta para introducir, junto con la carta, una bonita fotografía del radiante matrimonio con Mateo, que bien podría pasar por nieto de los Oliveira. Solo había que envolverlo bien en su mantita y esconder el rostro orondo del bebé para que pasase por un recién nacido. Quizás lograra conmovier a sus suegros con aquella feliz imagen, ofreciéndole “desinteresadamente” participar en la empresa familiar; al fin y al cabo, Félix Ramón Oliveira siempre había sido un hombre de negocios.

El uno de enero amaneció completamente nevado, a través de los cristales empañados del pazo podía observarse un inmenso paisaje albo. Ada se cubrió con una manta y salió al balcón. El frío intenso de aquella mañana sin sol golpeó sus mejillas y se llevó los últimos destellos de sueño.

Las cepas centenarias abrían sus brazos al cielo, sosteniendo con paciencia su carga blanquecina. En pocas horas aquella nieve se derretiría bajo el fuego amigo de las antorchas que había colocado el día anterior, conformando un pasillo luminiscente que guiara a sus invitados hacia la casa.

Los ojos de Ada se poblaron de lágrimas melancólicas, su madre acostumbraba a iluminar aquellas mismas cepas por Navidad, ofreciendo a los niños un sendero de cuento que terminaba justo en la entrada de la casa, donde aguardaba un gran cesto de dulces para todo aquel que quisiera seguir la travesía hasta el final. Ese año no habría caramelos al final del trayecto, solo una reunión informal de amigos celebrando el inicio de una etapa. Sus amigos, su nueva vida, su hogar.

Violeta le ayudó a decorar el resto de la casa, mientras Néstor se dedicó a dormitar durante horas en el sofá, bajo la caricia del fuego de la chimenea. Colocaron bombillas de colores en el porche y un dosel de cintas tornasoladas sobre la gran mesa del comedor, donde no faltaron embutidos, empanadas, rosquillas, melindres, castañas..., y mucho vino y licores, por descontado.

Ada preparó un delicioso pastel de almendras siguiendo una receta que le había enseñado Marcelino, el nerviosismo que la había asaltado desde primera hora de la mañana se fue diluyendo en cada vuelta que le daba a la espesa pasta, mientras amasaba la mezcla con tesón.

Los invitados llegaron temprano, todos excepto Leo, lo que supuso una gran decepción para Ada que apenas lograba disimular. La agradable temperatura del interior de la casa y la alegre música de un viejo gramófono contribuyeron a caldear el ambiente, y a duras penas escucharon el sonido del aldabón de la puerta cuando ya la fiesta se encontraba en todo su apogeo.

—Violeta ha escuchado el sonido de la puerta —advirtió la niña—. ¿Falta alguien?

Ada corrió a abrir, sí, faltaba alguien. Se recompuso delante de la entrada y respiró hondo. Colocó un mechón de pelo sobre la cicatriz del cuello y estiró con las manos la parte delantera de su vestido de seda nuevo. Había sido un regalo de la costurera, un bonito vestido color ámbar que resaltaba el tono dorado de sus ojos, incluso a Néstor le había agradado.

Leo aguardaba en el porche, resguardado bajo un abrigo de mezclilla gris y un grueso gorro de lana azul del que sobresalían pequeñas guedejas desordenadas. Sus ojos oscuros estaban perlados por lágrimas de frío y sobre las pestañas se derretían diminutas gotas de escarcha.

—Lo siento, llego tarde. Mi abuelo no se encontraba bien —su voz temblaba de frío—. ¿No

vas a permitirme entrar? Me estoy congelando.

—Oh, sí, disculpa —Ada se rio de sí misma y se apartó a un lado.

Le ayudó a desprenderse del abrigo. Leo traía una pequeña bolsa de cuero colgada del cuello.

—He traído la cámara, como pediste.

Abrió con cuidado la bolsa. Bajo la atenta mirada de Ada surgió un aparato metálico de color negro y granate.

—Es una Leica, muy precisa y muy cómoda de llevar.

—¿Puedo?

Leo le permitió observar por el visor, se veía todo como muy lejano, y a Ada le divirtió ver las cosas tan pequeñitas. Sus risas se vieron interrumpidas por la presencia de Néstor, que acudía a ver quién era el visitante y se aproximaba tambaleante hacia ellos. Ada se recompuso de inmediato, carraspeó y le presentó a Leo.

—Este es el señor Leo Mendoza, es fotógrafo y le he pedido que nos haga un retrato para guardar como recuerdo de esta noche. Él es mi marido, el señor Néstor Oliveira, dueño de la casa.

—De esta casa y de todo lo que tiene dentro —respondió Néstor a la vez que pellizcaba la nalga derecha de su esposa.

Olía a alcohol y a humo de cigarro. Ada se sintió abochornada por primera vez en su vida por aquel gesto que tantas veces le habían dedicado en público y en privado. Leo pareció ignorar aquel desatino y solicitó un lugar apropiado para poder tomar la fotografía.

—Creo que, en el salón, al lado de la chimenea, estaría bien. Hay mucha luz con motivo de la fiesta —Ada le señaló el lugar—. Luego podría quedarse a tomar una copa, seguro que conoce a nuestros amigos. Todos son de Monforte.

—Claro, hombre, ¿por qué no? —Néstor dio una palmada en el hombro a Leo—. Tenemos vino y licores de orujo. ¿Juega usted a las cartas?

—No mucho, la verdad, pero le agradezco la invitación.

Leo siguió al matrimonio hacia el salón y saludó con cortesía a algunos asistentes a los que conocía de vista.

—Colóquense ahí, usted sentado, señor, y la señora Oliveira en pie, a su lado —les indicó.

—Aguarde, me gustaría posar también con Violeta y el niño, al fin y al cabo, son parte de nuestra familia...

Ada no dejó lugar a réplica, aunque se percató del evidente gesto de contrariedad de su marido. Tiró del brazo de Violeta para colocarla a su lado y después cogió a Mateo en brazos, bien envuelto en su mantita de lana. Aguardaron unos minutos mientras Leo tomaba varias muestras.

—Listo, la semana próxima les traeré el reportaje.

La fiesta continuó durante horas, hacía demasiado frío en el exterior y nadie tenía muchas ganas de marcharse. Ada y Leo aprovecharon la ausencia de Violeta, que había ido a acostar a Mateo, y de la de Néstor, completamente inmerso en su juego de cartas, para conversar junto al fuego. El vino hacía más fácil el diálogo, y en pocos minutos la charla derivó hacia el secreto que ambos compartían.

—¿Has averiguado algo? —preguntó ansiosa.

—He localizado a la vieja Genara a través de mi abuelo, aunque no ha sido de mucha ayuda, lo siento. La pobre está ingresada en una residencia y no podrá contarte nada, no permiten visitas, es muy anciana y está senil, apenas habla y ni siquiera reconoce a sus cuidadores.

Ada se descorazonó, Genara era su mayor esperanza, esa mujer que había compartido casi un

siglo de vida en el pazo podría contarle tantas cosas acerca de su familia... cosas del pasado, cosas que ni siquiera su propia madre tal vez llegó a conocer.

—¿Has preguntado a tu abuelo sobre lo que pasó? ¿Qué se dijo entonces en Monforte?

Leo bajó la mirada, pareció buscar las palabras adecuadas para decirle lo que ella pretendía saber, pero no sabía cómo hacerlo sin herirla.

—A mi abuelo no, pero en el pueblo dicen que tu padre mató a un muchacho, el hijo del capataz, y que luego huyó a Francia. Dicen que después le siguieron doña María Eugenia y sus hijos, para no hacerse cargo de la indemnización. Eso es lo que se cuenta. Tampoco he podido localizar al capataz de tu padre, hace años que nadie sabe de él.

—¡Eso no es verdad! Un hombre nos secuestró durante el funeral que se celebró por mi padre, nos arrastró hasta Santiago y luego asesinó a mi madre. Él mismo me lo confesó. ¡Andrés Moreira me lo confesó antes de morir!

Ada se llevó la mano al cuello y se acarició la cicatriz, le contó brevemente la historia, ya no tenía secretos con Leo. Había levantado la voz y algunos de los invitados les dedicaban miradas curiosas que ellos desdeñaron con una fugaz sonrisa.

—Tu padre no estaba muerto, Ada —Leo no se atrevía a mirarle a los ojos, no es que no la creyera, pero sabía que su versión tampoco era del todo cierta.

—No sé qué motivos tendría él para fingir su propia muerte, algo tuvo que ocurrir para que saliera huyendo, mi padre no era un asesino...

—Pero el chico sí que murió...

Los ojos de Ada se cubrieron de lágrimas. Sí, recordaba que pocos días antes de que todo aquello ocurriese había habido un accidente en la viña. Recordaba a Serafín, el hijo pequeño del capataz, porque jugaban juntos en la finca. A Serafín y a Baldo, su hermano mayor, un jovencito impulsivo que en alguna ocasión le había sacado los colores en la adolescencia.

No sabía nada de aquel accidente, los niños no se preocupan de esas cosas, le dijeron que no saliese a jugar más a la viña, y ella no salió. ¿Habría sido su padre el culpable de la muerte de ese niño? ¿Habría huido, dejando desprotegida a su familia, para no responder ante la justicia por ello? No, no le creía capaz de hacer algo así.

No pudo evitar que un par de lágrimas bañasen sus mejillas, el vino no era buen compañero para las emociones fuertes. Leo se preocupó de que alguien observara su indisposición. Quiso cogerla de la mano y consolarla, pero no estaría bien semejante acto de intimidad en su propia casa. Comprobó inquieto que Néstor remataba la partida de cartas y despedía a sus compañeros de mesa.

—Por favor, Ada, serénate, tu marido...

Ella se limpió las lágrimas y sonrió levemente. Se sobresaltó con la súbita presencia de Néstor, sintió la mano que se ceñía a su nuca y el aliento cálido de su marido en la mejilla.

—Quiero irme a la cama, ahora —su voz pastosa le provocó un escalofrío de repugnancia.

—Néstor, cariño, es pronto, nuestros invitados están disfrutando de la fiesta.

Leo se levantó del sillón, incómodo con la presencia de Néstor, y se acercó a la mesa, necesitaba un vaso de agua, la conversación con Ada lo había perturbado. Probó un pedacito de aquella tarta de almendra recubierta con azúcar que los invitados habían devorado. De la enorme circunferencia de pastel quedaba apenas una esquina con el dibujo de uno de los brazos de la cruz de Santiago. Leo dejó que la almendra se deshiciese con lentitud en su paladar, estaba deliciosa.

Leo observó con desasosiego a su nueva amiga, la vio discutir con su marido en voz baja, ella tenía el cuerpo tenso, se limpiaba el sudor de las manos frotándolas con suavidad contra su vestido, y sus pies no lograban acomodar su postura.

—¡Pues la fiesta se acabó! —la voz de Néstor se elevó por encima de la conversación general.

La música cesó de golpe, Néstor desconectó el aparato y se dirigió a los presentes con los brazos elevados en una burda representación de sí mismo. Ada buscó la mirada de Leo y dibujó en su rostro una mueca de disculpa. Él sonrió, intentando transmitirle todo su apoyo.

—Mi esposa y yo deseamos retirarnos, amigos, gracias por haber venido. Hasta pronto.

Néstor apenas aguantó derecho mientras se despedía de los asistentes, un poco desconcertados por la preceptiva retirada. Ada abrazó y sonrió con amabilidad a cada uno de los invitados, agradeciendo su presencia, tratando de mitigar de este modo la grosería de su marido. Cuando llegó el turno de Leo, las manos de Ada temblaban, el firme apretón de la mano del fotógrafo le provocó un gran consuelo. Leo se demoró unos segundos en soltarla, lo suficiente para que ella supiera que estaba a su lado y que comprendía todo su dolor.

Esa noche soportó con hastío la concupiscencia de Néstor, no podía dejar de pensar en la conversación que había tenido con Leo, en lo fácil que le resultaba hablar con él, pensaba en la nobleza de su mirada bruna, en la dulzura de sus gestos, en la sutil aura de tristeza que lo envolvía y que parecía irse diluyendo con el paso de los días, en las líneas puras de su semblante, en el sonido limpio de su voz.

Y aquel acto impío, al final, terminó resultando incluso placentero.

Capítulo 31

Por fin había dejado de nevar, aunque el intenso frío que les había acompañado durante todo el mes de enero no quería marcharse todavía. Los tímidos rayos del amanecer apenas alcanzaban a derretir la capa más superficial de la coraza de nieve que cubría los alrededores del pazo.

Ada se encontraba ya despierta, sentada en la mecedora donde había pasado gran parte de la noche. Estaba preocupada por los viñedos, la época de la poda llegaba a su fin y todavía tenían que preparar todo el terreno, limpiar la maleza, eliminar las cepas más viejas y elegir aquellas que todavía podían ser recuperadas.

Había tanto trabajo por hacer..., y el dinero no alcanzaría para pagar la mano de obra necesaria para tan ingente tarea, la herencia de Abelardo se había esfumado con los últimos pagos de las obras de la casa. El padre de Néstor no había contestado a su misiva y los fondos que enviaba Joaquín eran cada vez más escasos, apenas alcanzaban para pagar los gastos diarios de la casa.

Tirar de aquel pesado carro se le estaba haciendo muy cuesta arriba. Néstor seguía sin interesarse lo más mínimo por el trabajo de la viña, continuaba viviendo en su mundo ficticio, ajeno a todo lo que no implicara tamarra, juego y alcohol, con sus nuevos amigos de El Gallo Cojo. Y después de tanta fanfarria se sucedían largos episodios de arrepentimiento en los que Néstor se encerraba en su cuarto y flagelaba sus carnes desnudas para castigarse por la escasa fuerza de voluntad que le llevaba a vivir aquellos estados de desenfreno.

Ada pensaba, a veces, que su marido estaba perdiendo la razón, o quizás es que no la había tenido nunca. Lo cierto es que la paciencia se le estaba agotando. Néstor tanto podía pasarse días enteros sin hablarle, sumergido en aquel eufórico estado de divertimento con el teólogo y el peletero, como obligarle a compartir insufribles horas de rezos en la capilla cuando por fin se despegaba de la soledad regresiva de su cuarto tras el consabido arrepentimiento. Ella aceptaba compartir con él estos episodios de absurdo misticismo porque esperaba que sus suegros contestaran pronto a su carta, necesitaba tener a Néstor de su parte mientras eso no ocurriera, pero el tiempo se le estaba agotando, si no lograban sacarles un mínimo rendimiento a aquellas viñas, pronto se verían en un serio problema para subsistir en aquella hacienda.

Ese cúmulo de fatalidades iba haciendo mella en su fuerte determinación, a veces se preguntaba si había valido la pena tanto esfuerzo, tanto sufrimiento. Las ansias por recuperar todo lo que ella y Joaquín habían perdido habían sido su roca mientras vivían en El Farolillo Rojo, la esperanza le permitía soportarlo todo con tal de poder regresar un día a su antiguo hogar. Pero a medida que su sueño se cumplía, tras su llegada a Monforte, sus fantasías se habían ido tiñendo de desasosiego, su fortaleza se había ido desgastando y ya tan solo le quedaban unas genuinas y permanentes ganas de llorar.

—¡Los gitanos! ¡Violeta ha visto a los gitanos!

La voz histérica de Violeta se escuchaba por toda la casa. Ada se levantó con urgencia para ir a ver qué había provocado aquellos gritos perturbadores, pero no encontró a la moza por ningún sitio. Podía escuchar sus lamentos desde diversos lugares, como si anduviera trotando por la casa, pero ni rastro de la joven ni del niño.

Salió apresuradamente al balcón y recibió con desagrado el mordiente frío invernal. La estampa que se desarrollaba ante sus ojos la dejó estupefacta. Una caravana de gitanos ocupaba por completo el sendero que accedía a la casa, colina arriba. Los animales campaban a sus anchas

por la finca, burros, perros, gallinas, cerdos..., todos en completo silencio, calentando con su vaho el gélido aire de la madrugada.

En el patio delantero se habían ubicado tres carromatos alrededor de una hoguera. Los trapos multicolores que pendían de sus esquinas rompían con la monotonía cromática del paisaje, y parecían querer teñir de colorido todo lo que se hallaba a su alrededor. El brío del fuego había ido descongelando las cepas más cercanas, que lagrimeaban de alivio al poder desprenderse por fin de su helado blindaje y mostraban con timidez el color ámbar de sus ramas desnudas.

—¡Alfonsa!, ¡se han despertado! —la voz potente de un hombre, que fumaba su puro apoyado en el carromato más grande, rasgó el sosiego de la mañana.

Una mujer enfundada en múltiples ropajes salió del carromato más cercano a la casa, el pañuelo con el que cubría su cabeza le ocultaba parte del rostro. Ada no sabría calcular su edad, ni tampoco su sexo si no fuera por la gran cantidad de faldas superpuestas que llevaba. La mujer levantó la cabeza y saludó efusivamente con su mano enguantada. Aun desde la distancia, Ada reconoció el enorme lunar que casi ocultaba su ceja derecha. Se quedó atónita, los gitanos que habían buscado con desesperación durante tantos días, aquellos que habían abandonado a Mateo a su suerte, acudían de forma voluntaria a su encuentro.

Se vistió con urgencia y salió al patio. Néstor se le había adelantado e increpaba a gritos a los gitanos, urgiéndoles a salir de su propiedad. Alfonsa aguantaba estoicamente sus aspavientos con los brazos en jarras, mientras aguardaba la llegada de la señora de la casa. Los perritos ladraban agitados por la presencia de tantos extraños y el olor de tan variados animales. Ada asistió horrorizada a la reacción de su marido, que le otorgó un puntapié en el hocico a unos de los cachorros porque mordisqueaba impaciente los bajos de su pantalón, mientras jugaba a esconderse entre las piernas del amo.

La gitana se acercó corriendo tan pronto la vio salir.

—Ay, comadre, este hombre *tié mu* mala leche, ¿cómo les va, pues?, hemos oído que necesitan manos *pa* trabajar y aquí estamos, *pa* ayudar a la familia. ¿Cómo está el churumbel?, *mu* crecido, ¿no?

Alfonsa batió las palmas con energía y una joven morena salió del carromato al instante.

—Mariola, trae las verduras que voy a preparar el potaje. Vamos niña, ¿a qué esperas?

La pequeña tendría unos nueve o diez años y se parecía bastante a Mateo, con su piel color canela y los ojos oscuros de chocolate, por lo que Ada intuyó que era su hermana.

—¿Por dónde se anda a la cocina, mujer? —preguntó dirigiéndose a Ada.

La energía de la gitana la dejó de piedra y no pudo hacer sino indicarle por dónde se iba a la cocina. Alfonsa cogió bajo el brazo un gran cesto de mimbre que le había traído la muchacha repleto de huevos, tomates, puerros, zanahorias y demás verduras y se adentró decidida en la casa, seguida de cerca por Ada y Néstor, que la acompañaron mudos de asombro y desbordados por su vivacidad.

—¿Pero qué pretende? —Néstor estaba encarnado de furia—. Le exijo que salga inmediatamente de mi casa.

—A ver —Alfonsa se dirigió a ellos como quien trata con un niño pequeño—, ¿no necesitan acaso gente *pa* trabajar? Eso hemos oído por los caminos. No vamos a pedir nada a cambio, compadre, ustedes se hicieron cargo de mi pequeño y nosotros solo venimos a mirar por los nuestros. No necesitamos nada, traigo comida y bebida *pa* toda mi gente.

Alfonsa sonreía graciosa, mientras les miraba a los ojos, con las manos en las caderas y la barbilla levantada con arrogancia. El enfado de Ada se había ido diluyendo con la perorata de la gitana, lo cierto es que tenía razón, necesitaban ayuda y los gitanos no pedían nada a cambio. Y al

fin, cuando levantaran su campamento, se llevarían también al pequeño Mateo y todos sus problemas se verían solucionados de golpe.

—No es tan mala idea, Néstor, nosotros solos no podemos ocuparnos de todo el trabajo, no tenemos dinero para pagar a los jornaleros...

—¿Estás loca? ¿Olvidas que abandonaron a su hijo en nuestro camión? ¡Son gitanos! Cuando nos demos cuenta se nos habrán llevado hasta la ropa de la cama. ¡Y saca a esos perros de la cocina!, ¡apestan!

Alfonsa asistía imperturbable a la discusión de la pareja, atendiendo a uno y otro, hasta que escuchó el agravio de Néstor y se sintió enrojecer de coraje. Cerró el puño de su mano derecha y se besó sonoramente el pulgar.

—Por santa Sarita que *semos* honrados como el que más, y *na* faltará de esta casa mientras yo viva. ¿No *semos* acaso familia?

Néstor miró a la mujer con dilección y después a se dirigió a Ada, cuya miraba vagaba por el suelo, avergonzada por la insinuación de su marido.

—¿Familia? —se burló Néstor—. Haz lo que quieras, Ada, pero tú serás la responsable de lo que ocurra con esta chusma.

Apartó con un gesto brusco al perro, que seguía mordisqueando sus zapatos, y salió dando un portazo. Ada no confiaba tampoco en aquella gente, al fin y al cabo, habían abandonado a su propio hijo y después desaparecido en la nada, pero ¿qué derecho tenía a juzgarlos cuando acudían en su ayuda cuanto más los necesitaba? ¿Qué otra opción tenía para no perderlo todo a esas alturas?

—De acuerdo, podéis quedaros, pero deberéis acampar a las afueras de mi propiedad, y solo tú podrás entrar en la casa para preparar la manutención de tu gente. ¿De acuerdo?

—Ay, comadre, qué alegría me das, aunque mi Mariola tendrá que venir a ayudarme —Alfonsa besó a Ada en ambas mejillas—. Voy a preparar un puré y una sopita de pollo, que *hase* mucho frío afuera.

Alfonsa se hizo rápidamente con la cocina, abrió puertas y cajones en busca de lo que precisaba y se puso a cortar las verduras con pasmosa precisión, mientras tarareaba una animada canción que acompañaba con pequeños silbidos.

—Iré a buscar al niño, supongo que querrá verlo.

—Ya lo veré, mujer, estará hecho un mozo...

Ada dudaba si debía dejar sola a las gitanas mientras iba en busca de Violeta, pero al fin decidió que no podía vigilar a las mujeres las veinticuatro horas del día y pensó que debía darles una oportunidad. Eso sí, cerró con llave las puertas de los cuartos de la planta baja, cogió a los cachorrillos entre sus brazos y se los llevó al patio. Ada recibió con una sonrisa los lametazos húmedos de sus nuevos amigos, jugueteó un ratito con ellos y los dejó en el suelo con cierto resquemor, hacía demasiado frío para que los cachorros quedasen a la intemperie, pero lo cierto era que su pelo mojado desprendía un desagradable olor que tardaría en desaparecer de la casa.

Recorrió la planta de arriba en busca de Violeta, que no había dado señales de vida durante la última hora. La encontró llorando, escondida dentro de un ropero en la habitación más apartada de la casa, tras seguir el sonido de sus gemidos a lo largo del corredor. A sus pies flotaban pequeños montoncitos de cabello rojo, como si hubiera estado limpiándole la seda a una mazorca de maíz. Ada sintió un dolor profundo al constatar que las manías de Violeta habían regresado con fuerza.

—¿Pero qué haces aquí? —Ada se percató del intenso olor a heces que había en la habitación—. Hay que lavar a Mateo, huele que apesta, vamos, Violeta, ¿qué ocurre?

—Se lo llevarán, Violeta no permitirá que le quiten a su Mateo, no pueden llevárselo...

—No van a llevarse a nadie de momento, tontita, los gitanos han venido a ayudar, su madre ni siquiera mostró interés por verlo. Pasarán varios días acampados en las afueras del pazo ¿no piensas salir hasta entonces?, te morirás de hambre.

Ada sonreía, conmovida por el inmenso amor de la joven por el pequeño.

—Violeta no dejará que se lo lleven...

—Anda mujer, no seas tan dramática, vamos a bañar al bebé y a darle su comida ahora, ¿de acuerdo? A estas horas debe estar hambriento.

Mateo dormía en los brazos de Violeta, ajeno a la desesperación de su abnegada cuidadora. Ni el hambre ni la mugre podían enturbiar su plácido descanso en tan mullido acomodo. Violeta claudicó por fin, el intenso hedor del niño le provocaba arcadas en su estómago vacío.

Ada se pasó la mañana mirando desde la ventana del salón cómo los gitanos deshacían el campamento y volvían a montarlo fuera de los límites de su propiedad. La partida de los carromatos junto con el mortecino calor de las hogueras abandonadas había dejado un formidable lodazal en el camino de acceso a la casa. Antes de causar su enojo, aquella calamidad le proporcionó una genial idea para comenzar a trabajar los campos yertos.

—¡Alfonsa!, necesito diez hombres para formar unas cuadrillas de trabajo, quiero que enciendan hogueras a lo largo de los viñedos para descongelar sus ramas, sin esa espesa nieve podremos realizar la poda a tiempo, aún no está todo perdido. Cuando terminen, mándales que desbrocen el terreno de matorrales y zarzas, pero sin profundizar demasiado en la tierra, no quiero que dañen las raíces, por ahora será suficiente.

Ada dejó que Alfonsa se entendiera con los gitanos a gritos mientras pensaba de dónde iba a sacar un buen capataz que enseñara a todos ellos por dónde debían acometer la poda de los sarmientos. A pesar de haber nacido entre viñedos y conocer casi tanto como cualquier cultivador todo lo referente a sabores y olores del vino, Ada poco sabía de los necesarios trabajos de campo previos al resultado de una buena vendimia, y aquel manual de viticultura no era la panacea para todos los problemas que se presentaran en el proceso.

Se vistió su chaquetón de lana y enrolló una gruesa bufanda alrededor del cuello. Salió al patio para verificar que los gitanos no estropearan las cepas con las labores de desbroce, una extraña energía parecía haberse apoderado de ella. La rueda de la fortuna había comenzado a girar de nuevo. Pronto aquellas viñas recuperarían todo su esplendor.

Ada escuchó el ronroneo de la motocicleta de Leo antes de poder ver su silueta ascendiendo por la cuesta. El corazón se le aceleró sin motivo alguno y sus mejillas enrojecieron a pesar del intenso frío de la mañana. Ada se giró para asegurarse de que Néstor no vigilaba por las ventanas, afortunadamente el encuentro con los gitanos le había levantado dolor de cabeza y se había retirado a su habitación para rezar. Acomodó su peinado con discreción y aguardó a que parase la moto. Leo venía enfundado en un grueso abrigo de piel y traía la cabeza cubierta con un extraño gorro redondo y peludo.

—Hola, no esperaba visita hoy.

—He pasado solo un momento. ¿Está tu marido en casa?

Ella asintió.

—Os traigo una invitación del alcalde para una recepción en el ayuntamiento, las elecciones están próximas y querrá asegurarse vuestro apoyo. Mañana para almorzar.

Ada sonrió y extendió la mano para recoger el sobre que le tendía Leo, sus dedos se demoraron apenas unos segundos sobre los de él, pero el ligero contacto con su mano le provocó una súbita oleada de calor en la espalda.

—¿Y toda esta gente? —a Leo le divirtió ver a los gitanos trabajando mientras se proferían

toda clase de insultos a gritos por su inutilidad.

—Pues ya ves, la familia del pequeño Mateo ha aparecido por fin. Al menos nos ayudarán a recuperar la viña, quizás en primavera podamos ver florecer la mitad de la plantación.

—¿Te fías de ellos? —la voz de Leo denotaba cierto resquemor.

Ada se quedó callada durante unos segundos, soportando el peso de su mirada.

—¿Te fiarías tú de una mujer de la calle si te pidiera cobijo para una noche?

—Creo que no, si no la conociese, no.

—Yo fui esa mujer de la calle Leo ¿entiendes?, no puedo prejuizarlos.

—Comprendo, pero sé prudente, por favor, no todo el mundo es igual de generoso, en la calle también hay malas personas.

—Pues correré el riesgo.

Leo se rindió, acercó su rostro a pocos centímetros del de Ada y bajó un poco la voz.

—Debo irme, dentro del sobre hay algo para ti también, es mejor que lo abras antes de dárselo a tu marido.

Ella se sofocó y sonrió con nerviosismo. Leo giró la moto y aceleró cuesta abajo tras despedirse con un gesto de su mano y ella aguardó, apretando el sobre contra su pecho mientras le veía desaparecer de su vista. No se percató de la fuerza con que sostenía el sobre hasta que sintió que se le habían dormido los dedos con la presión.

Corrió al interior de la casa y se aseguró de que no había nadie en el salón. Abrió el sobre, tratando de reprimir el temblor de sus manos, y examinó emocionada su contenido. Tragó saliva muy despacio y notó el picor de las lágrimas en sus ojos.

Los rostros de Pío y Elsa Ulloa sosteniendo la mano de una pequeña María Eugenia le sonreían desde un pasado remoto, inmóviles en un pequeño pedazo de papel color sepia. Leo debía haberle pedido la foto al alcalde con alguna excusa y había hecho una copia para ella.

Ada presionó la fotografía contra su pecho, “gracias Leo, gracias”. Dejó escapar el aire todavía retenido en los pulmones y se prometió a sí misma que haría lo que estuviese en sus manos para recuperar aquello por lo que sus antepasados habían luchado tanto.

OCTAVA PARTE

SECRETOS DEL PASADO

CAPÍTULO 32

Baldo se apeó del camión que se había ofrecido a transportarlo desde Jaén a pocos metros del Pazo de las flores. Una algarabía de coloridos carros, niños y multitud de animales, prácticamente impedían la entrada a cualquier visitante ajeno a la propiedad.

Sus contactos tenían razón, el pazo volvía a estar habitado, pero ¿cómo era posible? La presencia de aquellos gitanos le desconcertó, sus informadores le habían asegurado que una pareja de compostelanos había comprado el edificio, pero nada le habían dicho de que se trataba de personas de raza calé.

La ínfima posibilidad de que los Morán de Ulloa regresaran a Monforte había sido suficiente para recorrer varios cientos de kilómetros, en cualquier caso, los nuevos dueños sabrían dónde encontrar a la anterior familia. Pero ante la vista de aquel panorama estuvo a punto de dar media vuelta y marcharse por donde había venido, los gitanos probablemente habrían invadido la propiedad y entrado sin permiso. Una corazonada le llevó a dar un par de pasos hacia adelante, unas palabras escuchadas al azar bastaron para despertar su curiosidad.

—La paya quiere que los niños vigilen las hogueras. ¡Ismael!, Marcelino!, andar *pa'riba*, a contentar a la *señá*.

Baldo esperó a que el joven que requería la presencia de los niños cesara en sus arrumacos a la que debía ser su esposa. La muchacha se afanaba en desplumar un pollo sentada en un pequeño taburete debajo de un toldo, lo que no le impedía corresponder al arrechucho del gitano sin perder baza en su trabajo.

—Disculpen, busco a los señores de la casa, ¿podrían anunciarle mi llegada?, me llamo Baldomero Perales, tengo experiencia en el sector vitivinícola y he oído que necesitan gente para trabajar.

Los dos jóvenes estallaron al unísono en una carcajada.

—¿Anunciarle su llegada?, vaya *usté* por ese caminito y anúnciese *usté* mismo. ¿No ve que estamos ocupados, hombre?

Baldo se dirigió hacia la casa ignorando las carantoñas de la pareja, no tenía nada que perder una vez que había llegado hasta allí. El corazón golpeaba su pecho como un caballo de carreras, cuánto tiempo, y cuántos recuerdos atesoraba en su interior.

La vista de la casa le produjo una vertiginosa mezcla de sensaciones, las alegres cortinas que cubrían las ventanas, el trajín de los gitanos recorriendo los campos, el humo de las hogueras que descongelaban las viñas, aquel despertar a la vida del Pazo de las flores le oprimió la boca del estómago con una emoción indefinida. Su mano tembló al tocar la puerta, hacía más de una década que no pisaba aquel lugar.

Acudió a abrir una bonita joven que llevaba un bebé en brazos. El intenso tono anaranjado de su vestido hacía resaltar el color fuego de su cabello, que descendía en gruesas ondas hasta el nacimiento de sus pechos. Se le quedó mirando embobado, con sus bonitos ojos de color esmeralda un poco enrojecidos por el llanto, coronados por unas cejas muy finas, prácticamente inexistentes.

—Violeta quiere saber qué desea —su voz sonaba dulce y no exenta de autoridad. La joven le tendió su mano con galantería—: Violeta, para servirle.

—Las hogueras son demasiado grandes y están muy cerca de la viña, si no esparcen las ascuas las raíces sufrirán y la vid terminará secándose —dijo de un tirón.

Le pareció un poco rara su forma de hablar, pero pensó que quizás no conocería bien el idioma, tenía un acento fuerte y sonoro, puede que fuese extranjera, portuguesa tal vez.

Violeta rompió a reír, no entendía nada de lo que decía aquel guapísimo mozo que retorció un gorro de lana roja entre las manos. Tenía los ojos muy azules, casi grises en realidad, y su pelo de color dorado se retorció en extraños mechones aplastados por el sudor del grueso tejido con el que había estado cubierto. Sus botas estaban embarradas y su gabán de cuero húmedo por la parte de abajo por haberse rozado con las hierbas.

—Pase, Violeta avisará a los dueños de la casa, hay fuego en la chimenea, aguarde un momento mientras se secan sus ropas.

Baldo sentía el corazón golpeando con violencia su pecho, la sola idea de introducirse en aquel recibidor grande y oscuro le producía una enorme congoja, demasiados años, demasiados recuerdos, demasiado dolor.

—Esperaré aquí si no le importa.

Ella se encogió de hombros y sonrió. El hombre no debía tener demasiado frío para no querer secar sus ropas en la caldeada habitación. La llegada silenciosa de Ada destapó de golpe la caja de los recuerdos de Baldo; su voz gruesa y sonora no le habría causado mayor emoción, pero aquellos ojos dorados que parecían desprender oro líquido de su interior hurgaron con vigor en las cicatrices de su herida más profunda.

El inmenso alivio por haber encontrado por fin a la persona que había buscado durante años y el purulento dolor por una pérdida sufrida en aquel entonces, se mezclaron como un torbellino en su interior y tuvo la certeza de que su viaje por fin había terminado. Las palabras apenas salieron con un susurro de su garganta.

—Baldomero Perales —no le tendió la mano, esperó a que ella tomara contacto poco a poco con su presencia.

—¿Perales? —Ada estaba desconcertada, no lograba identificar su rostro, pero estaba segura de que conocía a aquel hombre.

Se llevó una mano de forma inconsciente hacia su estómago, allí donde había guardado la fotografía familiar entre los pliegues de su corpiño. La emoción por el regalo de Leo todavía no la había abandonado, y le costaba concentrarse en la visita que tenía delante.

—Eso es, Perales, igual que José Baldomero Perales, mi padre, que fue capataz de esta hacienda.

Baldo...

Ada miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie más en el recibidor. Baldo, aquel joven con el que jugaba cuando era niña, aquel muchacho encantador, alegre y divertido, con el que había compartido innumerables tardes de juegos. Aquel niño al que un desgraciado accidente le había arrebatado a su hermano, el pequeño Serafín, la criatura que, decían, había matado su padre.

Ada se asustó. Nadie podía conocer su verdadera filiación, era parte del plan, Néstor no podía enterarse de quién era ella realmente, debía despedir de inmediato a aquel joven. ¿La habría reconocido?

—Lo siento, no conozco a ningún Perales, mi marido y yo somos de Santiago y no tenemos amistades en Monforte. Mandaré que le traigan algo caliente antes de que se marche. Violeta... ¡Violeta!

Baldo vio cómo sus esperanzas se desvanecían. Adelaida Morán de Ulloa le había reconocido, no había duda, pero si ella quería, él también sabía jugar a ese juego. No se marcharía así como así, había venido por una razón y ya no había persona en el mundo capaz de hacerle desistir de su

propósito.

—Tiene razón, qué tonto, pensé que por aquí todavía recordarían a mi padre, yo también vengo de lejos, de tierras andaluzas. Tengo mucha experiencia como viticultor, y creo que necesita un capataz; puedo ayudarles. He viajado durante dos días, estoy agotado, contaba con que pudiera ofrecerme este trabajo.

—El hombre dice que el fuego está demasiado cerca de las cepas —la voz de Violeta rasgó el tenso silencio que siguió a las palabras de Baldo; había aparecido de repente, ninguno de los dos la había escuchado llegar—. A Violeta le parece que entiende mucho de eso.

Ella se había recogido el pelo en un moño bajo, a la altura de la nuca, y sus mejillas presentaban un suave color rosado tras haberse pellizcado varias veces antes de entrar en el cuarto. No había rastro de Mateo, ni de las lágrimas que momentos antes bañaban sus pupilas debido a la repentina aparición de los gitanos en la finca.

—¿Las hogueras? —Ada dudaba, necesitaba con urgencia a alguien experimentado, alguien que manejase a los gitanos y les indicase lo que debían hacer.

Pero no quería pasarse los días preocupada porque Baldo pudiera desvelar su verdadera identidad, aunque bien era cierto que, ahora mismo, no podía contar con nadie más. Pensó que quizás no la hubiera reconocido, y en caso de que lo hubiera hecho, tal vez pudiera controlarlo para que se mantuviera callado y lejos de Néstor. cuando terminase la cosecha, podría despedirlo y contratar a otro capataz. Bastante habría sufrido con el accidente de su hermano, no le parecía bien negarle la ayuda que le pedía. Quizás podría tantearlo para obtener aquella información que buscaba respecto a su padre, él sabría mejor que nadie lo que había sucedido en el pazo hacía una década. Siempre le había parecido un buen chico, puede que fuera la mejor opción.

En realidad, era su única opción.

—El calor de esas hogueras tan grandes dañará las raíces. Debe espaciarlas, con el humo de las ascuas es suficiente para descongelar las cepas y permitir la poda.

Ada asintió y entre hombre y mujer se selló aquella tarde un pacto silencioso. La disyuntiva de decidir dónde alojar al hijo del antiguo capataz debido a las reticencias de Néstor, quien no quería ni oír hablar de meter a un hombre en casa, se solucionó en seguida. Baldo pidió instalarse en el cobertizo, donde antiguamente se guardaban los caballos. Era una sencilla construcción de madera, sin puertas y con un solo ventanuco, pero el hombre aseguró que estaba acostumbrado a dormir al raso; aquel establo se le antojaba un lujoso alojamiento que cubría a la perfección sus necesidades.

Al día siguiente, Violeta se ocupó encantada de enseñar a Baldo la plantación mientras Ada y Néstor acudían a la recepción del alcalde. Los señores Oliveira fueron recibidos con gran pompa en el ayuntamiento, esperaban encontrarse con el regidor, y si acaso, dos o tres concejales, pero una cincuentena de comensales aguardaban ansiosos su llegada en el salón de plenos, que habían decorado incluso con guirnaldas y flores, y donde lucía, espectacular, una enorme mesa redonda dispuesta al detalle para la ocasión. La presencia de los Oliveira en Monforte había corrido como la pólvora, y las lenguas viperinas se habían ocupado de difundir todos los rumores habidos y por haber referentes a aquella singular familia. El resultado de la visita del padre de Néstor a la pensión de Dorita había viajado de boca en boca a través de toda la ciudad y no todas las opiniones eran benevolentes.

A pesar de que fueron tratados con sutil cortesía, Ada no pudo evitar sentirse como aquella noche en el teatro, sufría en sus carnes las miradas indiscretas de los hombres y el recelo de sus esposas escondido detrás de aquellas falsas sonrisas. Para ellos era solo una puta y jamás dejaría de serlo. Si supieran..., si realmente supieran...

Les concedieron un lugar de honor en el centro de la mesa, justo al lado del alcalde.

—¿Y qué planes tiene, señor Oliveira? ¿Piensa recuperar el viñedo y dedicarse a la viticultura como sus antecesores? —el regidor era un hombre opulento, al que le faltaba pelo y sobraba barriga—. Esa cuadrilla de gitanos que se cobijan en el pazo no parece tener mucha experiencia, además tengo entendido que estudió usted para boticario, y eso no tiene mucho que ver con el vino, ¿no?

—Puede que no, pero de vinos entiendo, y mucho, caballero, este, por ejemplo está un poco ácido.

Ada se sobresaltó con la respuesta indiscreta de Néstor, el alcohol y el hastío no eran buenos compañeros, y su marido estaba empezando a aburrirse de soportar aquella conversación banal. El tema de los gitanos tampoco ayudaba a mejorar la situación.

—En realidad, tenemos un buen capataz de campo que se ocupa de todo, los conocimientos de Néstor serán indispensables para la elaboración de los caldos. Si la materia prima es buena, como nos consta, obtendremos una cosecha excelente. ¿No era acaso Flor de Piedra uno de los mejores vinos de la comarca?

—Y su dueño uno de los mejores cosecheros de la zona, señora, pero él ya no está.

—¿Y qué le ocurrió realmente? Se dicen muchas cosas acerca de esa familia. Se me hace un poco raro vivir en una casa rodeada de tanto misterio.

—Basta de cháchara —la mujer del alcalde interrumpió la conversación en su punto álgido y Ada se quedó con las ganas de saber lo que tanto deseaba—. Los señores pueden pasar al salón de fumadores para degustar unos licores mientras nosotras las damas disfrutamos de una magnífica representación musical a cargo de mi preciosa hija, que canta como los ángeles. Usted, querida, no habrá tenido ocasión de asistir a este tipo de eventos en el lugar del que proviene.

—En Santiago he disfrutado de todo tipo de espectáculos señora.

—Claro, me imagino...

Ada se tragó su respuesta ante la velada insinuación de la dama, sonrió y levantó la barbilla con arrogancia.

—Estoy deseando comprobar el vasto talento de su hija, equiparable sin duda a las más altas esferas de la canción.

La mujer aguardó unos minutos la mirada desafiante de Ada intentando descifrar la ironía de su disquisición, aunque pudo comprobar la verdadera intención de su comentario más tarde, al escuchar los bostezos sonoros que Ada no se privó de exhalar durante la soporífera representación de su hija.

El alcalde les ofreció un coche para devolverlos a casa una vez terminó la reunión, pero ellos prefirieron volver caminando con la excusa de aliviar la pesadez del ágape. El día estaba fresco y soleado y el paseo resultaba agradable.

—¿Te has fijado cómo nos miraban? Parecíamos monos de feria, nos han invitado para humillarnos, Ada, seguro que ahora estarán riéndose de nosotros.

—No, cariño, solo quieren ser cordiales. Quieren conocernos, tú también querrías conocer a unos nuevos vecinos, ¿no?

—Seguro que piensan que no podremos mantener el pazo, se burlarán de nosotros porque tendremos que desistir y marcharnos. ¿Te has fijado cómo iban vestidos? Ni que fuese un casamiento. Por Dios, si era solo una comida insignificante.

—Vamos, Néstor, no le des tanta importancia, en realidad han sido muy amables.

—Sí..., y el coñac era bueno.

Ambos explotaron al unísono en una gran carcajada. El bigotillo que asomaba en el labio

superior de la esposa del alcalde o del fajín excesivamente apretado del concejal de cultura alimentaron sus risas hasta el final camino. A su regreso se encontraron a Baldo trabajando con ahínco al lado de los gitanos, y Ada y Néstor subieron satisfechos a su cuarto para terminar de celebrar a solas el día de su presentación en la exclusiva sociedad monfortina.

Desde el principio ningún gitano cuestionó las órdenes de Baldo por raras o costosas que fueran. Violeta se mostraba encantada con la presencia del hermoso joven en la finca, y por fin pareció sacudirse la melancolía que le perseguía desde la llegada de los gitanos. Ya no escondía al niño de Alfonsa, temerosa de que se lo quitaran, y lo sacaba cada día al patio para respirar el beneficioso aire fresco del campo.

Ada vigilaba de cerca a su nuevo capataz mientras que Néstor no le prestaba la mínima atención, lo consideraba analfabeto y aburrido, consentía con total mutismo los trabajos que el joven encomendaba a los gitanos y que le resultaban tan absurdos como sorprendentes, tales como la construcción de pequeñas carretillas hechas de diversos materiales reciclados, el vertido diario de suero de leche en la base de las cepas o la plantación intensiva de rosales a lo largo y ancho de la propiedad.

Si le hubiera preguntado a Violeta, esta le habría contestado sin titubeos que los pequeños carros servirían para transportar más fácilmente las uvas hasta el cobertizo en la época de la vendimia, el suero de leche aportaba a la tierra el calcio perdido durante años de descuido y que los rosales sufrirían las primeras plagas antes de que la peste hostigara las viñas, con lo que Baldo podría actuar en consecuencia y evitar el fatal desenlace antes de que se dañara gran parte de la producción.

Al contrario que Ada y Néstor, Violeta parecía haber congeniado de inmediato con Baldo. Aprovechaba la oportunidad que le dejaba la siesta de Mateo para salir a la viña con la excusa de llevarle un té bien caliente al capataz y escuchar con atención sus explicaciones, atendía obediente a las enseñanzas que prodigaba a los gitanos y se atrevía incluso a corregir a algún obrero que no cortaba el sarmiento por encima del tercer nudo, como había recomendado Baldo.

Una mañana, un suceso inesperado vino a turbar la rutinaria calma que se había instalado en el Pazo de las flores desde la llegada de los gitanos. Ada regresaba sudorosa y cansada de su paseo vespertino con los perros y decidió ir a cambiarse de ropa a su habitación. Halló con pesar los cajones de la ropa blanca revueltos y constató que alguien había estado revisando también su escritorio.

En un principio pensó que había sido Néstor, que seguramente habría estado buscando algún objeto perdido, pero más tarde comprendió, sorprendida, que había sido víctima de un robo. La caja con sus documentos más preciados, que guardaba en la parte de atrás del cajón de la ropa interior, estaba abierta. Ada rebuscó ansiosa entre las páginas de su libro de recetas hasta encontrar la fotografía de sus bisabuelos, afortunadamente todos sus documentos seguían en su sitio, no así el pequeño revólver que le había entregado Abelardo antes de salir de Compostela. No estaba. Sacó toda la ropa y revisó bien la cómoda, pero no logró encontrar el arma.

Ada salió en busca de Néstor y le puso al corriente de la situación. Su marido no se sorprendió demasiado al saber que ella guardaba un arma en casa, los avatares de la mala vida que había llevado como prostituta justificaban sus temores. Pero se alarmó al saber que un ladrón, probablemente muy cercano, les había arrebatado su único medio de protección y suponía ahora una amenaza importante para ellos.

—¡Han sido los gitanos!, ya te dije que no podíamos fiarnos de ellos.

—Pudo haber sido cualquiera Néstor, no saquemos conclusiones precipitadas...

Néstor corrió a la cocina hecho una furia en busca de Alfonsa.

—Convoque a su gente, esta tarde hemos sido víctimas de un robo.

—¿Qué *dise* hombre?, eso no es posible, los gitanos no nos robamos entre hermanos. Por el *arma* de mi marido, que en paz descanse, que nosotros no hemos sido —juró Alfonsa consternada.

—Quiero ver ahora mismo a todos reunidos en el patio, ¡sin discusión! Y yo no soy su hermano... —le dijo mientras apuntaba con el dedo índice al rostro de la asustada mujer.

Néstor salió de la cocina dando un portazo después de dedicar a su esposa una mirada significativa que decía claramente “ya te lo dije”. Alfonsa se desvivió en atribuladas disculpas hacia la señora de la casa.

—*Tié* que haber una explicación, nadie más que yo ha entrado aquí, se lo juro...

Ada huyó la mirada de aquellos ojos de carbón oscuro, aunque no quería acusar a la gente de Alfonsa sabía que en el fondo Néstor tenía razón, no había nadie más a quien culpar.

Alfonsa envió a Mariola en busca de su abuelo, el patriarca de la familia. Era un hombre callado y tranquilo al que le pesaban los años de la sabiduría, él sabría arreglar la situación. De acuerdo a su posición vestía habitualmente de traje, más o menos raído, pero siempre elegante. Se ayudaba de un bastón de madera para caminar y cubría su cabeza con un sombrero de ala ancha. El patriarca ordenó que todos los gitanos se quedasen en el patio mientras Néstor y él revisaban a conciencia cada carromato.

—¿Qué buscamos? —preguntó en tono autoritario.

—Ya se lo diré yo en cuanto lo encontremos —Néstor no estaba dispuesto a facilitarle las cosas.

Por más que buscaron y revisaron uno a uno todos los compartimentos, no lograron encontrar ni un solo objeto que no perteneciera a sus legítimos dueños. Ada, Violeta y Baldo aguardaban en silencio junto a los gitanos el regreso de los dos hombres que, tras varias horas de intensa búsqueda, regresaron con las manos vacías.

—Solo hay dos personas que pudieron entrar en la casa —Néstor buscaba desesperadamente un culpable—. ¿Alfonsa?

Ella se besó los pulgares en señal de juramento.

—Jamás he tocado nada que no fuese la cocina.

—Entonces tuvo que ser esa niña holgazana que se pasea a sus anchas por mis propiedades.

—¿Mariola? —preguntó Ada un tanto reacia a creerse que la niña se hubiera quedado con el *arma*.

—Le juro que yo no he sido señora, yo no he cogido nada...

La pequeña rompió a llorar. Alfonsa tiró de la oreja a su hija y le preguntó entre gritos si había sido ella.

—No he sido yo... no he sido yo...

— Déjela, Alfonsa, por Dios —Ada se sintió violenta ante las lágrimas de la niña, realmente no creía que hubiera sido ella, ¿para qué querría quitarle su revólver, para jugar?

—¿Qué sisaste, malnacida?, no se preocupe *señá*, dígame lo que le falta que yo misma lo encontraré.

—No, está bien, váyanse a descansar. Estamos todos un poco nerviosos, mañana será otro día. Baldo, cierra el portal después de que hayan salido —indicó Ada.

El capataz asintió con la cabeza y se dispuso a obedecer.

—¿Qué han robado? Violeta quiere saber que te falta, Ada.

—Nada, Violeta, quizás lo haya dejado en otro lugar, no era nada importante. Vete a bañar a Mateo, está comiéndose la tierra del jardín.

Violeta corrió al rescate del niño, que jugaba con los perros entre las camelias y se había

puesto hecho un asco.

—Tenemos que acudir a la policía —Néstor no estaba dispuesto a dejarlo pasar.

Estaba harto de soportar a aquella gente, le parecían sucios y jaraneros, preferiría tratar con otros obreros de la zona, aunque tuviera que negociar con ellos su salario.

—Ni hablar, Néstor, ¿cómo les explico de dónde saqué el arma? No sé..., a lo mejor es que la cambié de sitio, ya aparecerá, dejemos pasar unos días.

Néstor se retiró enojado, dejando a su esposa sola en el patio, que trataba de encontrar una explicación a todo aquel embrollo. Ada observó desde la distancia que los gitanos comenzaban a encender sus hogueras. Aquella tarde no habría cánticos alegres acompañando los fuegos, una sombra de humor funesto parecía haber enturbiado la algazara eterna de su rutina.

CAPÍTULO 33

Leo decidió acudir temprano a la oficina de correos, las existencias de papel baritado se le habían acabado y tenía varios carretes por revelar. Los rayos del sol despertaban lágrimas de rocío en las macetas floridas de los balcones monfortinos. Sacó su Leica de la funda y enfocó una planta de geranio rosado. La luz del sol dibujaba destellos de plata en el corazón de la flor, sin duda obtendría una foto preciosa.

Justo en ese momento vio salir de la oficina de correos a un hombre joven que llevaba una caja enorme de madera en las manos. Tenía el pelo rubio y rizado, un poco largo por la parte del cuello, si no fuese por los hombros anchos y su ropa de trabajo, aseguraría incluso que se trataba de una mujer, por su rostro aniñado.

Leo guardó la cámara. ¿Adónde se dirigiría aquel muchacho? No había ningún vehículo de transporte en toda la calle, pensó que la caja debía pesarle mucho, así que creyó oportuno ofrecerle su ayuda.

—No, gracias, puedo solo.

El hombre le dirigió una mirada de advertencia, desechando su amabilidad.

—¿Adónde va?, no me importa ayudarle, de verdad.

—He dicho que no.

Leo se encogió de hombros y entró en la oficina de correos. Su paquete por fin había llegado, firmó en el registro y se aseguró de que el contenido era correcto. Después salió de nuevo al sol de la mañana. El hombre había cruzado el puente y se alejaba tambaleante con su caja por el camino que discurría hasta el Pazo de las flores. ¿Se dirigiría hacia allí? Leo consideró insistir de nuevo con su ayuda, tendría una buena excusa para volver a ver a Ada y preguntarle de paso si le había gustado la fotografía que le había regalado. El alcalde no había puesto ninguna objeción para prestarle el original de su despacho, sabía que a Leo le entusiasmaban las fotos antiguas y guardaba muchas de ellas en su estudio. Pero su abuelo le estaba esperando.

Leo había prometido acompañarle a visitar a un amigo enfermo en la residencia de las Hermanitas de los Pobres, donde también estaba internada la vieja Genara, así que desechó la idea y se olvidó enseguida del hombre rubio. Quizás tuviera la oportunidad de acercarse a la anciana y preguntarle por la familia Morán de Ulloa, puede que en un momento de lucidez ella le contase algo interesante al respecto.

El complejo, de reciente construcción, era un enorme edificio gris con tejado de pizarra, cercado por una verja de hierro. Contaba en su parte trasera con un gran jardín, excelentemente cuidado, por donde las monjitas paseaban a los ancianos bien cogidos del brazo, bien empujando sus sillas de ruedas, en una estampa idílica que él había fotografiado en multitud de ocasiones.

La visita a la residencia siempre resultaba productiva para Leo, le enternecían las experiencias de aquellos hombres y mujeres olvidados por sus familias, muchos de ellos estaban enfermos y necesitaban los cuidados de las hermanas, pero muchos otros simplemente se habían quedado allí porque nadie había venido a recogerlos después de haber pasado alguna enfermedad. A esos, los de la mirada triste de piel acartonada, no se cansaba nunca de retratarlos, buscaba en la expresión de sus ojos la historia de sus vidas, el recuerdo de los suyos que quizás todavía llevaban prendido en la memoria o el esplendor de un pasado que ya no podían recordar.

Leo se adentró en el jardín tras dejar al abuelo conversando con su amigo y se acercó sonriente a una joven monja vestida de blanco. Tenía el rostro redondo, enmarcado por una toca negra y una

sonrisa resplandeciente. Le preguntó si le permitía quitarle una foto y ella aceptó, un poco timorata. Sus mejillas se tiñeron de un rubor intenso, se colocó la toca y posó muy seria junto a un árbol florido.

—Así no, por favor, sonría, tiene una sonrisa preciosa.

Ella le complació y Leo le dio las gracias con una pequeña reverencia.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a doña Genara García?

—Acabo de sacarla hace un ratito en su silla, está ahí mismo, al lado de los rosales. Por favor, no la altere, está muy delicada.

—Descuide —Leo se despidió de ella con una generosa sonrisa.

La anciana estaba de espaldas, llevaba el escaso pelo, completamente blanco, recogido con un lazo negro. Por detrás parecía una niña, pequeña y menuda. Leo se acercó a ella y se colocó de rodillas delante de la aparatosa silla de ruedas.

—Hola, señora Genara, ¿cómo se encuentra?

Ella le miró ausente, con sus ojos vacíos del color de la tierra. A pesar de las necesarias arrugas en una mujer nonagenaria, su piel era blanca y brillante, como una piedra que ha sido pulida hasta la saciedad. Leo le mostró la cámara con una sonrisa.

—¿Puedo sacarle una foto?

Genara no contestó, y Leo entendió su silencio como aceptación.

Click.

La anciana repentinamente sonrió, mostrándole su único diente en la encía superior.

—Eso es, otra vez.

Click. Click.

Leo se sentó en el suelo, a su lado. Le llegaba el perfume de las rosas que con tanto mimo cuidaban las hermanitas, aspiró su olor dulce y penetrante y pensó en Ada. Aquella mujer quizás guardaba en algún lugar de su mente los secretos que ella tanto anhelaba. Estuvo un rato en silencio, pensando en la manera de preguntarle por aquello que deseaba saber. Leo cogió una rosa y se la tendió con cortesía.

—¿Recuerda el Pazo de las flores?

Genara no contestó, cogió la flor que le tendía Leo con sus dedos de porcelana, pero la expresión de su cara apenas mudó.

—La familia Morán de Ulloa, ¿los recuerda?

Los ojos de Genara parpadearon un par de veces. Leo la tomó de la mano y le obligó a mirarlo. La fragilidad extrema de aquella mano le provocó un escalofrío de temor, el respeto por el ineludible paso del tiempo, la senectud hacia la que nos encaminamos sin remedio, el deterioro de la mente y de los cuerpos, la pusilánime mano de Genara eran un recordatorio de todo ello.

—¿Los recuerda, Genara? ¿Sabe qué ocurrió con ellos?

—Don Armando no se murió, era mentira.

Leo se sobresaltó con el sonido débil de su voz. Se incorporó de un salto y se puso de rodillas otra vez, justo enfrente.

—Dígame, Genara, ¿quién quería hacerles daño?, ¿por qué se llevaron a doña Eugenia y a los niños de la casa? ¿Lo sabe usted?

—Ay, no sé, no sé —la anciana comenzó a gemir—, mi niña estaba tan asustada, decía que se iban a marchar muy lejos, que él la estaba esperando..., la niña tenía una caja donde guardaba sus cositas, una cajita de plata. Era tan guapa, mi niña, me pidió que se la guardara...

—¿La niña?, ¿Ada tenía una caja? ¿O era María Eugenia? ¿De qué caja habla?

—Cuando vino aquel hombre malo me dijo que la escondiese hasta que ella regresara. ¿Ha

venido usted a buscar la caja? La dejé en su rincón preferido, donde a ella más le gustaba estar. Y después desapareció, se los llevaron a todos...

—¿En qué lugar dejó esa caja? Por favor, Genara, ¿sabe usted por qué se los llevaron? Ada ha vuelto a casa, pero está perdida y necesita saber lo que le ha ocurrido a su familia.

—Mi niña, mi niña María Eugenia. Le encantaba pintar, lo hacía muy bien, pintaba en el jardín, al lado de las camelias, ¿ha venido ella a verme?

—No, Genara, le hablo de Adelaida, la hija de María Eugenia. ¿Recuerda a la niña Adelaida?

—A mi niña le gustaban mucho las camelias...

No hubo manera de sacarle una palabra más, Genara rompió a llorar, emitiendo unos gemidos lastimeros como el maullido de un gato en celo. La monjita de la cara redonda se acercó corriendo y le regañó por haber exaltado tanto a la enferma. Leo se deshizo en disculpas, pero ella se alejó refunfuñando, empujando la silla de ruedas por el pasillo de grava, y no le permitió volver a dirigirse a la anciana.

Leo se quedó allí sentado un buen rato, pensando en las palabras de Genara. ¿Y si María Eugenia le había dado realmente una caja antes de desaparecer? Tendría que haberla escondido en algún lugar de la casa, aunque Ada y él habían recorrido cada rincón y no habían encontrado nada parecido. Lo más probable era que se tratase solo de un desvarío de vieja, la mujer no tenía una buena perspectiva del tiempo, quizás Genara se refería a cuando María Eugenia era pequeña, tal vez tenía una caja donde guardaba sus tesoros de niña.

Tenía que buscar una excusa para presentarse en Pazo de las flores y decirle a Ada que había logrado hablar con su vieja ama de llaves. Tal vez ella supiese de aquella caja de plata, así saldrían de dudas.

El abuelo le estaba esperando ya en la entrada, paseando por el recibidor con las manos en los bolsillos, y su rostro se iluminó con una sonrisa de alivio cuando le por fin Leo llegó a su lado.

—¿Qué tal tus amigos, abuelo? Has terminado pronto hoy.

—Vámonos a casa, hijo, estoy cansado.

Leo detectó una nota de desaliento en su voz. El abuelo se colgó de su brazo y lo empujó hacia la salida. Parecía tener prisa por abandonar el sanatorio.

—¿Has discutido con don Pelayo?, pareces abatido.

—No, Leo, Pelayo se ha retirado pronto, no estaba de humor, aguardaba la visita de su sobrino, pero hoy tampoco ha venido.

—Vaya, lo siento.

—Me ha pedido que no vuelva, que siempre le estoy recordando cosas del pasado, de cuando era un hombre de verdad. Dice que no necesita mi compasión.

—Vamos, abuelo, ya sabes que eso son delirios seniles, don Pelayo es tu amigo, en el fondo sabe que no vienes a compadecerlo, sino que te gusta compartir tu tiempo con él.

Leo le dio unos golpecitos en la manga de la chaqueta para darle ánimo y adaptó su paso al caminar tranquilo del hombre.

—Leo —el abuelo se detuvo en medio de la calle y le miró muy serio a los ojos—, prométeme que jamás iré a una residencia, que podré morir tranquilo en mi casa.

—No digas eso, hombre, sabes que yo cuidaré de ti siempre, en casa, en una residencia o debajo de un puente.

Leo sintió que su abuelo le apretaba ligeramente la mano en un gesto de agradecimiento y recibió con alivio su sonrisa. Era consciente de que su abuelo pensaba en que había llegado a una edad que, según las leyes de la vida, pronto se acercaría el final. Las visitas a la residencia de las Hermanitas de los Pobres le recordaban de continuo lo cerca que estaba el final de su ciclo, pero

era un hombre fuerte y sano, nada que ver con los ancianitos que paseaban renqueantes por los jardines del complejo.

Leo se estremeció al pensar en que cuando su abuelo faltase, él también se quedaría completamente solo, sin padres, hermanos, mujer o hijos que le acompañasen hasta el final de sus días. El recuerdo de Induma irrumpió de repente en su memoria, y con él, la certeza de todas aquellas experiencias que ya no podrían vivir juntos. Comprendió entonces el miedo que había embargado al abuelo al salir de la residencia; sin darse cuenta, aumentó la presión de sus dedos sobre el brazo que sostenía, hasta que se percató del color blanco que coronaba sus nudillos y se obligó a relajar el apretón.

En la puerta de casa les esperaba un mensajero, un muchacho de apenas quince años que hacía su reparto subido a una vieja bicicleta oxidada.

—Traigo un telegrama para el señor Leo Mendoza, de Madrid, revista *Nuevo Mundo*.

—Entra tú, abuelo, yo voy enseguida.

Leo firmó el recibo y le dio una pequeña propina. El chico se alejó silbando calle abajo, y Leo le siguió con la mirada hasta que desapareció al final de la calle. Abrió allí mismo el telegrama, sus ojos recorrieron a toda velocidad el escueto texto y su corazón dio un brinco de alegría, no pudo evitar una sonrisa de satisfacción.

El director de la revista *Nuevo Mundo* le hacía un nuevo encargo, un curioso trabajo que le otorgaba la excusa perfecta para poder acercarse hasta el Pazo de las flores y poder contarle a Ada que había logrado hablar con la vieja Genara. Tal vez ella podría confirmarle la existencia de aquella misteriosa caja de plata.

CAPÍTULO 34

La primavera parecía haber irrumpido de repente y con ella una explosión de luz y color que tiñó con matices de esperanza la vida que germinaba poco a poco en el Pazo de las flores. Ada aprovechaba cualquier excusa para salir al campo y alejarse de la asfixiante atmósfera que parecía rezumar su casa.

Todo había comenzado unos días atrás, con la visita de un mensajero que había traído un telegrama para su marido. Un jovencito pecoso que manejaba con precisión una vieja bicicleta oxidada y que sudaba profusamente después de haber subido la cuesta a toda velocidad.

—Ve a la cocina, muchacho, Alfonsa te dará un refresco.

—Gracias, señor. Que tengan un buen día.

Ada aguardó inquieta a que Néstor terminase de leer la escueta nota y asistió angustiada a la transformación de su rostro a medida que sus ojos recorrían aquellas pocas letras. Néstor la miró espantado, con los ojos desorbitados, negó con la cabeza, estrujó el papel en sus manos y lo arrojó con rabia al suelo a los pies de su esposa. Ada recogió la carta, la alisó y leyó atónita su contenido. Cuando levantó la vista, Néstor había desaparecido. Violeta se acercaba a ella con el niño en brazos, era hora de su paseo.

—¿Qué le has hecho? Violeta acaba de ver a Néstor corriendo escalera arriba. Se ha encerrado en su habitación.

—Yo no le he hecho nada, sus padres han respondido por fin a mi carta, lo han desheredado.

Violeta se enroscó un dedo alrededor de un mechón de pelo y tiró con suavidad.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Trabajar, Violeta, trabajar mucho.

Ada subió a la habitación en busca de Néstor, aquello trastocaba un poco sus planes, pero saldrían adelante, como siempre había hecho ella. La puerta estaba cerrada con llave. Llamó suavemente con los nudillos.

—¿Néstor?, abre, por favor.

Ada pegó la oreja a la puerta y escuchó sus lamentos, Néstor lloraba como un niño pequeño.

—Néstor, abre, lo superaremos. Cambiarán de idea, ya verás, eres su único hijo. Dales tiempo.

Ada pasó más de media hora esperando angustiada, sentada en el suelo, hasta que la puerta se abrió con lentitud. Entró apresurada en la habitación y sus ojos se abrieron de espanto ante la imagen que surgió ante ella como un escenario dantesco. Néstor estaba desnudo de cintura para arriba y la piel de su cuerpo colgaba en gruesas tiras sangrientas, en su mano sujetaba un pequeño látigo con las puntas de acero del que aún goteaban espesos gajos de carne desgarrada. Sus ojos la miraban vacíos de emoción, hinchados por las múltiples lágrimas derramadas.

—¿Qué has hecho?, madre mía.

Ada se abalanzó sobre él y le sacó el flagelador de las manos. Lo abrazó con intensidad, sin temor a hacerle daño en aquel cuerpo deshecho, porque la herida más profunda la llevaba en su interior. Lo consoló como si se tratase de un bebé, lavó y limpió sus heridas con cariño y se quedó a su lado hasta que cayó rendido en un sueño inquieto.

—Prométeme que no me dejarás nunca, mi Heidi, prométemelo.

Ella le perdonó que la llamase por aquel nombre que ya no era el suyo y le prometió que estaría siempre a su lado. Ada se compadecía de él, de su debilidad, de su carácter pusilánime, se hizo cargo sin dudar un instante de sus flaquezas igual que había hecho con Joaquín cuando eran

niños, pero es que Néstor no había tenido que luchar cada segundo de su vida por buscarse un sitio al que llegar, se lo habían dado todo hecho desde pequeño y ahora su caída era mucho mayor.

Néstor se empeñó a partir de entonces en mantener cerradas de forma permanente todas las puertas y ventanas de la casa, solo en la oscuridad se sentía a gusto, pero los gitanos nada sabían de sus tribulaciones y se tomaron a mal tanta desconfianza, pensando que Néstor no se fiaba de ellos por el asunto aquel del robo, lo que contribuyó a enturbiar la difícil relación que mantenían con aquel señor distante, eso a pesar de que Ada les aseguró que tan solo pretendían evitar que los insectos invadieran su casa.

Alfonsa dejaba la comida preparada para los señores antes de irse a comer con la gente de su clan, pero o bien le salía demasiado salada, o bien se le quemaba la carne, cuando antes sus comidas siempre habían resultado exquisitas. Ada trataba de quitarle importancia a aquellos pequeños detalles, pero la vida en el interior de la casa estaba comenzando a resultar agobiante. Néstor continuaba encerrado en sí mismo y Violeta la culpaba de no atender lo suficiente a su marido cuando Ada pretendía escabullirse al campo para supervisar los trabajos de la plantación.

—Para eso ya está Baldo, Violeta cree que deberías quedarte a su lado, él te necesita más que las viñas.

Pero Ada necesita luz y aire fresco, respirar el aroma de aquellas vides que iban resurgiendo de la tierra recién fertilizada. Había decidido continuar también con la tradición familiar y sembrar las plantas que faltaban en el jardín de su madre, once camelias blancas, una por cada año transcurrido desde que habían tenido que abandonar su casa.

Allí se la encontró Leo aquella mañana, acompañada por los juguetones cachorros que retozaban divertidos entre las flores. Ada tenía tierra en la mejilla, el cabello despeinado y vestía unos espantosos pantalones de sarga varias tallas más grandes que la suya. Leo la encontró preciosa.

—Hola —saludó desde lejos agitando los dos brazos.

Los perros se acercaron corriendo al recién llegado, exigiendo sus caricias. Ella se pasó la mano por el pelo y trató de componer su aspecto en la medida de lo posible. Hacía tantos días que no se veían, Ada preguntó azorada por el motivo de su presencia.

—¿Crees que los gitanos me dejarían tomarles unas fotografías?, debo hacer un reportaje — Leo se acercó caminando con las manos en los bolsillos, el blanco de su camisa contrastaba con el tono moreno de su piel y el sol arrancaba reflejos rojizos en la piel desnuda de sus antebrazos.

—La revista *Nuevo Mundo*, de Madrid, me pidió unas fotos relacionadas con la vida bohemia de los gitanos en Galicia. Es una casualidad que ellos estén acampados en las afueras del pazo. ¿Crees que les importará?

—Seguro que estarán encantados. ¡Mariola! —Ada gritó hacia la ventana de la cocina—. ¡Mariola, llama a tu madre! Vais a salir en una revista.

A los pocos minutos llegó Alfonsa, repeinada y con un mandil nuevo, seguida de cerca por su hija Mariola. Ada se quedó muda de asombro cuando vio llegar a la niña. Caminaba cabizbaja, con los ojos hinchados, enrojecidos por el llanto. Traía la cabeza completamente rasurada, sin rastro de la preciosa melena negra que hasta hacía poco descendía en gruesas hondas hasta su cintura.

—Mariola, ¿qué te ha pasado? Alfonsa, qué le ha ocurrido a tu hija...

Ada se levantó y se limpió la tierra de las manos en sus pantalones.

—Es la ley gitana, señora, *p'a* que no se le ocurra meter más la mano donde no debe. Los gitanos no nos robamos entre hermanos, ya se lo he dicho. A ver si el señorito Néstor se queda tranquilo.

—Yo no he sido... yo no he sido —lloraba la pequeña.

Ada se acercó a ella y la abrazó con ternura. El revólver no había aparecido, pero estaba casi segura de la inocencia de Mariola. No sabía si emocionarse porque Alfonso la consideraba un miembro más de su familia o enojarse por la atrocidad que había cometido con la pequeña. Optó por guardarse su opinión, al fin y al cabo, sabía que ellos tenían sus propias leyes y costumbres, y no había nada que ella pudiera decir para cambiar la situación.

—Lo sé, mi niña, no te preocupes, volverá a crecer pronto, ya lo verás.

El asunto de la pistola había desvelado sus últimas noches; Ada había llegado a la extraña conclusión de que había sido el propio Néstor quien había hecho desaparecer el arma en su afán de deshacerse de los gitanos, a quienes no soportaba ver cerca. Temía que eso fuera cierto, porque ahora mismo él no se encontraba en sus cabales como para tener un arma a mano.

Pronto el clan al completo se reunió en el patio como por arte de magia, sin que nadie hubiera emitido una orden determinada, parecían encantados con la novedad de participar en el reportaje de Leo. Baldo apareció al cabo de una media hora, desconcertado porque todos sus obreros habían desaparecido de la viña.

—¿Qué estáis haciendo, gandules? ¡Venga, a trabajar!

Pero ninguno de ellos se movió un ápice. Leo trataba de mantener la composición de una fotografía en la que cupieran todos los gitanos. El patriarca en el centro, con su puro, su bastón y su sombrero de cuero bien enquistado en la cabeza; Alfonso a su lado, los niños sentados en el suelo y el resto de la familia completando el semicírculo. A Mariola la enviaron a la parte de atrás, para que nadie pudiera advertir su deshonra.

Violeta se asomó también al jardín al escuchar la voz enojada de Baldo, y se quedó para observar el curioso evento.

—Violeta, ve a buscar a Mateo para la foto de la familia —sugirió Ada con voz queda para no interrumpir la concentración del fotógrafo.

—No, al niño no —dijo Alfonso —saldrá raro con esas ropas tan extrañas que le ponéis, estamos mejor así.

Baldo resopló furioso por aquella injerencia en la jornada y Violeta aprovechó para ofrecerle un refrigerio hasta que la sesión terminase y charlar un rato a solas con él. Ada aguardó a que Leo finalizara su trabajo sentada en una roca en lo más alto de la colina. Se puso de cara al viento, cerró los ojos y se dejó acunar por el aire limpio de la mañana. Se sentía dichosa, la presencia de Leo había iluminado el sofocante día que se había iniciado, cómo no, con una discusión marital a causa de la puerta abierta del balcón de su cuarto.

Los gitanos fueron regresando al trabajo poco a poco, y Leo se quedó solo. Divisó la imagen de Ada a su izquierda, una figura solitaria recortada a contraluz. Fijó su objetivo y encuadró su rostro sereno, hermoso.

Ella se giró y le ofreció una sonrisa generosa, resplandeciente, y él disparó una, dos y tres veces, queriendo atrapar su melancolía en el interior del pequeño cajón de la Leica.

Se acercó hasta donde ella aguardaba.

—Tengo algo que contarte, he ido a ver a la vieja Genara.

Leo le relató brevemente su visita a la residencia, temiendo que de un momento a otro apareciese el señor Oliveira para interrumpir su conversación. Ada no sabía nada de ninguna caja, jamás la había visto en su casa, ni tampoco conocía su existencia. Leo observó que Violeta los estudiaba de lejos, con el niño en brazos y una mueca de disgusto en su rostro. Decidió con pesar que era hora de irse.

—Voy a terminar con unos paisajes un poco más abajo, en el río, ¿se puede bajar por aquí? —

Leo señaló los caminos retorcidos que descendían colina abajo entre las vigorosas cepas en flor —, tal vez no sea correcto que nos quedemos aquí solos tanto tiempo.

—Claro, te acompaño, hace un día estupendo. Aprovecharé para refrescar a los perros en la alberca.

Leo miró hacia la casa indeciso.

—¿Estás segura?, ¿no avisas a nadie?

—No hay nadie a quien le pueda importar. ¡Amelie!, ¡Marcel!, ¡vamos! —Ada emitió un potente silbido para llamar a los perros, que acudieron raudos para disfrutar de su paseo.

Caminaron despacio, disfrutando del cálido abrazo del sol matutino, esquivando la presencia de los trabajadores, que se afanaban en la viña.

—¿Qué tal tu nueva vida?, ¿es cómo te la habías imaginado?

—Estoy contenta por haber regresado a casa —Ada no quiso enturbiar el momento contándole los avatares de su vida con Néstor—. Los gitanos me han ayudado mucho, quién lo diría, ¿no?

Ada le contó el episodio del robo y que no habían podido hallar al culpable, aunque omitió revelarse sus sospechas acerca de su marido.

—¿Seguro que no han sido ellos? —Leo señaló con la cabeza a los hombres sudorosos con los que se iban cruzando.

—No sé, Leo, no lo creo, Alfonsa no deja que ninguno se acerque demasiado a la casa y Mariola... ¿para qué necesitaría una niña un revólver? Néstor registró las caravanas y no encontró nada.

—¿Y el capataz?

—¿Baldo? —Ada se detuvo un instante—. No, no creo, parece un buen muchacho, un poco callado quizás, pero eso no lo convierte en maleante.

—El otro día le vi en la oficina de correos, me pareció un poco siniestro —bromeó Leo abriendo mucho los ojos en una graciosa mueca.

—Es un buen capataz, los gitanos lo respetan, no necesitaría un arma para hacerse valer.

—Pues solo queda Violeta.

Ada rompió a reír. ¿Su Violeta?, no. Prefería creer que quizás Néstor le había querido dar una lección por confiar demasiado en la raza calé y había hecho desaparecer el pequeño revólver como escarmiento. Cualquiera día de estos aparecía sin más. Estaba segura.

Leo fotografió sin descanso las sinuosas curvas del río descendiendo entre las montañas. Era un paisaje increíble. Se detuvieron en un pequeño saliente de roca, bajo la sombra de una acacia, y se sentaron a disfrutar de las generosas vistas.

—Hoy hace un año de todo aquello ¿sabes?, no puedo evitar pensar en Induma cada vez que me encuentro en un lugar tan elevado, me da miedo mirar hacia abajo. Ya sé que es una tontería, pero ya ves, creo que he enfermado de vértigo —Leo le dedicó una sonrisa triste.

—Lo siento, Leo, has perdido mucho en muy poco tiempo, tu prometida, tu padre, es muy duro, pero te aseguro que el tiempo acabará limando las escarpaduras del dolor.

— Tú lo has superado, has logrado vencer tus pesares.

Ada cogió la mano de Leo y la apretó con afecto. Sí, ella había luchado por superar las adversidades que le había deparado la vida, pero el peaje que había pagado era demasiado alto. El paso del tiempo sin duda había limado las asperezas de sus heridas, pero la piedra de amargura que había dejado después pesaba como una losa en su interior. Había sobrevivido, sí, pero a qué precio.

La luz del atardecer despertaba reflejos dorados en el cabello de Ada, y la iluminaba como una estampa perfecta. Leo la fotografió hasta terminar el carrete de la máquina. Era ariscamente

hermosa, tan bonita como aquel paisaje escarpado que los rodeaba a ambos.

CAPÍTULO 35

Ada aprovechó que Néstor por fin había accedido a visitar a sus amigos en la pensión de Dorita para acompañarle a la ciudad y echar unas cartas al correo para Joaquín. Su hermano le contaba en su última misiva que estaba listo para regresar a Monforte, tenía previsto vender la casa de Abelardo, cargada de recuerdos asfixiantes, y destinar parte del dinero para contribuir al renacimiento de la bodega. Ada había convencido a Néstor de que una vez que terminasen la cosecha necesitarían de los consejos del anterior bodeguero para la comercialización del vino, era el momento perfecto para devolverle a su lugar de origen.

Violeta había preferido quedarse en el pazo con Mateo, que estaba un poco resfriado, aunque Ada sospechó que más bien se trataba de quedarse cerca de Baldo. A Ada no le gustaba demasiado la estrecha amistad que la joven mantenía con el capataz, y había intentado alejarles, encomendando a Violeta más tareas en la casa, pero ella siempre lograba encontrar la manera de acercarse a él, quien parecía corresponder a sus atenciones con entusiasmo.

Ahora que los gitanos habían anunciado que pronto se marcharían, Violeta encontraba gran consuelo en aquellos encuentros asiduos con Baldo. Aprovechaba cualquier oportunidad para salir de la casa para ofrecerle un vaso de agua o llevarle un pedazo de pan. La noche en que Alfonsa comunicó oficialmente la decisión de partir hacia el sur ahora que habían cesado las heladas, Violeta sintió que se ahogaba de angustia. En cuanto Mateo se quedó dormido en su cuna salió al patio, deseando encontrarse con el capataz, que acostumbraba a fumar un cigarro entre los naranjos antes de retirarse a dormir.

Olió su tabaco antes de verle acostado en la hamaca que había colgado convenientemente entre dos ramas. Se acercó despacio para no derramar el humeante líquido de las tazas que traía entre las manos.

—Hola, Violeta trae té, ¿te apetece?

—Claro, muchas gracias. Ven, siéntate aquí conmigo.

Baldo se incorporó y sostuvo las tazas mientras Violeta se acomodaba a su lado en la hamaca. La holgada tela les obligaba a sentarse muy juntos, Violeta sintió el calor de la pierna de Baldo a través del fino tejido de su falda y agradeció la oscuridad de esa noche colmada de estrellas.

Aquella cálida intimidad logró sosegar su corazón, la presencia callada de Baldo le dio fuerzas para confesarle sus temores, hablar de lo que significaba el bebé para ella y de lo mucho que lo iba a echar de menos. También se explayó sobre lo poco que Ada se consideraba de su marido, Néstor ya no era aquel muchacho alegre y desenfadado que las visitaba en El Farolillo Rojo, se había convertido en un hombre amargado que refunfuñaba a todas horas y protestaba hasta por el ladrido de los perros en la distancia. Él la escuchó sin interrumpirla, bebiéndose el té en pequeños sorbitos.

Al cabo de un rato ambos se sumergieron en un agradable instante de silencio, disfrutando de la calma serena que había traído la noche. Había llovido por la tarde y las gotas de lluvia multiplicaban los rayos de luna sobre las nacientes hojas de las camelias, ofreciendo un magnífico espectáculo.

—Parece un campo de diamantes —le dijo Baldo al oído—, me gustaría poder ofrecértelos todos, Violeta. Eres la mujer más bonita que he conocido nunca.

Ella se ruborizó, había esperado aquel momento con vehemencia; a pesar de haberse criado en un prostíbulo no había tenido jamás contacto carnal con ningún hombre, nada aparte de aquellos

incómodos pellizcos en las nalgas o un súbito y fugaz apretón en sus senos nacientes de algún cliente descarado.

Baldo la besó con ternura y en el interior de Violeta estallaron todos aquellos millones de diamantes iluminándola por entero. Ella se sintió la mujer más feliz de la Tierra, y ni la marcha de los gitanos ni la pronta ausencia de Mateo lograron apagar por un instante la súbita felicidad que la embargó.

—¿Hace mucho que conoces a la señora Oliveira? —preguntó él al cabo de un rato.

Las preguntas de Baldo no le parecieron extrañas, se dejó interrogar por su voraz interlocutor, con la falsa ilusión de que quería conocerlo todo acerca ella y de su vida pasada. Violeta le contó sobre su vida en Compostela, le habló de El Farolillo Rojo, de Viviana, de Joaquín, de su profunda amistad con Ada y de aquel suceso escandaloso que casi había terminado con la vida de su amiga y del que le quedaba apenas el recuerdo de una cicatriz en la blancura de su cuello.

Baldo ató cabos y confirmó sus sospechas, preguntó sobre los hábitos de los dueños de la casa, sobre su privacidad, husmeó en la intimidad de la persona a la que había venido a buscar desde una tierra lejana, buscando la manera de introducirse en su vida y cobrarse justicia por aquella otra que un día alguien le había robado a él. Y Violeta habló, sin sospechar que con cada palabra que decía, iba echando una palada más de tierra en la tumba que aquel hombre cercano acababa de abrir para su amiga del alma.

Ada no acababa de confiar en Baldo, y mientras caminaba hacia la ciudad, iba reflexionando sobre ello, no estaba segura de si él había reconocido en ella a la hija del hombre que habían acusado de matar a su hermano; a veces le parecía encontrar un destello de inquina en su mirada, lo que empañaba por un instante la increíble belleza de sus rasgos. No era nada concreto, él siempre se comportaba con corrección en su presencia, pero había ocasiones en que la frialdad que hallaba en sus ojos azules le provocaba un vibrante malestar.

Lo había notado por primera vez en la viña mientras revisaba los trabajos de poda que habían estado haciendo los gitanos. Sintió la presencia del capataz detrás de ella, olió el aroma dulce de su tabaco y la esencia acre de su sudor. Notó su respiración muy cerca de su nuca y se giró con celeridad para encontrarse con aquella mirada inicua enquistada en sus ojos. Después él sonrió, como si nada hubiera pasado.

Volvió a toparse con aquella mirada muchas otras veces, a solas en el jardín de las camelias, a través de los cristales de la cocina, incluso podía sentirla cuando pasaba por delante del cobertizo donde él dormía, a través de las tablas flojas de madera que conformaban la pared.

No es que le diera miedo, pero sí sentía un profundo malestar. Nada de eso le contaba a su hermano Joaquín en su larga misiva para no preocuparlo, aunque sí le expresaba su inmenso afecto y lo muchísimo que lo echaba de menos. Llevaba la carta escondida desde hacía días en el escote de su vestido, así que su corazón estalló de dicha al convencer por fin a su marido de la conveniencia de mantener a sus amistades y alejarse un poco de aquellos gitanos que tanto le molestaban, eso significaba al menos dos horas de completa libertad en la capital monfortina.

—Iré a ver a la modista, Mateo necesita ropa nueva y he pensado en encargarme también algo para Violeta y para mí. Te traeré un sombrero, amor.

—De acuerdo, no tardes, no quiero tener que esperarte.

Depositó un fugaz beso en su mejilla y se despidió de él a la salida del puente viejo, muy cerca de El Gallo Cojo. Ada apartó el ligero chal de cubría sus hombros para absorber con entusiasmo el calor del sol en su rostro y en su cuello, justo a la salida de la oficina de correos. Suspiró hondo y cerró los ojos un instante; sabía adónde debía dirigirse, hacía varios días que no se veía con Leo y tenía muchas cosas que contarle.

El sonido de sus tacones resonaba en las calles desiertas de Monforte, todavía era temprano, los comercios apenas comenzaban a abrir sus puertas y no había demasiados transeúntes que entorpecieran su paseo. Se paró en un escaparate de moda masculina, observó los sombreros expuestos y decidió que a la vuelta se llevaría el de fieltro marrón, ceñido con una magnífica cinta de terciopelo azul.

Observó su reflejo en el cristal y sonrió. Aquel vestido amarillo con pequeños lunares negros le sentaba estupendamente, el ligero chal de seda cubría lo justo el nacimiento de sus senos, los zapatos de tacón estilizaban sus piernas y el bolsito que sostenía en la mano derecha le confería una coqueta elegancia.

Las marcadas ondas de su cabello cubrían por completo la fea cicatriz del cuello, se mordió los labios para otorgarles un tono más vivo y aceleró el paso hasta llegar a la última casa de la calle, donde residía el fotógrafo con su abuelo y a la vez despachaba su negocio en un acogedor y discreto local.

La casa hacía esquina, era de dos plantas, con la fachada de piedra gris y el tejado de pizarra. Las jambas de las ventanas estaban decoradas con modillones de piedra y motivos florales, lo que le conferían cierto aire señorial. Un pequeño cartel de madera colgaba a modo de banderilla sobre la puerta. “Leo Mendoza, fotógrafo”.

Ada miró a través del cristal antes de atreverse a abrir la puerta. El local no era muy grande, tenía las paredes pintadas de azul intenso, salpicadas con multitud de fotografías que contrastaban en sus tonos grises con la pared colorida; imágenes de la ciudad de Monforte, de bosques solitarios, lavanderas con sus prendas al sol, la sonrisa sincera de un niño o la soledad imposible de un perro abandonado en el campo.

Se ruborizó al descubrir una pequeña imagen con su rostro justo encima del mostrador y se sorprendió con una impactante imagen del Pazo de las flores que ocupaba una parte considerable de la pared frontal; irradiaba una gran energía, casi podía sentirse el estallido de las flores de su fachada y la inquieta presencia de miles de mariposas estáticas que parecían revolotear con impaciencia a su alrededor. Era extremadamente bello, hermoso y sobrecogedor.

Accionó el picaporte emocionada y sonó un ruido de campanillas, escuchó la voz lejana de un hombre que rogaba unos segundos de espera y un instante después apareció Leo, recién afeitado, que inundó con su fresco aroma la pequeña habitación. Leyó sorpresa en su rostro y después una evidente alegría.

—¡Ada!, te ruego que entres, por favor, estaba tomando un café con mi abuelo. Ven, le encantará conocerte.

Ella se acercó indecisa, pensó que encontraría a Leo solo, no contaba con la presencia de un anciano como testigo de sus anheladas conversaciones. Aun así, entró con paso firme en la casa por una pequeña puerta lateral. Si esperaba encontrarse a un frágil viejecito envuelto en su manta de cuadros sentado en un sillón orejero al lado de la chimenea, la realidad la desconcertó.

Gerardo Mendoza era todo un caballero. A pesar de que bien rondaba los ochenta, presentaba un cuerpo erguido y bien proporcionado, vestía con innegable elegancia un traje oscuro, con su corbata de rayas y un pañuelo de seda en el bolsillo de la chaqueta. Se encontraba de pie, al lado de la ventana, y sostenía con firmeza un platillo de porcelana y una taza de café. Tenía un cierto parecido con su nieto, la misma tez morena, los ojos negros y brillantes y un poblado bigote blanco, impecablemente recortado. Dejó la taza en una mesita y se acercó a ella con su sonrisa afable y la mano extendida, regalando una calurosa bienvenida.

—Tenía muchas ganas de conocerla, señora Oliveira, he oído hablar de usted.

Ada enrojó ligeramente, la voz de don Gerardo era suave y armónica, y su amabilidad,

incontestable. Le besó la mano con sutileza, honrándola con su distinción.

—Leo me ha contado que su casa ha vuelto a florecer —regresó a la ventana para terminarse su café—, y lo digo con doble intención, pues ya es hermosa de por sí en esta época, y más lo será con su presencia.

Ada le agradeció el cumplido con una sonrisa. Cogió la taza que le extendía Leo y se acomodó en un sillón de cuero, cerca del abuelo.

—¿Se espera una buena cosecha este año? —le preguntó él curioso—. He oído que piensa comercializar el vino de la finca. Yo podría ayudarle si lo desea, tengo buenos contactos.

—Entonces no dudaré en acudir a usted cuando llegue la hora, don Gerardo, estoy segura de que me servirá de gran ayuda. Lo cierto es que me preocupaba un poco ese tema, no tengo mucha experiencia al respecto.

Charlaron durante un rato de asuntos banales, comentaron las fotografías del estudio de Leo, hablaron de las cualidades de un buen vino y de lo agradable que resultaba tomarlo en la compañía adecuada. Hasta que sonó el timbre de la puerta principal.

—Abuelo, el cochero está esperando.

—Disculpe, señora, debo marcharme, todavía quedan varias cuestiones que solucionar respecto de la muerte de Leonardo, un padre jamás debería sobrevivir a su hijo.

Don Gerardo dejó la taza en la mesita y le tendió la mano.

—Ha sido un placer conocerla, espero que no olvide mi ofrecimiento.

—No lo olvidaré, descuide.

Leo acompañó a su abuelo a la puerta y regresó de inmediato al salón.

—Me alegro de que hayas venido, ¿va todo bien?

La conversación se tornó un poco más íntima ahora que se encontraban a solas. Leo era la única persona con la que Ada podía hablar con total libertad. Le contó las novedades del pazo y le habló de Baldo, de sus recelos, de lo poco que le gustaba tenerlo tan cerca de ella. Temía que Baldo guardara algún resquemor en contra de ella si descubría quién era en realidad. Leo había oído que el hermano del muchacho fallecido se había marchado de Monforte y no había regresado hasta entonces.

—¿Estás segura de que es él?, ¿por qué habría de volver aquí después de tantos años?

—El me confesó que era hijo del capataz de mi padre, recuerdo sus ojos, ambos hermanos los tenían muy azules. Es él, sin duda.

—¿Ha dicho algo de lo que le ocurrió a Serafín?

—No, Violeta dice que no habla de su familia, a pesar de que se han hecho muy amigos. Le gusta escuchar, pero no habla mucho acerca de su vida. Prácticamente no sabemos nada de él. Creo que no sabe quién soy.

—Es mejor así, de ese modo quizás puedas sonsacarle algo. Cuando se confíe, tal vez puedas descubrir lo que sucedió aquel día entre tu padre y su hermano.

Ella reflexionó unos segundos.

—No sé, no quiero que se quede en el pazo, le despediré tan pronto como encuentre a alguien que lo sustituya.

El silencio se apoderó de ellos por un instante, Leo tenía miedo de hacer aquella pregunta que deseaba plantearle desde que se habían conocido.

—¿Tienes miedo de que sea cierto lo que se dice de tu padre...?

Ella calló, ya no sabía lo que pensar. Había pasado tanto tiempo deseando conocer la verdad..., pero..., ¿y si realmente su padre había matado a aquel niño y después había huido? ¿Quería saberlo?

Ada se terminó su café con lentitud, no tenía respuesta para aquella pregunta.

—Por cierto —le dijo acometiendo por fin el tema que le había llevado hasta allí—, he pensado que tal vez te gustaría venir a la fiesta de despedida que celebran esta tarde los gitanos, se marchan mañana por fin. Podrías sacar unas fotos muy bonitas para completar el trabajo de la revista.

—Suenan muy bien, pasaré sobre las siete cuando termine aquí, si te parece bien.

Ada miró su pequeño reloj de pulsera y se levantó con rapidez del sillón.

—Tengo que irme, debo hacer unas compras y Néstor estará esperándome.

Se detuvo unos instantes y le miró directamente a los ojos.

—Te esperamos, a las siete.

Leo asintió con una gran sonrisa, no se lo perdería por nada del mundo.

Néstor estaba de buen humor, había ganado una buena mano a las cartas y no se enfadó por el leve retraso de su esposa. Además, Dorita le había regalado una buena provisión de orujo para llenar sus tardes. Regresaron a casa caminando, disfrutando de la temperatura agradable y de los olores frescos del campo.

—¿Recuerdas cuando llegamos a Monforte? —preguntó él melancólico—, encontramos la casa en un estado lamentable. He logrado algo muy grande, mi padre tendría que estar orgulloso de mí.

—Seguro que lo estará, cuando se dé cuenta, algún día, del hijo tan maravilloso que tiene.

—Cuando logremos vender todo nuestro vino le escribiré para reprocharle que no necesitamos su dinero, para que vea que soy capaz de llevar mi propia casa y mantener a mi familia —la lengua de Néstor tropezaba un poco al hablar, seguro que aquella mañana se habrían terminado las reservas de licor de Dorita.

Ella sonrió displicente, Néstor se había dedicado a divertirse mientras ella se ocupaba de todo el trabajo del pazo. Le dejó hablar, no tenía ganas de discutir, solo quería que el tiempo pasase de prisa para que llegara la tarde, para disfrutar de la fiesta gitana, para volver a encontrarse con Leo y deleitarse con su conversación.

Los gitanos habían decorado el camino que llevaba hasta la casa con luces y cintas de colores. Colocaron los carros en círculo y justo en medio habían preparado una gran hoguera. La música de las guitarras rompió el silencio de la tarde apenas el sol desapareció tras las montañas.

Néstor se quedó en la casa, por nada del mundo consentiría en mezclarse con los gitanos, aunque tampoco puso objeción a que su mujer acudiera a la fiesta en compañía de la joven Violeta. Al fin se desharía de aquella chusma. Abrió una botella de su mejor vino y se acomodó con desgana al lado de la chimenea.

Ada le había regalado un libro muy apropiado para aquella noche, *Divinas palabras*, de Ramón María del Valle Inclán. Néstor lo cogió entre sus manos y lo ojeó con desidia. Cuando irrumpió el sonido de las guitarras cañís, abrió el libro por la primera página y empezó a leer.

Al cabo de unas pocas páginas cerró el volumen disgustado, la historia de aquel niño enano a quien su familia exponía en las ferias para conseguir dinero le resultaba demasiado grotesca para su gusto. Lo dejó en el suelo, al lado del sillón y sacó de su pechera un pequeño libro marrón, con las solapas decoradas con filigranas de oro. Tomó un sorbo de vino y suspiró satisfecho. Las palabras de la Sagrada Biblia eran sin duda más merecedoras de su atención que las extravagancias de aquel excéntrico escritor arousano.

El amor es paciente, es bondadoso. No tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece. No hace nada indebido, no es egoísta, no se irrita, no guarda rencor. —1 Corintios 13:4—5.

Néstor suspiró satisfecho, se sentía generoso por haber dejado que su mujer acudiese a la fiesta sola. Ada no podría reprocharle nada, se consideraba el esposo perfecto, aquel que había renunciado a la magnanimidad de unos padres para casarse con una prostituta, aquel que no se enoja por los actos de la esposa, que no cuestiona sus voluntades. La había dejado hacer y deshacer a su antojo desde que habían llegado a la casa, ¿qué más se podía esperar de un marido inmejorable?

Ada y Violeta fueron recibidas con todos los honores por los gitanos, como si fueran auténticos miembros de su familia; ambas mujeres se dejaron agasajar por las niñas y niños que las rodeaban, les regalaron pulseras, pañuelos, amuletos, dulces... compartieron canciones y bailes alrededor de la hoguera con Alfonsa y su gente y se prometieron amistad eterna.

Los gitanos celebraban que Néstor no hubiera acudido a la fiesta, no haría más que refunfuñar y criticar todas sus costumbres, además, la señora se mostraba mucho más desinhibida sin su presencia, incluso se había atrevido a bailar con Alfonsa una bulería, con la falda remangada y el cabello revuelto, que Néstor seguro no aprobaría.

A esas alturas Ada estaba completamente segura de que ni Mariola ni ningún otro miembro de su clan habían sustraído nada de su casa. Confiaba en ellos sin reserva, pues así se lo habían demostrado con su trabajo y buen hacer.

Ada gozó como nunca entre aquella gente lisonjera, y más aún cuando por fin apareció Leo con su cámara colgada al cuello y una gran sonrisa en los labios. Ada apenas se dio cuenta de la desaparición de Violeta, que marchó del brazo del capataz hacia un lugar mucho más íntimo sin despedirse de nadie, bajo la complicidad de la luna.

La noche se le tornó mágica, Ada se sentía libre entre los gitanos, parecía hallarse en un mundo aparte, muy lejos de la triste realidad de su vida. Se encontraba de nuevo en casa, Néstor no existía, Santiago de Compostela quedaba muy lejos. Ada solo tenía la certeza del presente, sintió los dedos de Leo que descendían amorosamente por el costurón de su cuello y borran con ternura las cicatrices del pasado.

—Hoy estás hermosa, tienes un brillo especial en los ojos.

—Te agradezco mucho que hayas venido, Leo, solo a tu lado puedo ser yo misma. Estoy harta de fingir todo el tiempo, con Néstor, con Baldo, con Violeta...

Leo acarició su mejilla y le apartó el pelo de la cara con suavidad.

—¿Me dejas que te tome una fotografía? —Leo se incorporó y sacó su Leica de la funda. Se puso de rodillas delante de ella, tomó en su mano izquierda la cajita de tiras de magnesio necesarias para poder hacer la foto nocturna y enfocó el rostro de Ada.

Ella se sentó sobre sus rodillas también, elevó un poco la cabeza y le dedicó un beso. Flash. El flogonazo del magnesio sorprendió a Ada que se cayó hacia atrás y se quedó recostada sobre la hierba. Leo dejó a un lado su cámara y se colocó sobre ella, absorbiendo su mirada con un deseo intenso.

Y allí mismo, bajo el calor de la hoguera, el abrazo de la música y la protección de aquella comunidad ambulante, se dejó besar por primera vez por el único hombre que logró despertar un verdadero sentimiento amoroso de su corazón pétreo.

Dejó que sus labios se perdieran en la humedad de la boca de Leo, en aquellos besos que, sentía, ahora eran solo para ella. Saboreó su aliento cálido, se deleitó con las caricias nerviosas de sus dedos expertos y supo lo que era sentirse, por un instante, la mujer más dichosa del universo.

Capítulo 36

Baldo se despertó sudando, la maldita pesadilla había vuelto. Se levantó impaciente del camastro intentando sacudirse las agujas del sueño y encendió un cigarro. Las contraventanas que Ada había ordenado instalar en la pequeña apertura de la pared se habían cerrado con el viento y no podía sentir la brisa nocturna en el rostro, seguro que había sido esa la causa de su delirio.

Corrió a abrir los postigos de madera y dejó que el aire frío acariciara su rostro. Inspiró un par de veces, con lenta intensidad, y por fin respiró tranquilo. Su corazón se normalizó y poco a poco fue dejando que los recuerdos del mal sueño se diluyeran en el olvido. Estaba solo en el cobertizo, solo y libre, podía ir adonde quisiera, la ventana estaba abierta, solo tenía que saltar y perderse en la oscuridad de la noche. No había nada que temer.

Dio una calada profunda a su cigarro y expulsó el humo con lentitud. Era un buen momento para poner en marcha su plan, en el cielo no lucían estrellas y la luna estaba oculta bajo una gruesa envoltura de nubes. Cogió la caja de madera que guardaba bajo el camastro y comprobó su contenido. A simple vista se trataba de un puñado de sarmientos viejos, ulcerados y descompuestos, pero que albergaban en su interior los efectos devastadores de una anhelada venganza.

Rebuscó entre las ramas el pequeño revolver que había sustraído del cuarto de la señora, un arma convenientemente pequeña que ella mantenía oculta en el cajón de la ropa interior. Baldo había registrado en varias ocasiones las pertenencias de Ada, siempre aprovechando los largos paseos que acostumbraba a dar por las tardes tras asegurarse que no quedaba nadie en la casa; necesitaba conocerla a fondo para poder llevar a cabo su plan.

Metió el arma en la cinturilla trasera del pantalón, consciente de la peligrosidad que entrañaba su misión, y salió al exterior del cobertizo completamente a oscuras. Emitió un ligero silbido de reconocimiento para que los perros no se alertaran y avanzó con el contenido mortal de la caja hasta los confines de la finca. Conocía bien el terreno, cada piedra, cada surco, cada recodo del accidentado camino entre las vides. Con la ayuda de una pala pequeña horadó la tierra que con tanto mimo había cuidado durante los últimos meses y dejó que las larvas de Filoxera se hundieran con eficacia en su seno.

El pulgón se reproduciría con rapidez y todas aquellas viñas lujuriantes se irían marchitando poco a poco; para cuando Ada quisiera darse cuenta de que una plaga assolaba su plantación, ya nada podría hacer para recuperar sus magníficas viñas y en pocos meses se encontraría en la ruina más absoluta.

Su terreno no valdría nada, su vino no sería viable, y una pequeña parte de su codiciada venganza estaría por fin culminada. Baldo sabía que con aquella acción estaba poniendo en peligro no solo la hacienda de los Oliveira, sino también la producción de toda la comarca.

Su padre le había hablado de la gran plaga que habían sufrido los viñedos en España y Francia a finales del siglo pasado, una muerte lenta y prácticamente indetectable hasta que ya era demasiado tarde, una peste demoledora que solo se curaba con la destrucción de todas las cepas afectadas y la sustitución por otras, más resistentes al pulgón letal.

No le importaba, acabaría con la familia Morán de Ulloa poco a poco, como un cáncer que le fuera sorbiendo la vida desde dentro, les quitaría todo lo que tenían, como un día también le habían hecho a él. Una vez que los Oliveira se encontraran en la ruina más absoluta tendrían que marcharse de Monforte, y entonces el pazo estaría a su merced. Ese era el principio de su

escarmiento, acabar con el viñedo, acabar con la familia, y recuperar aquel pazo que le correspondía como resarcimiento de lo que habían hecho con su hermano pequeño.

Baldo tenía grandes planes para la que consideraba su hacienda, la viticultura estaba obsoleta, tenía en mente iniciar una gran plantación de olivos, centenares de árboles que podrían nutrirse de las cepas en descomposición y generar una gran producción de aceite. Conocía bien el negocio, puesto que a él se dedicaba en sus tierras andaluzas, él sabría arrancarle a aquella tierra árida las olivas más sabrosas que darían lugar al comienzo de un grandioso proyecto empresarial.

Consideraba a la familia Morán de Ulloa culpable de sus múltiples desdichas. El pequeño Serafin había fallecido aplastado por un tractor recién importado de Francia, una máquina infernal que, decían, araba él solo la tierra y funcionaba con un enorme motor de vapor.

Don Armando era la única persona que sabía manejar el tractor, el resto del personal lo tenía prohibido. El dueño había explicado a la policía que los frenos se habían soltado solos mientras el vehículo se encontraba aparcado, cogiendo al niño desprevenido, que todo había sido un accidente. Mentira.

Había prometido una jugosa indemnización a cambio de que se olvidara lo ocurrido. Mentira. El señor Perales no se conformó. Declaró a la policía que el motor estaba caliente tras el suceso y el freno echado, por lo que dedujo que su patrón había mentido, que era él quien había manipulado el tractor, que el niño había muerto por su negligencia. Juró que don Armando acabaría sus días en la cárcel por ello.

Pero nada de eso sucedió, antes de que pudiera llevarse a cabo el juicio, la señora de la casa dio a conocer la noticia de que el señor había fallecido repentinamente durante un viaje a Francia y celebró un funeral apresurado después de un corto velatorio donde amigos y familiares presentaron sus respetos a una caja cerrada porque según la viuda, su marido había quedado muy desfigurado y no lo podía mostrar.

Sin acusado no había juicio, así eran las leyes, pero Baldomero Perales sabía que don Armando no estaba en aquella caja dorada coronada de flores a la que sus allegados lloraban sobre una mesa del salón. La señora y aquel notario amigo de la familia se habían reunido pocos días antes en el despacho de don Armando y Baldomero había escuchado su conversación entrecortada.

—Hasta ahora lo has hecho muy bien. Recoge tus cosas y las de los niños cuanto antes, Armando os estará esperando en... Tienes que darte prisa, yo liquidaré vuestros... Si se celebrase el juicio podría declarársele culpable y Armando se enfrentaría a la pena de...

—Pero yo no quiero perder mi casa, mis...

—Allí podréis empezar de nuevo, ¿quieres a tu esposo, Eugenia?, no hay otra solución. Tendrás que hacer lo que te digo.

La familia del niño se quedó pues sin dinero ni justicia, pero aquel padre abnegado inició una peregrinación en pos de don Eugenio Montero Ríos, ministro de Gracia y Justicia del rey demandando su actuación. El capataz había perseguido al ministro desde su residencia de Lourizán, en Pontevedra, hasta Santiago de Compostela, adonde había ido de visita a casa de su yerno, el conde de San Juan.

Si había alguien en el mundo que pudiera ayudarle a obtener justicia por la muerte de su hijo era el señor Montero, cuyas manos podían llegar a las cuatro esquinas de la comunidad gallega a través de hijos y yernos que ostentaban los máximos poderes en la política local. Baldomero había escuchado múltiples historias, casos perdidos en los que él había intervenido, y se valió de la confianza que aún le guardaban sus antiguos y poderosos patronos para llegar hasta él.

El señor Perales juró y perjuró al ministro que la esposa de don Armando había celebrado un

falso entierro y que el cobarde de su marido vagaba libre por algún punto de la geografía española.

—Sin pruebas no puedo hacer nada, estimado amigo, hay un certificado de defunción rubricado por un afamado médico que asegura su fallecimiento.

—Ese médico es el padre del notario del cual le he hablado, ¿no lo ve?, ni siquiera han comprobado si el certificado de defunción está inscrito en el registro.

—No tengo motivos para dudarle, señor Perales, por favor, estoy muy ocupado.

—¿Y si se lo pregunta a su señora?, estoy seguro de que ella no soportará su interrogatorio, esa mujer tendrá que confesarle la verdad.

—Déjelo, señor Perales, comprendo que su dolor es tan intenso que quizá le pareció escuchar esa conversación absurda, la familia Ulloa está pasando también por un momento difícil, no voy a causarle a Doña Eugenia semejante trastorno por un malentendido.

Baldomero comprendió que el señor Montero Ríos no iba a enfrentarse así por así a una de las familias más poderosas de la comunidad gallega, así que pensó que si llevaba a la mujer ante su presencia ella se derrumbaría y confesaría dónde se encontraba su marido.

Le pagó a un mequetrefe para que llevara a doña Eugenia y a sus hijos ante el potentado mandatario, con el objeto de que él mismo les sonsacase la verdad, y concertó una cita en aquella casa santiaguesa rogándole al ministro que acudiera a su encuentro sin confesarle sus verdaderas intenciones.

Pero de repente todo se había torcido de forma inesperada. El capataz se había quedado sin testigos por culpa de un botarate, el señor Montero Ríos se había enojado por haberle hecho perder el tiempo, pues no había encontrado nada en aquella casa abandonada, y además había tenido que sufrir un incómodo interrogatorio por parte de unos policías que investigaban una pelea de enamorados.

Baldomero le había hecho pagar a aquel idiota el extravío de los niños, temiendo que de un momento a otro estos fueran a aparecer y hablaran más de la cuenta.

Respecto del falso entierro del señor Morán, nada pudo probar, Baldomero asistió impotente a la liquidación de los bienes de la familia por parte de aquel notario que había conseguido una moratoria de diez años por si los herederos de Don Armando regresaban a Monforte, doña Eugenia y sus hijos habían desaparecido misteriosamente y confiaba en que algún día apareciesen para reclamar lo que era suyo.

Baldomero aguardaba impaciente el transcurso del plazo de diez años hasta que se les declarase oficialmente fallecidos, la administración de justicia se adjudicaría los bienes que quedasen y a él se le había concedido un derecho de puja preferente sobre aquellos bienes, al menos el ministro de Gracia se había compadecido de él y había intercedido a su favor en ese aspecto.

Con el fallecimiento del pequeño Serafín se había evaporado también la salud mental de la madre y la vida de Baldo se había convertido en un infierno. Tal era el miedo de doña Francisca que tras el entierro del niño se prometió extremar los cuidados a su hermano para que nada malo le pudiera suceder también a él. Lo que en un principio empezó con pequeñas restricciones: no te subas a esa silla, no corras por el pasillo, no comas pedazos de carne tan grandes, no te rasques tan fuerte..., había terminado con una obsesión absoluta por controlar su vida hasta límites insostenibles.

Terminó por encerrarlo en un cuarto pequeño, sin ventanas, para que no pudiera cortarse con los cristales, y allí debía permanecer las veinticuatro horas del día. No le permitía comer sólidos por si se atragantaba, ni ir al colegio con sus amigos por si sufría algún percance por el camino,

no podía subirse a la bicicleta porque podía lesionarse, ni salir a la calle a hablar con desconocidos.

Baldo había pasado ocho años de su vida recluido entre aquellas cuatro paredes, ocho largos años de soledad, angustia y desesperación, viendo cómo se le escurría la juventud y la inocencia entre las holgadas y aburridas horas de un reloj de pared que su madre le había regalado una Navidad lejana.

Su tormento terminó con el fallecimiento de la madre, fecha en la que por fin reconquistó su libertad. Su padre acudió a buscarlo y a partir de entonces se convirtieron en fieles compañeros de viaje; él le enseñó todo lo que debía saber un buen agricultor y un mejor capataz, recorrieron juntos haciendas y caminos, siempre durmiendo al raso porque a Baldo le daban ansiedad los espacios cerrados, imaginando que por fin encontraban al cobarde de don Armando y le hacían pagar todo el dolor y sufrimiento que había llevado a su familia.

Su padre había caído enfermo hacía un par de años, y es por ello que se habían instalado por fin en una pequeña región del sur de Jaén, donde una bonita viuda colmaba de atenciones al viejo capataz y le consolaba de las adversidades sufridas. Hasta allí le llegó la noticia de que el Pazo de las flores había vuelto a la vida, de que una pareja santiaguesa había tomado las riendas del negocio y se había propuesto devolver el antiguo esplendor a aquella heredad olvidada.

Era una ínfima posibilidad, pero decidió arriesgarse y ahora allí estaba, para cobrarse el agravio cometido por los Morán de Ulloa más de una década atrás. Su padre podría estar orgulloso de él.

Regresó al cobertizo satisfecho, por primera vez en mucho tiempo se sentía completamente feliz. Encendió un cigarro y observó el recorte de periódico que había colgado en la pared, encima de su cama. Una fotografía mostraba a la orgullosa familia Oliveira con el pequeño gitanillo en brazos, posando delante de la chimenea del salón. “El Pazo de las flores resucita de nuevo”, fotografía de don Leo Mendoza.

Baldo pasó lengua por la parte roma de su cuchillo y lo lanzó una vez más contra la pared, cuidando de no aplastar la imagen de la preciosa Violeta. Si sintiese el menor atisbo de remordimiento ante lo que acababa de hacer, sería sin duda por el daño que pudiera sufrir aquella jovencita menuda y extraña que había llegado a gustarle de verdad. El cuchillo se clavó de lleno en el rostro de la señora y Baldo sonrió satisfecho. No, la ternura de Violeta no bastaba para ensombrecer el inmenso odio que despertaba en él su amiga más cercana.

NOVENA PARTE:

DESPUÉS DE TODO

CAPÍTULO 37

Los gitanos se habían marchado tras su fiesta y la rutina regresó con pereza al Pazo de las flores. Alfonsa y su gente habían levantado el campamento en plena noche dejando a Mateo descansando en su cuna, ajeno por completo al segundo abandono que su madre le prodigaba en su corta vida.

Y para desesperación de Néstor habían dejado también a la pequeña Mariola dormida en el piso de la cocina, con una escueta nota prendida con alfileres en la pechera de su mandil. “*Pa ce le allude con las lavores de la casa, asta mas ber*”.

Ada no pudo reprocharle nada esta vez, la pequeña Mariola era una niña dulce y callada, que podría servirle de gran ayuda en las múltiples tareas que requería aquella enorme casa, además de ocuparse de la cocina ahora que Alfonsa ya no estaba. A falta de poder contratar muchachas de servicio como las que atendían a su familia años atrás, bien le servía aquella gitanilla obediente que no derramó ni una sola lágrima ante la marcha de su madre.

Violeta celebró también la presencia de Mariola y el niño; la serenidad que ese hecho le produjo, junto con la continuidad de Baldo en el pazo, provocaron un renacimiento de su vello facial y a las pocas semanas, sus cejas volvían a lucir frondosas y bermejas como antaño.

La viña también floreció, y a principios del mes de mayo, gran parte del terreno que rodeaba el Pazo de las flores lucía verde y exuberante, como hacía años que no se veía. Ada por fin tenía su recompensa, había devuelto la vida a aquellos viñedos y recuperado la calidez de su hogar, tras largos años de tristeza y desamparo.

Había sin embargo algo que la preocupaba. Una extensa zona de vid en la parte más baja de la finca lucía un aspecto extraño, los sarmientos parecían debilitados y el verde de las hojas presentaba manchas oscuras en gran parte de la superficie. Unos comerciantes extranjeros de vino vendrían a visitar la bodega en los próximos días, invitados por el doctor Gerardo Mendoza, el abuelo de Leo, que cumplía así con la ayuda prometida, y a Ada le inquietaba que algo fallara en el proceso de producción; aquel contrato suponía el empuje definitivo que necesitaban para la completa recuperación de su empresa.

El sol calentaba con fuerza después de una lluvia pasajera. Las mujeres se encontraban en el jardín de las camelias celebrando los primeros pasos de Mateo, cuando escucharon los ladridos excitados de los perros que anunciaban la llegada de algún visitante.

El corazón de Ada se sobresaltó al descubrir la figura de Leo que avanzaba por el empinado sendero que daba acceso a la casa montado en un precioso jamelgo negro. Traía otro caballo atado por una cuerda que seguía con paso cansino a la montura principal. Levantó la mano a modo de saludo y se bajó de la silla con un salto ágil y elegante. Se acercó a las mujeres caminando, con los dos rocines avanzando mansamente detrás de él. Un chaleco de cuero marrón rompía con la blancura del lino de su camisa, las botas de montar y una curiosa boina de fieltro completaban su elegante indumentaria, muy apropiada para un día de campo.

Ada se pasó la mano por el pelo para comprobar que todos los rizos estaban en su sitio, se alisó la falda con las manos y recibió al fotógrafo con comedida alegría. Dejó que él besara su mano y después la de Violeta, saludó con cariño a Mariola y le hizo una pequeña carantoña al gracioso bebé. Después, Ada le preguntó con amabilidad a qué había venido, tratando de disimular el temblor de su voz.

No se habían visto desde la fiesta gitana. Ada recordaba el abrasador contacto de sus labios y

el embriagador olor a tabaco y anís de su boca; el recuerdo de aquella noche le provocó un rubor repentino, nunca su corazón había latido así por un hombre, pues solía ser ella la que provocaba esos devastadores efectos en el género masculino.

—Mi abuelo te envía este presente, dice que se los entregó un comerciante en pago a una deuda y que no tiene dónde meterlos. Seguro que a vosotros os serán de gran ayuda aquí en la finca.

—Vaya, se lo agradezco de veras. Son una maravilla.

Ada acarició el hocico del caballo negro en el que había llegado Leo, tenía la piel caliente y suave. A través del brillante pelaje del pescuezo se veían las venas latir con fuerza, era un caballo hermoso y potente. Ella no se había subido a un caballo desde que era niña y pensó que aquel sería un magnífico ejemplar para volver a intentarlo de nuevo.

—Oye, Leo, ¿te importaría acompañarme a la zona sur del viñedo?, no me gusta el aspecto de esas hojas, quizás tú me puedas aconsejar al respecto.

Violeta atendió a la conversación en silencio, le disgustó que Ada pidiera consejo al fotógrafo en vez de comentar la situación con Baldo, que para eso era el experto viticultor, pero no se atrevió a expresar su opinión delante de Leo. Tampoco le pareció oportuno que Ada y Leo se pasearan a solas por la finca y se preguntó dónde demonios se habría metido Néstor de nuevo.

Últimamente apenas salía de su habitación, se pasaba las horas bebiendo y leyendo aquel pequeño librito con las tapas de cuero, no era de extrañar que Ada posase sus ojos en otro hombre; Néstor debería estar más atento a su mujer, aunque tampoco es que ella hiciese mucho para merecer su atención.

Ada se subió al caballo negro con ayuda de Leo y ambos salieron al trote, colina abajo. No le importó que la falda se le subiera hasta un poco más arriba de las rodillas, sentía la agradable calidez de la piel del caballo rozando sus piernas y la fuerza de los músculos de la grupa, que soportaban su peso sin apenas esfuerzo.

Descendieron hasta la parte más meridional de la finca. Se apearon de los caballos y avanzaron caminando entre las frondosas cepas. Un cómodo silencio se había instalado entre ellos, no necesitaban palabras, las miradas resultaban más que suficientes.

—Te he echado de menos —Ada se recostó contra una cepa gruesa ofreciéndole sus labios sin recato.

— No dejaba de buscar una excusa para regresar aquí, mi abuelo está sorprendido por el enorme interés que de repente me ha entrado por el Pazo de las flores.

Leo la besó con ternura, le tiró del pelo con suavidad para dejar el cuello a su alcance y lamió con delicadeza su cicatriz. Las cosquillas despertaron las risas de Ada, que rebotaron con el eco por toda la finca.

—Buen intento el de atraerme hasta aquí para ver las hojas marchitas, Violeta se ha quedado bastante convencida.

—En realidad no era una excusa, estoy un poco preocupada —Ada se irguió y le agarró de la mano—. Ven.

Deambularon entre las parras, acariciando las ramas florecientes. Ciertamente las hojas de la vid se veían un poco descoloridas y con manchas oscuras en algunas zonas, pero aparte de eso nada parecía presagiar una fatal enfermedad.

—Creo que no deberías preocuparte, todo parece estar bien. ¿Has hablado con el capataz?

—Él dice que no hay ningún problema, pero fijate, estos sarmientos son demasiado delgados, apenas tienen fuerza, ¿lo ves?

Ada le mostró una rama quebradiza, a pesar de estar verde y comprobar que había savia en su interior, lo cierto era que no tenía buen aspecto. Caminaban despacio, muy juntos, comprobando

una a una las cepas más mustias, hasta que de pronto uno de los zapatos de Ada se hundió en el terreno, casi hasta la rodilla.

Leo la sujetó por la cintura antes de que llegase a tocar el suelo, la tierra alrededor de la cepa estaba blanda y polvorienta, y las raíces de la planta asomaban grumosas y deformadas hacia la superficie. Gran parte de la misma se mostraba deshecha y podrida, con enormes agujeros tubulares y toda la tierra que rodeaba el tronco marchito parecía arenosa, sin nutrientes, quebradiza y porosa.

—Es la segunda vez que debo recogerte entre mis brazos.

En el rostro de Leo podía adivinarse el deseo por volver a besarla de nuevo, tenía las pupilas dilatadas y sus labios entreabiertos, húmedos, aguardaban la caricia de los de ella. Ada se acercó despacio, disfrutando del momento, pero de pronto él se apartó y se agachó hasta el suelo mirando embobado la raíz de la planta.

—Dios mío, tienes razón, he visto esto antes. Tengo que comprobar unas fotos, volveré pronto.

Leo se subió al caballo y salió al galope, esquivando las hileras de parras que se extendían hasta el horizonte. Ada se quedó absorta mirando la tierra perforada, sorprendida por la repentina huida del fotógrafo. Se agachó con curiosidad y sacudió en el suelo un trozo de raíz que se había soltado con su pisada. De su interior salieron un montón de insectos diminutos, de color amarillento, con el cuerpo rallado y pequeñas patas puntiagudas.

Se sacudió el zapato horrorizada por si alguno de aquellos pulgones se le había introducido en el pie. Asió la correa del caballo y regresó a casa caminando, asustada por aquel descubrimiento. Iba revisando las plantas una a una y a cada paso, aplastaba la tierra con la punta del zapato para comprobar su solidez.

Si alcanzara a mirar desde aquella distancia hasta la casa descubriría a su marido en pie, observando sus movimientos a través de la ventana de la habitación. Néstor había asistido impotente a la creciente intimidad que se palpaba en las miradas entre su esposa y el fotógrafo. Las lágrimas acudieron a sus ojos y sus dientes se cerraron con fuerza sobre la lengua, hasta que tuvo que aflojar la mandíbula debido al intenso dolor. Se sentó despacio sobre la cama y sacó del cajón de la mesilla su sagrada Biblia.

Tú, que me has hecho ver muchas angustias y males, volverás a darme vida, y de nuevo me levantarás de los abismos de la tierra. Aumentarás mi grandeza, y volverás a consolarme. Salmos 71:20—21

Las lágrimas descendieron libres por sus mejillas, se había dado cuenta de que poco a poco había ido perdiendo el amor de su esposa, Ada ya no era la misma mujer que había conocido en El Farolillo Rojo, y él no había sabido remediarlo. Ya no encontraban la comodidad cuando se encontraban a solas, ella estaba siempre distraída y ya no se reía con sus gracias.

Las visitas a la capilla tampoco la apaciguaban, antes ella se arrodillaba a su lado y movía los labios participando de sus rezos, pero ahora Ada se negaba a acompañarlo. No lograba atraerla ni pidiéndole a gritos que se mantuviese a su lado. Lo había intentado incluso otorgando más fuerza a su flagelador, esperando hallar su compasión mientras curaba sus costras sangrientas, pero ella no podía disimular el asco que le causaban aquellas heridas, y últimamente enviaba a Violeta con la palangana de agua caliente para confortarlo.

Solo le quedaba su amor por Dios, Él le amaba de una forma incondicional. Y él amaba a Dios, sí, le amaba sobre todas las cosas y se lo demostraba cada día de un modo fehaciente.

Se bajó los pantalones y apretó un poco más el cilicio. La pequeña cadenita con púas se hundió varios milímetros en su carne, provocándole un dolor inmenso pero placentero. Una gotita de

sangre asomó entre la piel pálida de su muslo y Néstor sonrió entre lágrimas. Si, él amaba a Dios, y no necesitaba la tentación de la carne para llegar a la elevación suprema.

Ada también debería acercarse a Dios, su vida de pecado acabaría pasándole factura algún día.

CAPÍTULO 38

Las sospechas de Leo se confirmaron y la alarma saltó en la ciudad monfortina. La filoxera había aparecido de nuevo y era necesario tomar medidas drásticas para evitar que se propagara. Las autoridades enviaron a dos hombres entendidos en la materia para comprobar de cerca el alcance de la plaga; era necesario guardar la máxima discreción, el alcalde no quería que todos los cosecheros de la región se le echasen encima.

La filoxera afectaba al sector más meridional de la finca, afortunadamente no había llegado ni a un tercio de la explotación, pero aun así, más de medio centenar de cepas deberían ser destruidas. Los expertos ordenaron encender una gran hoguera en el patio delantero y con la ayuda de varios campesinos del pueblo, montones de cepas enfermas se fueron consumiendo durante horas entre las llamas.

Ada asistió impotente a aquella devastación desde su ventana, las lágrimas corrían descontroladas por su rostro, nada le había dolido tanto en toda su vida de vicio y perversión como la destrucción del cultivo de sus padres, por el que tanto había luchado.

Cuando ya las llamas de la hoguera se iban extinguiendo, uno de los técnicos solicitó entrevistarse con ella. Ada le hizo pasar al salón. El hombre parecía un poco cohibido, tenía la mirada clavada en el suelo y no dejaba de rascarse la nariz. Se limpió cuatro o cinco veces las botas en la alfombrilla de la entrada antes de acceder al espacioso salón.

Le imponía la belleza arisca de aquella mujer. Se hablaba de ella en el pueblo y también del alfeñique de su marido. Ada Oliveira había hecho resurgir aquel viñedo con voluntad de hierro y gobernaba a su antojo la hacienda, mejor que cualquier capataz; era una mujer resuelta que no se prestaba al comadreo, al contrario que su propia esposa, a quien se le escurrían las tardes en la plaza de la iglesia mientras él aguardaba paciente su regreso.

Las malas lenguas decían que la señora Oliveira había sido prostituta en sus años más tempranos, y otros decían que era en realidad un hombre vestido de mujer. Él no pensaba igual, aquellos ojos dorados bañados en lágrimas exudaban una ternura infinita, a ningún hombre le sería otorgada la gracia de sollozar con semejante galantería y tampoco hacía gala de la vulgaridad que ostentaban las putas de su pueblo. Habladurías...

Néstor levantó la vista de su Biblia apenas un instante para ver que aquel hombrecillo de pequeños ojos saltones no merecía ni un minuto de su atención. Ni siquiera se levantó a saludarlo, estiró las piernas encima del escabel y continuó leyendo, ajeno a las lágrimas de impotencia de su mujer y al inmenso dolor que ella estaba padeciendo. Ada lo recibió de pie, en medio del salón.

—Señora, tenemos que inundar la plantación para asegurarnos de que no quedan larvas vivas del pulgón. El problema es la parte más irregular del terreno, allí no se puede..., tendremos que cortar todas las cepas.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y se abrazó a sí misma buscando consuelo.

—¿Todas?, no puede ser, ¿pero no me había dicho que esa zona no estaba afectada?

—Es imposible decirlo con total seguridad, quizás la plaga se haya extendido bajo tierra, no podemos arriesgarnos.

—¿Pero no hay otra solución?, no pueden cortar todo mi viñedo, es lo único que tengo...

Una gruesa gota de sudor resbaló por la mejilla mal rasurada del hombre, buscó la imagen de su reflejo en el gran espejo dorado que presidía la chimenea y observó su rostro congestionado, manchado de hollín en la barbilla, y su cabello revuelto, perlado de pavesas grises que le

otorgaban un aspecto avejentado a pesar de que apenas había alcanzado los treinta.

Después de todos aquellos años de experiencia debería estar acostumbrado al estallido de desesperación con que los bodegueros recibían sus terribles noticias, pero la aflicción que halló en los ojos de Ada le golpeó súbitamente el corazón. Los ojos de la mujer parecían querer derramar la miel que flotaba en el interior de su iris, su semblante se había descompuesto en una mueca de dolor tan absoluto que casi se podía escuchar el sonido de su alma al desgarrarse.

—En algunos lugares de La Rioja se ha tratado la filoxera con inyecciones de sulfuro de carbono. Pero la botica está cerrada por defunción y todavía no se ha presentado ningún sustituto. No podemos hacer un encargo a otra ciudad, saltarían todas las alarmas y nos veríamos obligados a quemar varias hectáreas de terreno, entre las que se contarían por supuesto la totalidad de esta hacienda.

El silencio cortante que siguió a la sentencia del experto detuvo el tiempo en aquella habitación. El hombre aguantó la respiración, listo para correr a auxiliar a la señora de la casa, que parecía querer derrumbarse de un momento a otro. Ella le miraba fijamente, con una inquietante expresión de ausencia en sus ojos, incapaz de asimilar la situación a la que se enfrentaba.

Néstor había escuchado la conversación cada vez con más angustia, no pensaba que fuese para tanto, le había parecido bien incluso que Ada sufriera la quema de unas cuantas cepas, eso le demostraría que no era tan perfecta, que no lo hacía todo tan bien. Pero otra cosa era quedarse sin nada, si no sacaban ni una gota de aquel preciado vino tendrían que malvender el pazo y regresar a Compostela, y ahora que sus padres le habían desheredado, ¿de qué iban a mantenerse allí?

—Yo soy boticario, puedo preparar la solución. Necesitaré carbón y azufre en grandes cantidades.

El hombre y Ada se giraron al unísono hacia Néstor, que se había levantado del sillón y les miraba con suficiencia. Hasta entonces no se había preocupado lo más mínimo por la plantación, ni mucho menos se había decidido a ejercer su licenciatura, pero bien era cierto que con su título podría obtener un permiso municipal para acceder a la botica y preparar el remedio que salvaría la mayor parte de su hacienda.

—No he llegado hasta aquí para perderlo todo por un pulgón pituso. Usted, disponga lo necesario.

Ada se desplomó a los pies de su esposo derrochando lágrimas de alivio, estaba tan cansada de todo, tan agotada..., que en ese momento podría incluso besar los pies de su marido del inmenso desahogo que sus palabras le provocaron.

Néstor acarició distraídamente su cabeza igual que haría con un minino zalamero que ronroneara junto a su pantorrilla. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien, la pátina de arrogancia que Ada lucía desde hacía meses se había evaporado y por fin había regresado aquella mujer suplicante y devota de sus primeros días de matrimonio.

Notó el cilicio demasiado apretado por primera vez en su vida y sintió de deseos de aflojarlo, pero pensó que a Dios no le gustaría y se regocijó en el dolor de su consorte para consolarse del suyo propio.

Se imaginó que podría incluso utilizar su flagelo para azotar las carnes impuras de Ada, ella se sometería voluntariamente a sus rituales penitenciaros, podrían hacerlo juntos. La convencería de que la plaga de la filoxera no era más que un castigo divino por todos los pecados que ella había cometido. Solo él tenía el poder de la salvación, Ada se prestaría a su expiación libremente, estaba seguro.

Aquella misma tarde Néstor envió recado al ayuntamiento para que le facilitasen grandes

cantidades de carbón de la mejor calidad, a poder ser de maderas duras. El boticario había fallecido recientemente y no había dejado descendientes, por lo que el propio alcalde abrió la puerta de la Botica a aquel hombre autoritario que mostraba orgulloso su título de la universidad compostelana y al parecer tenía la potestad de salvar a la ciudad monfortina de una plaga mortal. Le ofreció incluso a Néstor la concesión del herbolario por si le pudiera interesar en el futuro y deslizó una tarjeta de su partido en el bolsillo de su chaqueta. Las elecciones estaban a la vuelta de la esquina, y tal vez podría beneficiarse de aquella contingencia si todo salía bien.

Los expertos se presentaron al día siguiente con unos extraños artilugios que utilizarían para insuflar la mezcla de sulfuro de carbono y agua en el interior de la tierra. Ada soportó durante horas con la cabeza escondida entre sus brazos el ruido de los palos inyectoros horadando el terreno, destruyendo aquello por lo que habían luchado durante generaciones, y con cada voladura sentía que se iba quebrando un poco más su entereza.

—¿Quieres que Violeta te traiga una infusión? —la niña se paseaba por el salón intentando acallar los gritos de Mateo, que se había asustado con tanto barullo.

No entendía la reacción de Ada ante las detonaciones, al fin y al cabo, aquellos hombres estaban solucionando el problema. Esas cepas eran demasiado viejas, ya se plantarían otras que crecieran más fuertes y briosas. Quizás pudiesen incluso plantar algún olivo, Baldo decía que ese cultivo era mucho más rentable que el vino, era un capataz tan entregado que en ocasiones le había escuchado incluso fantasear con una vasta plantación de olivares descendiendo hasta las orillas del río como si aquellos terrenos fuesen suyos, tal era la dedicación a su trabajo.

—No puedo soportarlo, maldita sea, no puedo soportarlo... —Ada presionó sus oídos y cerró con fuerza los ojos, hasta sentir un intenso dolor en las mandíbulas a causa de la presión.

Néstor asistía al espectáculo en silencio sentado en su sillón, su rostro no denotaba sentimiento alguno, pero en su interior albergaba una enorme satisfacción. Ada alcanzó su límite con el sonido de las últimas perforaciones. Se levantó de un salto del escabel donde permanecía ovillada a los pies de su marido y salió de la casa dando un portazo, que resonó conjuntamente con el estallido de la inyección definitiva. Néstor salió tras ella, sorprendido por el arrebató de su mujer.

Violeta se encogió de hombros y respiró aliviada porque el estruendo se había terminado, aunque Mateo seguía llorando y decidió salir a dar un paseo al campo para ver si se tranquilizaba.

—¡Mariola!, ¿dónde estás niña?, acompaña a Violeta a dar un paseo.

La chiquilla salió corriendo de la cocina y se encontró con Violeta en el recibidor.

—¿Ya has estado comiendo?, tienes crema en la cara, niña mala, Violeta no sabe lo que va a hacer contigo. Vamos, ponte el sombrero y ven con nosotros.

Mariola obedeció en silencio y salieron al jardín. Los obreros se disponían a marcharse cargados con todos sus aperos.

—Dígale a la señora que ya hemos terminado, no encontramos al capataz.

—Váyanse tranquilos, Violeta les dará el recado.

La joven echó un vistazo a su alrededor y se encaminó hacia el río, seguro que Baldo estaría trabajando allí abajo, tal vez incluso pudiera acompañarla unos minutos en su paseo y se decidiesen a refrescar los pies en algún regato.

Mientras tanto Néstor perseguía a su esposa por la finca en una huida loca.

—¿Adónde demonios vas?, espérame, por favor, ¡Ada!

Ella miraba hacia un lado y otro con impaciencia caminando con celeridad.

—¿Pero qué buscas, mujer?

Ada dirigió sus pasos hacia el establo. Buscaba a Baldo, necesitaba desahogarse con su capataz, reprocharle su negligencia, porque él tendría que haber previsto esa plaga, porque ella le

había advertido del flébil aspecto de las viñas semanas atrás y él no había hecho sino ignorarla y desatender sus preocupaciones.

—¡Perales! —su rugido murió afónico en su garganta al divisar al capataz al fondo del cobertizo.

Halló el interior fresco y a salvo del intenso calor del mediodía. Un rayo de luz solar vencía apenas la penumbra de aquel opresivo espacio, un ligero haz fosforescente que entraba por la única ventana del recinto en el que flotaban, como estrellas sin fulgor, multitud de motitas del polvo por doquier.

El destello caía sobre la pared donde se asentaba el sucio camastro de Baldo e iluminaba con certeza sacrílega la fotografía familiar de Ada, aquella que un día les había tomado Leo en la inauguración de la casa y que estaba sujeta a los tablones por un clavo oxidado.

Un cuchillo con mango de palo y hoja afilada de hierro se hundía en el rostro de Ada como principal destinataria de una furia abyecta y lejana, y no eran una ni dos las veces que se había hendido su filo en el retrato, sino un sinfín de veces que habían desfigurado por completo su apacible rostro.

Néstor llegó a su lado sin resuello y se quedó atónito ante la imagen apuñalada, intentando entender aquella rabia absurda contra su mujer. Baldo se encontraba sentado sobre la cama, le habían sorprendido revolviendo en una vieja caja de madera que se hallaba sobre el colchón.

Baldo trató de ocultar el cajón de madera, desconcertado por la brusca interrupción, pero Ada había logrado entrever el contenido de la misma y su cerebro procesaba toda aquella información a velocidad de vértigo. Los trozos de viejos sarmientos podridos, los bichos que campaban por la caja en la última etapa de su evolución...

—Dios Santo, has sido tú, has traído la enfermedad a mis viñas ¿por qué?, ¿por qué me has hecho esto? —Ada se acercó furiosa a la cama y arrojó la caja al suelo con un arrebató de cólera.

Baldo se levantó, asustado y sorprendido a la vez. Se retiró hacia atrás y asió con fuerza el revólver que llevaba sujeto en la cinturilla del pantalón. Apuntó con pulso firme al matrimonio, con el brillo de la locura iluminando el azul cándido de sus ojos y una sonrisa retorcida en sus labios.

—Atrás, no os acerquéis.

Ada por fin lo comprendía todo, Baldo se acordaba perfectamente de ella y había venido a Monforte con un solo propósito, qué tonta había sido al confiarse. Sintió el abrazo de Néstor a su espalda, a su marido le temblaban las piernas y transmitía aquella vibración a través de sus manos.

—Fíjate, Néstor, al final no habían sido los gitanos los que robaron mi arma —dijo con pesar.

—Cállate, Adelaida Morán de Ulloa, por fin nos hemos quitado las máscaras. Tenemos mucho de que hablar. Los secretos no se pueden mantener eternamente, ¿te das cuenta?, tarde o temprano siempre salen a la luz. Es como los topos, no pueden quedarse siempre bajo tierra.

¿Morán de Ulloa?, se preguntó Néstor conmocionado. ¿No se llamaba así el bizco que le había entregado el pazo? ¿Y por qué aquel hombre llamaba así a su esposa? Aquello no tenía sentido. Se alejó un poco de Ada y buscó su mirada con denuedo.

—Que alguien me explique todo esto —exigió.

Baldo estalló en una carcajada histérica.

—Claro, hombre, ahora mismo te lo contará ella, venga, Adelaida, cuéntaselo todo, to... do...

CAPÍTULO 39

Joaquín llegó a Monforte cuando las campanas de San Vicente anunciaban el mediodía. Un chófer de alquiler le había llevado hasta allí tras cuatro interminables horas de viaje por carreteras intransitables debido a múltiples obras, un sinfín de curvas de infarto, una avería del motor y dos reventones.

Traía la respiración agitada, un remolino de pensamientos catastróficos en su cabeza y los dientes de la desesperación mordiendo su estómago. El tiempo transcurría con insoportable lentitud para él, acuciado por la perentoria necesidad de ver a su hermana. El día anterior había recibido la última carta de Ada, una misiva desgarradora donde le hablaba de las terribles circunstancias por las que estaba pasando y donde por primera vez, ella daba nombre a aquel capataz que había llegado por casualidad al Pazo de las flores para reavivar su plantación y al que ella responsabilizaba ahora del terrible desastre que asolaba la misma.

Ada siempre se había referido a él como el experto o Baldo el capataz, pero nunca había mencionado que ese hombre era el mismo muchacho con el que habían compartido los juegos de su infancia, el hijo de José Baldomero Perales, el hermano de aquel niño fallecido en un terrible accidente agrario.

Joaquín había leído la carta de Ada con una angustia creciente:

... Qué ironía, Joaquín, parece que esta inmensa desgracia sea un castigo del Señor por aquello que, dicen, hizo nuestro padre. ¿Te había dicho ya que Baldo es el hermano de aquel chiquillo que murió aplastado por un tractor en nuestro viñedo?, creo que no, él no habla nunca de su familia y a mí no me ha parecido oportuno recordárselo.

A veces siento su mirada pertinaz sobre mí y me sacude un irracional escalofrío de temor. Deben de ser imaginaciones mías, porque Baldo es sin embargo un hombre respetuoso y callado, muy exigente con su trabajo, es por ello por lo que no me explico cómo no se ha dado cuenta antes de esta terrible plaga, a pesar de que yo misma se lo había advertido. Sin duda nos encontramos en esta difícil situación por culpa suya...

No habían atravesado aún el puente viejo cuando le sobresaltó un fuerte sonido en la parte delantera del vehículo y de nuevo escuchó blasfemar al conductor, quien no pudo controlar el automóvil y fue a parar de lleno a una cuneta a causa de un tercer reventón en las ruedas.

Joaquín salió del coche dando un portazo, decidido a continuar a pie si hacía falta, ya no debía faltar mucho para llegar al pazo. No recordaba exactamente su ubicación, pero sí que estaba muy cerca de la ciudad. El estado de agitación en el que se encontraba anuló cualquier precaución y Joaquín salió a la carretera sin mirar, justo cuando una motocicleta pretendía cruzar el puente.

El motorista trató de esquivar al transeúnte despistado, pero no logró estabilizar la moto y terminó en el suelo, a pocos metros del coche averiado. Joaquín corrió a socorrerlo maldiciendo su mala suerte. El conductor de la moto se levantó un poco azorado, se llevó la mano a la cabeza para comprobar que no había sangre y miró a su alrededor, confuso, intentando descubrir qué era lo que había causado el accidente.

—Lo siento, ha sido por mi culpa, he salido sin mirar ¿se encuentra usted bien?

Joaquín ayudó al hombre a sacudirse el polvo, aparentemente no tenía ninguna herida.

—Yo también iba despistado, no ha sido nada. No le he visto...

Joaquín le ayudó a levantar la moto y le preguntó si conocía el Pazo de las flores.

—Sí, claro, me llamo Leo, soy amigo de la familia.

—Entonces será también amigo mío.

Joaquín estrechó su mano y le confesó que era hermano de Ada. Leo había oído hablar a Ada de su hermano y sabía de la existencia de Joaquín por su padre, pero aquel hombre tan feo, con un extraño tic en el ojo, distaba mucho de parecerse físicamente a la preciosa mujer que había devuelto la alegría a su vida. El tono apremiante de Joaquín, que insistía en que debía ver a su hermana cuanto antes, le hizo vacilar.

—Necesito ver a mi hermana de inmediato, es muy urgente.

—Puedo llevarle en mi motocicleta si quiere —balbució—, casualmente me dirigía ahora hacia allí.

Aquella mañana había sucedido algo extraordinario. El cartero había llegado temprano con una carta a nombre de su padre. El impacto de ver el nombre del destinatario en aquel sobre supuso un doloroso trago para Leo, que se sentó derrotado en el sofá del salón con la carta en las manos, sin poder despegar los ojos de aquellas letras redondas, cuidadosamente perfiladas. Qué cruel volver a ver su nombre estampado en una carta, igual que cuando estaba vivo.

—¿Quién era?

El abuelo entró en el salón recién afeitado, precedido por un poderoso olor a lavanda.

—El cartero, ha traído esto para papá.

Gerardo Mendoza observó que no llevaba remitente, aunque la procedencia del matasellos le perturbó.

—Alguien que no se ha enterado de su fallecimiento. Dámela, hijo, ya me encargo yo de devolverla.

—Espera, quiero leerla, tal vez sea importante, deberíamos informar a esa persona de que no debe seguir enviando correspondencia a su nombre.

Gerardo se encogió de hombros y otorgó su consentimiento.

—Supongo que ya no importa, léela.

Leo repasó el texto varias veces para asegurarse de que no había ningún error. Su respiración se agitó, su mente procesaba la información a velocidad de vértigo.

—¡Abuelo!, esta carta dice que Armando Morán de Ulloa está en Francia, ¡está vivo!

—Lo sé, lleva años escribiéndose con tu padre, pobre hombre.

Gerardo Mendoza se sirvió con tranquilidad una taza de café, ajeno al torbellino de emociones que se había despertado en el interior de su nieto.

—Pero, ¿tú lo sabías? —Leo se levantó del sofá y se colocó a su lado.

—Claro, yo falsifiqué su certificado de defunción hace diez años para ocultar su huida —bebió un trago del café y pensó que estaba un poco amargo—. Tu padre era su mejor amigo, habían acusado a Armando de un crimen que no cometió, pero aun así él no intentó defenderse. Ni tu padre ni yo entendimos su decisión de inculparse, pero si se quedaba en Monforte se enfrentaba al garrote vil.

—¿Y por eso fingió su muerte?, ¿para evitar el juicio?, pero, por qué no volvió a por su familia...

Leo paseó su frustración por el cuarto.

—Tenían que encontrarse con él en Asturias en casa de unos amigos, pero nunca llegaron, tu padre le entregó a María Eugenia una suma importante de dinero que obtuvo gracias a la liquidación de sus bienes, pero supongo que ella decidió marcharse por su cuenta con los niños. Nadie supo nada de ellos desde entonces.

—¡Abuelo!, la señora Oliveira es la hija de María Eugenia, ella me hizo prometer que guardaría el secreto de su identidad cuando vino a ver a papá a su llegada a Monforte, habíamos perdido toda esperanza de saber lo que ocurrió con don Armando.

—¿Ada Oliveira es Adelaida Morán de Ulloa? —la taza tembló en las manos del abuelo—, pero entonces... ¿dónde han estado todo este tiempo?

Leo no salía de su asombro, cuánto dolor se habría ahorrado Ada si hubieran hablado antes, no era justo.

—Doña Eugenia murió, y sus hijos... ¡oh!, no puedo creerlo, tengo que ir ahora mismo al Pazo de las flores.

—¡Espera, Leo!

Gerardo le vio marchar apresurado, se había dejado el casco de la moto sobre la mesa, se sentó en el sofá donde antes había estado sentado Leo y reflexionó sobre lo sucedido. Ahora comprendía la amistad intensa que había unido a su nieto con una mujer que había llegado de la nada para ocupar el pazo de los Morán de Ulloa, solo un vínculo tan fuerte con el pasado podía explicar esa afinidad repentina con una completa desconocida.

CAPÍTULO 40

Joaquín se despidió de su chófer tras pagarle el viaje y se subió sin dilación en la parte trasera de la moto de Leo. Se sujetó a la cintura de su acompañante y ambos emprendieron el camino hacia el pazo.

Joaquín no tuvo tiempo de emocionarse ante lo que un día había sido su antiguo hogar, la sensación de urgencia por encontrarse con Ada anulaba cualquier sensiblería melancólica, apenas recordaba el lugar donde había nacido, aunque el sinuoso sendero de cepas retorcidas que llevaban a la casa le provocó un leve sentimiento de nostalgia.

Una vez que atravesaron el enorme portalón de hierro se bajó de la moto casi en marcha, lo que suscitó un ligero balanceo del vehículo. Leo estuvo a punto de terminar en el suelo por segunda vez en un día, pero difícilmente pudo recriminar al joven su impulsividad, porque Joaquín parecía haberse vuelto loco y corría hacia la casa llamando a su hermana a gritos.

La desesperación que transmitía la voz de Joaquín le provocó gran inquietud y terminó contagiándose con aquella urgencia por encontrar a Ada. La puerta de la casa estaba entreabierta, así que subió las escaleras de dos en dos y gritó su nombre en el recibidor. No hubo respuesta.

A Leo le extrañó que nadie respondiera a la llamada, si los Oliveira hubieran salido no estaría la puerta abierta, recorrió la planta baja a grandes zancadas y comprobó que tampoco se escuchaban los balbuceos de Mateo, por lo que dedujo que ni Violeta ni Mariola se encontraban en casa.

Corrió hacia la viña, quizás hubieran salido a dar un paseo entre las cepas, aunque algo le decía que no era muy probable. A Néstor parecía darle alergia todo lo relacionado con el viñedo, y el terreno irregular supondría una gran dificultad para los pasos titubeantes del niño. Efectivamente, no halló rastro de los habitantes de la casa.

Los dos hombres convergieron en la parte más meridional de la finca, justo enfrente del cobertizo donde antiguamente se guardaban los aperos de labranza y que servía además como caballeriza. Observaron que la vieja puerta de madera también estaba entornada y se adentraron sofocados en la refrescante oscuridad del barracón, donde reinaba un perturbador silencio.

—Bienvenidos, vaya por dónde ahora ya tenemos la familia al completo.

Les sorprendió una voz que provenía del fondo del cobertizo. Ambos hombres se esforzaron por ajustar su mirada hacia la profundidad de aquella penumbra. La escasa luz que entraba por el ventanuco les permitió divisar las figuras de Néstor y Ada, que se encontraban apoyados en la pared del fondo, juntos, pero sin llegar a tocarse.

La expresión de Néstor era de absoluto terror, tenía los ojos llorosos y los labios constreñidos en una mueca de desolación. Las facciones de Ada sin embargo parecían imperturbables, el aspecto relajado de su rostro contrastaba con la tensión que sugería su postura corporal, los puños apretados y los brazos tensos, pegados al cuerpo.

—¡Ada!, tengo que hablar contigo —las palabras de Joaquín, entrecortadas por su respiración agitada, sonaron como un gorjeo afónico.

—Pero qué...

A Leo se le rompió la voz en ese instante. Baldo salió por fin de su escondite detrás de unos viejos barriles en desuso y les mostró el cañón del revólver con el que mantenía al matrimonio bajo control. Les hizo señas con el arma para que fueran a colocarse junto a la pareja.

—Vamos, no sean tímidos...

Los ojos de Ada se nublaron de lágrimas al reconocer a su hermano Joaquín, que caminaba rígido y cauteloso al lado del fotógrafo, estaba sorprendida por su presencia en el pazo, algo grave debía haber ocurrido para que viniese a Monforte y se descubriese de esa forma. Buscó la mirada de Leo y su corazón dio un vuelvo al escucharle protestar ante el capataz exigiendo una respuesta, parecía haber olvidado que aquel hombre de aspecto angelical portaba un arma en su mano.

—¡Cállate, idiota! —Baldo le golpeó en la cabeza con la culata, lo que le produjo un fugaz desvanecimiento.

Ada se adelantó con un grito, pero el capataz la detuvo con un golpe de su brazo. Leo alcanzó a ver la mirada suplicante de Ada antes de perder la noción del tiempo. La voz convulsa de Baldo le devolvió a la realidad.

—No esperaba tener que actuar tan pronto, pero ya que el bisojo ha venido a visitar a su hermana, la ramera, podemos aprovechar la coyuntura.

Joaquín no parecía muy sorprendido por la actitud de aquel perturbado, su ojo se revolvía en la cuenca mientras enfrentaba su mirada a la del hombre, parecía dispuesto a arrebatarse el arma, tenía el cuerpo tenso hacia el frente, en actitud desafiante.

—¿Su hermana? —preguntó Néstor absolutamente desconcertado—. ¿Pero qué broma es esta?

Había reconocido al muchacho con el que había jugado a las cartas una extraña noche de primavera, aquel al que creía haber despojado de su primogenitura con una jugada magistral de póker. Joaquín... Morán de Ulloa.

Y de repente comprendió que era él quien había sido engañado por aquel par de granujas, Baldo había llamado así a su mujer, Adelaida Morán de Ulloa, y sin saber todavía los motivos de su timo, se sintió el hombre más miserable de la Tierra. La carcajada de Baldo forzó su regreso a la realidad.

—¿No lo sabías? —el capataz se limpió un par de lágrimas con el dorso de la mano—, a ti también te engañaron, pobre imbécil. Ellos no podían utilizar su apellido para recuperar el pazo y se sirvieron de ti. Faltaban apenas unos meses para que se lo adjudicara la administración judicial y después ya no podrían regresar. No te preocupes, yo he venido hasta aquí para terminar con ellos, tengo una deuda pendiente con su padre.

El dolor del embuste le dolía más a Néstor que la peligrosa situación en la que se encontraban. Las palabras salieron a duras penas de su garganta.

—¿Por qué? ¿Cuál es el motivo real de tu rencor, capataz? ¿Qué asunto tienes tú con ellos?

—Una promesa, cretino, el juramento que le hice a mi madre de que acabaría con esta familia, igual que el cobarde de su padre acabó con mi hermano cuando no era más que un niño.

El odio deformaba el hermoso rostro del capataz con un visaje grotesco: sus ojos, profundamente azules, parecían haberse oscurecido de rabia y la mano con la sostenía el revólver temblaba de exasperación.

—Escucha, podemos llegar a una solución antes de que alguien resulte herido —Leo intentaba poner un poco de calma—. Eso ocurrió hace mucho tiempo, Baldo. Ellos no tienen la culpa. Tan solo eran unos niños...

—Yo también era un niño —dijo con rencor.

—Deja que se marchen, Baldo —la voz de Joaquín resonó serena en la quietud del cobertizo—. No fue mi padre quien mató a tu hermano..., fui yo. Arreglemos esto entre hombres, tú y yo solos, tú mismo lo has dicho, ya no somos niños.

—Pero ¿qué dices, Joaquín?, no permitiré que cargues con esa culpa —Ada se adelantó hasta donde estaba su hermano.

—Era yo quien conducía aquel tractor, Ada —la voz de Joaquín se quebró al pronunciar el nombre de ella—. Sabía que no podía tocar los mandos, pero el tractor era tan bonito..., se encendió con mucha facilidad y no tenía puesto el freno, el terreno estaba resbaladizo por la lluvia... Serafin se puso delante... No sé cómo ocurrió, solo que había mucha sangre y que Serafin no me contestaba. Después papá me obligó a entrar en la casa y me hizo prometer que jamás diría nada de esto, que él se ocuparía de todo.

—Pero... —el cuerpo de Ada vibraba intensamente, no podía creer las palabras de Joaquín.

—Papá pensó que podría arreglarlo, que llegaría a un acuerdo económico con Baldomero, pero el hombre no se conformó, exigía justicia, quería un juicio para que él pagara por algo que no hizo.

—Sí, pero sin acusado no hay juicio, ¿verdad? —Baldo se adelantó hacia Joaquín y le encañonó la frente con el arma. Joaquín bajó la voz acongojado.

—Papá falleció y no se pudo celebrar ese juicio, y luego mamá..., estuve a punto de contártelo mil veces, Ada, pero después ya no tenía sentido. Intenté olvidarlo, como le prometí a papá, lo intenté, lo juro.

El ladrido lejano de los perros rompió el silencio cortante que siguió a la revelación de Joaquín. El muchacho escondió su rostro avergonzado, incapaz de sostener por más tiempo la mirada de su hermana, el ojo vago giraba como si se hallara en el interior de un remolino, sus pupilas parecían querer hundirse en un profundo mar de sangre.

—Lo siento, lo siento muchísimo, todo esto ha sido culpa mía.

CAPÍTULO 41

Violeta ajustó sobre el pecho la tela en la que había envuelto a Mateo para sujetarlo a su espalda, Mariola se había quedado un poco más atrás, jugando a tirar piedras sobre las agitadas aguas del río. El niño se había quedado dormido por fin durante el largo paseo que habían dado. Podía sentir su respiración pausada, le divertía el leve ronquido con que terminaba cada expiración. Detuvo el ascenso de la empinada cuesta unos segundos para acomodar la cabeza del bebé y después continuó su caminata con energía.

El sol del mediodía calentaba su rostro, unas gotitas de sudor descendieron por su mejilla derecha y las desechó suavemente con el dorso de la mano. Se sentía muy feliz aquella mañana, la noche anterior se había entregado a Baldo y este le había confesado su amor tras varios días de extraña actitud errática. Se imaginaba un placentero futuro a su lado en el Pazo de las flores, junto con Mateo, Mariola, Ada y Néstor, todos unidos como una gran familia.

Los perros alcanzaron la cima varios minutos antes que ella, que llegó sofocada y sudorosa, satisfecha del recorrido. El camino del río provenía de la parte sur de la finca, por lo que tuvo que pasar por delante del cobertizo para llegar a la casa. Se extrañó al escuchar unas voces que provenían del barracón, a Baldo no le gustaba que nadie entrase en su reducto más íntimo. Ni siquiera ella había podido acceder al lugar donde dormía el capataz, ambos habían consumado su amor bajo la complicidad de las cepas, sobre la hierba húmeda del campo.

Echó un vistazo a los cachorros que aliviaban su sed en el abrevadero y se acercó curiosa al cobertizo. La ventana estaba abierta, así que se asomó con discreción al interior. La escena que se descubrió ante sus ojos le dejó perpleja. Se sorprendió al encontrar a Joaquín en el pazo y se extrañó de sus gemidos agónicos. Pero más se perturbó al divisar un arma en la mano de Baldo, que apuntaba sin retraimiento a sus amigos con un gesto de profundo desprecio en el rostro.

Su respiración se perturbó hasta que notó que le faltaba el aire. Se sintió desorientada, no había nadie a quién acudir. Miró a su alrededor, pero sólo halló un inquietante silencio. Los perros descansaban agotados sobre la hierba, habían aliviado su sed y tenían el hocico mojado. Violeta deseó poder sentir aquellas gotas refrescantes en su rostro, tenía la lengua pegada al paladar, el sudor había empapado su camisa y notaba la incomodidad y la picazón de su ropa interior, mojada y escurridiza entre las piernas.

Mateo pesaba como una losa en su espalda, comprobó que continuaba dormido, se mordió los labios hasta notar el sabor metálico de la sangre y en un gesto inconsciente se mesó el pelo. Escuchó la risa histérica de Baldo y atendió de nuevo a la escena del cobertizo. Joaquín se disculpaba por algo, se dirigía compungido a su hermana, lo que provocaba la estruendosa hilaridad del capataz, una risa extraña y siniestra que no manifestaba ni un ápice de alegría.

Ada se negaba a atender las explicaciones de Joaquín, la expresión de su rostro resultaba casi grotesca. Ella gemía con un lamento inquietante, con los ojos firmemente cerrados, las manos en los oídos y el cuerpo encogido en actitud defensiva. Violeta escuchó atónita los detalles del accidente que había sesgado la vida del hermano pequeño de Baldo. El capataz parecía disfrutar con sadismo de la violenta discusión que estalló entre Ada y Joaquín.

—¡Maldito..., maldito seas!, tenías que habérmelo contado, eres un cobarde asqueroso, permitiste que papá cargase con tu culpa, todo esto... todo esto ha sido culpa tuya.

—Yo era un niño, Ada, tenía siete años, ¡por Dios!

—Y yo, Joaquín, yo tenía doce años cuando tuve que entregar mi cuerpo a un hombre para que

tú tuvieras una cama caliente donde dormir —las palabras de Ada, cargadas de veneno, se vieron interrumpidas por la estruendosa carcajada del capataz.

Leo y Néstor permanecieron callados, abrumados por el inmenso dolor de Ada.

—Tú me escuchabas llorar por las noches preguntándome una y otra vez qué demonios había ocurrido, por qué habíamos tenido que marcharnos de esta casa, por qué se me rompió la vida de repente. Este pazo era mi vida, esta viña era mi vida, ¡quizás! —Ada apuntó con su dedo a Joaquín y le dirigió una mirada llena de inquina—. Quizás si me lo hubieras contado antes no habría soportado tanta angustia, Joaquín, tanta..., durante todos estos años.

Violeta reprimió un respingo al percatarse de la verdadera identidad de Ada, para ella la vida de su amiga empezaba en El Farolillo Rojo, jamás se había preguntado acerca de la historia de su pasado, y nunca, nunca se hubiera imaginado que ella también había sufrido tan brutal golpe del destino.

Sujetó un mechón entre sus dedos y lo retorció fuerte, cada vez más fuerte. Se sentía egoísta, pensaba que solo ella había soportado la peor de las pesadillas a manos de su madre, no imaginaba que las personas que la rodeaban también convivían con sus propios demonios, Ada y Joaquín lamentando una vida robada, su amado Baldo con la infancia rota por la muerte de su hermano en un desgraciado accidente, cada uno cargaba con su cruz.

De pronto comprendió que había sido cobarde, se había escudado en su propio dolor para imaginarse un personaje nuevo, ajeno a aquella Violeta que un día estuvo a punto de morir ahogada a manos de su propia madre. Pero ella era aquella niña, y había sobrevivido, se había hecho fuerte, había amado y tenía un montón de amigos que la querían a pesar a todo.

—Tengo que hacer algo... —se sorprendió de haber hablado por primera vez en su vida en primera persona—. Yo —abrió la palma de la mano y la apoyó contra el pecho—. Yo tengo que hacer algo.

El dedo índice de la otra mano continuaba enroscando su cabello a toda velocidad, no sentía dolor, estaba concentrada, absorta en sus pensamientos, hasta que notó fascinada que se le desprendía un grueso mechón del cuero cabelludo. Observó hipnotizada el largo bucle pelirrojo que yacía en la palma de su mano; hacía mucho que no se arrancaba el cabello y se sorprendió de la facilidad con que se desprendió. Violeta escuchó el sonido del viento que venía del sur antes de que un soplo furioso se llevase su mechón hacia el interior del cobertizo. Baldo se sobresaltó al notar una sutil caricia en la mano con la que sostenía la pistola. El color rojizo de aquel cabello le resultaba de sobras conocido.

—Pero ¿qué demonios...? —Baldo no logró terminar su maldición.

Leo aprovechó el desconcierto del capataz ante la insólita interrupción del cabello de Violeta para arrojarle contra él y empujarlo hasta el suelo. El dedo de Baldo se enganchó en el gatillo con el súbito golpe y un disparo resonó en la quietud del mediodía. Todo fue muy rápido, aunque ante los ojos de Violeta sucedió con inusitada lentitud.

Néstor se había percatado del movimiento del fotógrafo para derrocar al capataz y se colocó delante de Ada para proteger a su esposa; lo hizo de forma impulsiva, sin recordar la traición que poco antes le había sido revelada. Se había enamorado como un idiota de aquella mujer y el instinto le provocó la funesta reacción. Notó la bala que se incrustaba letalmente en el pecho y aunque en un principio no sintió dolor, le asaltó la irrefutable certeza de que su vida estaba a punto de terminar en apenas unos segundos.

Se produjo un instante de confusión durante el cual Leo aprovechó para desarmar al capataz y después se acercó al cuerpo exánime de Néstor. Ada se arrodilló a los pies del hombre caído e intentó sin éxito frenar la plétora de sangre que se escurría del pecho de su marido.

—¿Qué has hecho? —le gritó a Baldo, quien permanecía sentado en el suelo sobrecogido por el inaudito desarrollo de los acontecimientos.

Joaquín se apresuró a sostener al capataz por los brazos para impedir su huida. Ada volvió a centrar su mirada en Néstor, que abría cada vez más la boca en busca de un aire que ya no llegaba a sus pulmones.

—Ada, lo siento, debes de haber sufrido tanto...

—¡No hables! Leo, por favor, ¡ve a buscar ayuda!

El fotógrafo observaba asustado la gran cantidad de sangre que manaba del cuerpo de Néstor, miró a Joaquín, que vigilaba de cerca al capataz, y se palpó los bolsillos en busca de las llaves de la moto. No estaban. Se arrodilló en el suelo buscando desesperado con las manos entre los restos de paja por si se le habían caído. Le alivió escuchar la voz de Néstor, que todavía continuaba hablando, casi entre susurros, quizás la bala no había alcanzado ningún órgano vital.

—En el fondo he sido feliz, Ada, no te tortures, por fin has recuperado lo que era tuyo. No me importa que me hayáis engañado aquella noche. Tú y tu hermano. En el fondo no juego tan bien a las cartas como creía —Néstor logró esbozar una sonrisa.

—Yo también lo siento, cariño —los ojos de Ada derramaban lágrimas, pero aun así le correspondió con un gesto de regocijo—. No merecías esto. Eres un buen hombre, Néstor, tú fuiste mi salvación.

—Y tú la mía, dile a mis padres que siempre les he querido, a pesar de todo. Reza conmigo, mi querida Heidi...

Néstor expiró con el nombre de ella en los labios, aquel que Ada más aborrecía. Sin embargo, le perdonó esa pequeña indiscreción porque él había dado su vida para salvar la suya.

—Dios santo, ha muerto. Yo no quería que esto ocurriese...

Ada se dejó caer agotada al suelo, le dolían las rodillas y tenía las manos entumecidas de tanto apretar la herida. Leo le ayudó a levantarse y limpió del rostro la sangre de Néstor, Joaquín se acercó para consolarla, pero ella lo rechazó con un gesto de la mano. Nadie esperaba aquel desenlace.

El tiempo parecía haberse detenido en el cobertizo, el olor de la paja seca, el calor que desprendían las tablas de madera y el olor intenso de la sangre de Néstor creaban una atmósfera irreal alrededor de aquellas tres personas que observaban sobrecogidas el cadáver de Néstor, el cual, poco a poco, se iba cubriendo de moscas golosas.

Violeta entró en ese momento, Mateo se había despertado con tanto ajeteo y lloraba a gritos, enroscado en la tela que lo sujetaba. La chica dudó entre acercarse al fallecido o dirigirse hacia él que hasta hacía unos instantes consideraba el hombre de su vida. Necesitaba escuchar de sus labios una justificación para todo aquel despropósito, pero sabía que no había tiempo. Se acercó a Baldo y le tocó en el hombro con suavidad. Aspiró su olor rancio, a sudor y a tabaco, y se limpió las lágrimas, que se introducían engorrosas en su boca.

—Huye, Baldo, vete lejos, te matarán por esto.

Él la miró confundido, se fijó en la erupción rosada de su frente, allí donde faltaba un grueso mechón pelirrojo. Se sentía decepcionado, no había podido cumplir la promesa que le había hecho a sus padres y un hombre inocente había muerto por su culpa; ¿qué iba a hacer ahora? Ya no podía recuperar el pazo, ya no había marcha atrás.

Un leve sentimiento de pesadumbre oscureció su conciencia, Violeta era lo único puro que había tenido en su toda su vida, gracias a ella había podido soportar el peso de la inquina que le corroía por dentro, de aquella helada maldad que se había instaurado en su interior desde el día en que su hermano había fallecido.

Sabía que con su execrable acto la había perdido para siempre, Violeta ya no formaba parte de su futuro. Decidió seguir su consejo, salió corriendo del cobertizo aprovechando que los presentes todavía se hallaban en estado de shock y se deslizó trastabillando colina abajo, tratando de esquivar las cepas que irrumpían a su paso, camino del río, donde podría borrar con facilidad las huellas de su precipitada huida.

Nunca más volvieron a saber de él.

Los días que siguieron fueron los más difíciles en la vida agitada de los habitantes del Pazo de las flores. Los señores Oliveira acudieron desde Oporto al funeral de su hijo, aunque el odio con el que se dirigieron a su nuera deslució el homenaje que Ada insistió en ofrecer al que había sido su marido. Ella aguantó sus insultos estoicamente, amenizados por el aullar de los dos perros, que no habían dejado de gemir durante toda la jornada. Lo hizo arropada por sus amigos y por todos los monfortinos que quisieron acudir a despedirse de su reciente vecino. Ada resistió las amenazas de aquellos padres desesperados que venían dispuestos a arrebatarse al pequeño Mateo, en un último intento de herir a la puta que le había robado a su hijo.

Ada no pudo menos que agradecer al final los sentimientos racistas de Néstor, que le habían impedido registrar al gitano como su hijo, los señores Oliveira no podrían quitarle nada, ni el niño, ni los viñedos, ni el pazo, que legalmente había regresado a sus manos gracias a la intervención del gabinete jurídico del alcalde y que se había ofrecido encantado a regularizar su situación, satisfecho por recuperar los votos de uno de los linajes más antiguos de la zona.

Joaquín decidió renunciar a su parte de la herencia y regresar de inmediato a Santiago para ocuparse de su ejército de menesterosos, no podía soportar las miradas de reproche que le dedicaba su hermana, quien no sabía cómo perdonarle su silencio durante todos aquellos años; pensó que podría compensarla de ese modo de inmenso daño que le había causado. Si él le hubiera confesado la verdad cuando apenas eran unos niños, los acontecimientos tal vez no se habrían desarrollado de igual manera. Había sido un accidente, por Dios, un desgraciado accidente... Su madre no habría tenido por qué morir y tal vez, solo tal vez, el enorme sufrimiento que ellos habían padecido durante todos esos años no se habría producido.

—¿Te vas? —Leo le ofreció su mano a la salida del funeral.

—Es lo mejor, tengo mi casa en Santiago, quizás en un futuro ella me perdona y podamos recuperar un poco del cariño que teníamos.

—Dale tiempo, Joaquín, acabará aceptándolo. Por cierto, antes de marcharte deberías saber que tu padre todavía sigue vivo. Ada todavía no lo sabe, no he tenido tiempo de decírselo.

Los ojos de Joaquín se iluminaron de lágrimas.

—¿Está vivo?

Leo le habló de la carta que habían recibido dos días atrás y le prometió que lo mantendría informado de todas las novedades que se fueran sucediendo. Se despidieron en la puerta de la iglesia con un fuerte apretón de manos y cada uno siguió su camino, uno hacia la lejana ciudad de Santiago y el otro hacia el Pazo de las flores, en busca de la mujer que había recompuesto su corazón marchito.

Tras el funeral de su esposo, Ada, lejos de sentirse abrumada por la responsabilidad de llevar adelante ella sola el negocio del viñedo y en vez de soportar un pesar profundo por la muerte del que había sido su fiel marido, se sintió por fin liberada.

Por fin había descubierto la verdad que había estado buscando desde hacía más de una década, ya no tenía que indagar más, ya no debía sentir miedo, porque todos sus secretos habían salido a la luz. Solo debía ocuparse de empezar a vivir de una vez por todas aquella vida que le habían

robado cuando era apenas una niña. Ni siquiera le importaba que Baldo no apareciese para pagar sus culpas, en el fondo de su conciencia, las miserias de ambas familias habían quedado saldadas.

Poco quedaba de aquella cosecha de vino tan esperada, quizás unos pocos cientos de litros, pero aun así se propuso exprimir hasta la última gota de aquellas viñas renovadas y elaborar la primera producción de Flor de Piedra exclusivamente suya. A esas alturas nada podía arrebatarle su sueño, la sala de catas estaba lista para la primera de una larga sucesión de añadas, de las que iría aprendiendo hasta lograr el caldo sublime que durante años había comercializado su padre.

La moto de Leo subió a trompicones la cuesta que llevaba a la entrada del pazo. Ya no quedaba nadie en la casa, todos se habían marchado después de las exequias. Violeta se había retirado a descansar con el niño, tratando de superar lo mucho que ella también había perdido en toda esa historia, y Mariola se encontraba en la cocina, atareada con la multitud de platos que había que lavar tras el velatorio de aquella larga noche.

Ada aguardó la llegada de Leo sentada frente al jardín de las camelias, rodeaba por sus queridos cachorros, admirando desde lejos aquellas cepas centenarias que su bisabuelo había traído desde Francia para iniciar su plantación y que bordeaban el camino por el que ascendía Leo. Eran las únicas que habían sobrevivido indemnes a los aciagos acontecimientos que habían sacudido el Pazo de las flores durante los últimos años.

Leo se sentó a su lado en el banco de piedra, un chubasco inesperado había dejado gotitas brillantes en las hojas verdes de las camelias, que parecían estar cubiertas de barniz. El aire olía a hierba mojada, a menta y a azahar. Leo acarició a los cachorros con efusión y se entretuvo unos instantes con su juego absurdo...

—No hemos podido hablar por todo esto que ha sucedido, pero tengo noticias importantes para ti.

Abrió el bolso de cuero que traía colgado del hombro y sacó de su interior un envoltorio de papel de estraza.

—Cuando me encontré a tu hermano Joaquín en el puente, venía a traerte este sobre. Son noticias de tu padre, Ada.

—¿Mi padre?

Las manos de Ada temblaron al recoger el grueso papel que le tendió Leo.

—Vamos, ábrelo.

Ada notó el tacto de aquel sobre áspero y arrugado, aspiró su olor a celulosa rancia y a tinta reseca y lo abrió para descubrir su prometedor contenido. En el interior había dos medios folios, escritos por ambas caras con una letra pequeña y apretada, que no era la de su padre. Depositó el sobre en el suelo y, desconcertada, comenzó a leer.

Estimado monsieur Mendoza:

Le escribo esta carta a petición de monsieur Armand, puesto que la terrible enfermedad que le ha mantenido postrado en una cama durante tantos años no le permite ya sujetar una pluma y ha terminado por afectar a sus ojos, tal y como se temía el doctor. Son mis manos las que hablan por sus labios. En estos últimos meses ha empeorado bastante, y creo sinceramente que le no le queda mucho tiempo de vida.

Monsieur Armand pregunta por sus hijos, quiere saber si finalmente los ha podido encontrar, saber si están bien, saber qué ha sido de ellos durante todo este tiempo. En su última carta nos contaba usted que creía haberlos localizado en la ciudad de Santiago de Compostela, pero nada más sabemos desde entonces.

Dígame, monsieur Mendoza, qué debo hacer cuando llegue la hora. No puedo hablar de esto con él, aún sueña con regresar a casa y volver con su familia, pero usted y yo sabemos que eso

no será ya posible. Es admirable todo lo que ha hecho usted por su amigo, todos estos años en que se ha hecho cargo de su estancia en esta residencia, y, sobre todo, no podemos dejar de agradecerle también sus contribuciones a la investigación del doctor Devic relativa a esta nueva variante de esclerosis múltiple.

Espero que reciba usted esta carta antes de que por fin llegue el temido final. No deje de rezar por monsieur Armand, a veces escucho sus delirios durante las largas horas de fiebre en que debo velar su cama y puedo imaginar cuánto ha sufrido en esta vida. Que Dios me perdone por desearle un pronto desenlace a su enorme sufrimiento.

Quede usted en paz, estimado señor, aguardo sus noticias.

Agnès Charcot

—No tiene remite, igual que las otras cartas. No sabemos quién es esta mujer —los ojos de Ada se humedecieron buscando la mirada de Leo—. Mi padre está vivo...

Ada apretó el papel inconscientemente entre sus manos, que se plegó sin resistencia entre sus dedos con un leve crujido.

—Mi abuelo se ha llevado una gran sorpresa con todo esto, él estaba al tanto de todo, tiene mucho que contarte, Ada, yo no le había dicho quién eras en realidad. Hemos estado hablando sobre tu padre.

Leo la cogió de las manos con ternura.

—Él no os abandonó, estuvo esperándoos durante un tiempo en casa de unos amigos en Asturias, tus padres lo habían planeado todo para que tu madre se llevase sus joyas y el dinero que pudiera conseguir de la venta de sus bienes, debíais empezar una nueva vida en Francia, lejos de todo este embrollo. Al poco tiempo de su marcha enfermó y mi padre le recomendó esa clínica, donde aún está ingresado.

Leo examinó la parte delantera del sobre.

—El matasellos es de Lyon. ¿Cuántas clínicas de investigación donde trabaje un doctor llamado Devic crees que habrá?

Ada se refugió en los generosos brazos de Leo, confortada por su generosa sonrisa. Cerró los ojos y se dejó consolar por aquel abrazo intenso, expulsando todos los malos recuerdos que hasta entonces habían formado parte de su vida. Sintió el hálito tibio del sol en su rostro y aspiró el dulce aroma que desprendía el cuerpo de Leo, que de pronto se había quedado rígido.

—¿Qué ocurre?

—Mi abuelo me dijo que tu madre había reunido una gran cantidad de dinero, ella tenía previsto marcharse con tu padre, así que debió ocultar sus cosas en algún lugar antes de que Andrés Moreira se os llevara.

—No sé nada de eso, en la casa no había nada, ya lo sabes.

—Recuerdas lo que me dijo Genara?, que tu madre le había entregado una caja antes de marcharse para que la escondiera. En realidad tiene sentido; ¿y si es cierto que existe esa caja, Ada? Genara dijo que la había ocultado en su rincón preferido para cuando ella regresara. ¿Sabes cuál puede ser ese lugar?

Ella estaba confusa, no se le ocurría ningún escondite al que pudiera referirse Genara. En la habitación de sus padres no había encontrado nada, ni tampoco en el despacho de su padre. Su madre se pasaba el día pintando en el jardín...

—¡La glorieta!, la glorieta del jardín, allí se pasaba ella las horas, creo que era su lugar favorito.

Se levantaron al unísono del banco y corrieron hacia el interior del jardín. Buscaron en todos los rincones de la glorieta oxidada pero no encontraron ningún resquicio donde pudiera

escondese una caja de un tamaño considerable. Se miraron decepcionados.

—Déjalo Leo, desvaríos de vieja.

Leo la abrazó por detrás y Ada dejó reposar su cabeza sobre su hombro. Recorrió el jardín con la mirada, satisfecha por haber obtenido algo hermoso de todo el dolor que había padecido, al menos tenía a Leo a su lado, eran libres para embarcarse en una nueva historia donde solo ellos serían los protagonistas. Admiró la hermosura de las camelias que se encontraban en su punto de floración, entonces sus ojos se detuvieron sobre la tierra fresca que rodeaba las plantas que había enterrado recientemente.

—Las camelias...

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez ... y once.

Ada se agachó delante de la última camelia que había plantado su madre, antes de que todo aquello sucediera. Genara bien podía haber enterrado allí la caja, su madre cuidaba aquellas plantas con amor enfermizo, tratando de conservar la tradición de sus antepasados.

Ada y Leo se arrodillaron al unisono y escarbaron la tierra blanda alrededor de aquella planta briosa, húmeda de lluvia, sin importarle que sus manos se manchasen, embriagados de emoción. Al cabo de un rato sus dedos tropezaron a la vez con un objeto duro en el seno de aquella tierra mojada. La respiración de Ada se tornó insoportablemente lenta, dejó que Leo extrajera la pequeña caja rectangular que un día María Eugenia le había dado a su ama de llaves.

Leo se la tendió a Ada con reverencial lentitud. Se miraron, Ada limpió sus manos en la falda del vestido y abrió la tapa de plata repujada para descubrir el último secreto que guardaba su madre.

María Eugenia, consciente de que el capataz buscaba venganza por la muerte del chiquillo, había escondido sus joyas más valiosas en aquella caja, junto con los documentos de propiedad de una villa en Libourne que había sido el hogar de infancia de don Armando y varios bonos al portador que representaban, a día de hoy, una verdadera fortuna. Ada se derrumbó en los brazos de Leo, ya no tendría que preocuparse por el futuro, el destino se había cumplido, y al fin, había recuperado todo lo que le pertenecía.

En esos momentos pensó en Joaquín, a él también le correspondía una parte de aquella herencia. Se había marchado sin despedirse, sin hablar con detenimiento de lo ocurrido, quizás había sido demasiado dura con él, pero la rabia se había apoderado de sus palabras y ahora ya no había vuelta atrás. Tal vez con el tiempo podrían recuperar aquella fraternidad que los unía en el pasado, al fin y al cabo, Joaquín era su única familia. El tiempo amansaría su corazón dolido.

Pensó también en Genara, puede que a la vieja ama de llaves también le gustara regresar a la que había sido su casa en el pasado, Ada pensó que le gustaría cuidarla hasta que le llegara la hora de abandonar este mundo.

Ada se despidió mentalmente de su madre y le dio las gracias por aquel último regalo.

Abrió los ojos, miró a su alrededor y descubrió fascinada que la luminiscencia del atardecer otorgaba un nuevo brillo al verde intenso de las hojas de la vid. Las mariposas habían vuelto con la primavera para libar el corazón de los cientos de flores que adornaban la fachada del pazo, y las hojas verdes de las camelias lucían con un brillo más intenso que nunca. Una gran nube oscura surgió de repente desde algún rincón de aquel enorme cielo azul, oscureciendo por un instante el sol. Ada miró hacia arriba y sintió el peso de una gota de lluvia helada sobre la frente. Sonrió, dando la bienvenida a aquella inminente granizada primaveral, preludio de un nuevo cambio.

—Debo emprender un viaje de inmediato, querido Leo, a mi padre no le queda mucho tiempo, seguro que estará ansioso por regresar a casa.

¿Te gustaría venir conmigo a Francia?

